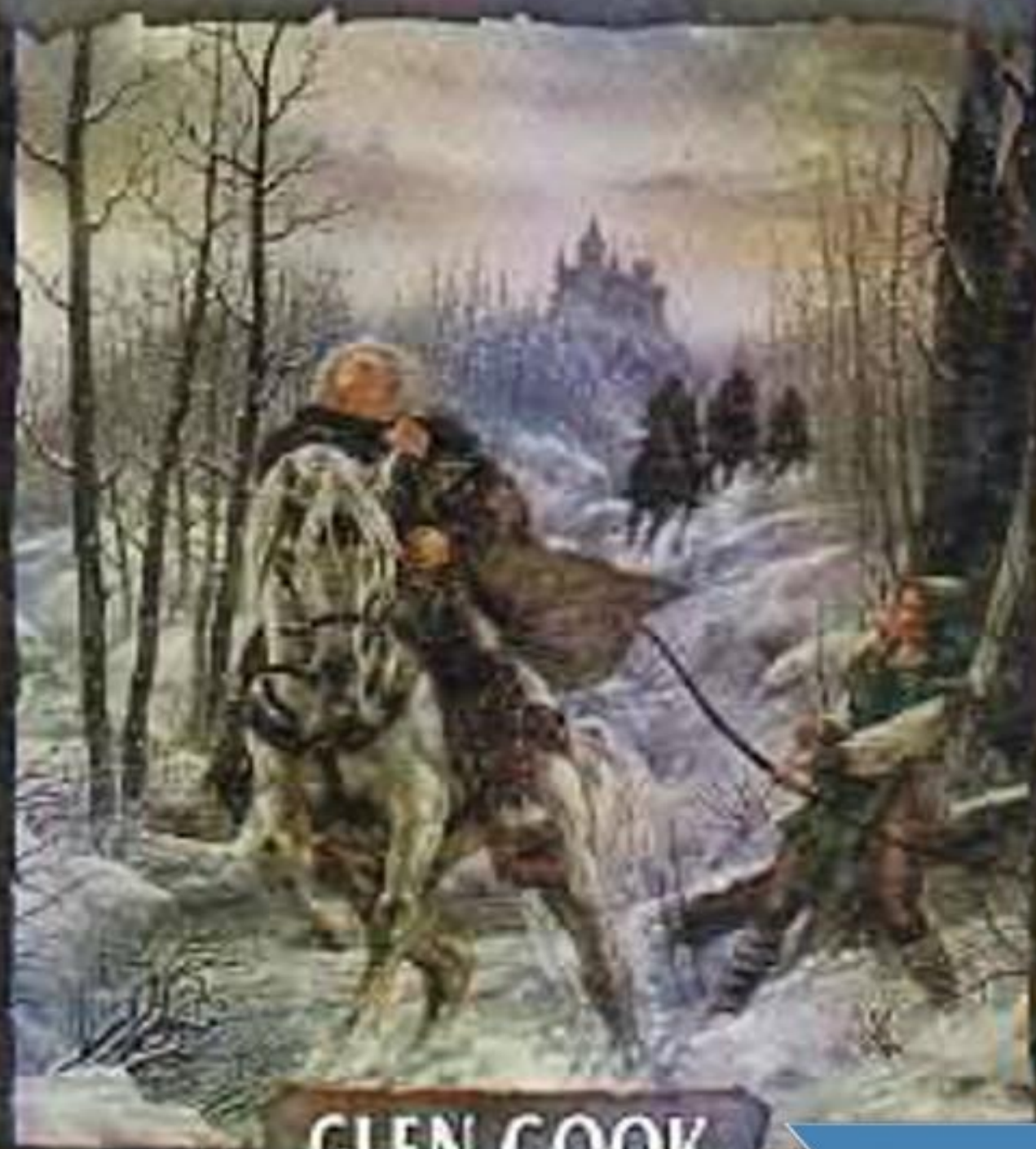


La Compañía Negra

LIBRO I (EN)

La Rosa Blanca



GLEN COOK

Lectulandia

Ella es la última esperanza de salir con bien de la guerra contra la poderosa hechicera conocida como La Dama.

Desde una base secreta La Compañía Negra, una vez al servicio de La Dama, lucha con todos los medios a su alcance para llevar la victoria a la Rosa Blanca. Pero ahora un mal, mayor aún, amenaza al mundo. Todas las grandes batallas en las que han intervenido hasta el momento les parecerán simples escaramuzas cuando el Dominador se eleve de su tumba.

Lectulandia

Glen Cook

La Rosa Blanca

La Compañía Negra - 3

ePub r1.5
author 28.12.14

Título original: *The White Rose*
Glen Cook, 1984
Traducción: Domingo Santos
Diseño de portada: Luis Royo

Editor digital: arthor
Corrección de erratas: jlv
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Nancy Edwards, porque sí.



El inmóvil aire del desierto tenía una cualidad como de lente. Los jinetes parecían congelados en el tiempo, moviéndose sin acercarse. Fuimos contando. No pude conseguir el mismo número dos veces seguidas.

El aliento de una brisa gimió en el coral, agitó las hojas del Viejo Padre Árbol. Tintinearón una contra otra con la canción de campanillas de viento. Hacia el norte, el rielar de los relámpagos de cambio recortaba el horizonte como el lejano entrechocar de dioses en plena batalla.

Un pie hizo crujir la arena. Me volví. Silencioso contempló boquiabierto un menhir parlante. Había aparecido en los últimos segundos, sorprendiéndole. Rocas furtivas. Les gustan los juegos.

—Hay forasteros en la Llanura —dijo el menhir.

Di un salto. Rió quedamente. Los menhires tienen la risa más malévolá de este lado de los cuentos de hadas. Es una risa sesgada. Me incliné hacia su sombra.

—Ya hace calor aquí fuera. —Y luego—: Ésos son Un Ojo y Goblin, de vuelta de Curtidor.

Él tenía razón y yo estaba equivocado. Estaba demasiado enfocado en mis cosas. La patrulla llevaba lejos un mes más de lo planeado. Estábamos preocupados. Últimamente las tropas de la Dama han estado más activas a lo largo de los límites de la Llanura del Miedo.

Otra risita del bloque de piedra.

Se erguía sobre mí, dominándome, desde sus cuatro metros de altura. Era de tamaño mediano. Los que miden más de cinco metros raras veces se mueven.

Los jinetes estaban más cerca, pero no parecían estar más cerca. Culpé de ello a los nervios. Los tiempos son desesperados para la Compañía Negra. No podemos permitirnos bajas. Cualquier hombre perdido será un amigo de muchos años. Conté de nuevo. Esta vez todo parecía estar bien. Pero había una montura sin jinete... Me eché a temblar pese al calor.

Estaban en el camino descendente que conducía a un arroyo a trescientos metros de donde observábamos, ocultos dentro de un gran arrecife. Los Árboles andantes al lado del vado se agitaron, aunque la brisa había menguado.

Los jinetes apresuraron sus monturas. Los animales estaban cansados. Se mostraban relictantes, aunque sabían que estaban ya en casa. En el arroyo. Con el

agua chapoteando. Sonreí, golpeé a Silencioso en la espalda. Todos estaban allí. Todos los hombres, y otro.

Silencioso renunció a su habitual frialdad, devolvió una sonrisa. Elmo se deslizó fuera del coral y salió en busca de nuestros hermanos. Otto, Silencioso y yo nos apresuramos tras él.

Detrás de nosotros, el sol matutino era una gran y ardiente bola de sangre.

Los hombres desmontaron, sonrientes. Pero tenían mal aspecto. Goblin y Un Ojo eran los peores de todos. Pero habían regresado a un territorio donde sus poderes de hechiceros eran inútiles. Tan cerca de Linda no son más grandes que el resto de nosotros.

Miré hacia atrás. Linda había acudido a la cabecera del túnel, se detuvo de pie como un fantasma a su sombra, toda de blanco.

Los hombres abrazaron a los hombres; luego los viejos hábitos se impusieron. Todo el mundo fingió que no era más que otro día normal.

—¿Ha sido malo ahí fuera? —le pregunté a Un Ojo. Estudié al hombre que les acompañaba. No me era familiar.

—Sí. —El hombrecillo negro y apergaminado parecía más encogido de lo que había pensado al principio.

—¿Estáis todos bien?

—Recibí una flecha. —Se restregó el costado—. Sólo alcanzó carne.

Desde detrás de Un Ojo, Goblin chilló:

—Casi pudieron con nosotros. Han estado persiguiéndonos un mes. No podíamos sacudirnoslos de encima.

—Vayamos al Agujero —le dije a Un Ojo.

—No está infectada. La limpié.

—De todos modos quiero echarle un vistazo. —Ha sido mi ayudante desde que me alisté como médico de la Compañía. Su buen juicio es digno de confianza. Sin embargo la salud, en definitiva, es responsabilidad mía.

—Estaban aguardándonos, Matasanos. —Linda había desaparecido de la boca del túnel, de vuelta al estómago de nuestra fortaleza subterránea. El sol seguía sangrando en el este, un legado del paso de la tormenta de cambio. Algo grande derivó cruzando su faz. ¿Una ballena del viento?

—¿Una emboscada? —miré hacia atrás a la patrulla.

—No a nosotros específicamente. Buscando problemas. Estaban al acecho. —La patrulla había tenido una doble misión: contactar con nuestros simpatizantes en Curtidor para descubrir si la gente de la Dama volvía a la vida tras un largo hiato, y lanzar una incursión contra la guarnición del lugar a fin de demostrar que podíamos herir a un imperio que se alza sobre medio mundo.

Cuando pasábamos por su lado, el menhir dijo:

—Hay forasteros en la Llanura, Matasanos.

¿Por qué esas cosas me ocurren siempre a mí? Las grandes piedras me hablan

más a mí que a ningún otro.

¿Un doble hechizo? Presté atención. Para un menhir, repetirse significa que considera su mensaje crítico.

—¿Los hombres te dan caza? —le pregunté a Un Ojo.

Se encogió de hombros.

—No van a rendirse.

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera? —Ocultarse en la Llanura era para mí casi tanto como enterrarse vivo.

El rostro de Un Ojo permaneció inescrutable.

—Encordador te lo dirá.

—¿Encordador? ¿Es ese tipo que habéis traído? —Conocía el nombre pero no al hombre. Uno de nuestros mejores informadores.

—Sí.

—No son buenas noticias, ¿eh?

—No.

Nos deslizamos al interior del túnel que desciende hasta nuestra madriguera, nuestra hedionda, mohosa, húmeda, angosta pequeña fortaleza. Es asquerosa, pero es el alma y el corazón de la Rebelión de la Nueva Rosa Blanca. La Nueva Esperanza, como se susurra entre las naciones cautivas. La Esperanza Burlona para aquellos de nosotros que vivimos allí. Es tan mala como cualquier mazmorra infestada de ratas... aunque un hombre puede abandonarla. Si no le importa aventurarse en un mundo donde todo el poder de un imperio está vuelto contra él.



2 LA LLANURA DEL MIEDO

Encordador era nuestros ojos y nuestros oídos en Curtidor. Tenía contactos en todas partes. Su actividad contra la Dama se remonta a décadas. Es uno de los pocos que escaparon a su ira en Hechizo, donde aniquiló a los antiguos Rebeldes. En gran parte, la Compañía fue responsable de ello. En aquellos días éramos su fuerte brazo derecho. Condujimos a sus enemigos a la trampa.

Un cuarto de millón de hombres murieron en Hechizo. Nunca hubo una batalla tan enorme o terrible, ni un resultado tan definitivo. Incluso el sangriento fracaso del Dominador en el Viejo Bosque sólo consumió la mitad de esas vidas.

El destino nos obligó a cambiar de lado... una vez ya no quedó nadie para ayudarnos en nuestra lucha.

La herida de Un Ojo era tan limpia como afirmaba. Le dejé marchar, fui a mis aposentos. Linda deseaba que la patrulla descansara antes de recibir su informe. Me estremecí con la premonición, temeroso de oír sus noticias.

Un hombre viejo y cansado. Eso es lo que soy. ¿Qué fue del viejo fuego, el impulso, la ambición? Durante un tiempo hubo sueños, sueños que ahora han quedado completamente olvidados. En los días tristes los desempolvo y los acaricio nostálgicamente, con un condescendiente asombro ante la ingenuidad del joven que los soñó.

Lo viejo infesta mis aposentos. Mi gran proyecto. Cuarenta kilos de antiguos documentos, capturados de la general Susurro cuando nosotros servíamos a la Dama y ella a los Rebeldes. Se supone que contienen la clave para quebrantar a la Dama y a los Tomados. Hace seis años que los tengo. Y en seis años aún no he hallado nada. Qué fracaso. Deprimente. Hoy lo que hago más a menudo es simplemente hojearlos, luego volver a estos Anales.

Desde nuestra huida de Enebro han sido poco más que un diario personal. Lo que queda de la Compañía genera poca excitación. Las noticias que conseguimos del exterior son tan escasas y tan poco fiables que muy pocas veces me molesto en registrarlas. Además, desde su victoria sobre su esposo en Enebro, la Dama parece hallarse en éxtasis más que nosotros, actuando por pura inercia.

Las apariencias engañan, por supuesto. Y la esencia de la Dama ilusión.

—Matasanos.

Alcé la vista de una página escrita en viejo TelleKurre estudiada ya un centenar

de veces. Goblin estaba de pie en el umbral. Parecía un viejo sapo.

—¿Sí?

—Está ocurriendo algo arriba. Agarra una espada.

Tomé mi arco y una coraza de cuero. Soy demasiado viejo para un mano a mano. Prefiero estar fuera de alcance si tengo que luchar. Tomé en consideración el arco mientras seguía a Goblin. Me lo había dado la propia Dama, durante la batalla en Hechizo. Oh, los recuerdos. Con él ayudé a matar a Atrapaalmas, el Tomado que llevó a la Compañía al servicio de la Dama. Esos días parecían ahora casi prehistóricos.

Galopamos a la luz del sol. Otros salieron con nosotros, dispersos entre cactus y coral. El jinete que bajaba por el camino —el único camino del lugar— no podía vernos.

Cabalgaba solo, en una mula comida por las polillas. No iba armado.

—¿Todo eso por un viejo en una mula? —pregunté. Los hombres escrutaban a través del coral y por entre los cactus, haciendo un montón de ruido. El veterano tenía que saber que estábamos allí—. Haríamos mejor largándonos de aquí discretamente.

—Sí.

Me di la vuelta, sorprendido. Elmo estaba detrás de mí, escudándose los ojos con una mano. Parecía tan viejo y cansado como yo me sentía. Cada día algo me recuerda que ninguno de nosotros somos ya jóvenes. Infiernos, ninguno de nosotros éramos jóvenes cuando vinimos al norte, a través del Mar de las Tormentas.

—Necesitamos sangre nueva, Elmo.

Se rió.

Sí. Seremos mucho más viejos antes de que ocurra esto. Si duramos tanto. Porque estamos comprando tiempo. Décadas, espero.

El jinete cruzó el arroyo, se detuvo. Alzó las manos. Los hombres se materializaron, con las armas negligentemente sujetas. Un viejo solo, en el corazón de la fortaleza de Linda, no representaba ningún peligro.

Elmo, Goblin y yo echamos a andar. Mientras avanzábamos, le pregunté A Goblin:

—¿Tú y Un Ojo os divertisteis mientras estuvisteis fuera? —Llevan peleándose desde nadie sabe cuántos años. Pero allí, donde la presencia de Linda se lo prohíbe, no pueden jugar a sus trucos de hechicero.

Goblin sonrió. Cuando sonrío, su boca se abre de oreja a oreja.

—Le hice perder un poco la calma.

Llegamos junto al jinete.

—Cuéntamelo luego.

Goblin rió quedamente, un sonido chirriante como agua burbujeando en una tetera.

—Sí.

—¿Quién eres? —preguntó Elmo al jinete de la mula.

—Divisas.

Eso no era un nombre. Era un santo y seña para un correo del lejano oeste. No lo habíamos oído desde hacía largo tiempo. Los mensajeros del oeste tenían que alcanzar la Llanura a través de las provincias más dominadas por la Dama.

—¿Y? —dijo Elmo—. ¿Qué hay con ello? ¿Quieres bajar?

El viejo desmontó, presentó sus credenciales. Elmo las halló aceptables. Luego el viejo anunció:

—Tengo diez kilos de cosas ahí atrás —palmeó una abultada cartera detrás de su silla—. Cada maldita ciudad añadió algo a la carga.

—¿Hiciste tú mismo todo el viaje? —pregunté.

—Cada palmo desde Galeote.

—¿Galeote? Eso está...

A más de mil quinientos kilómetros. No sabíamos que tuviéramos a nadie ahí arriba. Pero hay mucho que no sé acerca de la organización que ha ido reuniendo Linda. Pasé mi tiempo intentando conseguir que aquellos malditos papeles me dijeran algo que quizá no estuviera allí.

El viejo me miró como si estuviera sometiendo mi alma a un profundo escrutinio.

—¿Tú eres el médico? ¿Matasanos?

—Si. ¿Y?

—Tengo algo para ti. Personal. —Abrió su cartera de correo. Por un momento todo el mundo se puso alerta. Uno nunca sabe. Pero extrajo un paquete envuelto en piel impermeabilizada para protegerlo contra el fin del mundo—. Lluve todo el tiempo ahí arriba —explicó. Me tendió el paquete.

Lo sopesé. No era tan pesado como parecía, piel impermeabilizada aparte.

—¿Quién lo envía?

El viejo se encogió de hombros.

—¿Quién te lo dio?

—El capitán de mi célula.

Por supuesto. Linda ha hecho las cosas con cuidado, estructurando su organización de tal modo que sea casi imposible para la Dama destruir más que una fracción. La chica es un genio.

Elmo aceptó el resto, le dijo a Otto:

—Llévalo abajo y encuéntrale un camastro. Descansa un poco, veterano. La Rosa Blanca te interrogará más tarde.

Se presentaba una tarde interesante después de todo, con los informes de ese hombre y de Encordador. Sopesé mi paquete misterioso, le dije a Elmo:

—Iré a echarle una mirada a esto. —¿Quién podía haberlo enviado? No conocía a nadie fuera de la Llanura. Bueno... Pero la Dama no inyectaría una carta en el submundo. ¿O sí?

Un hormigueo de miedo. Había transcurrido mucho tiempo, pero ella había prometido mantenerse en contacto.

El menhir parlante que nos había advertido del mensajero permanecía arraigado al lado del sendero. Cuando pasé por su lado dijo:

—Hay forasteros en la Llanura, Matasanos.

Me detuve.

—¿Qué? ¿Más de ellos?

Revertió a su carácter, no dijo nada más.

Nunca llegaré a comprender a esas viejas piedras. Infiernos, todavía no comprendo por qué están de nuestro lado. Odian a todos los forasteros de una forma independiente pero igual. Todas y cada una de esas extrañas sentencias de ahí fuera.

Me deslicé a mis aposentos, destensé mi arco, lo apoyé contra la pared de tierra. Me senté ante mi mesa de trabajo y abrí el paquete.

No reconocí la letra. Descubrí que no estaba firmada. Empecé a leer.



3
HISTORIA DEL AÑO PASADO

Matasanos:

La mujer se estaba quejando de nuevo. Bomanz se masajeó las sienes. El pulsar no cejaba. Se tapó los ojos.

—Saita, sayta, suta —murmuró, con una furiosa voz ofidia sibilante.

Se mordió la lengua. Uno no hacía una escena sobre su propia esposa. Uno soportaba con humilde dignidad las consecuencias de sus locuras de juventud. ¡Ah, pero qué tentación! ¡Qué provocación!

¡Ya basta, estúpido! Estudia el maldito mapa.

Ni Jazmín ni el dolor de cabeza cedieron.

—¡Jodido infierno! —Dio un manotazo a los pesos en las esquinas del mapa, enrolló la delgada seda alrededor de una delgada varilla de cristal. Deslizó la varilla dentro del asta de una falsa lanza antigua. El asta brillaba a causa del frecuente uso.

—Besand lo descubriría en un minuto —gruñó.

Rechinó los dientes cuando la úlcera dio un mordisco a sus entrañas. Cuanto más se acercaba al final, mayor era el peligro. Sus nervios estaban de punta. Temía que pudiera derrumbarse en la última barrera, que la cobardía lo devorara y hubiera vivido en vano.

Treinta y siete años era un largo tiempo para vivirlo a la sombra del hacha del verdugo.

—Jazmín —murmuró—. Y llama Belleza a una cerda. —Abrió la puerta de par en par, gritó escaleras abajo—: ¿Qué ocurre ahora?

Era lo de siempre. Una duda persistente desconectada con la raíz de la insatisfacción de ella. Una interrupción de los estudios de él como pago por lo que ella imaginaba que era un despilfarro por parte de él de sus vidas.

Hubiera podido convertirse en un hombre importante en Galeote. Hubiera podido tener una gran casa atestada de obsequiosos sirvientes. Hubiera podido vestir ropas de oro. Hubiera podido alimentar sus grasas con carnes de primera calidad en cada comida. En vez de ello había elegido la vida del intelectual, ocultando su nombre y su profesión, arrastrándola a ella hasta este deprimente y solitario lugar junto al Viejo Bosque. No le había proporcionado nada más que escualidez, helados inviernos e indignidades perpetradas por la Guardia Eterna.

Bomanz descendió la estrecha, chirriante, traidora escalera. Maldijo a la mujer,

escupió al suelo, deslizó una moneda de plata en su desecada mano, y la empujó fuera con la súplica de que, por una vez, la cena fuera una comida decente. ¿Indignidad?, pensó. Te hablaré de indignidad, vieja corneja. Te diré lo que es vivir con una perpetua quejica, un horrible viejo saco de insípidos sueños juveniles.

—Detente, Bomanz —murmuró—. Ella es la madre de tu hijo. Concédele lo que le corresponde. No te ha traicionado. —Si no otra cosa, todavía compartían la esperanza representada por el mapa de seda. Resultaba difícil para ella esperar, sin saber nada de los progresos de él, sabiendo tan sólo que casi cuatro décadas no habían reportado ningún resultado tangible.

La campanilla de la puerta de la tienda tintineó. Bomanz se revistió de su personalidad de tendero. Se deslizó hacia la entrada, un gordo hombrecillo calvo con las manos llenas de venas azules dobladas sobre su pecho.

—Tokar. —Hizo una ligera inclinación de cabeza—. No te esperaba tan pronto.

Tokar era un comerciante de Galeote, un amigo del hijo de Bomanz, Stancil. Mostraba una actitud aduladora, honesta, irreverente, que hacía que Bomanz lo viera engañosamente como el fantasma de él mismo a una edad más temprana.

—No pensaba volver tan pronto, Bo. Pero las antigüedades hacen furor. Es algo que supera toda comprensión.

—¿Deseas otro lote? ¿Ya? Me vas a dejar sin existencias. —La silenciosa queja inexpresada: Bomanz, esto significa que tendrás que reponer tus existencias. Tiempo perdido para la investigación.

—La Dominación es lo que priva este año. Deja de romperte la cabeza buscando cosas. Aprovecha lo que tengas a mano, eso es todo. El año que viene el mercado puede estar tan frío como los Tomados.

—Ellos no están... Quizá me esté haciendo demasiado viejo, Tokar. Ya no me gustan las trifulcas con Besand. Infiernos. Hace diez años hubiera ido en su busca. Una buena pelea mata el aburrimiento. Cavar también me agota. Estoy cansado. Sólo deseo sentarme en el umbral de mi casa y ver pasar la vida... —Mientras charlaba, Bomanz fue disponiendo sus mejores espadas antiguas, sus piezas de armadura, sus amuletos de soldado, y un escudo casi perfectamente conservado. Una caja de puntas de flecha con rosas grabadas en ellas. Un par de lanzas arrojadizas de hoja ancha, antiguas cabezas de lanzas montadas sobre reproducciones de astas.

—Puedo enviarte algunos hombres. Muéstrales dónde deben cavar. Te pagaré tu comisión. No tendrás que hacer nada. Ésa es un hacha malditamente espléndida, Bo. ¿TelleKurre? Podría vender toda una carga de armas TelleKurre.

—En realidad es UchiTelle. —Un retortijón de su úlcera—. No. Nada de ayudas. —Eso era lo último que necesitaba. Un puñado de jóvenes listos y ambiciosos mirando por encima de su hombro mientras él efectuaba sus Cálculos de campo.

—Sólo era una sugerencia.

—Lo siento. No me hagas caso. Jazmín me ha estado dando la lata esta mañana.

Suavemente, Tokar preguntó:

—¿Has encontrado algo conectado con los Tomados?

Con la facilidad que daban las décadas, Bomanz disimuló, fingiendo horror.

—¿Los Tomados? ¿Crees que estoy loco? No lo tocaría ni siquiera aunque consiguiera pasarlo más allá del Monitor.

Tokar esbozó una sonrisa conspiradora.

—Por supuesto. No deseamos ofender a la Guardia Eterna. Sin embargo... Hay un hombre en Galeote que pagaría bien cualquier cosa que pudiera ser adscrita a uno de los Tomados. Vendería su alma por algo que hubiera pertenecido a la Dama. Está enamorado de ella.

—Era famosa por eso. —Bomanz eludió la mirada del otro hombre más joven que él. ¿Cuánto había revelado Stance? ¿Era ésta una de las expediciones de pesca de Besand? Cuanto más viejo se hacía Bomanz, menos le gustaba el juego. Sus nervios no podían soportar esta doble vida. Estaba tentado de confesar sólo por el alivio que aquello le proporcionaría.

¡No, maldita sea! Había invertido demasiado. Treinta y siete años. Cavando y raspando a cada minuto. Eludiendo y fingiendo. La más abyecta pobreza. No. No iba a renunciar. No ahora. No cuando estaba tan cerca.

—En cierto modo, yo también la amo —admitió—. Pero no he abandonado el buen sentido. Gritaría llamando a Besand si descubriera algo. Tan fuerte que me oirías desde Galeote.

—De acuerdo. Lo que tú digas —sonrió Tokar—. Ya basta de suspense. —Extrajo una cartera de piel—. Cartas de Stancil.

Bomanz tomó la cartera.

—No he sabido nada de él desde la última vez que estuviste aquí.

—¿Puedo empezar a cargar, Bo?

—Por supuesto. Adelante. —Con aire ausente, Bomanz tomó su lista de inventario de un casillero—. Marca lo que te lleves.

Tokar se echó a reír suavemente.

—Esta vez todo, Bo. Simplemente dime un precio.

—¿Todo? La mitad no es más que basura.

—Ya te lo he dicho, la Dominación es lo que priva.

—¿Viste a Stance? ¿Cómo está? —Se hallaba a medio leer la primera carta. Su hijo no tenía nada sustancial que relatar. Sus misivas estaban llenas de trivialidades cotidianas. Cartas de compromiso. Cartas de un hijo a sus padres, incapaces de franquear el abismo sin tiempo.

—Asquerosamente sano. Aburrido con la universidad. Sigue leyendo. Hay una sorpresa.

—Tokar ha estado aquí —dijo Bomanz. Sonrió, danzó sobre un pie, luego sobre el otro.

—¿Ese ladrón? —Jazmín frunció el ceño—. ¿Recordaste hacer que te pagara? — Su grueso y colgante rostro estaba encajado en un perpetuo gesto de desaprobación.

Generalmente su boca estaba abierta en la misma actitud.

—Trajo cartas de Stance. Toma. —Le ofreció el paquete. Era incapaz de contenerse—. Stance viene a casa.

—¿A casa? No puede. Tiene su puesto en la universidad.

—Se toma un semestre sabático. Viene a pasar el verano.

—¿Para qué?

—Para vernos. Para ayudar con la tienda. Para tener un poco de tranquilidad y acabar su tesis.

Jazmín gruñó. No leyó las cartas. No había perdonado a su hijo el que compartiera el interés de su padre en la Dominación.

—Para lo que viene es para ayudarte a husmear en lugares donde se supone que no deberías husmear, ¿verdad?

Bomanz lanzó miradas furtivas a las ventanas de la tienda. La suya era una existencia de justificable paranoia.

—Es el Año del Cometa. Los fantasmas de los Tomados se alzarán para llorar la muerte de la Dominación.

Aquel verano marcaría el décimo regreso del cometa que había aparecido en el momento de la caída del Dominador. Los Diez Que Fueron Tomados se manifestarían intensamente.

Bomanz había sido testigo de un paso el verano en que vino al Viejo Bosque, mucho antes del nacimiento de Stancil. El Túmulo había tenido un aspecto impresionante con el deambular de los fantasmas.

La excitación contrajo sus entrañas. Jazmín no se daba cuenta de ello, pero éste era el verano. El final de la larga búsqueda. Sólo le faltaba una clave. Si la encontraba podría establecer contacto, podría empezar a sacar en vez de introducir.

Jazmín rió irónicamente.

—¿Por qué me metí en esto? Mi madre me advirtió.

—Es de Stancil de quien estamos hablando, mujer. De nuestro único hijo.

—Ah, Bo, no me llames vieja dama cruel. Por supuesto que lo recibiré con los brazos abiertos. ¿Acaso no le quiero también?

—No te hará ningún daño demostrarlo. —Bomanz examinó los restos de su inventario—. No queda nada excepto lo peor de la basura. Estos viejos huesos duelen ante el solo pensamiento de lo que tendré que volver a cavar.

Le dolían los huesos, pero su espíritu estaba ansioso. Reabastecer la tienda era una excusa plausible para vagar por los alrededores del Túmulo.

—No hay mejor momento que ahora para empezar.

—¿Intentas echarme de la casa?

—Eso no heriría mis sentimientos.

Con un suspiro, Bomanz escrutó su tienda. Unas pocas piezas carcomidas por el tiempo, armas rotas, un cráneo que no podía ser atribuido porque carecía de la inserción triangular característica de los soldados de la Dominación. Los

coleccionistas no estaban interesados en los huesos de los soldados de infantería o de los seguidores de la Rosa Blanca.

Curioso, pensó. ¿Por qué nos sentimos tan intrigados por el mal? La Rosa Blanca era más heroica que el Dominador o los Tomados. Había sido olvidada por todo el mundo excepto los hombres del Monitor, Cualquier campesino puede nombrar a la mitad de los Tomados. El Túmulo, donde yace intranquilo el mal, está protegido, y la tumba de la Rosa Blanca está perdida.

—Ni aquí ni allí —gruñó Bomanz—. Es hora de ir al campo. Aquí. Aquí. La pala. La varita adivinadora. Sacos... Quizá Tokar tenga razón. Quizá debiera buscar ayuda. Cepillos. Ayuda para transportar las cosas. Teodolito. Mapas. No debo olvidar nada de eso. ¿Qué otra cosa? Cintas de reclamación. Por supuesto. Ese retorcido Men fu.

Metió cosas en una bolsa y colgó equipo en todo su cuerpo. Recogió espada y rastrillo y teodolito.

—Jazmín. ¡Jazmín! Abre esa maldita puerta.

Atisbo por entre las cortinas que enmascaraban su sala de estar.

—Hubieras debido abrirla primero, mentecato. —Cruzó la tienda—. Uno de esos días, Bo, vas a tener que organizarte. Probablemente el día después de mi funeral. Salió tambaleante a la calle, gruñendo:

—Me organizaré el día que tú mueras. Puedes creerlo, maldita sea. Te quiero en el terreno antes de que cambies de opinión.



4
EL CERCAÑO PASADO: CORBIE

El Túmulo se extiende muy al norte de Hechizo, junto al Viejo Bosque tan citado en las leyendas de la Rosa Blanca. Corbie llegó a la ciudad el verano después de que el Dominador fracasara en escapar de su tumba a través de Enebro. Halló a los esbirros de la Dama con una moral alta. La gran maldad en el Gran Túmulo ya no era de temer. Los restos de los Rebeldes habían sido derrotados. El imperio ya no tenía más enemigos de importancia. El Gran Cometa, heraldo de todas las catástrofes, no regresaría en décadas.

Sólo quedaba un solitario foco de resistencia, una niña que afirmaba ser la reencarnación de la Rosa Blanca. Pero era una fugitiva, que huía con los restos de la traidora Compañía Negra. Nada que temer allí. Los abrumadores recursos de la Dama podían aplastarlos.

Corbie llegó cojeando carretera arriba procedente de Galeote, solo, una bolsa a la espalda, un bastón fuertemente agarrado. Afirmaba ser un veterano tullido de las campañas del Renco en Forsberg. Quería trabajo. Había montones de trabajo para un hombre no demasiado orgulloso. La Guardia Eterna estaba bien pagada. Muchos contrataban trabajadores serviles para que se ocuparan de parte de sus tareas.

Por aquel entonces había un regimiento de guarnición en el Túmulo. Incontables civiles orbitaban su recinto. Corbie se desvaneció entre ellos. Cuando compañías y batallones fueron transferidos a otra parte, ya formaba parte establecida del paisaje.

Lavaba platos, cepillaba caballos, limpiaba establos, llevaba mensajes, barría suelos, pelaba verduras, hacía cualquier tarea que le reportara unos pocos cobres. Era un hombre tranquilo, alto, sombrío, meditabundo, que no tenía amigos especiales, pero que tampoco se ganaba enemigos. Raras veces socializaba.

Tras unos pocos meses pidió y recibió permiso para ocupar una destartalada casa rehuida desde hacía tiempo por la gente porque en su tiempo había pertenecido a un hechicero de Galeote. A medida que el tiempo y los recursos se lo permitieron, restauró el lugar. Y como el hechicero antes que él, prosiguió la misión que lo había traído al norte.

Diez, doce, catorce horas al día, Corbie trabajaba en la ciudad, luego iba a casa y trabajaba un poco más. La gente se preguntaba cuándo descansaba.

Si había algo que señalaba a Corbie era que se negaba a adoptar completamente su papel. La mayoría de trabajadores serviles tenían que soportar un montón de

abusos personales. Corbie no lo aceptaba. Si alguien se metía con él, sus ojos se volvían tan fríos como el helado invierno. Sólo un hombre siguió presionando a Corbie después de recibir esa mirada. Corbie le dio una paliza con una firme y despiadada eficiencia.

Nadie sospechaba que llevara una doble vida. Fuera de su casa era Corbie el hombre para todo, nada más. Vivía su papel hasta lo más profundo de su corazón. Cuando estaba en casa, en las horas más públicas, era Corbie el renovador, creando una nueva casa a partir de una antigua. Sólo en las horas de madrugada, cuando todo el mundo excepto las patrullas nocturnas dormía, se convertía en Corbie el hombre con una misión.

Corbie el renovador halló un tesoro en una pared de la cocina del hechicero. Lo llevó arriba, donde Corbie el investigador surgió de las profundidades.

El trozo de papel tenía una docena de palabras garabateadas por una mano temblorosa. La clave de un cifrado.

Aquel flaco y grave rostro que no sonreía nunca fundió su hielo. Unos ojos oscuros chispearon. Unos dedos encendieron una lámpara. Corbie se sentó, y durante una hora no miró a nada. Luego, aún sonriendo, fue abajo y salió a la noche. Alzó una mano en amistoso saludo cada vez que encontraba a la patrulla nocturna.

Ahora era conocido. Nadie cuestionó su derecho a cojear por las calles y a contemplar la rueda de las constelaciones.

Regresó a su casa cuando sus nervios se calmaron. Allá no le esperaba el sueño. Esparció papeles, empezó a estudiar, a descifrar, a traducir, a escribir una carta-historia que no alcanzaría su destino hasta después de muchos años.



5
LA LLANURA DEL MIEDO

Un Ojo se detuvo para decirme que Linda iba a interrogar a Encordador y al mensajero.

—Parece consumida, Matasanos. ¿Has estado observándola?

—La observo. Le doy consejos. Los ignora. ¿Qué puedo hacer?

—Tenemos veintitantos años antes de que se muestre el cometa. No sirve de nada que se agote hasta la muerte, ¿no crees?

—Dile eso a ella. Se limita a decirme que todo esto quedará resuelto mucho antes de que el cometa vuelva de nuevo. Eso es una carrera contra el tiempo.

Eso es lo que ella cree. Pero el resto de nosotros no podemos compartir su fuego. Aislados en la Llanura del Miedo, desgajados del mundo, la lucha contra la Dama pierde a veces su importancia. La Llanura en sí nos preocupa a menudo demasiado.

Me doy cuenta de que me proyecto más allá de Un Ojo. Este entierro prematuro no ha sido bueno para él. Sin sus habilidades se ha debilitado físicamente. Está empezando a mostrar su edad.

—¿Disfrutasteis tú y Goblin de vuestra aventura?

No supo elegir entre sonreír o fruncir el ceño.

—Te pilló de nuevo, ¿eh? —Su batalla suele empezar al amanecer. Un Ojo empieza siempre. Normalmente la termina Goblin.

Gruñó algo.

—¿Qué?

—¡Atención! —gritó alguien—. ¡Todo el mundo arriba! ¡Alerta! ¡Alerta!

Un Ojo escupió al suelo.

—¿Dos veces en un día? ¿Qué demonios?

Sabía lo que quería decir. No habíamos tenido veinte alertas en dos años enteros. ¿Y ahora dos en un día? Improbable.

Corrí en busca de mi arco.

Esta vez salimos con menos alharaca. Elmo había dejado dolorosamente claro su desagrado en algunas conversaciones privadas.

De nuevo la luz del sol. Como un golpe. La entrada al Agujero mira al Oeste. El sol estaba en nuestros ojos cuando emergimos.

—¡Maldito estúpido! —estaba gritando Elmo—. ¿Qué demonios estabas haciendo? —Un joven soldado permanecía de pie al aire libre, señalando. Dejé que

mi mirada siguiera su indicación.

—Oh, maldita sea —susurré—. Oh, maldita, maldita sea.



6
LA LLANURA DEL MIEDO

Subí para mi guardia. No había el menor signo de Elmo y sus hombres. El sol estaba bajo. El menhir había desaparecido. No se oía el menor sonido excepto la voz del viento.

Silencioso estaba sentado en las sombras en el interior de un arrecife de un millar de corales, moteado por la luz del sol que atravesaba las retorcidas ramas. El coral forma una buena cobertura. Pocos de los habitantes de la Llanura se atreven con sus venenos. La guardia corre siempre más peligro a causa de los exotismos nativos que de nuestros enemigos.

Me retorcí y me metí entre las mortíferas espinas, me reuní con Silencioso. Es un hombre alto, delgado, viejo. Sus oscuros ojos parecían enfocados en sueños que ya habían muerto. Depositó mis armas.

—¿Alguna cosa?

Agitó la cabeza, una única y minúscula negativa. Dispuse las almohadas que había traído conmigo. El coral se retorció a nuestro alrededor, ramas y abanicos treparon hasta seis metros de altura. Podíamos ver poco excepto el riachuelo que lo cruzaba y unos pocos menhires muertos, y los árboles andantes en la otra ladera. Un árbol estaba al lado del arroyo, hundiendo sus raíces en el agua. Como si captara mi atención, inició una lenta retirada.

La Llanura visible es yerma. La habitual vida del desierto —líquenes y matorrales espinosos, serpientes y lagartos, escorpiones y arañas, perros salvajes y ardillas terrestres— está presente pero es escasa. La encuentras sobre todo cuando resulta inconveniente. Lo cual puede aplicarse a la vida en la Llanura en general. Encuentras lo realmente extraño tan sólo cuando es de lo más inoportuno. El Teniente afirma que un hombre que intente suicidarse aquí puede pasar años sin sentirse incómodo.

Los colores predominantes son rojos y pardos, óxidos, ocre, piedras areniscas con tonos vinosos y de sangre como los riscos, con un estrato de naranja aquí y allá. Los corales se encuentran dispersos formando arrecifes blancos y rosas. El auténtico verdor está ausente. Tanto los árboles andantes como los matorrales tienen hojas de un polvoriento color verde grisáceo, en las cuales el verde existe principalmente por aclamación. Los menhires, vivos y muertos, son de un estricto gris parduzco, distinto de cualquier otra piedra nativa de la Llanura.

Una hinchada sombra derivó cruzando las pedregosas laderas de los riscos.

Cubría varias hectáreas, era demasiado oscura para ser la sombra de una nube.

—¿Una ballena del viento?

Silencioso asintió.

Cruzó las alturas del aire entre nosotros y el sol, pero no pude divisarla. No había visto ninguna en años. La última vez fue mientras Elmo y yo cruzábamos la Llanura con Susurro, al servicio de la Dama... ¿hacía cuánto tiempo? El tiempo huye, y con poca alegría en él.

—Extrañas aguas bajo el puente, amigo mío. Extrañas aguas ahí abajo.

Asintió pero no dijo nada. Es Silencioso.

No ha pronunciado una palabra en todos los años que le conozco. No en los años que ha estado con la Compañía. Tanto Un Ojo como mi predecesor como Analista dicen que es absolutamente capaz de hablar. Tras toda una serie de indicios acumulados a lo largo de los años, mi firme convicción es que en su juventud, antes de que se alistara, hizo el gran juramento de no hablar nunca. Puesto que la ley de hierro de la Compañía es no hurgar en la vida de un hombre antes de su alistamiento, he sido incapaz de averiguar nada acerca de las circunstancias.

Le he visto llegar casi a hablar, cuando estaba lo bastante furioso o lo bastante divertido, pero siempre se ha dominado en el último instante. Durante largo tiempo los hombres convirtieron en un juego el pincharle, Intentando conseguir que rompiera su voto, pero la mayoría abandonaron rápidamente su esfuerzo. Silencioso tiene un centenar de pequeñas formas de desanimar a un hombre, como llenar su saco de dormir con garrapatas.

Las sombras se alargaron. Las manchas de oscuridad se hicieron más grandes. Finalmente Silencioso se levantó, pasó por encima de mí, regresó al Agujero, una sombra embozada de oscuro moviéndose en la oscuridad. Un hombre extraño, Silencioso. No sólo no habla; no chismorrea. ¿Cómo puedes manejar a un tipo así?

Sin embargo es uno de mis más antiguos y queridos amigos. Expliquen esto.

—Bien, Matasanos. —La voz era tan hueca como la de un fantasma. Me sobresaltó. Una risa maliciosa matraqueó por entre el arrecife de coral. Un menhir se había deslizado hasta mí. Me volví ligeramente. Permanecía erguido en medio del sendero que había tomado Silencioso, feo en sus Cuatro metros de altura. Un enano en su especie.

—Hola, roca.

Tras divertirse a mi costa, ahora me ignoró. Permaneció tan silencioso como una piedra. Ja-ja.

Los menhires son nuestros principales aliados en la Llanura. Son nuestros interlocutores con las demás especies sintientes. Sin embargo, nos dejan saber lo que está ocurriendo sólo cuando les interesa.

—¿Qué ocurre con Elmo? —pregunté.

Nada.

¿Son mágicos? Supongo que no. De otro modo no podrían sobrevivir dentro de la

nada que irradia Linda. Pero ¿qué son? Misterios. Como la mayor parte de las extrañas criaturas de aquí fuera.

—Hay forasteros en la Llanura.

—Lo sé. Lo sé.

Las criaturas nocturnas estaban empezando a salir. Puntos luminiscentes se deslizaban y picaban sobre nosotros. La ballena del viento cuya sombra había visto llegó lo suficientemente al este como para mostrarme su reluciente vientre. Pronto descendería, arrastrando zarcillos para arrapar cualquier cosa que se pusiera en su camino. Se alzó brisa.

Aromas de salvia hormiguearon en mis fosas nasales. El aire rió quedamente y susurró y murmuró y silbó en el coral. Desde algo más lejos llegó el tintinear de las campanillas de viento que son las hojas del Viejo Padre Árbol.

Es único. El primero o el último de su especie, no lo sé. Allá se alza, siete metros de alto y tres de ancho, meditando al lado del arroyo, irradiando algo parecido al temor, con sus raíces plantadas en el centro geográfico de la Llanura. Silencioso, Goblin y Un Ojo han intentado desentrañar su significado. No han llegado a ninguna parte. Los escasos hombres de las tribus salvajes de la Llanura lo adoran. Dicen que lleva allí desde los albores. Da esa sensación de que el tiempo no cuenta para él.

Se alzó la luna. Mientras permanecía adormecida y preñada sobre el horizonte creí ver algo que la cruzaba. ¿Un Tomado? ¿O una de las criaturas de la Llanura?

Surgió un alboroto en la boca del Agujero, Gruñí. No necesitaba aquello. Goblin y Un Ojo. Durante medio minuto, de una forma muy poco caritativa, deseé que no hubieran vuelto.

—Ya basta con eso. No quiero seguir oyendo esa mierda.

Goblin se asomó desde fuera del coral, sonrió, me desafió a hacer algo. Parecía descansado, recuperado. Un Ojo preguntó:

—¿Te sientes quisquilloso, Matasanos?

—Malditamente quisquilloso, sí. ¿Qué estáis haciendo aquí fuera?

—Necesitábamos un poco de aire fresco. —Inclinó hacia un lado la cabeza, contempló la línea de riscos. Bien. Estaba preocupado por Elmo.

—Estará bien —dije.

—Lo sé.

Un Ojo añadió:

—Te mentí. Nos envió Linda. Sintió agitarse algo en el borde oeste de la nada.

—¿Oh?

—No sé lo que era, Matasanos. —De pronto estaba a la defensiva. Apenado. Lo hubiera sabido de no ser por Linda. Estaba como estaría yo despojado de todo mi instrumental médico. Incapaz de hacer aquello para lo que había sido entrenado toda su vida.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Encender un fuego.

—¿Qué?

El fuego rugió. Un Ojo se volvió tan ambicioso que arrastró hasta ahí dentro maleza muerta suficiente como para abastecer a media legión. Las llamas hicieron retroceder la oscuridad hasta que pude ver a cincuenta metros más allá del arroyo. Los últimos árboles andantes se habían ido. Probablemente olieron la llegada de Un Ojo.

Él y Goblin arrastraron al interior un árbol caído de tipo normal. Dejamos a los andantes tranquilos, excepto para enderezar a los torpes que tropiezan con sus propias raíces. No es que eso ocurra a menudo. Tampoco viajan mucho.

Estaban peleándose acerca de quién debía efectuar qué parte de su trabajo. Dejaron caer el árbol.

—En marcha —dijo Goblin, y en un momento no había la menor señal de ellos. Desconcertado, escruté la oscuridad. No vi nada, no oí nada.

Descubrí que tenía problemas en permanecer despierto. Me dediqué a partir el árbol muerto para tener algo que hacer. Entonces capté lo extraño a mi alrededor.

Me detuve a medio partir un tronco. ¿Cuánto tiempo hacía que los menhires se estaban reuniendo? Conté catorce en los límites de la luz. Creaban largas y profundas sombras.

—¿Qué ocurre? —pregunté, con los nervios un poco alterados.

—Hay forasteros en la Llanura.

Maldita tonada la que cantaban. Me aposenté cerca del fuego, de espaldas a él, arrojando madera por encima del hombro para alimentar las llamas. La luz se extendió. Conté otros diez menhires. Al cabo de un tiempo dije:

—Eso no es exactamente ninguna noticia.

—Viene uno.

Eso era nuevo. Y hablando con pasión, algo de lo que no había sido testigo nunca antes. Una, dos veces, creí captar un parpadeo de movimiento, pero no pude estar seguro. La luz del fuego es engañosa. Apilé más leña.

Un movimiento, seguro. Más allá del arroyo. Una forma humana viniendo hacia mí, lentamente. Cautelosamente. Fingí aburrimiento. Se acercó más. Llevaba una silla de montar cruzada en su hombro derecho y sujetaba una manta con su mano izquierda. En su derecha llevaba un largo estuche de madera, cuyo pulido resplandecía a la luz del fuego. Tenía dos metros de largo y diez por veinte centímetros de ancho. Curioso.

Me di cuenta del perro cuando cruzaron el arroyo. Un perro cruzado, lamoso, escuálido, casi todo él de un color blanco sucio pero con un círculo negro alrededor de un ojo y unas pocas motas negras en sus flancos. Cojeaba, manteniendo una de las patas delanteras siempre alejada del suelo. El fuego se reflejó en sus ojos. Ardían con un color rojo brillante.

El hombre medía más de metro ochenta, tendría quizá treinta años. Se movía ágilmente incluso en su cautela. Tenía músculos sobre músculos. Su harapienta

camisa revelaba unos brazos y un pecho cruzados de cicatrices. Su rostro estaba vacío de emoción. Su mirada se cruzó con la mía cuando le acercó al fuego, sin sonreír ni traicionar ningún intento no amistoso.

Sentí que me rozaba ligeramente un helor. Parecía resistente, pero no lo suficiente como para cruzar la Llanura del Miedo solo.

Lo primero era negociar la situación. Orto acudiría pronto a relevarme. El fuego lo alertaría. Vería al desconocido, se ocultaría y avisaría al Agujero.

—Hola —dije.

Se detuvo, intercambió una mirada con el perro. El animal avanzó lentamente, olisqueando el aire, escrutando la noche a su alrededor. Se detuvo a unos metros de distancia, se sacudió como si estuviera mojado, se tendió sobre su barriga en el suelo.

El desconocido avanzó hasta situarse a su lado.

—Puedes dejar tu carga —invité.

Depositó su silla de montar, bajó su estuche, se sentó. Estaba rígido. Tuvo problemas en cruzar las piernas.

—¿Perdiste tu caballo?

Asintió.

—Se rompió una pata. Al oeste de aquí, ocho, diez kilómetros. Perdí el sendero.

Hay senderos que cruzan la Llanura. Algunos de ellos la Llanura los honra como seguros. A veces. Según una fórmula conocida sólo por sus habitantes: Sin embargo, tan sólo alguien desesperado o estúpido se aventura a solas por ellos. Este hombre no parecía un idiota.

El perro emitió un sonido como un bufido. El hombre le rascó las orejas.

—¿Adónde ibas?

—A un lugar llamado la Fortaleza.

Es el nombre de leyenda, el nombre propagandístico, del Agujero. Una calculada pizca de glamour para las tropas en lugares lejanos.

—¿Tu nombre?

—Rastreador. Éste es el Perro Matasapos.

—Encantado de conocerte. Rastreador. Matasapos.

El perro gruñó. Rastreador dijo:

—Tienes que usar su nombre completo. Perro Matasapos.

Mantuve un rostro serio sólo porque era un hombre tan grande, hosco; y de aspecto duro.

—¿Qué es esa Fortaleza? —pregunté—. Nunca oí hablar de ella.

Alzó unos ojos duros y oscuros del perro, sonrió.

—He oído decir que está cerca de Divisas.

¿Dos veces en un solo día? ¿Era el día de los pares? No. No era ni malditamente probable. Tampoco me gustaba el aspecto del hombre. Me recordaba demasiado a nuestro antiguo hermano Cuervo. Hielo y hierro. Puse cara de desconcierto. Soy bueno en ella.

—¿Divisas? Eso es nuevo para mí. Tiene que estar en alguna parte malditamente lejos por el este. ¿Y para qué vas allí?

Sonrió de nuevo. Su perro abrió un ojo, me lanzó una mirada ominosa. No confiaban en mí.

—Llevo mensajes.

—Entiendo.

—Sobre todo un paquete. Dirigido a alguien llamado Matasanos.

Sorbí la saliva acumulada entre mis dientes, escruté lentamente la oscuridad de los alrededores. El círculo de luz se había reducido, pero el número de menhires no había disminuido. Me pregunté acerca de Goblin y Un Ojo.

—Ese nombre lo tengo oído —dije—. Es una especie de sierrahuesos. —El perro me lanzó de nuevo aquella mirada. Esta vez, decidí, era sarcástica.

Un Ojo brotó de la oscuridad detrás de Rastreador, la espada lista para efectuar el trabajo sucio. Pero maldita sea, avanzó en silencio. Hechicería o no.

Mi gesto de sorpresa lo descubrió. Rastreador y su perro miraron hacia atrás. Ambos se sobresaltaron de ver a alguien allí. El perro se levantó. El pelo de su cuello se erizó. Luego se tendió de nuevo en el suelo, tras girar lo suficiente como para poder tenernos a ambos dentro de su campo de visión.

Pero entonces apareció Goblin, igual de silencioso. Sonreí. Rastreador miró hacia allá. Sus ojos se entrecerraron. Parecía pensativo, como un hombre que acaba de descubrir que está en una partida de cartas con tramposos más hábiles de lo que había esperado. Goblin dejó escapar una risita.

—Quiere entrar, Matasanos. Digo que lo llevemos abajo.

La mano de Rastreador se estremeció hacia el estuche que había cargado. Su animal gruñó. Rastreador cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo estaba otra vez al control. Su sonrisa regresó.

—Matasanos, ¿eh? Entonces he hallado la Fortaleza.

—La has hallado, amigo.

Lentamente, para no alarmar a nadie, Rastreador tomó un paquete envuelto en piel impermeabilizada de la bolsa de su silla de montar. Era el gemelo del que había recibido hacía tan sólo medio día. Me lo ofreció. Me lo metí dentro de la camisa.

—¿Dónde lo obtuviste?

—En Galeote. —Contó la misma historia que el otro mensajero.

Asentí.

—¿Y has venido hasta tan lejos?

—Sí.

—Entonces deberíamos llevarle dentro —le dije a Un Ojo. Captó mi significado. Pondríamos a este mensajero cara a cara con el otro. Veríamos si brotaban chispas. Un Ojo sonrió.

Miré a Goblin. Aprobó la idea.

Ninguno nos sentíamos completamente tranquilos con Rastreador. No estoy

seguro de por qué.

—Vamos —dije. Me levanté apoyándome en mi arco.

Rastreador observó el arma. Empezó a decir algo, se calló. Como si la hubiera reconocido. Sonreí mientras me daba la vuelta. Quizá pensaba que le había puesto a malas con la Dama.

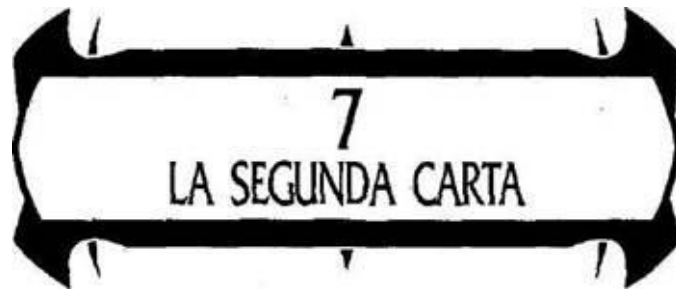
—Sígueme.

Lo hizo. Y Goblin y Un Ojo le siguieron a él, sin que ninguno de los dos le ayudara con sus cosas. Su perro cojeó a su lado, con el hocico clavado al suelo. Antes de entrar miré hacia el sur, preocupado. ¿Cuándo volvería Elmo a casa?

Pusimos a Rastreador y al perro en una celda vigilada. No protestaron. Fui a mis aposentos tras despertar a Otto, que se había retrasado. Intenté dormir, pero aquel maldito paquete estaba allí encima de la mesa, chillando.

No estaba seguro de querer leer su contenido.

Él ganó la batalla.



7
LA SEGUNDA CARTA

Matasanos:

Bomanz miró a través de su teodolito, atisbando por encima de la proa del Gran Túmulo. Retrocedió unos pasos, anotó el ángulo, abrió uno de sus toscos mapas de campo. Aquí era donde había desenterrado el hacha TelleKurre.

—Desearía que las descripciones de Occules no fueran tan vagas. Esto debió de ser el flanco de su formación. El eje de su línea debía de ser paralela a las otras también. Cambiaformas y los caballeros debían de haberse apelotonado allí. Que me maldiga.

El terreno allí se elevaba ligeramente. Bien. Menos agua en el terreno para dañar los artefactos enterrados. Pero la maleza era densa. Robles enanos. Rosas silvestres. Zumaque venenoso. Especialmente zumaque venenoso. Bomanz odiaba esa pestilente planta. Empezó a rascarse con sólo pensar en ella.

—Bomanz.

—¿Qué? —Se dio la vuelta, alzando su rastrillo.

—¡Hey! Tómatelo con calma, Bo.

—¿Qué pasa contigo? Deslizándote de esta manera. No es divertido, Besand. ¿Quieres que rastrille esa sonrisa idiota de tu rostro?

—¡Oooh! Hoy estás desagradable, ¿eh? —Besand era un viejo flaco de aproximadamente la edad de Bomanz. Sus hombros se hundieron, siguiendo el movimiento de su cabeza, que se echó hacia adelante como si estuviera olisqueando un rastro. Grandes venas azules sobresalían en el dorso de sus manos. Manchas hepáticas salpicaban su piel.

—¿Qué demonios esperas? Saltar sobre un hombre saliendo de entre los arbustos.

—¿Arbustos? ¿Qué arbustos? ¿Te está atormentando tu conciencia, Bo?

—Besand, has estado intentando atraparme desde que la luna era verde. ¿Por qué no abandonas? ¿Primero Jazmín me lo pone difícil, luego Tokar me compra todas las existencias de modo que tengo que salir a excavar nuevos artefactos, y ahora tengo que bailar contigo? Márchate. No estoy de humor.

Besand sonrió con una gran sonrisa sesgada, revelando los tocones de sus podridos dientes.

—No te he atrapado, Bo, pero eso no quiere decir que seas inocente. Sólo quiere decir que nunca te he atrapado.

—Si no soy inocente, tienes que ser un maldito estúpido por no haber podido atraparme en cuarenta años. Maldita sea, hombre, ¿por qué demonios no haces la vida más fácil para ambos?

Besand se echó a reír.

—Realmente, pronto vas a tenerme fuera de tus pisadas. Van a sacarme fuera de estos pastos.

Bomanz se reclinó sobre su rastrillo, consideró al Guardia. Besand exudaba un acre olor a dolor.

—¿De veras? Lo siento.

—Apuesto a que sí. Mi reemplazo puede ser lo bastante listo como para atraparte.

—Dale un descanso al asunto. ¿Quieres saber lo que estoy haciendo? Intentando imaginar dónde cayeron los caballeros TelleKurre. Tokar quiere cosas espectaculares. Eso es lo mejor que puedo hacer, sin darte una excusa para colgarme. Pásame esa varita adivinatoria.

Besand se la pasó.

—Robando el montículo, ¿eh? ¿Te lo sugirió Tokar?

Agujas de hielo se clavaron en la espina dorsal de Bomanz. Aquello era más que una pregunta casual.

—¿Tenemos que hacer constantemente esto? ¿No nos conocemos lo suficiente el uno al otro desde hace mucho tiempo como para hacerlo sin jugar al gato y al ratón?

—Me encanta hacerlo, Bo. —Besand lo arrastró hasta el montículo cubierto por la maleza—. Tendríamos que despejar esto. Simplemente no podemos seguir dejándolo así. Pero no hay hombres suficientes, no hay dinero suficiente.

—¿No podríais hacerlo ahora? Ahí es donde desearía cavar, creo. En el zumaque venenoso.

—Oh. Cuidado con el zumaque venenoso, Bo —rió Besand. Cada verano Bomanz se abría camino a través de numerosas aflicciones botánicas—. Acerca de Tokar...

—No trato con gente que desea quebrantar la ley. Ésa ha sido siempre mi regla. Nadie me importuna ya.

—Oblicuo pero aceptable.

La varita de Bomanz se estremeció.

—Voy a meterme en mierda de oveja. Directamente en medio.

—¿Seguro?

—Mírala saltar. Deben de haberlos enterrado en un gran agujero.

—Acerca de Tokar...

—¿Qué hay acerca de él, maldita sea? Si deseas colgarlo, adelante. Sólo dame tiempo de contactar con alguien distinto que pueda hacer que el negocio siga funcionando.

—No deseo colgar a nadie, Bo. Sólo quiero advertirte. Corre un rumor en Galeote que dice que es un Resurreccionista.

Bomanz dejó caer su varita. Engulló una bocanada de aire.

—¿De veras? ¿Un Resurreccionista?

El Monitor lo escrutó intensamente.

—Es sólo un rumor. Los oigo de todas clases. Pensé que quizá desearas saberlo. Estamos tan unidos como pueden estarlo dos hombres en estos lugares.

Bomanz aceptó la rama de olivo.

—Sí. Honestamente, nunca ha insinuado nada al respecto. ¡Huau! Es una auténtica carga que depositar sobre un hombre. —Una carga que merecía profunda meditación—. No le digas a nadie lo que descubrí. Ese ladrón de Men fu...

Besand se echó a reír de nuevo. Su risa tenía una cualidad sepulcral.

—Te gusta tu trabajo, ¿verdad? —dijo Bomanz—. Quiero decir, incordiar a la gente que no se atreve a volverse contra ti.

—Cuidado, Bo. Puedo arrastrarte a la sala de interrogatorios. —Besand se dio la vuelta, se alejó a grandes zancadas.

Bomanz se echó a reír a sus espaldas. Por supuesto, a Besand le gustaba su trabajo. Le permitía jugar a ser un pequeño dictador. Podía hacerle cualquier cosa a cualquiera sin tener que responder por ello.

Una vez el Dominador y sus esbirros cayeron y fueron enterrados en sus túmulos detrás de barreras levantadas por los más espléndidos magos de su época, la Rosa Blanca decretó que fuera apostada una guardia eterna. Una guardia que no perteneciera a nadie, encargada de impedir la resurrección del mal no muerto debajo de los túmulos. La Rosa Blanca comprendía la naturaleza humana. Siempre habría aquéllos que verían un beneficio en usar o seguir al Dominador. Siempre habría adoradores del mal que deseaban ver liberado a su campeón.

Los Resurreccionistas aparecieron casi antes de que la hierba empezara a brotar sobre los túmulos.

¿Tokar un Resurreccionista?, pensó Bomanz. ¿No tengo ya suficientes problemas? Ahora Besand montará su tienda en mi bolsillo.

Bomanz no tenía el menor interés en revivir las viejas maldades. Simplemente deseaba establecer contacto con una de ellas a fin de iluminar varios antiguos misterios.

Besand estaba fuera de la vista. Volvería a paso rápido todo el camino hasta sus aposentos. Allá tendría tiempo para efectuar algunas observaciones prohibidas. Bomanz realineó su teodolito.

El Túmulo no tenía el aspecto de albergar una gran maldad, sólo de abandono. Cuatrocientos años de vegetación e intemperie habían reestructurado aquella obra en su tiempo maravillosa. Los túmulos y el místico paisaje se habían perdido por completo en medio de la maleza que los cubría. La Guardia Eterna ya no tenía los medios para cumplir con un mantenimiento adecuado, el Monitor Besand luchaba en una desesperada acción de retaguardia contra el propio tiempo.

Nada crecía bien en el Túmulo. La vegetación era retorcida y atrofiada. Así, las

formas de los montículos y los menhires y fetiches que mantenían atados a los Tomados quedaban a menudo ocultas.

Bomanz había pasado toda una vida identificando cuál montículo era cual, quién yacía allí, y dónde se alzaba cada menhir y fetiche. Su mapa maestro, su tesoro de seda, estaba casi completo. Ya casi podía desentrañar el laberinto. Estaba tan cerca de ello que se sentía tentado a intentarlo antes de hallarse realmente preparado. Pero no era un estúpido. Tenía intención de seguir ordeñando la dulce leche de la más negra de las vacas. No se atrevía a cometer ningún error. Tenía a Besand en una mano, la vieja y venenosa iniquidad en la otra.

Pero si tenía éxito... Ah, si tenía éxito. Si establecía contacto y extraía los secretos... Los conocimientos del hombre se verían espectacularmente ampliados. Él se convertiría en el más poderoso de los magos vivos. Su fama correría con el viento. Jazmín tendría todo lo que le reprochaba que había tenido que prescindir en su vida de sacrificios. Si establecía contacto.

¡Lo conseguiría, maldita sea! Ni el miedo ni las dolencias de la edad le frenarían ahora. Unos pocos meses y conseguiría la última clave.

Bomanz había vivido durante tanto tiempo sus mentiras que a menudo se mentía a sí mismo. Incluso en sus momentos más honestos nunca había confesado su motivo más poderoso, su aventura intelectual con la Dama. Era ella quien lo había intrigado desde el principio, ella a la que intentaba contactar, ella la que convertía la literatura en algo interminablemente fascinante. De todos los señores de la Dominación ella era la más sombría, la más rodeada por el mito, la menos afectada por los hechos históricos. Algunos eruditos la llamaban la mayor belleza que jamás hubiera vivido, afirmando que simplemente verla era caer en sus embrujos. Algunos la calificaban de la auténtica fuerza motivadora de la Dominación. Unos pocos admitían que esas pruebas documentales eran en realidad poco más que fantasías románticas. Otros no admitían nada mientras permanecían demostrablemente embelesados. Bomanz se había sentido perpetuamente absorto desde que era un estudiante.

De vuelta a su buhardilla, desplegó su mapa de seda. Este día no había sido una completa pérdida. Había localizado un menhir hasta entonces desconocido y había identificado los conjuros que anclaba. Y había descubierto el emplazamiento TelleKurre. Eso podía permitirle comprar el cordero y las judías.

Miró fijamente el mapa, como si la pura voluntad pudiera conjurar la información que necesitaba.

Había dos diagramas. El superior era una estrella de cinco puntas dentro de un círculo ligeramente más grande. Ésta había sido la forma del Túmulo recién construido. La estrella se había alzado una braza por encima del terreno circundante, retenido por muros de piedra caliza. El círculo representaba la orilla exterior de un foso, cuya tierra había sido usada para construir los túmulos, la estrella y un pentágono dentro de la estrella. Hoy el foso era poco más que terreno pantanoso. Los predecesores de Besand habían sido incapaces de mantener un trato con la

Naturaleza.

Dentro de la estrella, marcando las puntas donde se encuentran los brazos, había un pentágono de otra braza de altura. También había sido conservado, pero las paredes se habían desmoronado y se habían llenado de maleza. En el centro del pentágono, sobre un eje norte-sur, estaba el Gran Túmulo donde dormía el Dominador.

En las puntas de la estrella de aquel mapa, siguiendo desde arriba la dirección de las manecillas del reloj, Bomanz había dibujado los números impares del uno al nueve. Acompañando cada uno de ellos había un nombre: Atrapaalmas, Cambiaformas, Nocherniego, Tormentosa, Roehuesos. Los ocupantes de los cinco túmulos exteriores habían sido identificados. Los cinco puntos interiores estaban numerados con números pares, empezando en el pie derecho del brazo de la estrella que apuntaba al norte. En el cuatro estaba el Aullador, en el octavo el Renco. Las tumbas de tres de los Diez que Fueron Tomados permanecían sin identificar.

—¿Quién está en este maldito punto seis? —murmuró Bomanz. Golpeó un puño contra la mesa—. ¡Maldita sea! —Cuatro años y no había conseguido acercarse a aquel nombre. La máscara que ocultaba aquella identidad era una barrera sustancial que no podía derribar. Todo lo demás era simple aplicación técnica, un asunto de anular conjuros protectores, luego contactar con el grande en el montículo central.

Los hechiceros de la Rosa Blanca habían dejado volúmenes alardeando de sus éxitos en su arte, pero ni una palabra de dónde yacían sus víctimas. Así era la naturaleza humana. Besand alardeaba de los peces que atrapaba, del cebo que usaba, y raras veces conseguía el auténtico trofeo.

Debajo de la estrella de su mapa Bomanz había trazado otro dibujo que reflejaba el montículo central. Era un rectángulo orientado sobre un eje norte-sur rodeado y lleno de hileras de símbolos. En cada esquina había una representación de un menhir que, en el Túmulo, era un pilar de cuatro metros de alto rematado por una cabeza de búho con dos caras. Una cara miraba hacia dentro, la otra hacia fuera. Los menhires formaban los pilares angulares que anclaban la primera línea de conjuros que protegían el Gran Túmulo.

A lo largo de los lados estaba la línea de pilares, pequeños círculos que representaban postes fetiche de madera. La mayoría se habían podrido y habían caído, y sus conjuros habían caído con ellos. La Guardia Eterna no tenía ningún hechicero en sus filas capaz de restablecerlos o reemplazarlos.

Dentro del montículo propiamente dicho había símbolos alineados en tres rectángulos de tamaño declinante. Los más exteriores parecían peones, los siguientes caballeros, y los más interiores elefantes. La cripta del Dominador estaba rodeada por hombres que habían dado sus vidas para llevarle ahí abajo. Los fantasmas formaban la línea intermedia entre la antigua maldad y un mundo capaz de llamarla de nuevo. Bomanz no anticipaba ninguna dificultad en pasar por entre ellos. En su opinión, los fantasmas estaban allí para desalentar a los vulgares ladrones de tumbas.

Dentro de los tres rectángulos Bomanz había dibujado un dragón con la cola en la boca. La leyenda decía que un gran dragón yacía enroscado alrededor de la cripta, más vivo que la Dama o el Dominador, durmiendo su sueño ligero a lo largo de los siglos mientras aguardaba un intento de llamar al mal atrapado.

Bomanz no tenía ninguna forma de enfrentarse al dragón, pero tampoco la necesitaba. Su intención era comunicarse con la cripta, no abrirla.

¡Maldita sea! Si tan sólo pudiera poner sus manos sobre un viejo amuleto de los Guardias... Los primitivos Guardias habían llevado amuletos que les habían permitido penetrar en el Túmulo para ocuparse de su mantenimiento. Los amuletos todavía existían, aunque ya no eran usados. Besand llevaba uno. Los otros los mantenía ocultos.

Besand. Aquel maldito loco. Aquel sádico.

Bomanz consideraba al Monitor como su conocido más cercano... pero nunca un amigo. No, nunca un amigo. Era un triste comentario sobre su vida el que el hombre más cercano a él fuera el que saltaría a la menor oportunidad para torturarlo o colgarle.

¿Qué era aquello acerca del retiro? ¿Alguien más allá de aquel bosque olvidado había reclamado el Túmulo?

—¡Bomanz! ¿Vas a venir a comer?

Bomanz murmuró imprecaciones y enrolló el mapa.

El Sueño vino aquella noche. Algo sirénico lo llamó. Era joven de nuevo, soltero, caminando a grandes zancadas por el camino que pasaba junto a su casa. Una mujer le saludó con la mano. ¿Quién era? No la conocía. No le importó. La amaba. Riendo, corrió hacia ella... Sus pasos flotaron. Sus esfuerzos no le llevaron más cerca. El rostro de ella se entristeció. Su silueta se desvaneció...

—¡No te vayas! —llamó—. ¡Por favor! —Pero ella desapareció, y se llevó consigo su sol.

Una vasta noche sin estrellas devoró su sueño. Flotaba en un claro dentro de un bosque invisible. Lentamente, lentamente, un difuso algo plateado silueteó los árboles. Una gran estrella con una larga cola plateada. La contempló crecer hasta que su cola cruzó todo el cielo.

Un hormigero de incertidumbre. Una sombra de miedo.

—¡Viene directamente hacia mí! —Se encogió, se cubrió el rostro con los brazos. La bola de plata llenó el cielo. Tenía un rostro. El rostro de la mujer...

—¡Bo! ¡Para ya! —Jazmín le dio otro codazo.

Se sentó en la cama.

—¿Eh? ¿Qué?

—Estabas gritando. ¿De nuevo esa pesadilla?

Escuchó el martilleo de su corazón, suspiró. ¿Podía resistir mucho más? Era un hombre viejo.

—La misma. —Volvía a él a intervalos impredecibles—. Esta vez fue más

intensa.

—Quizá debieras ver a un médico de sueños.

—¿Aquí fuera? —Bufó disgustado—. No necesito ningún médico de sueños.

—No. Probablemente sólo es tu conciencia. Remordiéndote por engañar a Stancil para que volviera de Galeote.

—Yo no engañé... Vuelve a dormirte. —Para su sorpresa, ella se dio la vuelta, no deseosa por una vez de seguir con la discusión.

Se quedó mirando a la oscuridad. Esta vez había sido tan claro. Casi demasiado obvio. ¿Había algún significado oculto detrás de la advertencia del sueño contra sus manipulaciones?

Lentamente, lentamente, el talante del inicio del sueño volvió a él. Aquella sensación de ser llamado, de hallarse a sólo un paso intuitivo del deseo de su corazón. Le hacía sentir bien. Su tensión se fue relajando. Se durmió sonriendo.

Besand y Bomanz observaban a los Guardias limpiar la maleza del lugar de Bomanz. De pronto Bomanz escupió:

—¡No la quemes, idiota! Deténle, Besand.

Besand sacudió la cabeza. Un Guardia con una antorcha retrocedió del montón de maleza.

—Hijo, no se quema el zumaque venenoso. El humo dispersa el veneno.

Bomanz se estaba rascando. Y se preguntaba por qué su compañero se mostraba tan razonable. Besand hizo una mueca.

—Te hace sentir picores sólo pensar en ello, ¿eh?

—Sí.

—Aquí está tu otro picor. —Señaló. Bomanz vio a su competidor Men fu observar desde una distancia segura. Gruñó.

—Nunca he odiado a nadie, pero él me tienta. Carece de ética, no tiene escrúpulos ni conciencia. Es un ladrón y un mentiroso.

—Lo conozco, Bo. Y es una suerte para ti el que lo conozca.

—Déjame preguntarte algo, Besand. Monitor Besand. ¿Por qué no le incordias a él de la forma en que lo haces conmigo? ¿Qué quieres decir con eso de la suerte?

—Te acusó de tendencias Resurreccionistas. No le acoso porque sus muchas virtudes incluyen la cobardía. No tiene el valor de recuperar artefactos proscritos.

—¿Y yo sí? ¿Esa pequeña verruga me ha calumniado? ¿Me ha acusado de crímenes capitales? Si yo no fuera un hombre viejo...

—Sé que tienes los redaños para hacerlo. Tranquilo. Simplemente nunca te he atrapado poniendo en evidencia esa inclinación.

Bomanz hizo girar los ojos.

—Vaya. Las acusaciones veladas...

—No tan veladas, amigo mío. Hay una laxitud moral en ti, una no voluntad de

aceptar la existencia del mal, que apesta como un viejo cadáver. Dale rienda suelta y te atraparé, Bo. Hay mucha gente astuta, pero siempre termina traicionándose a sí misma.

Por un instante Bomanz pensó que su mundo se estaba haciendo pedazos. Luego se dio cuenta de que Besand estaba lanzando el anzuelo. El Monitor era un pescador dedicado. Estremecido, dijo:

—Me enferma tu sadismo. Si realmente sospecharas algo, habrías caído sobre mí como una serpiente sobre una mierda. Las legalidades nunca han significado nada para vosotros los Guardias. Probablemente mientes acerca de Men fu. Colgarías a tu propia madre basándote en la palabra de un villano mucho más lamentable que él. Estás enfermo, Besand. ¿Sabes eso? Enfermo. De aquí. —Se palmeó la sien—. No puedes relacionar nada sin crueldad.

—Estás tensando de nuevo tu suerte, Bo.

Bomanz reculó. Miedo y temperamento habían estado hablando. A su propia extraña manera Besand le había demostrado una tolerancia especial. Era como si él fuera necesario para la salud emocional del Monitor. Besand necesitaba una persona, fuera de la Guardia, a la cual no victimizar. Alguien cuya inmunidad le pagara en una especie de validación... ¿Soy un símbolo de la gente a la que defiende? Bomanz soltó un bufido. Aquello era demasiado.

Ese asunto acerca de retirarse. ¿Dijo más de lo que yo oí? ¿Está anulando todas sus apuestas porque se marcha? Quizá sienta una debilidad hacia las personas que burlan la ley. Quizá desee salirse a lo grande.

¿Y acerca del nuevo hombre? ¿Otro monstruo, no afectado por la telaraña que he tejido delante de los ojos de Besand? ¿Quizás alguien que vendrá como entra el toro en el coso? Y Tokar, el posible Resurreccionista... ¿cómo encaja en el conjunto?

—¿Qué ocurre? —preguntó Besand. La preocupación coloreó sus palabras.

—La úlcera me está matando. —Bomanz se masajeó las sienes, esperando que no acudiera también el dolor de cabeza.

—Planta tus marcadores. Men fu puede adelantársete en cualquier momento.

—Sí. —Bomanz tomó media docena de estacas de su bolsa. Cada una llevaba una tira de tela amarilla. Las plantó. La costumbre dictaba que el terreno así delimitado era suyo para su explotación.

Men fu, sin embargo, podía efectuar incursiones nocturnas o lo que fuera, y Bomanz no tendría ningún recurso legal. Las reclamaciones no tenían peso legal, sólo a nivel privado. Los antiguos mineros ejercían sus propias sanciones.

A Men fu no le importaba ninguna de las sanciones excepto la violencia. Nada alteraba sus actitudes de ladrón.

—Me gustaría que Stancil estuviera aquí —dijo Bomanz—. Podría vigilar durante la noche.

—Le gruñiré un poco. Eso siempre es bueno, al menos por unos cuantos días. He oído que Stance volvía a casa.

—Sí. Para el verano. Estamos emocionados. No lo vemos desde hace cuatro años.

—Es amigo de Tokar, ¿verdad?

Bomanz se volvió en redondo.

—¡Maldito seas! ¡Nunca abandonas!, ¿eh? —Habló suavemente, con una rabia genuina, sin los gritos y las maldiciones y los gestos dramáticos de su habitual semirrabia.

—De acuerdo, Bo. Lo dejaré correr.

—Sí, será mejor. Será malditamente mejor. No quiero verte arrastrándote tras él todo el verano. No lo permitiré, ¿entiendes?

—He dicho que lo dejaré correr.



Corbie iba y venía a voluntad por el recinto de la Guardia. Las paredes interiores del edificio del cuartel general alardeaban de varias docenas de antiguas pinturas del Túmulo. Las estudió a menudo mientras limpiaba, estremeciéndose. Su reacción no era única. El intento de escapar del Dominador a través de Enebro había hecho tambalearse el imperio de la Dama. Las historias de sus crueldades se habían alimentado a sí mismas y crecido y engordado a lo largo de los siglos desde que la Rosa Blanca lo enterrara.

El Túmulo permanecía tranquilo. Quienes lo vigilaban no veían nada alarmante. La moral crecía. La vieja maldad había usado su rayo.

Pero aguardaba.

Aguardaría toda la eternidad si era necesario. No podía morir. Su aparente última esperanza no era ninguna esperanza. La Dama era inmortal también. No permitiría que nada abriera la tumba de su esposo.

Las pinturas registraban una progresiva degradación. La última databa de poco después de la resurrección de la Dama. Incluso entonces el Túmulo había estado mucho más entero.

A veces Corbie iba hasta el límite de la ciudad, miraba el Gran Túmulo, sacudía la cabeza.

En su tiempo había habido amuletos que permitían a los Guardias entrar con seguridad dentro del radio de los conjuros que convertían al Túmulo en algo letal, para permitirles el mantenimiento. Pero habían desaparecido. Ahora la Guardia sólo podía vigilar y esperar.

El tiempo transcurría. Lento y gris y cojeante. Corbie se convirtió en un elemento más de la ciudad. Hablaba raras veces, pero ocasionalmente animaba las sesiones en el Diablo Azul con prolijas anécdotas de las campañas de Forsberg. Entonces el fuego brillaba en sus ojos. Nadie dudaba de que había estado allí, aunque viera esos días con una mirada un tanto estrábica.

No hacía auténticos amigos. Los rumores decían que compartía ocasionales partidas de ajedrez privadas con el Monitor, el coronel Dolce, para quien había hecho algunos pequeños servicios especiales. Y por supuesto estaba el recluta Lance, que devoraba sus historias y le acompañaba en sus cojeantes paseos. Los rumores decían que Corbie sabía leer. Lance esperaba aprender.

Nadie había visitado nunca el primer piso de la casa de Corbie. Allí, en el corazón de la noche, desentrañaba lentamente la traicionera maraña de una historia que el tiempo y la deshonestidad habían distorsionado hasta hacerle perder cualquier paralelismo con la verdad.

Sólo algunas partes estaban cifradas. La mayoría habían sido apresuradamente garabateadas en TelleKurre, el lenguaje principal de la era de la Dominación. Pero algunos pasajes dispersos estaban en UchiTelle, una vulgata regional del TelleKurre. Había ocasiones, cuando luchaba con esos pasajes, en las que Corbie sonreía hoscamente. Puede que fuera el único hombre vivo capaz de desentrañar algo de aquéllas a veces fragmentarias frases. «Los beneficios de una educación clásica», murmuraba con un cierto sarcasmo. Entonces adoptaba una actitud reflexiva, introspectiva. Daba uno de sus paseos a última hora de la noche para sacudir la memoria fantasma. El propio ayer de uno es un fantasma que se niega a desaparecer. La muerte es el único exorcismo.

Se veía a sí mismo como un artesano. Un herrero. Un armero forjando con mucho cuidado una espada letal. Como su predecesor en aquella casa, había dedicado su vida a la búsqueda de un fragmento de conocimiento.

El invierno fue sorprendente. Las primeras nieves llegaron pronto, tras un temprano e inusualmente húmedo otoño. Nevó a menudo y abundantemente. La primavera llegó tarde.

En los bosques al norte del Túmulo, donde sólo moraban algunos clanes dispersos, la vida era dura. Los miembros de las tribus aparecieron con pieles que intercambiar por comida. Los factores de los peleteros de Galeote se sintieron extasiados.

Los viejos calificaron el invierno de un heraldo de cosas peores por venir. Pero los viejos siempre ven el clima de hoy más duro que el de ayer. O más suave. Nunca, nunca idéntico.

Llegó la primavera. Un rápido deshielo hizo crecer los arroyos y los ríos. El Gran Trágico, que serpenteaba a menos de cinco kilómetros del Túmulo, se extendió varios kilómetros más allá de sus orillas. Engulló decenas y centenares de miles de árboles. La inundación fue tan espectacular que mucha gente de la ciudad buscó puntos de observación en las colinas para mirar.

Para la mayoría, la novedad no tardó en desaparecer. Pero Corbie salía cojeando cada día que Lance podía acompañarle. Lance todavía estaba poseído por los sueños. Corbie le seguía la corriente.

—¿Por qué estás tan interesado en el río, Corbie?

—No lo sé. Quizá debido a su gran declaración.

—¿Qué?

Corbie trazó un arco con la mano, abarcándolo todo.

—La vastedad. La furia desatada. ¿Ves lo poco significativos que somos? —La amarronada agua roía la colina, furiosa, arrancando bosques de madera a la deriva.

Brazos menos turbulentos rascaban la colina, fondeaban los bosques más allá.

Lance asintió.

—Como la sensación que noto cuando miro las estrellas.

—Sí. Sí. Pero esto es más personal. Más cercano a casa. ¿No es así?

—Supongo. —Lance sonaba desconcertado, Corbie sonrió. El legado de una juventud campesina.

—Volvamos. Parece que ha llegado al máximo. Pero no confío demasiado en ello con esas nubes rodando en el cielo.

Amenazaba lluvia. Si el río seguía subiendo, la colina se convertiría en una isla.

Lance ayudó a Corbie a cruzar la partes más lodosas y a subir a la cresta de la baja elevación que impedía que el agua alcanzara terreno desbrozado. Buena parte de ella era ahora un lago, lo bastante somero como para ser vadeado si algún loco se atrevía a hacerlo. Bajo el cielo gris el Gran Túmulo se alzaba miserable, reflejado en el agua como un oscuro terrón. Corbie se estremeció.

—Lance. Él todavía está aquí.

El joven se inclinó sobre su lanza, interesado tan sólo porque Corbie estaba interesado. Deseaba salirse de la llovizna.

—El Dominador, muchacho. Sea lo que sea lo que haya hecho, no ha escapado. Está aguardando. Llenándose cada vez con más odio hacia los vivos.

Lance miró a Corbie. El hombre estaba completamente tenso. Parecía asustado.

—Si consigue librarse, Dios se apiade del mundo.

—Pero ¿no terminó con él la Dama en Enebro?

—Lo detuvo. No lo destruyó. Puede que eso no sea posible... No, tiene que serlo. Ha de ser vulnerable de alguna forma. Pero si la Rosa Blanca no pudo causarle daño...

—La Rosa no era tan fuerte, Corbie. Ni siquiera pudo causarles daño a los Tomados. O siquiera a sus esbirros. Todo lo que pudo hacer fue inmovilizarlos y enterrarlos. Se necesitaron la Dama y los Rebeldes...

—¿Los Rebeldes? Lo dudo. Ella lo hizo. —Corbie se inclinó hacia adelante, forzando su pierna. Avanzó a lo largo del borde del lago. Su mirada permanecía fija en el Gran Túmulo.

Lance temía que Corbie estuviera obsesionado con el Túmulo. Como Guardia, tenía que estar preocupado. Aunque la Dama había exterminadas a los Resurreccionistas en tiempos de su abuelo, ese montículo seguía ejerciendo su oscura atracción. El Monitor Dolce seguía temiendo que alguien pudiera revivir aquella idiotez. Deseaba advertir a Corbie, pero no podía pensar en una forma educada de hacerlo.

El viento agitó el lago. Las ondulaciones avanzaron desde el Túmulo hacia ellos. Ambos se estremecieron.

—Me gustaría que cambiara el tiempo —murmuró Corbie—. ¿Una pausa para el té?

El tiempo siguió frío y húmedo. El verano llegó tarde. El otoño vino pronto. Cuando finalmente el Gran Trágico se retiró, dejó una llanura de lodo sembrada con los restos de grandes árboles. Su canal se había desviado ochocientos metros hacia el oeste.

Las tribus de los bosques siguieron vendiendo pieles.

Azar y buena suerte. Corbie estaba a punto de terminar su renovación. Estaba restaurando un armario empotrado. Al retirar una barra de madera para colgar ropa tropezó. La barra se separó en dos mitades cuando golpeó el suelo.

Se arrodilló. Miró. Su corazón martilleó. Una delgada tira de seda blanca asomaba entre ellas. Suavemente, con mucho cuidado, volvió a unir la barra, la llevó escaleras arriba.

Con mucha, mucha cautela, retiró la seda, la desenrolló. Su estómago se anudó.

Era el mapa de Bomanz del Túmulo, completo con notas acerca de cuáles Tomados yacían dónde, dónde estaban situados los fetiches y por qué, la potencia de los hechizos protectores, y toda una dispersión de lugares conocidos de reposo de los esbirros de los Tomados que habían sido enterrados con sus capitanes. Un mapa realmente repleto de datos. En su mayor parte anotados en TelleKurre.

También estaban anotados los emplazamientos sepulcrales fuera del Túmulo propiamente dicho. La mayor parte de los caídos ordinarios habían ido a parar a enormes fosas comunes.

La batalla prendió la imaginación de Corbie. Por un momento vio las fuerzas del Dominador resistiendo firmes, muriendo hasta el último hombre. Vio oleada tras oleada de las hordas de la Rosa Blanca rendir sus vidas para contener la sombra dentro de la trampa. Sobre sus cabezas, el Gran Cometa hendía el cielo, una enorme cimitarra llameante.

Sin embargo, sólo podía imaginar. No había historias fiables.

Sintió conmiseración hacia Bomanz. Pobre hombrecillo loco, soñando, buscando la verdad. No se había merecido su oscura leyenda.

Corbie permaneció estudiando el mapa toda la noche, dejando que se filtrara dentro de sus huesos y de su alma. Le servía de poco para ayudarlo a traducir, pero iluminaba en cierto modo el Túmulo. Y más aún, iluminaba a un hechicero tan dedicado que había gastado toda su vida adulta estudiando el Túmulo.

La luz del amanecer hizo reaccionar a Corbie. Por un momento dudó de sí mismo. ¿Era posible que fuera presa de la misma fatal pasión?



9
LA LLANURA DEL MIEDO

El Teniente en persona me despertó.

—Elmo ha vuelto, Matasanos. Desayuna algo, luego preséntate a la sala de conferencias. —Era un hombre hosco que se volvía más hosco a cada día que pasaba. A veces lamento haber votado por él después de que el Capitán muriera en Enebro. Pero el Capitán lo deseaba así. Fue su petición de moribundo.

—Estaré ahí en seguida —dije, levantándome sin mi habitual tanda de gruñidos. Agarré mi ropa, removí papeles, me burlé en silencio de mí mismo. ¿Cuán a menudo había dudado de haber votado por el Capitán? Sin embargo, cuando quiso renunciar, no se lo permitimos.

Mis aposentos no se parecen en nada a la madriguera de un médico. Las paredes están cubiertas de suelo a techo con viejos libros. He leído la mayoría de ellos, tras estudiar las lenguas en las que están escritos. Algunos son tan viejos como la propia Compañía, y cuentan antiguas historias. Algunos son genealogías nobles, robadas de ampliamente dispersos antiguos templos y oficinas civiles. Los más raros, y los más interesantes, narran la aparición y el desarrollo de la Dominación.

Los más raros son los escritos en TelleKurre. Los seguidores de la Rosa Blanca no fueron unos vencedores gentiles. Quemaron libros y ciudades, transportaron mujeres y niños, profanaron antiguas obras de arte y famosos santuarios. Las consecuencias habituales de una gran conflagración.

Así que queda poco para profundizar en los lenguajes y el modo de pensar y la historia de los vencidos. Algunos de los documentos más llanamente escritos que poseo me resultan totalmente inaccesibles.

Cómo desearía que Cuervo estuviera todavía con nosotros, en vez de morar entre los muertos. Tenía una sorprendente familiaridad con el TelleKurre escrito. Pocos fuera del círculo íntimo de la Dama pueden hacerlo.

Goblin asomó su cabeza por la puerta.

—¿Has conseguido algo?

Lloré en su hombro. Era el antiguo lamento. Ningún progreso.

Se echó a reír.

—Ve a contárselo al oído de tu amiga. Ella te puede ayudar.

—¿Cuándo dejaréis a un lado esto, maldita sea? —Habían pasado quince años desde que escribí mi último ingenuo romance sobre la Dama. Eso fue antes de la

larga retirada que condujo a los Rebeldes a su condenación delante de la Torre en Hechizo. No dejan que lo olvides.

—Nunca, Matasanos. Nunca. ¿Quién más ha pasado la noche con ella? ¿Quién más vuela con ella en su alfombra volante?

Desearía olvidar. Aquéllos fueron tiempos de terror, no de romance.

Ella supo de mis trabajos de analista y me pidió que mostrara su lado de los acontecimientos. Más o menos. No censuró ni dictó, pero insistió en que me mantuviera imparcial y me atuviera a los hechos. Recuerdo haber pensado que ella esperaba la derrota, deseaba una historia no tergiversada dictada desde algún otro lado.

Goblin observó el montón de documentos.

—¿No puedes sacar nada de ellos?

—No creo que haya nada que sacar. Todo lo que traduzco se convierte en una gran nada. El registro de gastos de alguien. Una agenda de compromisos. Una lista de ascensos. Una carta de algún oficial a un amigo en la corte. Todo mucho más antiguo de lo que estoy buscando.

Goblin alzó una ceja.

—Pero seguiré intentándolo. —Había algo allí. Tomamos aquellos documentos de Susurro, cuando era una Rebelde. Significaban mucho para ella. Y nuestro mentor de entonces, Atrapaalmas, creía que su significado podía derribar un imperio.

Goblin observó, pensativo:

—A veces el conjunto es más grande que la suma de sus partes. Quizá debieras buscar qué es lo que lo mantiene todo unido.

El pensamiento se me había ocurrido a mí también. Un nombre aquí, allí, en alguna parte, revelando la estela de alguien a lo largo de sus primeros días. Quizá terminara encontrándolo. El cometa no regresaría en mucho tiempo.

Pero tenía mis dudas.

Linda todavía es joven, justo en la mitad de sus veinte años. Pero el florecer de la juventud la ha abandonado. Duros años se han ido acumulando sobre duros años. Hay muy poco femenino en ella. No ha tenido la oportunidad de desarrollarse en esa dirección. Incluso después de dos años en la Llanura ninguno de nosotros piensa en ella como en una Mujer.

Es alta, quizá le falten cinco centímetros para el metro ochenta. Sus ojos son de un azul desteñido que a menudo los hace parecer vacíos, pero que se convierten en espadas de hielo cuando se siente contrariada. Su pelo es rubio, como si hubiera estado demasiado expuesto al sol. Sin una constante atención cuelga en mechones. Sin la menor vanidad, lo mantiene más corto de lo que está de moda. En su ropa también se inclina hacia lo utilitario. Algunos que la visitan por primera vez se sienten ofendidos porque viste de una forma tan masculina. Pero ella no les deja la menor duda de que puede manejar cualquier tipo de asunto.

Su destino le llegó sin que ella lo deseara, pero ha hecho las paces con él, lo ha

aceptado con testaruda determinación. Muestra una sabiduría notable para su edad, y para alguien con un hándicap como el suyo. Cuervo la enseñó bien aquellos pocos años en que fue su guardián.

Paseaba arriba y abajo cuando llegué. La sala de conferencias tiene un lado excavado en la tierra, es humosa, está atestada incluso cuando se halla vacía. Huele a una larga ocupación por demasiados hombres que no se han lavado lo suficiente. El viejo mensajero de Galeote estaba allí. También estaban Rastreador y Encordador y varios otros forasteros. La mayor parte de la Compañía estaba presente. Saludé con un signo del dedo. Linda me ofreció un abrazo fraternal, me preguntó si tenía algún progreso que informar.

Hablé para el grupo e hice signos para ella.

—Estoy seguro de que no tenemos todos los documentos que hallamos en el Bosque Nuboso. No sólo porque no puedo identificar lo que estoy buscando, sino porque todo lo que tengo es demasiado viejo.

Los rasgos de Linda son regulares. Ninguno sobresale de los demás. Sin embargo captas que el carácter y la voluntad de esta mujer no pueden ser quebrantados. Ya ha estado en el Infierno. No la afectó cuando era una niña. No podrá afectarla ahora.

No se sentía complacida. Hizo signos:

—No tendremos el tiempo que esperábamos.

Mi atención estaba medio en otra parte. Había esperado que brotaran chispas entre Rastreador y el otro occidental. A un nivel visceral yo había respondido negativamente a Rastreador. Descubrí que sentía una esperanza irracional de recibir pruebas que sustentaran esa reacción.

Nada.

No era sorprendente. La estructura celular del movimiento mantiene a nuestros simpatizantes aislados unos de otros.

Linda quiso saber a continuación los informes de Goblin y Un Ojo.

Goblin usó su voz más chillona.

—Todo lo que hemos oído es cierto. Están reforzando sus guarniciones. Pero Encordador puede explicarlo mejor. Para nosotros, la misión fue un fracaso. Estaban prevenidos. Nos persiguieron por toda la Llanura. Tuvimos suerte de escabullimos. Tampoco conseguimos ayuda.

Los menhires y sus extraños colegas están de nuestro lado, supuestamente. A veces me lo pregunto. Son impredecibles. Ayudan o no según una fórmula que sólo ellos comprenden.

Linda estaba poco interesada en los detalles de la fracasada incursión. Se dirigió a Encordador. Éste dijo:

—Los ejércitos se están reuniendo a ambos lados de la Llanura. Bajo el mando de los Tomados.

—¿Los Tomados? —pregunté. Sólo sabía de dos. Él sonaba como si fueran muchos.

Eso era de temer. Desde hace tiempo hay un rumor de que la Dama ha permanecido tranquila tanto tiempo porque estaba desarrollando una nueva cosecha de Tomados. Yo no lo había creído. La época está lamentablemente desprovista de personajes con la magnífica vitalidad villana de aquéllos a los que el Dominador tomó en los tiempos antiguos: Atrapaalmas, El Ahorcado, Nocherniego, Cambiaformas, el Renco y los demás. Eran malvados de gran alcance, casi tan salvajes y retorcidamente despiadados como la propia Dama y el Dominador. Ésta es la era de la hermana débil, exceptuando tan sólo a Linda y Susurro.

Encordador respondió tímidamente:

—Los rumores son ciertos, lord.

Lord. Yo. Porque me hallo cerca del corazón del sueño. Lo odio, pero tengo que aceptarlo.

—¿Sí?

—Puede que esos nuevos Tomados no sean Tormentosa o Aullador. —Sonrió débilmente—. *Sir Alforja* observó que los antiguos Tomados eran diablos salvajes tan impredecibles como el rayo, y los nuevos son el predecible trueno domado de la burocracia. Si captas lo que quiero decir.

—Lo capto. Sigue.

—Se cree que hay seis nuevos, lord. *Sir Alforja* cree que están a punto de ser liberados. Por ello la gran concentración alrededor de la Llanura. *Sir Alforja* cree que la Dama ha convertido nuestra destrucción en una competición.

Alforja. Nuestro agente más dedicado. Uno de los pocos supervivientes del largo asedio a Orín. Su odio no conoce límites.

Encordador tenía una extraña expresión. Una expresión que decía que había más, y que todo era malo.

—¿Y bien? —dije—. Escúpelo.

—Los nombres de los Tomados han sido inscritos en estelas erigidas en sus respectivos dominios. En Orín el comandante del ejército se llama Beneficio. Su estela apareció después de que llegara una alfombra de noche. Desde entonces no ha vuelto a vérselo.

Aquello merecía una investigación. Sólo los Tomados pueden manejar una alfombra. Pero ninguna alfombra puede alcanzar Orín sin cruzar la Llanura del Miedo. Los menhires no han informado de ese paso.

—¿Beneficio? Un nombre interesante. ¿Los otros?

—En Baque hay uno llamado Ampolla.

Risitas. Dije:

—Me gustaba más cuando los nombres eran más descriptivos. Como el Renco, Muerdeluna, el Sínrostro.

—En Escarcha tenemos uno llamado el Trepador.

—Eso está mejor. —Linda me lanzó una mirada de advertencia.

—En Lamento hay uno llamado Erudito. Y en Hollejo uno llamado Desdén.

—Desdén. Ése también me gusta.

—Los confines occidentales de la Llanura están controlados por Susurro y Jornada, que operan ambos desde un pueblo llamado Espetón.

Siendo como soy un fenómeno matemático natural, sumé y dije:

—Eso hace cinco nuevos y dos antiguos. ¿Dónde está el otro nuevo?

—No lo sé. El que falta es el comandante de todos ellos. Su estela se alza en el recinto militar en las afueras de Orín.

La forma en que dijo esto royó mis nervios. Estaba pálido. Empezó a temblar. Me sentí aferrado por una premonición. Supe que no me gustaría lo que iba decir a continuación. Pero:

—¿Y bien?

—Esa estela lleva el sello del Renco.

Lo sabía. No iba a gustarme en absoluto.

El sentimiento fue universal.

—¡Oh! —chirrió Goblin.

—Mierda de mierda —dijo Un Ojo, con un suave tono maravillado que era más significativo aún a causa de su reserva habitual.

Me senté. Allí mismo. Justo en medio del suelo. Me cubrí la cabeza con las manos. Sentí deseos de echarme a llorar.

—Imposible —dije—. Yo lo maté. Con mis propias manos. —Y, diciendo aquello, dejé de creerlo, aunque había tenido fe en aquel hecho durante años—. Pero ¿cómo?

—No se puede mantener a un buen hombre fuera de circulación —intentó burlarse Elmo. Que estaba impresionado quedaba evidenciado por su observación. Elmo nunca dice nada gratuitamente.

La encarnizada enemistad entre el Renco y la Compañía data de nuestra llegada al norte del Mar de las Tormentas, porque fue entonces cuando alistamos a Cuervo, un misterioso nativo de Ópalo, un hombre de antigua alcurnia que había sido despojado de sus títulos y riquezas por los esbirros del Renco. Cuervo era tan duro como ellos, y absolutamente sin miedo. Estuviera o no sancionado el robo por los Tomados, devolvió el golpe. Mató a los villanos, entre ellos la gente más competente del Renco. Luego nuestro camino no dejó de cruzarse con el del Renco. Cada vez algo empeoraba el clima entre nosotros...

En la confusión después de Enebro, el Renco se dispuso a arreglar definitivamente las cosas con nosotros. Preparó una emboscada. Cargó con todas sus fuerzas...

—Hubiera apostado cualquier cosa a que lo había matado. —Lo juro, en aquel momento me sentía más impresionado de lo que nunca había estado. Me hallaba en el precipicio del pánico.

Un Ojo observó:

—No te pongas histérico, Matasanos. Sobrevivimos antes a él.

—¡Es uno de los antiguos, idiota! Uno de los auténticos Tomados. De los tiempos en los que tenían auténticos hechiceros. Y nunca antes se le ha permitido lanzarse a toda velocidad contra nosotros. Y con toda esa ayuda... —Ocho Tomados y cinco ejércitos para atacar la Llanura del Miedo. Raras veces éramos más de setenta aquí en el Agujero.

Mi cabeza se llenó de terribles visiones. Esos Tomados podían ser de segunda categoría, pero eran tantos. Su furia podía poner en llamas la Llanura. Susurro y el Renco han lanzado campañas aquí antes. No ignoran los peligros de la Llanura. De hecho, Susurró luchó aquí tanto como Rebelde que como Tomada. Ganó la mayor parte de las más famosas batallas de la guerra oriental.

Linda tocó mi hombro. Aquello era más relajante que cualquier palabra de cualquier amigo. Su confianza es contagiosa. Hizo signos:

—Ahora sabemos —y sonrió.

De todos modos, el tiempo se ha convertido en un martillo gravitando sobre nosotros, a punto de caer. La larga espera del cometa se ha vuelto irrelevante. Tenemos que sobrevivir ahora. Intentando buscar el lado brillante de las cosas, dije:

—El auténtico nombre del Renco se halla en alguna parte en mi colección de documentos.

Pero aquello me recordó mi problema.

—Linda, el documento específico que deseo no se halla allí.

Alzó una ceja. Incapaz de hablar, ha desarrollado uno de los rostros más expresivos que haya visto nunca.

—Tenemos que celebrar una sentada. Cuando tengas tiempo. Para dilucidar qué les ocurrió exactamente a esos papeles mientras los tuvo Cuervo. Algunos no están. Estaban cuando los recuperé de ella. Estoy seguro de que estaban cuando Cuervo los tomó. ¿Qué les ocurrió más tarde?

—Esta noche —hizo signos— haré un poco de tiempo. —De pronto pareció distraída. ¿Por qué había mencionado yo a Cuervo? Significaba mucho para ella, pero uno pensaría que a aquellas alturas el dolor ya se habría disipado. A menos que hubiera más en la historia de lo que yo sabía. Y eso era muy probable. Realmente no tengo ni idea de cuál llegó a ser su relación en los años después de que Cuervo abandonara la Compañía. Ciertamente, su muerte aún la preocupa. Porque fue tan inútil. Quiero decir, después de sobrevivir a todo lo que la sombra arrojó en su camino, se ahogó en unos baños públicos.

El Teniente dice que hay noches en las que Linda se duerme llorando. No sabe por qué, pero sospecha que Cuervo se halla en sus raíces.

Le he preguntado a Linda acerca de aquellos años en los que fueron por su cuenta, pero ella no me lo contará nunca. La impresión emocional que obtengo es una de tristeza y de profunda decepción.

Ahora echó a un lado sus problemas, se volvió a Rastreador y su perro. Detrás de ellos, los hombres que había atrapado Elmo en el risco se agitaron. Se acercaba su

turno. Conocían la reputación de la Compañía Negra.

Pero no llegamos a ellos. Ni siquiera a Rastreador y a su Perro Matasapos. Porque la guardia arriba chilló otra alerta.

Aquello se estaba volviendo agotador.

El jinete cruzó el curso de agua cuando yo entraba en el coral. El agua chapoteó. Su montura se tambaleó. Estaba cubierta de espuma. Nunca más volvería a correr bien. Me dolió ver a un animal tan quebrantando. Pero su jinete tenía una causa para ello.

Dos Tomados aparecieron justo más allá del límite de la nada. Uno lanzó un rayo violeta. Se apagó mucho antes de alcanzarnos. Un Ojo cloqueó y alzó un dedo medio.

—Siempre deseé hacer eso.

—Oh, maravilla de maravillas —chilló Goblin, mirando hacia otro lado. Un cierto número de mantas, grandes y negro azuladas, flotaron más allá de los rosados riscos, atraparon las corrientes ascendentes. Debían de ser una docena, aunque resultaba difícil contarlas, maniobrando como lo hacían para evitar robarse el viento las unas a las otras. Eran gigantes dentro de su especie. Sus alas se extendían hasta una envergadura de al menos una treintena de metros. Cuando estuvieron a suficiente altura, picaron en parejas hacia el Tomado.

El jinete se detuvo, cayó. Tenía una flecha clavada en su espalda. Permaneció consciente sólo el tiempo necesario para jadear:

—¡Tomados!

La primera pareja de mantas, que parecían moverse con una lenta gracia majestuosa, aunque realmente surcaban el aire diez veces más rápido de lo que un hombre puede correr, se abalanzaron más allá del Tomado más cercano justo en el interior de la nada de Linda. Cada una liberó un brillante rayo. El rayo podía ganar velocidad allá donde la hechicería de los Tomados no podía sobrevivir.

Uno de los rayos golpeó. Tomado y alfombra se tambalearon, brillaron brevemente. Apareció humo. La alfombra se retorció y giró hacia el este. Lanzamos un entrecortado vítor.

El Tomado recuperó el control, se alzó dificultosamente, se alejó.

Me arrodillé al lado del mensajero. Era poco más que un muchacho. Estaba vivo. Tenía una oportunidad si me ponía a trabajar en seguida.

—Un poco de ayuda aquí, Un Ojo.

Parejas de mantas atravesaron los límites de la nada, alejando con sus rayos al segundo Tomado. Éste los eludió sin esfuerzo, no hizo nada por responder al ataque.

—Ésa es Susurro —dijo Elmo.

Un Ojo gruñó.

—¿Vas a ayudar a ese chico o no, Matasanos?

—Está bien, está bien. —Odiaba perderme el espectáculo. Era la primera vez que veía tantas mantas, la primera vez que las veía ponerse de nuestro lado. Quería ver más.

—Bien —dijo Elmo, mientras calmaba el caballo del muchacho y rebuscaba en sus alforjas—, otra misiva para nuestro estimado analista. —Extrajo otro paquete envuelto en piel impermeabilizada. Desconcertado, me lo metí bajo el brazo, luego ayudé a Un Ojo a llevar al mensajero Agujero abajo.



10
HISTORIA DE BOMANZ

Matasanos:

El chillido de Jazmín hizo resonar ventanas y puertas.

—¡Bomanz! ¡Ven aquí abajo! ¡Ven inmediatamente, ¿me oyes?!

Bomanz suspiró. Un hombre no podía conseguir estar cinco minutos solo. ¿Para qué demonios se había casado? ¿Por qué se casaban los hombres? Pasabas el resto de tu vida sufriendo, haciendo lo que quería otra gente, no lo que tú querías.

—¡Bomanz!

—¡Ya voy, maldita sea! Esa maldita mujer no sabe ni sonarse la nariz sin que yo esté allí para sujetarle la mano —añadió sotto voce. Hablaba mucho para sí mismo. Tenía sentimientos que desahogar y una paz que mantener. Llegó a un compromiso. Siempre llegaba a un compromiso.

Bajó la escalera con paso fuerte, cada pisada una declaración de irritación. Se burló de sí mismo mientras bajaba: Sabes que te estás haciendo viejo cuando todo te exaspera.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Dónde estás?

—En la tienda. —Había una nota extraña en su voz. Excitación reprimida, decidió. Entró cautelosamente en la tienda.

—¡Sorpresa!

Su mundo cobró vida. Su malhumor se esfumó.

—¡Stance! —Se lanzó en brazos de su hijo. Unos brazos poderosos lo estrujaron—. ¿Ya estás aquí? No te esperábamos hasta la próxima semana.

—Salí pronto. Te estás poniendo gordo, papá. —Stancil abrió los brazos para incluir a Jazmín en un abrazo triple.

—Es la cocina de tu madre. Los tiempos son buenos. Comemos regularmente. Tokar ha sido... —Captó una sombra fea e imprecisa—. Pero ¿cómo estás? Échate un poco hacia atrás. Déjame mirarte. Todavía eras un muchacho cuando te fuiste.

Y Jazmín:

—¿No tiene un aspecto estupendo? Tan alto y saludable. Y con esa ropa tan elegante. —Hizo una mueca de falsa preocupación—. No te habrás metido en ningún asunto poco claro, ¿verdad?

—¡Madre! ¿En qué puede meterse un joven instructor? —Cruzó su mirada con la de su padre y sonrió con una sonrisa que decía: «La misma vieja mamá».

Stancil era diez centímetros más alto que su padre, tendría unos veinticinco años, y parecía atlético pese a su profesión. Más parecido a un aventurero que a un aspirante a intelectual, pensó Bomanz. Por supuesto, los tiempos cambiaban. Habían pasado eones desde sus propios días universitarios. Quizá los estándares habían cambiado también.

Recordó las risas y las bromas y los terriblemente serios debates que duraban toda la noche acerca del significado de todo, y sintió la mordedura de un asomo de nostalgia. ¿Qué había sido de aquel mentalmente rápido y sagaz joven Bomanz? Algún silencioso e invisible Guardián de la mente lo había enterrado en una madriguera en la parte de atrás de su cerebro, y allí estaba ahora soñando, mientras un calvo gnomo barrigudo con papada lo usurpaba gradualmente... Habían robado nuestro ayer y no nos habían dejado más juventud que la de nuestros hijos...

—Bueno, vamos. Háblanos de tus estudios. —Salgamos de esta autocompasión, Bomanz, viejo estúpido—. Cuatro años y sólo cartas acerca de lavar tu ropa y debates en el Delfín Varado. Varado tiene que estar en Galeote. Antes de morir quiero ver el mar. Nunca lo he visto. —Viejo estúpido. Soñar en voz alta, ¿es eso lo mejor que sabes hacer? ¿Se reirían realmente de ti si les dijeras que la juventud está aún viva en alguna parte ahí dentro?

—Su mente se extravía —explicó Jazmín.

—¿A quién llamas senil? —restalló Bomanz.

—Papá. Mamá. Dadme un respiro. Acabo de llegar.

Bomanz tragó aire.

—Tienes razón. Paz. Tregua. Armisticio. Haz de arbitro, Stance. Dos viejos caballos de guerra como nosotros seguimos siempre nuestros propios caminos.

—Stance me prometió una sorpresa antes de que bajaras —dijo Jazmín.

—¿Y? —preguntó Bomanz.

—Estoy prometido. Voy a casarme.

¿Cómo es posible esto? Es mi hijo. Mi bebé. Apenas la semana pasada le cambiaba todavía los pañales... El tiempo, maldito asesino innombrable, siento tu frío aliento, oigo tus cascos revestidos de hierro...

—Hummm. Joven estúpido. Lo siento. Háblanos de ella, puesto que no vas a hablarnos de ninguna otra cosa.

—Lo haría si me dejaras hablar.

—Bomanz, cállate. Háblanos de ella, Stance.

—Probablemente ya sepáis algo. Es la hermana de Tokar, Gloria.

El estómago de Bomanz se hundió al nivel de sus talones. La hermana de Tokar. Tokar, que podía ser un Resurreccionista.

—¿Qué ocurre ahora, papá?

—La hermana de Tokar, ¿eh? ¿Qué sabes acerca de esa familia?

—¿Qué ocurre con ellos?

—No he dicho que ocurriera nada. Te he preguntado qué sabías de ellos.

—Lo suficiente como para saber que quiero casarme con Gloria. Lo suficiente como para saber que Tokar es mi mejor amigo.

—¿Lo suficiente como para saber si son Resurreccionistas?

El silencio cayó como una maza sobre la tienda. Bomanz miró a su hijo. Stancil le devolvió la mirada. Intentó responder dos veces, cambió de opinión. La tensión arañó el aire.

—Papá...

—Eso es lo que piensa Besand. La Guardia está vigilando a Tokar. Y yo también, ahora. Es el tiempo del cometa, Stance. El décimo paso. Besand huele algún gran complot Resurreccionista. Está haciendo que la vida resulte difícil. Esto acerca de Tokar va a hacer que todo resulte peor.

Stancil sorbió saliva entre sus dientes. Suspiró.

—Quizá fue un error venir a casa. No voy a conseguir nada excepto perder el tiempo eludiendo a Besand y peleándome contigo.

—No, Stance —dijo Jazmín—. Tu padre no va a empezar nada. Bo, no iniciarás ninguna pelea. No vas a hacerlo.

—Hum. —¿Mi hijo prometido con una Resurreccionista? Se volvió, inspiró profundamente, se reprendió a sí mismo en silencio. Siempre saltando a conclusiones. Sin más base que la palabra de Besand—. Hijo, lo siento. Me ha estado tomando el pelo. —Miró a Jazmín. Besand no era su único perseguidor.

—Gracias, papá. ¿Cómo van las investigaciones?

Jazmín gruñó y murmuró algo para sí misma. Bomanz dijo:

—Esta conversación es una locura. Todos hacemos preguntas y nadie las responde.

—Dame algo de dinero, Bo —dijo Jazmín.

—¿Para qué?

—Vosotros dos no vais a deciros hola antes de empezar a complotar. Será mejor que me vaya a la compra.

Bomanz aguardó. Ella revisó su arsenal de incisivas observaciones acerca de las cargas de la mujer. Él se encogió de hombros, dejó caer unas monedas en la palma de su mano.

—Vayamos arriba, Stance.

—Se ha ablandado —dijo Stancil cuando entraron en la habitación del desván.

—No me había dado cuenta.

—Tú también. Pero la casa no ha cambiado.

Bomanz encendió la lámpara.

—Atestado como siempre —admitió. Agarró la lanza que era su escondite—. Voy a tener que hacer una nueva un día de éstos. Se está gastando demasiado. —Extendió el mapa sobre la pequeña mesa.

—No ha habido mucha mejora, papá.

—Me libré de Besand. —Dio unos golpecitos al sexto túmulo—. Aquí. Lo único

que se interponía en mi camino.

—¿Esa ruta es la única opción, papá? ¿Puedes alcanzar los dos superiores? O incluso uno. Eso te dejaría una posibilidad de un cincuenta por ciento de adivinar los otros dos.

—Yo no adivino. Esto no es un juego de cartas. No puedes permitirte una nueva mano si juegas mal la primera.

Stancil tomó una silla, contempló el mapa. Tamborileó la mesa con los dedos. Bomanz se agitó inquieto.

Pasó una semana. La familia estableció nuevos ritmos, entre ellos vivir con la vigilancia intensificada del Monitor.

Bomanz estaba limpiando un arma del emplazamiento TelleKurre. Era un hallazgo. Un auténtico hallazgo. Un gran emplazamiento funerario, con armas y una armadura casi perfectamente conservados. Stancil entró en la tienda. Bomanz alzó la vista.

—¿Una noche difícil?

—No demasiado mala. Está a punto de abandonar. Sólo hizo la ronda una vez.

—¿Men fu o Besand?

—Men fu. Besand estuvo allí media docena de veces.

Estaban trabajando por turnos. Men fu era la excusa pública. En realidad Bomanz esperaba cansar a Besand antes de que regresara el cometa. No funcionaba.

—Tu madre tiene preparado el desayuno. —Bomanz empezó a reunir su mochila.

—Espera, papá. Yo también iré.

—Tienes que descansar.

—Estoy bien. Puedo seguir cavando.

—De acuerdo. —Algo estaba preocupando al muchacho. Quizás estuviera dispuesto a hablar.

No lo habían hecho mucho. Sus relaciones preuniversitarias habían sido de confrontación, con Stance siempre a la defensiva... Aquellos cuatro últimos años había crecido, pero el muchacho todavía seguía ahí dentro. Aún no estaba preparado para enfrentarse a su padre de hombre a hombre. Y Bomanz no había crecido lo suficiente como para olvidar que Stancil era su muchachito. A veces nunca se llega a crecer de este modo. Un día el hijo mira hacia atrás a su propio hijo, preguntándose qué ocurrió.

Bomanz siguió frotando escamas de óxido de una maza. Se rió de si mismo. Pensar en relaciones. Esto no es propio de ti, viejo estúpido.

—Hey, papá —llamó Stance desde la cocina—. Casi lo olvidé. La otra noche divisé el cometa.

Una garra penetró en él y agarró un puñado de las entrañas de Bomanz. ¡El cometa! No era posible. Todavía no. Aún no estaba preparado para él.

—Descarado pequeño bastardo —escupió Bomanz. Él y Stancil estaban arrodillados en la maleza, observando a Men fu sacar artefactos de excavación—. Debería romperle la pierna.

—Espera aquí un minuto. Daré un rodeo y le acuchillaré cuando eche a correr. Bomanz bufó.

—No vale la pena.

—Vale la pena para mí, papá. Sólo para mantener el equilibrio.

—De acuerdo. —Bomanz observó a Men fu alzar la vista para mirar a su alrededor, agitando su pequeña y fea cabeza como un palomo nervioso. Volvió a meterse en la excavación. Bomanz se deslizó sigilosamente hacia adelante.

Llegó hasta tan cerca que pudo oír al ladrón hablar consigo mismo.

—Oh. Encantador. Encantador. Una fortuna en piedra. Una fortuna en piedra. Ese pequeño mono gordo no la merece. Todo el tiempo lisonjeando a Besand. Ese rastrero.

—¿Pequeño mono gordo? Tú lo has pedido. —Bomanz depositó su mochila y sus herramientas y aferró firmemente su pala.

Men fu salió del pozo con los brazos llenos. Sus ojos se abrieron mucho. Su boca empezó a decir algo, sin que ningún sonido llegara a salir de entre sus labios.

Bomanz alzó la pala.

—Vamos, Bomanz, no seas...

Bomanz lanzó el golpe. Men fu se echó a un lado, recibió el golpe en su cadera, chilló, dejó caer su carga, agitó las manos en el aire y cayó de espaldas al pozo. Volvió a trepar por el otro lado, chillando como un cerdo herido. Bomanz cojeó tras él, lanzó un poderoso golpe de costado a sus espaldas. Men fu corrió. Bomanz cargó tras él, la pala alzada, chillando:

—¡Quédate quieto, ladrón hijo de puta! Acepta tu destino como un hombre.

Lanzó un último y poderoso golpe. Falló. El impulso le hizo girar. Cayó, se levantó de nuevo, siguió la persecución sin su pala vengadora.

Stancil se alzó en el camino de Men fu. El ladrón bajó la cabeza y cargó como un toro. Bomanz impactó contra Stancil. Padre e hijo rodaron en una maraña de miembros.

—¿Qué demonios? —jadeó Bomanz—. Se ha ido. —Permaneció tendido de espaldas, jadeando. Stancil se echó a reír—. ¿Qué es eso tan malditamente divertido?

—La expresión de su rostro.

Bomanz bufó.

—No fuiste de mucha ayuda. —Se echaron a reír a carcajadas. Finalmente, Bomanz jadeó—: Será mejor que recupere mi pala.

Stancil ayudó a su padre a ponerse en pie.

—Papá, me habría gustado que te hubieras visto.

—Doy gracias de no haberlo hecho. Afortunadamente no tuve un ataque al corazón. —Sufrió en cambio un ataque de risa.

—¿Te encuentras bien, papá?

—Claro que sí. Sólo que no puedo reír y recuperar el aliento al mismo tiempo. Oh. Oh, vaya, no seré capaz de volver a moverme si me siento de nuevo.

—Vayamos a cavar. Eso te mantendrá ágil. Dejaste caer la pala por aquí, ¿verdad?

—Ahí está.

Las risas persiguieron a Bomanz toda la mañana. No dejaba de recordar la agitada retirada de Men fu y el fallo de su autocontrol.

—¿Papá? —Stancil estaba trabajando en el otro lado del pozo—. Mira aquí. Puede que éste sea el motivo por el cual no reparó en tu llegada.

Bomanz cojeó hasta allá, observó a Stancil barrer la tierra suelta de un peto perfectamente conservado. Era tan negro y brillante como ébano recién pulido. Un ornamentado adorno de plata sobresalía en su centro.

—Hummm. —Bomanz saltó fuera del pozo—. Nadie por los alrededores. Ese dibujo medio hombre, medio bestia. Ése es Cambiaformas.

—Él condujo a los TelleKurre.

—Pero no puede estar enterrado aquí.

—Es su armadura, papá.

—Puedo ver eso, maldita sea. —Saltó de nuevo fuera como un marmota curiosa. Nadie a la vista—. Siéntate aquí arriba y monta guardia. Yo cavaré.

—Siéntate tú, papá.

—Has estado levantado toda la noche.

—Soy mucho más joven que tú.

—Me siento perfectamente, gracias.

—¿De qué color es el cielo, papá?

—Azul. ¿Qué tipo de pregunta...?

—Aleluya. Estamos de acuerdo en algo. Eres la vieja cabra más discutidora...

—¡Stancil!

—Lo siento, papá. Nos turnaremos. Lanza una moneda para ver quién empieza.

Bomanz perdió. Se aposentó, con su mochila como apoyo.

—Vamos a tener que ampliar la excavación. Si seguimos cavando así directamente hacia abajo se hundirá con la primera lluvia.

—Sí. Habrá un montón de lodo. Tendríamos que pensar en una zanja de drenaje. Hey, papá, no hay nadie dentro de esta cosa. Parece como en el resto de esta armadura tampoco. —Stancil había puesto al descubierto un guantelete y parte de una espinillera.

—¿Sí? Odio tener que entregarlo.

—¿Entregarlo? ¿Por qué? Tokar dará una fortuna por ello.

—Quizá sí. Pero ¿y si el amigo Men fu ya lo hubiera visto? Podría decírselo a Besand por puro despecho. Tenemos que permanecer en el lado bueno. No

necesitamos esto.

—Sin mencionar que podría haber sido colocado aquí expofeso.

—¿Qué?

—No debería de estar aquí, ¿no? Y no hay ningún cuerpo dentro de la armadura. Y la tierra es blanda.

Bomanz gruñó. Besand era capaz de maquinar algo así.

—Dejémoslo todo tal como está. Iré a buscarle.

—Viejo asqueroso cara de palo —murmuró Stancil mientras el Monitor se marchaba—. Apostaría a que lo plantó él.

—No sirve de nada maldecir. No podemos hacer nada. —Bomanz se apoyó contra su mochila.

—¿Qué haces?

—Descansar. No siento deseos de seguir cavando. —Le dolía todo el cuerpo. Había sido una mañana atareada.

—Deberíamos sacar todo lo que podamos conseguir mientras el tiempo siga siendo bueno.

—Adelante, sigue.

—Papá... —Stancil se lo pensó mejor—. ¿Por qué tú y mamá os estáis peleando todo el tiempo?

Bomanz dejó derivar sus pensamientos. La verdad era escurridiza. Stance no recordaba los años buenos.

—Supongo que es porque la gente cambia y no deseamos que lo haga. —No podía encontrar mejores palabras—. Empiezas con una mujer; es mágica y misteriosa y maravillosa, por la forma como la cantan. Luego empezáis a conoceros el uno al otro. La excitación desaparece. Se convierte en algo confortable. Luego incluso eso desaparece. Ella empieza a perder las formas y a volverse canosa y a acumular arrugas y tú te sientes engañado. Recuerdas aquella chica dulce y tímida que conociste y con la que tonteaste hasta que su padre amenazó con plantar su bota en tu culo. Te resientes de esta desconocida. Y así las cosas se distancian. Supongo que ocurre lo mismo con tu madre. Por dentro sigo teniendo veinte años, Stance. Sólo que si paso por delante de un espejo, o si mi cuerpo no hace lo que quiero, me doy cuenta de que soy un viejo. No veo la barriga ni las venas varicosas ni el pelo gris allá donde aún me queda un poco. Y ella tiene que vivir con eso también.

Cada vez que miro un espejo me siento sorprendido. Termino preguntándome quién es el que se ha apoderado de mi exterior. Un viejo y asqueroso macho cabrío, por su aspecto. El tipo del que acostumbraba a burlarme cuando tenía veinte años. Me asusta, Stance. Tiene el aspecto de un hombre que se está muriendo. Y yo estoy atrapado dentro de él, y no estoy preparado para irme.

Stancil se sentó. Su padre nunca hablaba de sus sentimientos.

—¿Tiene que ser de esta forma?

Quizá no, pero siempre lo es...

—¿Estás pensando en Gloria, Stance? No lo sé. No puedes evitar el hacerte viejo. No puedes evitar el que se produzca un cambio en la relación.

—Quizá nada de esto tenga que ser así. Si conseguimos...

—No me hables de quizás, Stance. He estado viviendo de quizás durante treinta años. —Su úlcera dio un mordisco experimental a sus entrañas—. Tal vez Besand esté en lo cierto. Por las razones equivocadas.

—¡Papá! ¿De qué estás hablando? Has dedicado a esto toda tu vida.

—Lo que digo, Stance, es que estoy asustado. Una cosa es perseguir un sueño. Otra es atraparlo. Nunca obtienes lo que esperabas. Tengo una premonición de desastre. El sueño puede nacer muerto.

La expresión de Stancil experimentó toda una serie de cambios.

—Pero tú tienes que...

—Yo no tengo que hacer nada excepto ser Bomanz el anticuario. A tu madre y a mí no nos queda mucho tiempo. Esta excavación debería proporcionarnos lo suficiente para mantenernos un poco más.

—Si sigues adelante, tendrás muchos más años y mucho más...

—Estoy asustado, Stance. De ir en cualquiera de las dos direcciones. Eso es lo que ocurre cuando te haces viejo. El cambio es algo amenazador.

—Papá...

—Estoy hablando de la muerte de los sueños, hijo. De perder los grandes y locos artificios que te hacen seguir avanzando. Los sueños imposibles. Esa clase de alegre fingimiento está muerta. Para mí. Todo lo que puedo ver son los dientes podridos en la sonrisa de un asesino.

Stancil se izó fuera del pozo. Aferró un puñado de hierba dulce, la chupó mientras miraba al cielo.

—Papá, ¿cómo te sentiste inmediatamente antes de casarte con mamá?

—Entumecido.

Stancil se echó a reír.

—Está bien, ¿y cuando fuiste a pedirla a su padre? ¿De camino hacia aquí?

—Pensé que iba a mearme en los pantalones. Nunca has conocido a tu abuelo. Es el que hizo que empezaran a contar historias acerca de trolls.

—¿Algo parecido a lo que sientes ahora?

—Algo. Sí. Pero no lo mismo. Era más joven, y tenía una recompensa que esperar.

—¿Y ahora no? ¿Acaso las apuestas no son más grandes?

—En ambos sentidos. Ganar o perder.

—¿Sabes una cosa? Tienes lo que llaman una crisis de autoconfianza. Eso es todo. Un par de días y estarás ansiando seguir de nuevo.

Aquella tarde, después de que Stancil se hubiera ido, Bomanz le dijo a Jazmín:

—Hemos tenido un chico muy listo. Hoy hemos hablado. Hablado, realmente, por primera vez. Me sorprendió.

—¿Por qué? Es tu hijo, ¿no?

El sueño llegó más fuerte que nunca antes, más rápido que nunca. Despertó a Bomanz dos veces en una misma noche. Renunció a seguir durmiendo. Se levantó y fue a sentarse en la puerta delantera de la tienda contemplando la luz de la luna. La noche era brillante. Podía distinguir los toscos edificios a lo largo de la sucia calle.

Qué ciudad, pensó, recordando las glorias de Galeote. La Guardia, nosotros los anticuarios, y una poca gente que araña un medio de vida sirviéndonos a nosotros y a los peregrinos. Y de estos últimos apenas hay ya ninguno, pese a que la Dominación vuelve a estar de moda. El Túmulo tiene tan mala fama que nadie quiere ni siquiera mirarlo.

Oyó sonido de pasos. Una sombra se acercó.

—¿Bo?

—¿Besand?

—Hum. —El Monitor se sentó en el escalón inferior—. ¿Qué estás haciendo?

—No podía dormir. He estado pensando acerca de cómo el Túmulo se ha marchitado de tal modo que ni siquiera los puntillosos Resurreccionistas vienen ya aquí. ¿Y tú? No estarás haciendo en persona la guardia nocturna, ¿verdad?

—Tampoco podía dormir. Ese maldito cometa.

Bomanz escrutó el cielo.

—No puedo verlo desde aquí. Tiene que dar aún la vuelta. Tienes razón. Nadie sabe ya que estamos aquí. Ni nosotros ni esas cosas que corren por ahí. No sé lo que es peor. Si la negligencia o la simple estupidez.

—¿Hum? —Algo estaba remordiéndome al Monitor.

—Bo, no me reemplazan porque sea viejo o incompetente, aunque supongo que soy lo suficiente de ambas cosas. Me trasladan para que el sobrino de alguien pueda ocupar mi puesto. Un exilio a causa de una oveja negra. Eso duele, Bo. Duele realmente. Han olvidado lo que es este lugar. Me dicen que he malgastado toda mi vida haciendo un trabajo que un idiota puede hacer dormido.

—El mundo está lleno de idiotas.

—Los idiotas mueren.

—¿Eh?

—Se echan a reír cuando hablo acerca del cometa o acerca de los Resurreccionistas golpeando este verano. No pueden creer lo que yo creo. No creen que haya nada debajo de esos montículos. No nada que aún esté vivo, dicen.

—Tráelos aquí. Hazles recorrer el Túmulo después de oscurecer.

—Lo intenté. Me dijeron que dejara de lamentarme si quería una pensión.

—Entonces has hecho todo lo que has podido. Todo está en sus cabezas.

—Hice un juramento, Bo. Lo hice en serio, y sigo siendo serio al respecto. Este trabajo es todo lo que tengo. Tú tienes a Jazmín y a Stance. Yo podría haber sido muy bien un monje. Ahora me echan a un lado por algún joven... —Empezó a hacer extraños ruidos.

¿Sollozos?, pensó Bomanz. ¿Del Monitor? ¿De este hombre con un corazón de pedernal y toda la piedad de un tiburón? Sujetó a Besand por el codo.

—Vayamos a ver el cometa. Todavía no lo he visto.

Besand se recompuso.

—¿Todavía no? Eso resulta difícil de creer.

—¿Por qué? Últimamente me he acostado temprano. Stancil se ha encargado del trabajo nocturno.

—No importa. Déjame deslizarme de nuevo al papel de mi personaje antagónico. Tú y yo deberíamos haber sido abogados. Tenemos mentalidad discutidora.

—Puede que tengas razón. Últimamente he pasado mucho tiempo preguntándome qué hago aquí fuera.

—¿Qué haces aquí fuera, Bo?

—Vine aquí para hacerme rico. Para estudiar los viejos libros, abrir unas cuantas tumbas ricas, volver a Galeote y comprar el negocio de acarreo de mi tío. —Bomanz se preguntó ociosamente cuánto de su falso pasado aceptaría Besand. Había vivido tanto tiempo con él que ahora recordaba algunas anécdotas fraudulentas como si fueran hechos a menos que pensara intensamente en ellas.

—¿Qué ocurrió?

—Pereza. Pura y vieja pereza. Descubrí que hay una gran diferencia entre soñar y hacer. Era mucho más fácil cavar sólo lo suficiente para tirar adelante y pasar el resto del tiempo haraganeando. —Bomanz hizo una mueca. Estaba rozando la verdad. De hecho, sus investigaciones eran en parte una excusa para no competir. Simplemente no tenía el empuje de un Tokar.

—No has tenido una vida demasiado mala. Uno o dos inviernos duros cuando Stancil era un bebé. Pero todos pasamos por ellos. Una mano auxiliadora aquí o allá y todos sobrevivimos. Ahí está. —Besand señaló el cielo por encima del Túmulo.

Bomanz jadeó. Era exactamente lo que había visto en sus sueños.

—Espectacular, ¿verdad?

—Espera a que se acerque más. Llenará la mitad del cielo.

—Hermoso también.

—Sorprendente, diría. Pero también un heraldo. Un mal presagio. Los autores antiguos dicen que seguirá regresando hasta que sea liberado el Dominador.

—He vivido con este cuento la mayor parte de mi vida, Besand, y cada vez me resulta más difícil de creer que haya algo en ello. ¡Espera! Yo también tengo esa extraña sensación acerca del Túmulo. Pero simplemente no puedo creer que esas criaturas puedan alzarse de nuevo después de cuatrocientos años bajo tierra.

—Bo, quizá seas honesto. Si lo eres, acepta un consejo. Cuando yo me marche, márchate tú también. Toma todo tu material TelleKurre y encamínate a Galeote.

—Estás empezando a sonar como Stance.

—Lo digo en serio. Algún chico idiota incrédulo va a hacerse cargo este lugar, y va a desatarse todo el Infierno. Literalmente. Sal de aquí mientras puedas.

—Puede que tengas razón. Estoy pensando en volver. Pero ¿qué voy a hacer allí? Ya no conozco Galeote. Por lo que me cuenta Stance, me sentiré perdido. Demonios, esto es ahora mi hogar. Nunca me di cuenta realmente de ello. Este estercolero es mi hogar.

—Entiendo lo que quieres decir.

Bomanz contempló aquella gran hoja plateada en el cielo. Pronto, ahora...

—¿Qué ocurre ahí fuera? ¿Quién hay ahí? —les llegó desde la puerta trasera de Bomanz—. Largaos de aquí, ¿oís? O enviaré la guardia detrás de vosotros.

—Soy yo. Jazmín.

Besand se echó a reír.

—Y el Monitor, señora. La Guardia ya está aquí.

—Bo, ¿qué estás haciendo?

—Hablando. Mirando las estrellas.

—Seguiré mi camino —dijo Besand—. Te veré mañana.

Por su tono Bomanz supo que mañana sería un día de acoso habitual.

—Ten cuidado. —Se sentó en el escalón de arriba cubierto de rocío, dejó que la fría noche lo bañara. Los pájaros se llamaban en el Viejo Bosque con voces solitarias. Un grillo chirrió optimista. El aire húmedo apenas agitó el pelo que le quedaba. Jazmín salió y se sentó a su lado.

—No podía dormir —le dijo él.

—Yo tampoco.

—Todo parece volver. —Miró al cometa, se sintió sobresaltado por un instante de dejá vu—. ¿Recuerdas el verano que vinimos aquí? ¿Cuando nos quedamos despiertos toda la noche para ver el cometa? Fue una noche como ésta.

Ella tomó su mano, entrelazó sus dedos con los de él.

—Me estás leyendo la mente. El aniversario de nuestro primer mes. Éramos unos chicos idiotas, entonces.

—Todavía lo seguimos siendo, por dentro.



Para Corbie el desentrañado se produjo rápidamente ahora. Bastaba mantener su mente centrada en el asunto. Pero cada vez se sentía más y más distraído por aquel viejo mapa de seda. Aquellos extraños nombres antiguos. En TelleKurre tenían una resonancia ausente en las lenguas modernas. Atrapaalmas. Tormentosa. Muerdeluna. El Ahorcado. Parecían mucho más poderosos en la antigua lengua.

Pero estaban muertos. Los únicos grandes que quedaban eran la Dama y el monstruo que lo había iniciado todo, ahí fuera bajo tierra.

A menudo acudía a una pequeña ventana y miraba hacia el Túmulo. El diablo bajo tierra. Llamando, quizá. Rodeado por campeones menores, pocos de ellos recordados en las leyendas y pocos que el viejo hechicero identificara. Bomanz había estado interesado sólo en la Dama.

Tantos fetiches. Y un dragón. Y los campeones caídos de la Rosa Blanca, con sus sombras dispuestas en una guardia eterna. Parecía algo mucho más dramático que el debatir de hoy.

Corbie se echó a reír. El pasado era siempre más interesante que el presente. Para aquellos que habían vivido la primera gran lucha debía de haberles parecido mortalmente lento también. Solo en la batalla final se crearon las leyendas y los legados. Unas décadas y unos cuantos días más.

Ahora trabajaba menos, ahora que tenía un buen lugar donde vivir y algo ahorrado. Pasaba más tiempo vagabundeando, en especial por la noche.

Lance acudió una mañana, antes de que Corbie estuviera completamente despierto. Dejó entrar al joven.

—¿Té?

—Estupendo.

—Estás nervioso. ¿Qué ocurre?

—El coronel Dolce quiere verte.

—¿Ajedrez de nuevo? ¿O trabajo?

—Ninguna de las dos cosas. Está preocupado de que andes vagando por ahí por la noche. Le dije que yo iba contigo y que todo lo que hacías era mirar las estrellas y esas cosas. Creo que se está volviendo paranoico.

Corbie sonrió con una sonrisa que no sentía.

—Sólo hace su trabajo. Supongo que mi vida parece extraña. Dejando que pase

por mi lado. Perdido dentro de mi propia mente. ¿Crees que algunas veces actúo senil? Toma. ¿Azúcar?

—Por favor. —El azúcar era un lujo. La Guardia no lo proporcionaba.

—¿Hay alguna prisa? ¡Todavía no he comido!

—Él no dijo que la hubiera.

—Estupendo. —Más tiempo para prepararse. Estúpido. Hubiera debido adivinar que sus paseos atraerían la atención. La Guardia era paranoica por diseño.

Corbie preparó gachas de avena y tocino, que compartió con Lance. Aunque estaba bien pagada, la Guardia comía mal. Debido al mal tiempo que se avecinaba la carretera a Galeote era infranqueable. Los intendentes del ejército lo intentaban valientemente, pero a menudo no conseguían pasar.

—Bien, vayamos a ver al hombre —dijo Corbie. Y—: Éste es el último tocino. Será mejor que el coronel piense en fomentar un poco la agricultura y la ganadería locales, sólo por si acaso.

—Han hablado de ello. —Corbie se había hecho amigo de Lance en parte porque había servido en el cuartel general. El coronel Dolce jugaba al ajedrez y hablaba de los viejos tiempos, pero nunca revelaba ningún plan.

—¿Y?

—No hay tierra suficiente. Ni pasto.

—Cerdos. Engordan con bellotas.

—Se necesita gente que los vigile. De otro modo los hombres de las tribus se apoderan de ellos.

—Sí, supongo que sí.

El coronel introdujo a Corbie a sus aposentos privados. Corbie bromeó:

—¿Nunca trabajas? ¿Señor?

—La operación se desarrolla por sí misma. Lleva cuatro siglos haciéndolo, así es como funciona. Tengo un problema, Corbie.

Corbie hizo una mueca.

—¿Señor?

—Las apariencias, Corbie. Éste es un mundo que vive de percepciones. Tú no presentas la apariencia adecuada.

—¿Señor?

—Tuvimos un visitante el mes pasado. De Hechizo.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabía. Excepto yo. Fue lo que podrías llamar una prolongada inspección por sorpresa. Se producen ocasionalmente. —Se aposentó tras su mesa de trabajo, echó a un lado el tablero de ajedrez sobre el que habían jugado tantas veces. Extrajo una larga hoja de papel típico del sur de un compartimento junto a su rodilla derecha. Corbie atisbo una escritura alambricada.

—¿Un Tomado? ¿Señor?

Corbie nunca daba el apelativo de señor a nadie excepto tras pensárselo. Esto inquietaba a Dolce.

—Sí. Con carta blanca de la Dama. No abusó de ello. Pero hizo recomendaciones. Y mencionó a gente cuyo comportamiento consideraba inaceptable. Tu nombre era el primero de la lista. ¿Qué demonios haces, vagabundeando por ahí toda la noche?

—Pensar. No puedo dormir. La guerra me hizo algo. Las cosas que vi... Las guerrillas. No deseas irte a dormir porque ellos pueden atacar. Y si te duermes, sueñas con sangre. Hombres y campos ardiendo. Animales y niños chillando. Eso era lo peor. Los bebés llorando. Todavía oigo llorar a los bebés. —Exageraba muy poco. Cada vez que se iba a la cama tenía que hacerlo pasando junto al llanto de los bebés.

Dijo la mayor parte de la verdad y la envolvió con un poco de mentiras imaginativas. Bebés llorando. Los bebés que lo atormentaban eran los suyos, inocentes abandonados en un momento de miedo al compromiso.

—Lo sé —respondió Dolce—. Lo sé. En Orín la gente mataba a sus hijos, antes de permitir que los capturáramos. Los hombres más duros del regimiento lloraron cuando vieron a las madres arrojar a sus hijos desde las murallas, luego saltar tras ellos. Nunca me he casado. No tengo hijos. Pero, sé lo que quieres decir. ¿Tú tienes hijos?

—Un hijo —dijo Corbie, con voz a la vez suave y tensa en un cuerpo que casi se estremeció de dolor—. Y una hija. Eran gemelos. Hace mucho tiempo y muy lejos.

—¿Y qué fue de ellos?

—No lo sé. Espero que aún sigan vivos. Deberían de tener más o menos la edad de Lance.

Dolce alzó una ceja, pero dejó que la observación se deslizara por su lado.

—¿Y su madre?

Los ojos de Corbie se convirtieron en hierro. Hierro candente, como el de marcar.

—Muerta.

—Lo siento.

Corbie no respondió. Su expresión sugería que él no lo sentía.

—¿Comprendes lo que digo, Corbie? —preguntó Dolce—. Uno de los Tomados reparó en ti. Eso nunca es saludable.

—Capto el mensaje. ¿Quién era?

—No puedo decirlo. Cuál de los Tomados era podría ser de interés para los Rebeldes.

Corbie bufó.

—¿Qué Rebeldes? Los eliminamos en Hechizo.

—Quizá. Pero está esa Rosa Blanca.

—Pensé que iban a atraparla.

—Sí. Las historias que oyes. Que la tendrán encadenada antes de que termine el mes. Están diciendo eso desde la primera vez que oímos hablar de ella. Es ligera de

pies. Quizá demasiado ligera. —La sonrisa de Dolce se desvaneció—. Al menos no estaré aquí la próxima vez que llegue el cometa. ¿*Brandy*?

—Sí.

—¿Ajedrez? ¿O tienes trabajo?

—No en estos momentos. Haré una partida.

A media partida, Dolce dijo:

—Recuerda lo que te he dicho, ¿eh? El Tomado dijo que se iba. Pero no hay ninguna garantía de ello. Podría estar en cualquier lado detrás de unos arbustos, vigilando.

—Prestaré más atención a lo que haga.

Lo haría. Lo último que deseaba era a un Tomado interesado en él. Había ido demasiado lejos para echarlo ahora todo a perder.



Era mi guardia. Tenía la sensación como si alguien me royera el estómago, pesado como el plomo. Durante todo el día una serie de puntos habían atravesado el cielo, muy arriba. Un par de ellos estaban ahí ahora, patrullando. La constante presencia de Tomados no era un buen presagio.

Más cerca, dos pares de mantas planeaban en el aire vespertino. Cabalgaban las corrientes ascendentes, luego descendían en círculos, provocando a los Tomados, intentando atraerlos más allá del límite. Se sentían agraviadas por los forasteros. Sobre todo por ellos, porque podían aplastarlas de no ser por Linda... otro intruso.

Los árboles andantes se movían al otro lado del arroyo. Los menhires muertos relucían, cambiados de alguna forma a partir de su deslustre habitual. Estaban ocurriendo cosas en la Llanura. Nadie ajeno a ella podía comprender enteramente su importancia.

Una gran sombra se aferró al desierto. Muy arriba, desafiando a los Tomados, flotó una solitaria ballena del viento. Un ocasional y apenas perceptible rugido bajo retumbó en la superficie. Nunca antes había oído hablar a ninguna. Sólo lo hacen cuando están irritadas.

Una brisa murmuró y lloriqueó en el coral. El Viejo Padre Árbol cantó su contrapunto a la ballena del viento.

Un menhir habló a mis espaldas.

—Tus enemigos vienen pronto. —Me estremecí. Me recordó el sabor de una pesadilla. Últimamente había tenido muchas. Luego no puedo recordar los detalles específicos, sólo que estaban llenas de terror.

Me negué a dejarme impresionar por la furtiva piedra. Demasiado.

¿Qué son? ¿De dónde proceden? ¿Por qué son diferentes de las piedras normales? E incidentalmente, ¿por qué es la Llanura tan ridículamente distinta? ¿Por qué es tan belicosa? Estamos aquí por pura tolerancia, aliados contra un enemigo más grande. Acaba con la Dama y veremos cómo evoluciona nuestra amistad.

—¿Cuán pronto?

—Cuando estén preparados.

—Brillante, vieja piedra. Positivamente iluminador.

Mi sarcasmo no pasó desapercibido, simplemente no fue reconocido. Los menhires tienen su propio sentido del sarcasmo y de la lengua afilada.

—Cinco ejércitos —dijo la voz—. No aguardarán mucho tiempo.

Señalé al cielo.

—Los Tomados surcan el aire a voluntad. Sin ninguna oposición.

—Nadie los ha desafiado. —Cierto. Pero una débil excusa. Los aliados deberían de ser aliados. Más aún, normalmente las ballenas del viento y las mantas consideran la aparición de algo o alguien en la Llanura un desafío suficiente. Se me ocurrió que los Tomados podían haberlas comprado de algún modo.

—No. —El menhir se había movido. Su sombra cayó ahora encima de los dedos de mis pies. Finalmente miré. Éste tenía tan sólo tres metros de alto. Un auténtico enano.

Había adivinado mi pensamiento. Maldita sea.

Siguió diciéndome lo que yo ya sabía.

—No siempre es posible tratar desde una posición de fuerza. Id con cuidado. Ha habido una llamada a los Pueblos para reevaluar vuestra aceptación en la Llanura.

Bien. Así que esta piedra charlatana era un emisario. Los nativos estaban asustados. Algunos pensaban que podrían ahorrarse problemas echándonos.

—Sí.

«Los Pueblos» no describe adecuadamente el parlamento de especies que toma las decisiones aquí. Pero no conozco un título mejor.

Si hay que creer a los menhires —y sólo mienten por omisión o vaguedad—, más de cuarenta especies inteligentes habitan la Llanura del Miedo. Las que conozco incluyen los menhires, los árboles andantes, las ballenas del viento y las mantas, un puñado de humanos (tanto primitivos como ermitaños), dos tipos de lagartos, un pájaro como un buitres, un murciélago blanco gigante, y un criatura extremadamente rara que se parece a un camello-centauro unido del revés en un solo animal. Quiero decir, la mitad humanoide está detrás. La criatura corre hacia lo que la mayoría consideraría que son sus nalgas.

Sin duda he encontrado a otras sin reconocerlas.

Goblin dice que hay un pequeño mono de las rocas que vive en el corazón de los grandes arrecifes de coral. Afirma que se parece a Un Ojo en miniatura. Pero no puede confiarse en Goblin en lo que a Un Ojo se refiere.

—He sido encargado de comunicar una advertencia —dijo el menhir—. Hay forasteros en la Llanura.

Hice preguntas. Cuando no respondió me volví irritado. Se había ido.

—Maldita piedra. —Rastreador y su perro estaban en la boca del Agujero, contemplando a los Tomados.

Linda había interrogado a fondo a Rastreador, me dijeron. Me lo perdí. Se sintió satisfecha.

Tuve una discusión con Elmo. A Elmo le gustaba Rastreador.

—Me recuerda a Cuervo —dijo—. Podríamos utilizar a unos cuantos cientos de Cuervos.

—A mí también me recuerda a Cuervo. Y eso es lo que no me gusta. —Pero ¿de qué servía discutir? No siempre puede gustarnos todo el mundo.

Linda cree que es correcto. Elmo también. El Teniente lo acepta. ¿Por qué debería ser yo diferente? Demonios, si está hecho del mismo molde que Cuervo, la Dama tiene problemas.

Pronto será puesto a prueba. Linda tiene algo en mente. Algo prioritario, sospecho. Posiblemente hacia Orín.

Orín. Donde el Renco había alzado su estela.

El Renco. De vuelta de entre los muertos. Yo le había hecho de todo menos quemar su cuerpo. Supongo que hubiera debido hacerle eso también. Maldito infierno.

Lo más preocupante es preguntamos si él es el único. ¿Han sobrevivido otros a la muerte cierta aparente? ¿Están escondidos ahora en alguna parte, esperando asombrar al mundo?

Una sombra cruzó mis pies. Me volví hacia los vivos. Rastreador estaba de pie a mi lado.

—Pareces preocupado —dijo. Debo admitir que mostró una cortesía exquisita.

Miré hacia aquellos recordatorios patrullantes de la lucha. Dije:

—Soy un soldado que se ha vuelto viejo y cansado y confuso. Llevo luchando desde antes de que tú nacieras. Y todavía tengo que ver si se gana algo con ello.

Sonrió, con una sonrisa tenue y casi secreta. Me hizo sentir incómodo. Todo lo que hacía me hacía sentir incómodo. Incluso su maldito perro me hacía sentir incómodo, y no hacía nada excepto dormir. Con tanto como haraganeaba, ¿cómo había conseguido hacer el viaje desde Galeote? Había sido demasiado. Lo juro, ese perro ni siquiera se apresuraba para comer.

—Ten fe, Matasanos —dijo Rastreador—. Ella caerá. —Hablabla con absoluta convicción—. No tiene fuerza suficiente para domar el mundo.

Allí estaba de nuevo aquel miedo. Cierto o no, la forma en que expresaba el sentimiento era inquietante.

—Acabaremos con todos —señaló al Tomado—. No son reales, como los antiguos.

El Perro Matasapos resopló sobre la bota de Rastreador. Éste bajó la vista. Pensé que iba a darle una patada al perro. Pero en vez de ello se inclinó para rascarle la oreja.

—Perro Matasapos. ¿Qué clase de nombre es éste?

—Oh, es un viejo chiste. De cuando ambos éramos mucho más jóvenes. Le gustó. Y ahora insiste en que le llamen así.

Rastreador parecía estar ahí sólo a medias. Sus ojos parecían vacíos, su mirada perdida muy a lo lejos, aunque seguía observando al Tomado. Extraño.

Al menos admitía haber sido joven. Había en ello un asomo de vulnerabilidad humana. Es la aparente invulnerabilidad de personajes como Rastreador y Cuervo lo

que me hace rechinar los dientes.



13
LA LLANURA DEL MIEDO

—¡Hey! ¡Matasanos! —El Teniente había salido fuera.

—¿Qué?

—Deja que Rastreador te sustituya. —Sólo me quedaban unos pocos minutos a mi guardia—. Linda quiere verte.

Miré a Rastreador. Se encogió de hombros.

—Adelante. —Adoptó una postura mirando hacia el oeste. Juro que es como si hubiera conectado la vigilancia. Como si desde aquel instante se hubiera convertido en el centinela definitivo.

Incluso el Perro Matasapos abrió un ojo y se puso a vigilar.

Rasqué la cabeza del animal con los dedos mientras me alejaba, lo cual consideré que era un gesto amistoso. Gruñó.

—Muéstrate amable —dije, y me uní al Teniente.

Parecía inquieto. En general es del género frío.

—¿Qué ocurre?

—Ha tenido uno de sus desmelenes.

Oh, vaya.

—¿Qué esta vez?

—Orín.

—¡Oh! ¡Brillante! ¡Se supera cada vez más! Pensé que sólo estaba hablando. Confío en que intentaste disuadirla.

Cualquiera pensaría que un hombre acabaría acostumbrándose al hedor después de haber vivido con él durante años. Pero cuando descendimos al Agujero mi nariz se frunció y se tensó. Simplemente no puedes mantener a un puñado de gente metida en un pozo sin ventilación. No es correcto.

—Lo intenté. Dijo: «Tú carga el carro. Deja que yo me preocupe acerca de si la mula puede quedarse ciega». La mayor parte de las veces tiene razón.

—Es un maldito genio militar. Pero eso no quiere decir que pueda sacarse de la manga cualquier absurdo plan en el que haya soñado. Algunos sueños son pesadillas. Demonios, Matasanos. El Renco está ahí fuera.

Que es con lo que empezamos cuando alcanzamos la sala de conferencias. Silencioso y yo recibimos la mayor parte de la andanada porque somos los favoritos de Linda. Raras veces veo tanta unanimidad entre mis hermanos. Incluso Goblin y Un

Ojo hablaron con una sola voz, y esos dos se pelearán sobre si es de día o de noche con el sol plantado en el cénit.

Linda iba de un lado para otro como una bestia enjaulada. Tenía dudas. La corroían.

—Dos Tomados en Orín —argumenté—. Eso es lo que dijo Encordador. Uno de ellos es nuestro más viejo y peor enemigo.

—Derribémoslo y haremos pedazos todo su plan de campaña —contraatacó ella.

—¿Derribarlo? Muchacha, estás hablando del Renco. Ya demostré antes que es invencible.

—No. Demostraste que sobreviviré a menos que seas concienzudo matándolo. Hubieras podido quemarlo.

Sí. O cortarlo a pedacitos y darlo de comer a los peces, o hacerle nadar en una tina de ácido, o darle un baño en arenas movedizas. Pero esas cosas toman su tiempo. Teníamos a la Dama en persona cayendo sobre nosotros. Tal como fueron las cosas apenas pudimos salirnos con vida.

—Suponiendo que podamos llegar hasta allí sin ser detectados, lo cual no creo ni por un momento, y consigamos una sorpresa total, ¿cuánto tiempo transcurrirá antes de que todos los Tomados caigan sobre nosotros? —Mis signos eran vigorosos, más furiosos que asustados. Nunca me pongo en contra de Linda, nunca. Pero esta vez estaba dispuesto.

Sus ojos llamearon. Por primera vez en mi vida la vi luchar contra su temperamento. Hizo signos:

—Si no piensas aceptar las órdenes no deberías de estar aquí. Yo no soy la Dama. No sacrifico peones a cambio de una ligera ventaja. Estoy de acuerdo, hay un gran riesgo en esta operación. Pero mucho menos del que tú pretendes. Con un impacto potencial mucho más grande del que supones.

—Convénceme.

—No puedo hacerlo. Si eres capturado, no debes saber nada.

Me sentí vejado.

—Simplemente me dices que es suficiente para los Tomados establecer un camino. —Quizás estaba más asustado de lo que quería admitir. O quizás era tan sólo un caso visceral de contraste de opiniones.

—No —hizo signo. Había algo más, pero se lo guardó para ella.

Silencioso apoyó una mano en mi hombro. Él había renunciado. El Teniente se le unió.

—Te estás pasando, Matasanos.

Linda repitió:

—Si no piensas aceptar las órdenes, Matasanos, vete.

Lo decía en serio. ¡De veras! Me quedé con la boca abierta, asombrado.

—¡De acuerdo! —Me marché haciendo resonar mis pisadas. Fui a mis aposentos, revolví aquellos viejos papeles obstinados y, por supuesto, no hallé ni una maldita

cosa nueva.

Me dejaron a solas durante un rato. Luego vino Elmo. No se anunció. Me limité a alzar la vista y lo encontré reclinado contra el marco de la puerta. Por aquel entonces me sentía medio avergonzado de mi actuación.

—¿Sí?

—Correo —dijo, y me lanzó otro de aquellos paquetes envueltos en piel impermeabilizada.

Lo atrapé en el aire. Se marchó sin explicarme cómo había llegado hasta allí. Lo deposité sobre mi mesa de trabajo, me pregunté: ¿Quién? No conocía a nadie en Galeote.

¿Era alguna especie de truco?

La Dama es paciente y lista. No podía pensar en ningún gran maniobrador aparte de ella que pudiera estar utilizándome.

Supongo que debí de permanecer pensando durante su buena hora antes de, relucante, abrir el paquete.



14
LA HISTORIA DE BOMANZ

Matasanos:

Bomanz y Tokar estaban de pie en un rincón de la tienda.

—¿Qué opinas? —preguntó Bomanz—. ¿No vale un buen precio?

Tokar contempló la piéce de résistance de la nueva colección TelleKurre de Bomanz, un esqueleto en una armadura perfectamente restaurada.

—Es maravilloso, Bo. ¿Cómo lo hiciste?

—Junté las articulaciones con cables. ¿Ves la joya de la frente? No estoy versado en heráldica de la Dominación, pero ¿no tiene que significar un rubí algo importante?

—Un rey. Ése tiene que ser el cráneo del Rey Quebrado.

—Sus huesos también. Y su armadura.

—Eres rico, Bo. De éste sólo me llevaré una comisión. Un regalo de boda para la familia. Me tomaste en serio cuando te dije que me trajeras algo bueno.

—El Monitor confiscó lo mejor. Conseguimos la armadura de Cambiaformas.

Tokar había traído ayuda para este viaje, un par de robustos carreros con aspecto de gorilas. Estaban cargando antigüedades en los carros de fuera. Sus idas y venidas ponían a Bomanz nervioso.

—¿De veras? ¡Maldito sea! Hubiera dado mi brazo izquierdo por eso.

Bomanz extendió los brazos en un gesto de disculpa.

—¿Qué podía hacer yo? Besand me tiene cogido con una correa muy corta. De todos modos, ya conoces mi política. Tengo problemas por hacer tratos con el hermano de una futura nuera.

—¿Cómo es eso?

Meté el pie ahora, pensó Bomanz. Se lanzó de cabeza.

—Besand ha oído decir que eres un Resurreccionista. Stance y yo estamos pasando unos momentos difíciles.

—Vaya, eso es lamentable. Lo siento, Bo. ¡Un Resurreccionista! Abrí mi gran boca una vez, hace años, y dije que incluso el Dominador sería mejor para Galeote que nuestro alcalde payaso. ¡Una observación estúpida! Nunca te dejan olvidar. No es suficiente que persiguieran a mi padre hasta llevarlo a la tumba antes de tiempo. Ahora tienen que atormentarnos a mí y a mis amigos.

Bomanz no tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando Tokar. Tendría que preguntarle a Stance. Pero lo tranquilizó lo cual era todo lo que realmente deseaba.

—Tokar, guarda los beneficios de este lote. Para Stance y Gloria. Como mi regalo de boda. ¿Habéis fijado ya una fecha?

—Nada definitivo. Tras su sabático y su tesis. Supongo que es porque viene el invierno. ¿Piensas venir?

—Pienso en trasladarme de vuelta a Galeote. No me quedan fuerzas suficientes para enfrentarme a un nuevo Monitor.

Tokar dejó escapar una risita.

—De todos modos, probablemente no habrá mucha demanda de artefactos de la Dominación después de este verano. Veré si puedo encontrarte un lugar. Aquí trabajas como el rey, no tendrás problemas en hallar un medio de vida.

—¿Realmente lo crees? Estaba pensando en rescatar su caballo también. — Bomanz sintió una oleada de orgullo ante su habilidad.

—¿Su caballo? ¿De veras? ¿Enterraron su caballo con él?

—Armadura incluida. No sé quien puso a los TelleKurre bajo tierra, pero no han sido saqueados. Hemos encontrado toda una caja de monedas y joyas e insignias.

—¿Acuñaciones de la Dominación? Esto es más caliente que caliente. La mayoría fueron fundidas. Una moneda de la Dominación en buen estado puede valer cincuenta veces el valor de su metal.

—Deja al Rey Quiensea aquí. Recompondré su caballo también. Recógelo todo el próximo viaje.

—No voy a tardar mucho. Descargaré y volveré en seguida. Por cierto, ¿dónde está Stance? Quería decirle hola. —Tokar agitó una de aquellas carteras de cuero.

—¿Gloria?

—Gloria. Debería de escribir novelas. Va a arruinarme, comprando papel.

—Está fuera en la excavación. Vayamos allí. ¡Jazmín! Voy a llevar a Tokar a la excavación.

Por el camino Bomanz no dejó de mirar por encima del hombro. El cometa era ahora tan brillante que casi podía verse durante el día.

—Va a ser una visión espectacular cuando llegue al máximo —predijo.

—Espero que sí. —La sonrisa de Tokar puso a Bomanz nervioso. Estoy imaginando cosas, se dijo a sí mismo.

Stancil usó el hombro para abrir la puerta de la tienda. Dejó caer una carga de armas.

—Se está acabando, papá. La otra noche ya casi todo era basura.

Bomanz retorció una tira de hilo de cobre, la sujetó al armazón que sostenía el esqueleto del caballo.

—Entonces deja que Men fu se haga cargo de ello. De todos modos ya no queda mucho espacio aquí.

La tienda estaba tan atestada que era casi imposible cruzarla. Bomanz no tendría

que cavar durante años, si no quería hacerlo.

—Tiene buen aspecto —dijo Stance, refiriéndose al caballo, demorándose un poco antes de ir en busca de otra brazada de armas del carro que había tomado prestado—. Tendrás que mostrarme cómo poner encima al rey para que pueda montarlos cuando vuelva.

—Puedo hacerlo yo mismo.

—Pensé que habías decidido quedarte.

—Tal vez. No lo sé. ¿Cuándo vas a empezar esa tesis?

—Estoy trabajando en ella. Tomando notas. Una vez me haya organizado puedo escribirla así —hizo chasquear los dedos—. No te preocupes. Tengo tiempo más que suficiente. —Salió de nuevo.

Jazmín trajo té.

—Creí oír a Stance.

Bomanz hizo un gesto con la cabeza.

—Está fuera.

Jazmín buscó un lugar donde colocar la tetera y las tazas.

—Vas a tener que organizar un poco este desbarajuste.

—Yo no dejo de decirme lo mismo.

Stancil regresó.

—Hay aquí suficientes piezas como para montar una armadura. Tan larga que nadie podrá llevarla.

—¿Té? —preguntó su madre.

—Por supuesto. Papá, pasé junto al cuartel general de la Guardia. Ese nuevo Monitor está aquí.

—¿Ya?

—Te encantará. Trajo un carruaje para él y tres carros llenos de ropa para su esposa. Y un pelotón de sirvientes.

—¿Qué? ¡Ja! Se va a morir cuando Besand le muestre sus aposentos. —El Monitor vivía en una celda más adecuada para un monje que para el hombre más poderoso de la provincia.

—Se lo merece.

—¿Lo conoces?

—Por su reputación. La gente educada lo llama el Chacal. Si hubiera sabido que era él... ¿Qué hubiera podido hacer? Nada. Tiene suerte de que su familia consiguiera que lo enviaran aquí. Alguien hubiera acabado matándole de haber seguido en la ciudad.

—No es popular, ¿eh?

—Tú mismo lo descubrirás si te quedas. Vuelve, papá.

—Tengo un trabajo que hacer, Stance.

—¿Durante cuánto tiempo más?

—Un par de días. O para siempre. Ya sabes. Debo conseguir ese nombre.

—Papá, podemos intentarlo ahora. Mientras las cosas están confusas.

—Nada de experimentos, Stance. Lo quiero bien hecho. No correré riesgos con los Diez.

Stancil quería discutir, pero se limitó a beber su té. Salió de nuevo al carro. Cuando regresó dijo:

—Tokar debería estar ya de nuevo aquí. Quizá traiga más de dos carros.

Bomanz dejó escapar una risita.

—¿Quizá traiga más que carros, quieres decir? ¿Como tal vez una hermana?

—Estaba pensando en eso, sí.

—¿Cómo piensas escribir entonces la tesis?

—Siempre hay algún momento libre.

Bomanz pasó un paño para el polvo sobre la joya en la frente del caballo de su rey muerto.

—Ya es suficiente por ahora, Jamelgo. Vamos a la excavación.

—A tantear un poco la excitación general —sugirió Stancil.

—No me la perdería por nada del mundo.

Besand llegó a la excavación aquella tarde. Sorprendió a Bomanz adormilado.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Durmiendo en el trabajo?

Bomanz se sentó.

—Ya me conoces. Sólo una ligera cabezada. He oído que se presentó el nuevo hombre.

Besand escupió.

—No me lo menciones.

—¿Malo?

—Peor de lo que esperaba. Créeme, Bo. Hoy se escribe el final de una era. Esos estúpidos lo van a lamentar.

—¿Has decidido ya lo que vas a hacer?

—Me iré a pescar. Maldita sea, me iré a pescar. Tan lejos de aquí como pueda. Me tomaré un día para el traspaso de poderes, luego me encaminaré al sur.

—Siempre deseé retirarme a una de las Ciudades Joya. Nunca he visto el mar. Así que te encaminarás directamente hacia allí, ¿eh?

—No tienes que sonar tan malditamente alegre al decirlo. Tú y tus amigos Resurreccionistas habéis ganado, pero me iré sabiendo que no me vencisteis en mi propio terreno.

—No nos hemos peleado mucho últimamente. Eso no es razón para querer recuperar el tiempo perdido.

—Sí. Sí. Tienes razón. Lo siento. Es la frustración. Me noto impotente, todo se está desmoronando a mi alrededor.

—No puede ser tan malo.

—Puede. Tengo mis fuentes, Bo. No soy un loco solitario. Hay hombres enterados en Galeote que temen las mismas cosas que yo. Dicen que los

Resurreccionistas van a intentar algo. Tú también lo verás. A menos que te marches de aquí.

—Es probable que lo haga. Stancil conoce a ese tipo. Pero no puedo marcharme antes de acabar la excavación.

Besand le miró con los ojos entrecerrados.

—Bo, debería hacer que limpiaras todo eso antes de irme. Parece como si el Infierno hubiera vomitado aquí.

Bomanz no era un trabajador melindroso. En una treintena de metros alrededor de su pozo el suelo estaba sembrado de huesos, viejos fragmentos de artilugios inútiles y otra basura de lo más variado. Un espectáculo asqueroso. Bomanz parecía no darse cuenta de ello.

—¿Por qué molestarse? La maleza crecerá en menos de un año. Además, no quiero hacer que el trabajo de Men fu sea más duro de lo necesario.

—Eres todo corazón, Bo.

—Lo intento.

—Nos veremos.

—De acuerdo. —Y Bomanz intentó desentrañar lo que había hecho mal, lo que Besand había acudido a buscar y no había encontrado. Se encogió de hombros, se acomodó sobre la hierba, cerró los ojos.

La mujer hizo un gesto invitador con la cabeza. El sueño nunca había sido tan claro. Y nunca había tenido tanto éxito. Fue hasta ella y tomó su mano, y ella lo condujo a lo largo de una fresca senda flanqueada de verdes árboles. Haces de luz solar delgados como lanzas apuñalaban el suelo a través del follaje. Un polvo dorado danzaba en ellos. La mujer habló, pero no pudo descifrar sus palabras. No importaba. Se sentía satisfecho.

El oro se convirtió en plata. La plata se convirtió en una gran hoja roma que apuñalaba un cielo nocturno, oscureciendo las estrellas más débiles. El cometa venía, venía... y un gran rostro femenino se abrió sobre él. Gritaba. Gritaba furiosa. Y él no podía oír...

El cometa desapareció. Una luna llena cabalgó el cielo constelado de diamantes. Una gran sombra cruzó las estrellas, oscureciendo la Vía Láctea. Una cabeza, se dio cuenta Bomanz. Una cabeza de oscuridad. La cabeza de un lobo, chasqueando los dientes a la luna... Luego desapareció. Estaba de nuevo con la mujer, caminando por aquel sendero en el bosque, tropezando con los haces de luz. Ella le estaba prometiendo algo. Despertó. Jazmín le estaba sacudiendo.

—¡Bo! Estás soñando de nuevo. Despierta.

—Estoy bien —murmuró—. No era tan malo.

—Tienes que dejar de comer tanta cebolla. Un hombre de tu edad, y con una úlcera.

Bomanz se sentó, se palmeó la barriga. Últimamente la úlcera no le había molestado. Quizá tenía demasiadas otras cosas en su mente. Apoyó los pies en el

suelo y miró a la oscuridad.

—¿Qué haces?

—Pienso en salir a ver a Stance.

—Necesitas descansar.

—Tonterías. ¿Viejo como soy? La gente vieja no necesita descansar. No puede permitírselo. No tiene tiempo que malgastar. —Tanteó en busca de sus botas.

Jazmín murmuró algo típico. La ignoró. Había convertido aquello en un bello arte. Ella añadió:

—Ve con cuidado ahí fuera.

—¿Eh?

—Ve con cuidado. No me siento tranquila ahora que Besand se ha ido.

—Sólo se fue esta mañana.

—Sí, pero...

Bomanz abandonó la casa murmurando sobre las supersticiones de las mujeres viejas que no sabían aceptar el cambio.

Tomó un camino al azar, deteniéndose ocasionalmente para observar el cometa. Era espectacular. Una gran cabellera de gloria. Se preguntó si su sueño había intentado decirle algo. Una sombra devorando la luna. No era suficientemente sólido, decidió.

Al acercarse a los límites de la ciudad oyó voces. Retuvo el paso. Normalmente la gente no salía a aquella hora de la noche.

Estaban dentro de una choza abandonada. Una vela parpadeaba en el interior. Peregrinos, supuso. Halló un atisbadero, pero no pudo ver nada excepto la espalda de un hombre. Había algo en aquellos hombros caídos... ¿Besand? Por supuesto que no. Demasiado anchos. Más bien como los de aquel mono de Tokar...

No pudo identificar las voces, que eran en su mayor parte susurros. Una era muy parecida a los gimoteos habituales de Men fu. Pero las palabras sonaban lo suficientemente claras.

—Mirad, hicimos todo lo que pudimos para sacarlo de aquí. Cuando te apoderas del hogar y del trabajo de un hombre, debería darse cuenta de que no es querido. Pero no se ha ido.

Una segunda voz:

—Entonces es el momento de las medidas drásticas.

La voz gimoteante:

—Eso es ir demasiado lejos.

Un bufido de disgusto.

—Amarillo. Lo haré yo. ¿Dónde está?

—Escondido en el viejo establo. En la parte de arriba. Se ha instalado un camastro, como un viejo perro en un rincón.

Un gruñido cuando alguien se alzó. Unos pies moviéndose. Bomanz se agarró la barriga, se alejó caminando como un gato y se ocultó entre las sombras. Una figura

voluminosa cruzó el camino. La luz del cometa destelló en una hoja desnuda.

Bomanz se escurrió hasta unas sombras más distantes y se detuvo para pensar.

¿Qué significaba aquello? Seguramente un asesinato. Pero ¿de quién? ¿Por qué? ¿Quién se había trasladado al establo abandonado? Peregrinos y transeúntes usaban constantemente los lugares vacíos... ¿Quiénes eran aquellos hombres?

Se le ocurrieron posibilidades. Las desechó. Eran demasiado siniestras. Cuando recuperó los nervios se apresuró a la excavación.

La linterna de Stancil estaba allí, pero a él no se le veía por ninguna parte.

—¿Stance? —Ninguna respuesta—. ¿Stancil? ¿Dónde estás? —Ninguna respuesta todavía. Casi presa del pánico, gritó—: ¡Stancil!

—¿Eres tú, papá?

—¿Dónde estabas?

—Haciendo mis necesidades.

Bomanz suspiró, se sentó. Su hijo apareció un momento más tarde, secándose el sudor de la frente. ¿Por qué? Era una noche fresca.

—Stance, ¿cambió Besand de opinión? Le vi marcharse esta mañana. Hace poco oí a unos hombres planear matar a alguien. Sonaba como si hablaran en serio.

—¿Matar? ¿A quién?

—No lo sé. Uno de ellos podría ser Men fu. Eran tres o cuatro. ¿Volvió Besand?

—No lo creo. No lo soñarías, ¿verdad? Además, ¿qué hacías tú en medio de la noche?

—Esa pesadilla de nuevo. No podía dormir. No lo imaginé. Esos hombres iban a matar a alguien porque no quería irse.

—Eso no tiene sentido, papá.

—No me importa... —Bomanz se giró. Había oído de nuevo el extraño ruido. Una figura penetró tambaleante en la luz. Dio tres pasos y cayó.

—¡Besand! Es Besand. ¿No te lo dije?

El antiguo Monitor tenía una sangrante herida en el pecho.

—Estoy bien —jadeó—. Estaré bien. Es sólo la impresión. No es tan mala como parece.

—¿Qué ha ocurrido?

—Intentaron matarme. Te dije que iba a desencadenarse todo el Infierno.

Te dije que lo habían organizado todo. Pero esta ronda se la gané. Fui yo quien mató a su asesino.

—Creí que te habías ido. Te vi marchar.

—Cambié de opinión. No podía irme. Hice un juramento, Bo. Se apoderaron de mi trabajo pero no de mi conciencia. He vuelto para detenerles.

Bomanz cruzó su mirada con la de su hijo. Stancil sacudió la cabeza.

—Papá, mira su muñeca.

Bomanz miró.

—No veo nada.

—Eso es precisamente. Su amuleto no está.

—Lo devolvió cuando se fue. ¿No lo devolviste?

—No —dijo Besand—. Lo perdí en la lucha. No pude encontrarlo en la oscuridad. —Hizo aquel curioso sonido.

—Papá, está muy malherido. Será mejor llevarlo a los barracones.

—Stance —jadeó Besand—. No se lo digas a él. Busca al cabo Bronco.

—De acuerdo. —Stancil se marchó apresuradamente.

La luz del cometa llenaba la noche con fantasmas. El Túmulo parecía retorcerse y arrastrarse. Formas momentáneas derivaban entre la maleza. Bomanz se estremeció e intentó convencerse de que todo era cosa de su imaginación.

Se acercaba el amanecer. Besand había superado su *shock* y sorbía el caldo que Jazmín le había traído. El cabo Bronco acudió a informar del resultado de su investigación.

—No pude hallar nada, señor. Nada del cuerpo, nada del amuleto. Ni siquiera la menor señal de lucha. Es como si nunca hubiera ocurrido.

—Maldita sea, puedo asegurar que no intenté matarme a mí mismo.

Bomanz se quedó pensativo. De no haber oído a los conspiradores, hubiera dudado de Besand. El hombre era capaz de montar un asalto por pura simpatía.

—Te creo, señor. Sólo decía lo que encontré.

—Estropearon su mejor oportunidad. Ahora estamos advertidos. Manteneos alerta.

—Mejor no olvidar quién está al mando ahora —interpuso Bomanz—. No metamos a nadie en problemas con nuestro nuevo líder.

—Ese cerebro fosilizado. Haz lo que puedas, Bronco. No te dejes sorprender.

—Sí, señor. —El cabo se marchó.

Stancil dijo:

—Papá, deberías volver a casa. Te estás poniendo gris.

Bomanz se puso en pie.

—¿Te encuentras bien ahora? —preguntó.

—Estaré bien —respondió Besand—. No te preocupes por mí. El sol ya está alto. Ese tipo de gente no intenta nada a plena luz del día.

No apuestes sobre ello, pensó Bomanz. No si son devotos de la Dominación. Pronto traerán la oscuridad al pleno mediodía.

Fuera del alcance del oído de Bomanz, Stancil dijo:

—Estuve pensando esta noche, papá. Antes de que empezara esto. Acerca del problema de nuestro nombre. Y de pronto me vino a la cabeza. Hay una vieja piedra en Galeote. Una grande con tallas rúnicas y pictogramas. Ha estado ahí siempre. Nadie sabe lo que es ni de donde vino. En realidad a nadie le importa.

—¿Y?

—Déjame mostrarte lo que hay grabado en ella. —Stancil tomó una ramilla, alisó una zona del suelo llena de restos. Empezó a dibujar—. Hay una tosca estrella con un

círculo encima. Luego algunas líneas de runas que nadie sabe leer. No puedo recordarlas. Luego algunos dibujos. —Fue esbozando rápidamente.

—Es más bien tosco.

—También lo es el original. Pero mira. Esto. Una figura como un palillo con una pierna rota. Aquí. ¿Un gusano? Aquí, un hombre sobre impuesto a un animal. Aquí, un hombre con un rayo. ¿Lo ves? El Renco. Nocherniego. Cambiaformas. Tormentosa.

—Quizá. Y quizá te estés pasando.

Stancil siguió dibujando.

—Muy bien. Ésa es la forma en que se hallan en la roca. Los cuatro que he nombrado. En el mismo orden que en tu mapa. Mira aquí. A tus puntos vacíos. Pueden ser los Tomados cuyas tumbas no hemos identificado. —Dio unos golpecitos a lo que parecía un simple círculo, una figura como un palillo con la cabeza inclinada hacia un lado, y la cabeza de una bestia con un círculo en la boca.

—Las posiciones concuerdan —admitió Bomanz.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Estás siendo intencionadamente denso, papá. Un círculo es un cero, quizá. Quizás un signo para el llamado el Sinrostro o el Sinnombre. Y aquí está el Ahorcado. ¿Y aquí Perroluna o Muerdeluna?

—Entiendo, Stance. Sólo que no estoy seguro de querer entenderlo. —Le habló a Stance de su sueño de una gran cabeza de lobo mordiendo la luna.

—¿Lo ves? Tu propia mente está intentando decírtelo. Ve a comprobar la evidencia. Ve si no encaja de esta forma.

—No tengo que hacerlo.

—¿Por qué no?

—Lo sé en el fondo de mi corazón. Encaja.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No estoy seguro de querer seguir haciéndolo.

—Papá... Papá, si tú no quieres, yo lo haré. Lo digo en serio. No voy a permitir que eches por la borda treinta y siete años. ¿Qué es lo que ha cambiado? Renunciaste a un buen futuro para venir aquí. ¿Puedes simplemente borrar todo esto?

—Estoy acostumbrado a esta vida. No me importa.

—Papá... He conocido a gente que te conocía cuando estabas allí. Todos dicen que hubieras podido ser un gran hechicero. Se preguntan qué te ocurrió. Saben que tenías algún gran plan secreto y fuiste en su persecución. Imaginan que ahora estás muerto, porque cualquiera con tu talento hubiera seguido dando que hablar. En estos momentos me estoy preguntando si no tendrán razón.

Bomanz suspiró. Stancil nunca comprendería. No sin hacerse viejo bajo la amenaza del nudo corredizo.

—Lo digo en serio, papá. Lo haré yo mismo.

—No, no lo harás. No tienes ni el conocimiento ni la habilidad. Yo lo haré. Supongo que es mi destino.

—¡Entonces vamos!

—No tan aprisa. Esto no es un té de sociedad. Será peligroso. Necesito descansar y tiempo para situarme en el estado mental correcto. Tengo que reunir mi equipo y preparar el escenario.

—Papá...

—Stancil, ¿quién es el experto? ¿Quién va a hacerlo?

—Supongo que tú.

—Entonces cierra la boca y mantenía cerrada. Lo más rápido que puedo intentarlo es mañana por la noche. Suponiendo que me sienta cómodo con esos nombres.

Stancil parecía dolido e impaciente.

—¿Cuál es la prisa? ¿Cuál es tu apuesta en eso?

—Yo solo... creo que Tokar trae a Gloria. Deseaba que todo estuviera terminado cuando ella llegara aquí.

Bomanz alzó una desesperanzada ceja.

—Vayamos a casa. Estoy exhausto. —Volvió la vista hacia Besand, que miraba el Túmulo. El hombre estaba desafiantemente rígido—. Manténlo lejos de mí.

—No va a hacer nada bueno por un tiempo.

Más tarde, Bomanz murmuró:

—De todos modos, me pregunto de qué iba todo esto. ¿Eran realmente Resurreccionistas?

—Los Resurreccionistas son un mito que la gente como Besand utiliza para conservar su empleo —dijo Stancil.

Bomanz recordó algunos conocidos de la universidad.

—No estés tan seguro.

Cuando llegaron a casa, Stance subió a estudiar el mapa. Bomanz comió algo. Antes de meterse en la cama, le dijo a Jazmín:

—Vigila a Stance. Está actuando raro.

—¿Raro? ¿Cómo?

—No lo sé. Simplemente raro. Incordiador sobre el Túmulo. No dejes que coja mis cosas. Puede intentar abrir él mismo el camino.

—Nunca lo haría.

—Espero que no. Pero vigílalo.



Lance oyó al fin que Corbie estaba de vuelta. Corrió a casa del viejo. Corbie lo recibió con un abrazo.

—¿Cómo estás, muchacho?

—Pensamos que te habías ido para siempre. —Corbie había estado fuera ocho meses.

—Intenté volver. Pero ya no hay casi malditas carreteras en ninguna parte.

—Lo sé. El coronel pidió a los Tomados que enviaran provisiones por el aire.

—Eso he oído. El gobierno militar en Galeote saltó en pleno sobre sus orondos culos cuando lo supieron. Enviaron todo un regimiento a abrir una nueva carretera. Está construida casi en un tercio de su longitud. Hice parte del viaje por ella.

Lance adoptó su rostro más serio.

—¿Era realmente tu hija?

—No —dijo Corbie. Al partir había anunciado que iba al encuentro de una mujer que podía ser su hija. Afirmó que había entregado sus ahorros a un hombre que encontraría a sus hijos y los llevaría a Galeote.

—Suenas decepcionado.

Lo estaba. Sus investigaciones no habían ido bien. Faltaban demasiados registros.

—¿Qué tipo de invierno fue éste, Lance?

—Malo.

—Ahí abajo también fue malo. Estuve preocupado por todos vosotros.

—Tuvimos problemas con las tribus. Ésa fue la peor parte. Siempre puedes quedarte dentro de casa y echar otro tronco a la chimenea. Pero no puedes comer si los ladrones roban tu despensa.

—Imaginé que se podía llegar a eso.

—Vigilamos tu casa. Entraron en algunos de los lugares vacíos.

—Gracias. —Los ojos de Corbie se entrecerraron. ¿Su casa había sido violada? ¿Hasta qué punto? Alguien buscando de una forma lo bastante concienzuda hubiera hallado lo suficiente para colgarle. Miró por una ventana.

—Parece como lluvia.

—Siempre parece como lluvia. Cuando no parece como nieve. Llegó a alcanzar un grosor de cuatro metros el último invierno. La gente está preocupada. ¿Qué le ha ocurrido al clima?

—Los viejos dicen que siempre es así, después del Gran Cometa. Los inviernos se vuelven malos durante unos cuantos años. Abajo en Galeote nunca se alcanzó tanto frío. Pero sí hubo mucha nieve.

—Aquí no hizo tanto frío. Sólo nevó tanto que no podías salir. Podías llegar a volverte loco. Todo el Túmulo parecía un lago helado. Apenas podías decir dónde estaba el Gran Túmulo.

—¿Hum? Todavía tengo que desempaquetar mis cosas. ¿Te importa? Haz que todos sepan que estoy de vuelta. Estoy molido. Necesitaré trabajar.

—Lo haré, Corbie.

Corbie observó desde una ventana cómo Lance se alejaba hacia el recinto de la Guardia, tomando una pasarela elevada construida después de su partida. El Iodo que había debajo explicaba su existencia. Eso y la inclinación del coronel Dolce por mantener ocupados a sus hombres. Cuando Lance hubo desaparecido fue al primer piso.

Nada había sido tocado allí. Bien. Atisbo por una ventana, hacia el Túmulo.

Cómo había cambiado en sólo unos años. Unos cuantos más y no serías capaz de encontrarlo.

Gruñó, miró más atentamente. Luego sacó el mapa de seda de su escondite, lo estudió, luego de nuevo el Túmulo. Al cabo de un rato sacó unos papeles manchados de sudor del interior de su camisa, donde los había llevado desde que los había robado de la universidad en Galeote. Los extendió sobre el mapa. Más tarde se levantó, se echó encima una capa, tomó el bastón que ahora llevaba y salió. Cojeó por el agua y el barro y la llovizna hasta que alcanzó un punto que dominaba el río Gran Trágico.

Estaba crecido, como siempre. Su lecho había seguido cambiando de curso. At cabo de un rato maldijo, golpeó un viejo roble con su bastón y se dio la vuelta.

El día se había vuelto gris. Sería oscuro antes de que llegara de regreso a casa.

—Malditas complicaciones —murmuró—. Nunca conté con esto. ¿Qué demonios voy a hacer?

Correr el gran riesgo. La posibilidad que más deseaba evitar, aunque su posible necesidad era su auténtica razón de haber pasado el invierno en Galeote.

Por primera vez en años se preguntó si el resultado compensaría las molestias.

Fuera por donde fuera, sería oscuro antes de que llegara a casa.



16
LA LLANURA DEL MIEDO

Si te pones furioso y le das el portazo a Linda, puedes perderte muchas cosas. A Elmo, Un Ojo, Goblin, Otto, todos esos tipos, les gusta azuzarme. No estaban dispuestos a darme ninguna información. Los demás tampoco. Ni siquiera Rastreador, al que parecía que le había caído bien y que charlaba conmigo más que todos los demás juntos, dejaba caer la menor alusión. Así que, cuando se hizo de día, fui arriba sumido en una ignorancia total.

Había empaquetado el equipo de campaña habitual. Nuestras tradiciones son las de la infantería pesada, aunque en estos días normalmente cabalgamos. Todos somos demasiado viejos para cargar cuarenta kilos de equipo. Arrastré los míos hasta la caverna que sirve como establo y huele como el abuelo de todos ellos... y descubrí que no había ningún animal ensillado. Bien, sí, uno. El de Linda.

El muchacho del establo se limitó a sonreír cuando le pregunté qué pasaba.

—Ya han salido —dijo—. Señor.

—¿De veras? Jodidos bastardos. ¿Están jugando conmigo? Ya veremos. Será mejor que empiecen a recordar quién lleva los Anales aquí. —Bufé y protesté durante todo el camino por entre las sombras preluarales que acechaban alrededor de la boca del túnel. Allá encontré al resto del grupo, todos preparados, con un equipo ligero y una bolsa de comida seca.

—¿Qué haces, Matasanos? —preguntó Un Ojo con una risa reprimida—. Parece como si cargaras con todas tus posesiones. ¿Eres una tortuga? ¿Llevas tu casa a las espaldas?

Y Elmo:

—No nos trasladamos, muchacho, sólo vamos de incursión.

—Sois un puñado de sádicos, ¿lo sabéis? —Penetré en la débil luz. Faltaba media hora para que se pusiera la luna, A lo lejos, los Tomados planeaban en la noche. Aquellos hijos de puta estaban decididos a mantener una atenta vigilancia. Más cerca se había reunido toda la horda de menhires. Parecían un camposanto surgido del desierto de tantos que eran. También había un montón de árboles andantes.

Más aún, aunque no había ninguna brisa, pude oír pensar al Viejo Padre Árbol. Sin duda eso significaba algo. Un menhir hubiera podido explicarlo. Pero las piedras mantienen la boca cerrada acerca de sí mismas y de las especies colegas. Especialmente acerca del Padre Árbol. La mayoría de ellos ni siquiera admitirán que

existe.

—Será mejor que aligeres tu carga, Matasanos —dijo el Teniente. Tampoco se explicó.

—¿Vas a ir también? —pregunté, sorprendido.

—Ajá. Muévete. No tenemos mucho tiempo. Las armas y el equipo médico de campaña serán suficientes. Rápido.

Me crucé con Linda cuando bajaba. Me sonrió. Pese a lo gruñón que me sentía, le devolví la sonrisa. No puedo irritarme con ella. La conozco desde que era una niña. Desde que Cuervo la rescató de los esbirros del Renco hacía tanto tiempo, en las campañas de Forsberg. No puedo ver la mujer que es ahora sin recordar la niña que fue. Me he vuelto sentimental y blando.

Me dicen que sufro de un rasgo romántico inhabilitador. Mirando hacia atrás, casi me siento inclinado a estar de acuerdo. Todas esas estúpidas historias que escribí acerca de la Dama. La luna estaba en el borde del mundo cuando regresé arriba. Un susurro de excitación recorrió los hombres. Linda estaba ahí arriba con ellos, montada a horcajadas sobre su preciosa yegua blanca, yendo de un lado para otro, haciendo gestos a aquéllos que comprendían sus signos. Arriba, los puntos luminiscentes que son característicos de los tentáculos de las ballenas del viento derivaban más bajos de lo que nunca había oído hablar. Excepto en las historias de horror acerca de ballenas hambrientas dejando caer sus tentáculos para arrastrarlos sobre el suelo, llevándose consigo toda planta y animal que se cruzara en su camino.

—¡Hey! —dije—. Será mejor que vigilemos. Esa mamona está descendiendo. — Una enorme sombra cubrió miles de estrellas. Y se estaba expandiendo. Las mantas hormigueaban a su alrededor. Grandes, pequeñas, medianas... más de las que nunca había visto.

Mi exclamación suscitó risas. Me mosqueó. Recorrí el grupo de hombres, pinchándoles acerca de los equipos médicos que esperaba que llevaran en una misión. Cuando terminé estaba de mejor humor. Todos los llevaban.

La ballena del viento seguía descendiendo.

La luna desapareció. Al instante mismo en que lo hizo los menhires empezaron a moverse. Unos momentos más tarde empezaron a brillar de nuestro lado. El lado alejado de los Tomados.

Linda cabalgó siguiendo el sendero que señalaban. Cuando pasaba junto a un menhir la luz de éste se apagaba. Sospeché que se dirigía al extremo más alejado de la línea.

No tuve tiempo de comprobarlo. Elmo y el Teniente nos condujeron a lo largo de una línea propia. Arriba, la noche estaba llena con los chillidos y el aleteo de las mantas que luchaban en busca de espacio para volar.

La ballena del viento se posó a horcajadas sobre el arroyo.

Dios mío, era grande. ¡Grande! No tenía ni idea... Se extendía desde el coral encima del arroyo y a lo largo de otros doscientos metros. Cuatrocientos, quinientos

metros de largo en total. Y de setenta a cien de ancho.

Un menhir habló. No pude desentrañar sus palabras. Pero los hombres empezaron a avanzar.

Al cabo de un minuto mis peores sospechas se confirmaron. Estaban trepando al flanco de la criatura, sobre su lomo, donde normalmente se posaban las mantas.

Olía. Olía como ninguna otra cosa que haya olido antes, y fuerte. Intensamente, se podría decir. No era necesariamente un mal olor, pero sí era abrumador. Y era extraña al tacto. No peluda, escamosa, córnea. No exactamente legamosa, pero sí esponjosa y resbaladiza, como unos intestinos expuestos al aire. Estaba llena de sujeciones. Nuestros dedos y nuestras botas no iban a tener ningún problema.

El menhir murmuró y gruñó como un viejo sargento primero, lanzando órdenes y retransmitiendo quejas de la ballena del viento. Tuve la impresión de que la ballena del viento era del tipo quejicoso por naturaleza. No le gustaba este ejército más de lo que me gustaba a mí. No puedo decir que la culpara.

Ahí arriba había más menhires, todos precariamente en equilibrio. Cuando llegué, un menhir me dijo que fuera hasta otro de su clase. Ése me dijo que me sentara a unos seis metros de distancia. Los últimos hombres subieron a bordo sólo unos momentos más tarde.

Los menhires desaparecieron. Empecé a sentirme extraño. Al primer momento pensé que era porque la ballena se estaba elevando. Cuando volé con la Dama o Susurro o Atrapaalmas, mi estómago estuvo en constante rebelión. Pero ésta era una desazón distinta. Necesité un tiempo para comprender que era una ausencia.

La nada de Linda se estaba desvaneciendo. Había estado tanto tiempo conmigo que se había convertido en parte de mi vida...

¿Qué estaba ocurriendo?

Estábamos subiendo. Noté el cambio en la brisa. Las estrellas se volvieron más brillantes. Luego, de pronto, todo el norte se iluminó.

Las mantas estaban atacando a los Tomados. Un montón de ellas. El golpe fue una completa sorpresa, por mucho que los Tomados debieran captar su presencia. Pero las mantas estaban actuando de una forma extraña...

Oh, infiernos, pensé. Los están empujando hacia nosotros...

Sonreí. No hacia nosotros. Hacia Linda y su nada, en un lugar inesperado.

En el momento en que se me ocurrió este pensamiento vi el destello de la hechicería, vi una alfombra tambalearse, derivar hacia el este. Un enjambre de mantas se congregó a su alrededor.

Quizá Linda no era tan estúpida como yo había pensado. Tal vez esos Tomados pudieran ser vencidos. Una pequeña ventaja, por supuesto, si nada más salía bien.

Pero ¿qué estábamos haciendo? Los rayos iluminaron a mis compañeros. Los más cercanos a mí eran Rastreador y el Perro Matasapos. Rastreador parecía aburrido. Pero el Perro Matasapos estaba más alerta de lo que nunca; lo había visto. Estaba sentado, observando todo el despliegue. La única otra vez en que no lo había visto

echado sobre su barriga era a la hora de comer.

Su lengua colgaba fuera de su boca. Jadeaba. Si hubiera sido humano, hubiera dicho que estaba sonriendo.

El segundo Tomado intentó impresionar a las mantas con su poder. Fue inmensamente superado por el número. Y debajo, Linda se estaba moviendo. Ese segundo Tomado entró de pronto en su nada. Cayó. El enjambre de mantas lo persiguió.

Ambos sobrevivirían a su toma de tierra. Pero entonces se encontrarían a pie en el corazón de la Llanura, que esta noche había tomado partido. Sus posibilidades de salir a pie eran más bien desalentadoras.

La ballena del viento estaba ahora a unos seiscientos metros de altura, avanzando hacia el nordeste, ganando velocidad. ¿Cuán lejos estaba el borde de la Llanura más cercano a Orín? ¿Tres mil kilómetros? Estupendo. Podíamos cubrir la distancia antes del amanecer. Pero ¿y los últimos cincuenta kilómetros más allá de la llanura?

Rastreador empezó a cantar. Su voz era suave al principio, su canción extraña. Los soldados de los países del norte la han cantado a lo largo de generaciones. Era una endecha, una canción prefuneraria cantada en memoria de aquellos que iban a morir. La había oído en Forsberg, cantada por ambos bandos. Otra voz se le unió. Luego otra, y otra. Quizá quince hombres la conocían, o cuarenta o así.

La ballena del viento viró hacia el norte. Muy, muy abajo, la Llanura del Miedo se deslizaba hacia atrás, completamente invisible.

Empecé a sudar, aunque el aire a aquellas alturas era frío.



Mi primera falsa suposición fue que el Renco estaría en casa cuando llamamos. La maniobra de Linda contra los Tomados había obviado eso. Hubiéramos debido recordar que los Tomados estaban en contacto unos con otros a través de largas distancias, mente a mente. El Renco y Beneficio pasaron cerca cuando avanzábamos hacia el norte.

—¡Abajo! —chilló Goblin cuando estábamos a ochenta kilómetros del borde de la Llanura—. Tomados. Que nadie se mueva.

Como siempre, el viejo Matasanos se consideró la excepción a la regla. Por los Anales, por supuesto. Me arrastré más cerca del borde de nuestra monstruosa montura, atisbé en la noche. Muy abajo, dos sombras seguían nuestro mismo camino. Una vez nos hubieron pasado recibí una imprecación de Elmo, el Teniente, Goblin, Un Ojo y todos los demás que quisieron. Retrocedí hasta situarme al lado de Rastreador. Se limitó a sonreírme y a encogerse de hombros.

Fue volviendo cada vez más a la vida a medida que se acercaba la acción.

Mi segunda falsa suposición fue que la ballena del viento nos dejaría en el borde de la Llanura. Me alcé de nuevo a medida que nos acercábamos, ignorando las obscenas imprecaciones lanzadas en mí dirección. Pero la ballena del viento no redujo su altitud. No descendió durante muchos minutos más. Empecé a balbucear estupideces cuando volví a mi lugar al lado de Rastreador.

Tenía abierto su hasta ahora misterioso estuche. Contenía un pequeño arsenal. Comprobó sus armas. Un cuchillo de hoja larga no le complació. Empezó a aplicarle piedra de afilar.

¿Cuántas veces había hecho lo mismo Cuervo en el breve año que pasó con la Compañía?

El descenso de la ballena fue repentino. Elmo y el Teniente pasaron entre nosotros, diciéndonos que cuando bajáramos de ella lo hiciéramos aprisa. Elmo dijo:

—Permanece cerca de mí, Matasanos. Tú también, Rastreador. Un Ojo. ¿Captas algo ahí abajo?

—Nada. Goblin tiene preparado su hechizo de sueño. Sus centinelas deberían de estar durmiendo cuando nos posemos.

—A menos que no lo estén y hagan sonar las alarmas —murmuré. Maldita sea, ¿por qué siempre tengo que ver las cosas por el lado más oscuro?

No hubo problemas. Tomamos tierra. Los hombres se dejaron caer por el costado. Se dispersaron como si hubieran ensayado aquella parte. Puede que lo hicieran mientras yo estaba compadeciéndome.

Yo no podía hacer nada excepto lo que me dijo Elmo.

Aquello me recordó otra incursión a unos acuartelamientos, hacía tiempo, al sur del Mar de las Tormentas, cuando fuimos reclutados por la Dama. Habíamos masacrado las Cohortes Urbanas de la Ciudad Joya de Berilo, nuestros hechiceros los habían mantenido roncando mientras nosotros los pasábamos por las armas.

No fue un trabajo que me gustara, lo juro. La mayoría de ellos eran simples muchachos que se habían alistado por tener algo mejor que hacer. Pero eran el enemigo, y estábamos haciendo un gran gesto. Un gesto mayor que el que había supuesto que podía ordenar Linda, o tener en mente.

El cielo empezó a iluminarse. Ningún hombre de todo un regimiento, excepto quizá unos cuantos que se habían ausentado sin permiso, sobrevivió. Una vez terminado el desfile principal a lo largo y ancho del recinto, que se extendía fuera de Orín propiamente dicho, Elmo y el Teniente empezaron a gritar instrucciones. Aprisa, aprisa. Hay más cosas que hacer. Este pelotón a romper las estelas de los Tomados. Ese pelotón a saquear el cuartel general del regimiento. Otro a reunir todo lo necesario para incendiar los edificios. Otro aún para registrar los aposentos del Renco en busca de documentos. Aprisa, aprisa. Tenemos que habernos ido antes de que regresen los Tomados. Linda no puede distraerles eternamente.

Alguien lo estropeó todo. Naturalmente. Siempre ocurre. Alguien incendió uno de los acuartelamientos antes de tiempo. Se alzó humo.

Pronto supimos que allá en Orín había otro regimiento. Al cabo de pocos minutos un escuadrón de caballos galopaba hacia nosotros. Y de nuevo, alguien más había fallado. Las puertas no estaban aseguradas... Casi sin advertencia, los jinetes estaban entre nosotros.

Los hombres gritaron. Las armas entrechocaron. Las flechas volaron. Los caballos relincharon. Los hombres de la Dama salieron, dejando la mitad de sus efectivos atrás.

Ahora Elmo y el Teniente tenían realmente prisa. Esos chicos iban a pedir pronto ayuda.

Mientras dispersábamos a los imperiales, la ballena del viento se elevó. Quizá media docena de hombres consiguieron trepar a bordo. Se alzó sólo lo suficiente para no chocar contra los tejados, luego se encaminó hacia el sur. Todavía no había luz suficiente para traicionar con claridad su presencia.

Pueden imaginarse los gritos y las maldiciones. Incluso el Perro Matasapos halló las energías suficientes para gruñir. Dejé caer mi culo sobre un parapeto, me quedé sentado allí sacudiendo derrotado la cabeza. Unos cuantos hombres dispararon flechas tras el monstruo. Ni siquiera las notó.

Rastreador se reclinó en el parapeto a mi lado. Gruñí:

—Uno no pensaría jamás que una cosa tan grande pudiera ser tan gallina. — Quiero decir, una ballena del viento puede destruir una ciudad.

—No adjudiques motivos a una criatura que no entiendes. Tienes que ver su razonamiento.

—¿Qué?

—No razonamiento. No sé la palabra correcta. —Me recordó a un niño de cuatro años luchando con un concepto difícil—. Está fuera de las tierras que conoce. Más allá de unos límites que sus enemigos creen que no puede franquear. Huye por miedo de ser vista y traicionar así su secreto. Nunca ha trabajado con hombres. ¿Cómo puede recordar nada de eso en un momento desesperado?

Probablemente tenía razón. Pero por el momento yo estaba más interesado en él que en su teoría. A ésa podía llegar con sólo pensar un poco en ello. Él hacía que pareciera una enorme pieza de razonamiento increíblemente difícil.

Me interrogué acerca de su mente. ¿Era sólo algo más que un tonto? ¿Era este acto propio de un Cuervo producto de su simpleza antes que de su personalidad?

El Teniente estaba de pie en el campo de desfiles, las manos en las caderas, contemplando la ballena del viento abandonarnos en la palma de la mano del enemigo. Al cabo de un minuto gritó:

—¡Oficiales! ¡Reuníos! —Cuando lo hubimos hecho dijo—: No lo tenemos todo perdido. Tal como lo veo, tenemos una esperanza. Ese gran bastardo se pondrá en contacto con los menhires cuando vuelva. Y ellos decidirán que vale la pena rescatarnos. Así que todo lo que tenemos que hacer es resistir hasta la caída de la noche. Y esperar.

Un Ojo emitió un ruido obscuro.

—Creo que será mejor que echemos a correr.

—¿Sí? ¿Y dejar que los imperiales nos sigan el rastro? ¿Cuán lejos estamos de casa? ¿Crees que podemos conseguirlo con el Renco y sus colegas a nuestras espaldas?

—También lo estarán si nos quedamos aquí.

—Quizá. Y quizá estén atareados ahí fuera. Al menos, si nos quedamos aquí, sabrán dónde encontrarnos. Elmo, vigila los muros. Ve si podemos contenerlos. Goblin, Silencioso, apagad esos fuegos. El resto de vosotros, coged todos los documentos de los Tomados. ¡Elmo! Aposta centinelas. Un Ojo. Tu trabajo es pensar en cómo podemos obtener ayuda de Orín. Matasanos. Échale una mano. Tú conoces a quienes tenemos aquí. Vamos. Moveos.

Es un buen hombre el Teniente. Sabe mantener su sangre fría cuando, como todos nosotros, lo que deseaba hacer era correr en círculos y gritar.

En realidad no teníamos ninguna oportunidad. Éste era el fin de todo, Aunque contuviéramos las tropas de la ciudad, estaban Beneficio y el Renco. Goblin, Un Ojo y Silencioso no eran de ningún valor contra ellos. El Teniente sabía eso también. No había hecho que unieran sus cabezas para pensar en alguna sorpresa.

No pudimos controlar el fuego. Los barracones de los acuartelamientos tuvieron que arder hasta apagarse por sí mismos. Mientras atendía a dos hombres heridos, los otros transformaron el recinto en algo tan defendible como podían hacer treinta hombres. Terminada mi tarea, fui a hurgar entre los documentos del Renco. No encontré nada inmediatamente interesante.

—¡Un centenar de hombres están saliendo de Orín! —gritó alguien.

—¡Haced que este lugar parezca abandonado! —restalló el Teniente. Los hombres se escurrieron por todos lados.

Yo me subí al muro para echar una rápida ojeada a la maleza al norte de nosotros. Un Ojo estaba ahí fuera, arrastrándose hacia la ciudad, esperando contactar con los amigos de Encordador.

Incluso después de haber sido triplemente diezmada en los grandes asedios y ocupada durante años, Orín permanecía firme en su odio hacia la Dama.

Los imperiales eran cuidadosos. Enviaron exploradores alrededor del muro del recinto. Enviaron unos pocos hombres más cerca para prender fuego. Sólo después de una hora de cautelosas maniobras cruzaron la medio abierta puerta.

El Teniente dejó que entraran quince de ellos antes de dejar caer el rastrillo. Ésos fueron recibidos con una tormenta de flechas. Luego fuimos al muro y lanzamos más andanadas a los agrupados fuera. Otra docena cayeron. Los demás se retiraron más allá del alcance de los arcos. Allá se reunieron y gruñeron e intentaron decidir qué hacer a continuación.

Rastreador permaneció cerca durante todo aquel tiempo. Le vi lanzar sólo cuatro flechas. Cada una atravesó un imperial. Puede que no fuera brillante, pero sí sabía usar un arco.

—Si son listos —le dije—, establecerán una línea de piquetes y aguardarán al Renco. No tiene sentido que se dejen abatir cuando pueden acabar con nosotros.

Rastreador gruñó. El Perro Matasapos abrió un ojo, gruñó también en lo más profundo de su garganta. Allá al fondo, Goblin y Silencioso tenían juntas sus cabezas, alzándolas alternativamente para mirar fuera. Imaginé que estaban complotando algo.

Rastreador se puso en pie, gruñó de nuevo. Yo también miré. Más imperiales abandonaban Orín. Cientos más.

No ocurrió nada durante una hora, excepto que aparecieron más y más tropas. Nos rodearon.

Goblin y Silencioso desencadenaron su hechicería. Tomó la forma de una nube de polillas. No pude discernir de dónde provenían. Simplemente se agruparon alrededor de los dos. Cuando habían alcanzado quizás el número de un millar, partieron aleteando.

Durante un tiempo hubo un montón de gritos allá fuera. Cuando murió, me arrastré hasta el ceñudo Goblin y le pregunté:

—¿Qué ha ocurrido?

—Alguien con un toque de talento —chirrió—. Alguien tan bueno como

nosotros.

—¿Tenemos problemas?

—¿Problemas? ¿Nosotros? Lo tenemos dominado, Matasanos. Los tenemos pillados. Sólo que ellos todavía no lo saben.

—Quiero decir...

—No devolverá el golpe. No quiere agotarse. Nosotros somos dos y él sólo uno.

Los imperiales empezaron a reunir piezas de artillería. El recinto no había sido construido para resistir un bombardeo.

Pasó el tiempo. El sol trepó por el cielo. Miramos hacia allá. ¿Cuándo llegaría la condenación en una alfombra volante?

Seguro de que los imperiales no atacarían de inmediato, el Teniente hizo que algunos de nosotros reuniéramos nuestro botín en el campo de desfiles, listo para ser embarcado en una ballena del viento. Lo creyera o no, insistía en que seríamos evacuados después de anochecer. No consideraba la posibilidad de que los Tomados llegaran primero.

Mantén alta la moral.

El primer proyectil cayó una hora después del mediodía. Una bola de fuego se estrelló a una decena de metros del muro. Otra trazó un arco y aterrizó al otro lado. Cayó en el campo de desfiles, silbó, petardeó.

—Van a asarnos —le murmuré a Rastreador. Llegó un tercer proyectil, Ardió alegremente, pero también en el campo de desfiles.

Rastreador y el Perro Matasapo se pusieron en pie y miraron por encima del muro, el perro tenso sobre sus patas traseras. Al cabo de un momento Rastreador volvió a sentarse, abrió su estuche de madera, extrajo media docena de largas flechas. Se puso en pie de nuevo, miró hacia las máquinas de artillería, con una flecha preparado en su arco.

Era una gran distancia, aunque alcanzable incluso con mi arma. Pero yo hubiera podido estar practicando todo el día y no acercarme ni una sola vez.

Rastreador se sumió en un estado de concentración que casi parecía un trance. Alzó y tensó su arco hasta que la madera tocó casi la punta de su flecha, la soltó.

Un grito rodó pendiente arriba. Los artilleros se reunieron alrededor de uno de ellos.

Rastreador soltó flechas rápida y eficientemente. Diría que en un momento determinado tenía cuatro en el aire al mismo tiempo. Cada una halló su blanco. Luego se sentó.

—Ya está —dijo.

—¿Ya está qué?

—No hay más flechas buenas.

—Quizá eso sea suficiente para desanimarles.

Lo fue. Por un tiempo. Casi el tiempo suficiente para que retrocediera un poco y dispusieron algunos manteletes protectores. Luego los proyectiles empezaron a llegar

de nuevo. Uno de ellos alcanzó un edificio. El calor era desagradable.

El Teniente recorría inquieto el muro. Me uní a su silenciosa plegaria de que los imperiales no se cansaran y se lanzaran contra nosotros. No habría forma de detenerles.



El sol se estaba poniendo. Todavía seguíamos vivos. Ninguna alfombra de los Tomados había venido planeando desde la Llanura. Habíamos empezado a creer que teníamos una oportunidad.

Algo martilleó en la puerta, un gran golpetear, como el martillo de la condenación. Un Ojo rugió:

—¡Dejadme entrar, maldita sea!

Alguien miró y abrió. Un Ojo entró.

—¿Y bien? —preguntó Goblin.

—No lo sé. Demasiados imperiales. Demasiados pocos Rebeldes, Deseaban discutirlo.

—¿Cómo pasaste?

—Caminando —restalló. Luego, menos beligerante—: Secretos del oficio, Matasanos.

Hechicería. Por supuesto.

El Teniente hizo una pausa para escuchar el informe de Un Ojo, reanudó su incesante deambular. Observé a los imperiales. Había indicaciones de que estaban perdiendo la paciencia.

Evidentemente Un Ojo apoyaba mis sospechas con las evidencias directas. Él, Goblin y Silencioso empezaron a complotar.

No estoy seguro de lo que hicieron. Nada de polillas, pero los resultados fueron similares. Un gran grito generalizado, ahogado pronto. Pero teníamos a tres doctores brujos en vez de dos. El hombre extra buscó al imperial, que anuló el conjuro.

Un hombre echó a correr hacia la ciudad, envuelto en llamas. Goblin y Un Ojo aullaron victoriosos. Apenas dos minutos más tarde una pieza de artillería estalló en llamas. Luego otra. Observé atentamente a nuestros hechiceros.

Silencioso seguía completamente enfrascado. Pero Goblin y Un Ojo se lo estaban pasando en grande. Temí que fueran demasiado lejos, que los imperiales atacaran con la esperanza de abrumarlos.

Vinieron, pero más tarde de lo que esperaba. Aguardaron hasta la caída de la noche. Y entonces fueron mucho más cautelosos de lo que exigía la situación. Mientras tanto, el humo empezó a alzarse de las arruinadas murallas del Orín. La misión de Un Ojo había tenido éxito. Alguien estaba haciendo algo. Algunos de los

imperiales cesaron su avance y se apresuraron a regresar para ocuparse de aquello.

Cuando salieron las estrellas le dije a Rastreador:

—Supongo que pronto sabremos si el Teniente tenía razón.

Me miró como desconcertado.

Los cuernos imperiales dejaron oír sus señales. Las compañías avanzaron hacia el muro. Ambos preparamos nuestros arcos, buscando blancos que eran difíciles en la oscuridad, aunque había un poco de luna. De pronto preguntó:

—¿Cómo es ella, Matasanos?

—¿Qué? ¿Quién? —dejé escapar.

—La Dama. Dicen que la conociste.

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Y bien? ¿Cómo es? —Soltó una flecha. Un grito respondió al sonido de su cuerda. Parecía perfectamente calmado. Sin pensar en ningún momento que podía morir en pocos minutos. Eso me inquietó.

—Más o menos como tú esperarías —respondí. ¿Qué podía decirle? Mis contactos con ella ya no eran más que vagos recuerdos—. Dura y hermosa.

La respuesta no le satisfizo. Nunca satisface a nadie. Pero es la mejor que puedo proporcionar.

—¿Cuál es su aspecto?

—No lo sé, Rastreador. Yo estaba mortalmente asustado. Y ella le hizo cosas a mi mente. Vi una mujer joven y hermosa. Pero eso puedes verlo en cualquier parte.

Su arco actuó de nuevo, fue respondido por otro grito. Se encogió de hombros.

—Sólo preguntaba. —Empezó a usar el arco más rápidamente. Los imperiales estaban cerca ahora.

Lo juro, nunca fallaba. Yo lanzaba mi flecha cuando veía algo, pero... Tiene ojos de búho. Todo lo que yo veía era sombras entre sombras.

Goblin, Un Ojo y Silencioso hacían lo que podían. Sus hechicerías pintaban el campo con pequeñas llamaradas de corta vida y gritos. Pero lo que podían hacer no era suficiente. Algunas escaleras golpearon contra el muro. La mayoría fueron rechazadas. Pero unos pocos hombres consiguieron subir. Luego algunas docenas más. Dispersé flechas a la oscuridad, casi al azar, tan rápidamente como pude, luego desenvainé la espada.

El resto de los hombres hicieron lo mismo.

El Teniente gritó:

—¡Está aquí!

Eché una ojeada a las estrellas. Sí. Una enorme sombra había aparecido sobre nuestras cabezas. Se estaba posando. El Teniente había acertado.

Ahora todo lo que teníamos que hacer era subir a bordo.

Algunos de los hombres más jóvenes echaron a correr hacia el campo de desfiles. Las maldiciones del Teniente no les retuvieron. Como tampoco lo hicieron los gritos y las amenazas de Elmo. El Teniente nos aulló al resto que les siguiéramos.

Goblin y Un Ojo lanzaron algo desagradable. Por un momento creí que era algún demonio cruelmente conjurado. Parecía bastante repugnante. Y se lanzó contra los imperiales. Pero, como buena parte de su magia, era ilusión, no sustancia. El enemigo no tardó en comprenderlo.

Pero nos dio una ligera ventaba. Los hombres alcanzaron el campo de desfiles antes de que los imperiales se recuperaran. Rugieron, seguros de que por fin nos tenían.

Alcancé la ballena del viento en el momento en que tocaba el suelo. Silencioso me sujetó por el brazo cuando empezaba a subir. Me señaló los documentos que habíamos cogido.

—¡Oh, maldita sea! No hay tiempo.

Los hombres pasaron junto a mí durante aquel momento de indecisión. Entonces lancé espada y arco hacia arriba y empecé a recoger fardos y a tirárselos a Silencioso, que consiguió a alguien para que los trasladara arriba.

Un grupo de imperiales cargó contra nosotros. Fui a coger una espada abandonada, vi que no podría alcanzarla a tiempo, pensé: Oh, mierda... No ahora; no aquí.

Rastreador se situó entre ellos y yo. Su hoja era como algo surgido de una leyenda. Mató a tres hombres en un abrir y cerrar de ojos, hirió a otros dos antes de que los imperiales decidieran que se enfrentaban a alguien preternatural. Tomó la ofensiva, aunque todavía estaba superado por el número. Nunca he visto una espada ser usada con tanta habilidad, estilo, economía y gracia. Formaba parte de él, era una extensión de su voluntad. Nada podía resistírsele. Por un momento pude creer en las antiguas historias acerca de espadas mágicas.

Silencioso me dio un puntapié en la rabadilla, me hizo un signo perentorio: «Deja de mirar con la boca abierta y muévete». Lancé hacia arriba los últimos dos fardos, empecé a escalar el monstruo.

Los hombres a los que se enfrentaba Rastreador recibieron refuerzos. Se retiró. Desde arriba alguien empezó a lanzar flechas. Pero no creí que pudiera conseguirlo. Pateé a un hombre que se había situado detrás de él. Otro ocupó su lugar, saltó hacia mí...

El Perro Matasapos surgió de la nada. Clavó sus mandíbulas en la garganta de mi atacante. El hombre gorgoteó, respondió como lo hubiera hecho de haber sido atacado por una serpiente venenosa. Duró sólo un segundo.

El Perro Matasapos se apartó. Retrocedí unos pasos, intentado todavía guardar las espaldas de Rastreador. Me siguió. Sujeté su mano y tiré de él.

Hubo horribles gritos y aullidos entre los imperiales. Estaba demasiado oscuro para ver por qué. Supuse que Un Ojo, Goblin y Silencioso se estaban; ganando su paga.

Rastreador pasó por mi lado, se agarró firmemente, me ayudó a subir. Trepé unos pasos, miré hacia abajo.

El suelo se hallaba ya a unos cinco metros de distancia. La ballena del viento estaba subiendo rápido. Los imperiales miraban a su alrededor con las bocas abiertas. Acabé de subir hasta arriba.

Miré de nuevo hacia abajo mientras alguien tiraba de mí hasta un lugar seguro. Varios cientos de metros ya. Estábamos subiendo aprisa. No era extraño que mis manos estuvieran frías.

El frío, sin embargo, no fue la razón de que me tendiera, temblando.

Después de que me pasara el acceso pregunté:

—¿Hay alguien herido? ¿Dónde está mi equipo médico?

¿Dónde, me pregunté, estaban los Tomados? ¿Cómo habíamos podido resistir todo un día sin ninguna visita de nuestro bienamado enemigo el Renco?

En nuestro regreso a casa observé más cosas que cuando nos encaminamos al norte. Sentí la vida debajo de mí, el gruñir y el zumbir dentro del monstruo. Observé las mantas preadolescentes mirando desde sus lugares de alojamiento entre los apéndices que formaban como bosques en algunas partes del lomo de la ballena. Y vi la Llanura a una luz diferente, con la luna alta para iluminarla.

Era otro mundo, descarnado y cristalino a veces, luminiscente otras, destellando y brillando en algunos lugares. Al oeste se extendían lo que parecían charcos de lava. Más allá, el destellar y girar de una tormenta de cambio iluminaba el horizonte. Supongo que estábamos cruzando sus efectos residuales. Más tarde, en las profundidades de la Llanura, el desierto se volvía más mundano.

Nuestra montura no era la ballena del viento cobarde. Ésta era más pequeña y su olor era menos fuerte. También era más enérgica, y menos tentativa en sus movimientos.

A unos treinta kilómetros de casa Goblin chilló:

—¡Tomados! —y todo el mundo se echó de bruces. La ballena ascendió. Miré por encima de su costado.

Tomados, seguro, pero no interesados en nosotros. Había mucho rugir y destellar allá abajo. Extensiones de desierto estaban en llamas. Vi las largas arrastrantes sombras de árboles andantes moviéndose, las mantas cruzando la luz. Los propios Tomados iban a pie, excepto uno desesperado en el aire luchando contra las mantas. El que estaba en el aire no era el Renco. Hubiera reconocido su andrajosa figura incluso a aquella distancia.

Susurro, seguramente. Intentando escoltar a los otros fuera de territorio enemigo. Estupendo. Estarían atareados durante unos cuantos días.

La ballena del viento empezó a descender. (Por el bien de estos Anales desearía que la mayor parte de este trayecto hubiera tenido lugar de día para poder registrar más detalles). Al poco rato se posó. Desde el suelo un menhir llamó:

—Bajad. Aprisa.

Saltar al suelo fue más problemático que subir a bordo. Los heridos se dieron cuenta ahora de que estaban heridos. Todo el mundo estaba rígido y cansado. Y

Rastreador no se movía.

Estaba catatónico. Nada lo había alcanzado. Pero simplemente estaba sentado allí, mirando al infinito.

—¿Qué demonios? —exclamó Elmo—. ¿Qué le ocurre?

—No lo sé. Quizás esté herido. —Me sentía desconcertado. Y más aún cuando lo arrastré hasta donde había un poco de luz para poder examinarle. Físicamente no le ocurría nada. Se había salido de la aventura sin ningún rasguño.

Linda salió. Hizo signos:

—Tenías razón, Matasanos. Lo siento. Pensé que sería un golpe tan osado que prendería en todo el mundo. —A Elmo le preguntó—: ¿Cuántas bajas?

—Cuatro hombres. No sé si fueron muertos o simplemente huyeron. —Parecía avergonzado. La Compañía Negra no deja a sus hermanos atrás.

—El Perro Matasapos —dijo Rastreador—. Nos dejamos al Perro Matasapos.

Un Ojo hizo un gesto despectivo. Rastreador se levantó furioso. No había rescatado nada excepto su espada. Su magnífico estuche y su arsenal se habían quedado en Orín con su perro.

—Vamos, vamos —restalló el Teniente—. Tranquilos. Un Ojo, ve abajo. Matasanos, mantén un ojo en este hombre. Pregúntale a Linda si los hombres que se marcharon ayer volvieron aquí.

Lo hicimos Elmo y yo.

Su respuesta no fue tranquilizadora. La gran ballena del viento cobarde los dejó a mil quinientos kilómetros al norte, según los menhires. Al menos bajó hasta el suelo antes de dejarlos caer de su lomo.

Caminaban de regreso a casa. Los menhires prometieron protegerles de la retorcida maldad natural de la Llanura.

Todos bajamos discutiendo al agujero. No hay nada como el fracaso para hacer saltar chispas.

El fracaso, por supuesto, puede ser relativo. El daño que causamos fue considerable. Las repercusiones tendrían eco durante largo tiempo. Los Tomados tenían que sentirse muy frustrados. Nuestra captura de tantos de sus documentos les obligaría a reestructurar su plan de campaña. Pero, aún así, la misión había sido insatisfactoria. Ahora los Tomados sabían que las ballenas del viento eran capaces de ir más allá de sus límites tradicionales. Ahora los Tomados sabían que disponíamos de recursos más allá de los que habían sospechado.

Cuando haces una jugada, no muestras todas tus cartas hasta después de la apuesta final.

Rebusqué a mi alrededor y hallé los papeles capturados, los llevé a mis aposentos. No sentía deseos de participar en la conferencia post-mortem. Estaba seguro de que me pondría desagradable... aunque todo el mundo estuviera ahora de acuerdo conmigo.

Enfundé mis armas, encendí una lámpara, tomé uno de los fajos de documentos,

me volví hacia mi mesa de trabajo. Y ahí estaba otro de aquellos paquetes procedentes del oeste.



19
RELATO DE BOMANZ

Matasanos:

Bomanz recorría sus sueños con una mujer que no podía conseguir que él entendiera sus palabras. El verde sendero de la promesa conducía más allá de perros devoradores de la luna, hombres colgados y centinelas sin rostro. A través de claros en el follaje atisbaba un cometa que llenaba el cielo.

No dormía bien. El sueño le aguardaba invariablemente apenas se adormecía. No sabía por qué no podía deslizarse a un sueño profundo. Las pesadillas siempre se apoderaban de él.

La mayor parte de su simbolismo era obvio, y la mayor parte de él se negaba a aceptarlo.

Había caído ya la noche cuando Jazmín le trajo el té y preguntó:

—¿Vas a quedarte aquí toda la semana?

—Podría.

—¿Cuándo vas a subir a dormir esta noche?

—Probablemente no lo haré hasta tarde. Trabajaré en la tienda. ¿Todavía está despierto Stance?

—Durmió un poco, se levantó y fue a buscar una carga a la excavación, estuvo un rato en la tienda, comió, y volvió a salir cuando alguien vino a decirle que Men fu estaba ahí fuera de nuevo.

—¿Qué hay de Besand?

—La noticia está en toda la ciudad. El nuevo Monitor está furioso porque no se fue. Dice que no va a hacer nada al respecto. Los Guardias le llaman insensato. No aceptarán sus órdenes. Se está volviendo más y más loco.

—Puede que aprenda algo. Gracias por el té. ¿Hay algo de comer?

—Las sobras del pollo. Sírvelo tú mismo. Yo me voy a la cama.

Entre gruñidos, Bomanz comió alas de pollo frías y grasientas, ayudándose a engullirlas con cerveza tibia. Pensó en su sueño recurrente. Su úlcera le dio un mordisco. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Ahí voy —murmuró, y se arrastró escaleras arriba.

Pasó varias horas revisando los rituales que utilizaría para abandonar su cuerpo y deslizarse a través de los peligros del Túmulo... ¿Sería un problema el dragón? Las indicaciones señalaban que estaba allí para los intrusos físicos. Finalmente:

—Funcionará. Siempre que ese sexto túmulo sea el de Perroluna. —Suspiró, se reclinó hacia atrás, cerró los ojos.

El sueño empezó. Y a la mitad de él se encontró contemplando unos verdes ojos de ofidio. Unos ojos sabios, crueles, burlones. Despertó con un sobresalto.

—¿Papá? ¿Estás ahí arriba?

—Sí. Sube.

Stancil entró en la habitación. Su aspecto era horrible.

—¿Qué ha ocurrido?

—El Túmulo... Los fantasmas andan sueltos.

—Siempre lo hacen cuando se acerca el cometa. Pero no lo esperaba tan pronto. Esta vez deben de estar inquietos. Pero no es para asustarse.

—No es eso. Lo esperaba. Es algo que puedo manejar. No. Son Besand y Men fu.

—¿Qué?

—Men fu intentó meterse en el Túmulo con el amuleto de Besand.

—¡Lo sabía! Ese pequeño... Sigue.

—Estaba en la excavación. Tenía el amuleto. Estaba mortalmente asustado. Me vio llegar y se encaminó colina abajo. Cuando llegó cerca de donde había estado el foso, Besand surgió de la nada, gritando y esgrimiendo una espada. Men fu echó a correr. Besand fue tras él. Hay bastante luz ahí fuera, pero perdí su rastro cuando rodearon el túmulo del Aullador. Besand debía de haberlo atrapado. Les oí chillar y rodar por entre la maleza. Luego se pusieron a gritar.

Stancil se detuvo. Bomanz aguardó.

—No sé cómo describirlo, papá. Nunca había oído sonidos como aquéllos. Todos los fantasmas estaban amontonados sobre el túmulo del Aullador. Transcurrió largo tiempo. Luego los gritos empezaron a acercarse.

Stancil, luego a la conclusión Bomanz, se había sentido profundamente impresionado. Impresionado como cuando tus creencias básicas te son arrancadas de raíz. Extraño.

—Sigue.

—Era Besand. Tenía el amuleto, pero eso no lo ayudó. No consiguió cruzar el foso. Lo dejó caer. Los fantasmas saltaron sobre él. Está muerto, papá. Todos los Guardias estaban allí... No pudieron hacer otra cosa excepto mirar. El Monitor no les había dado amuletos para que pudieran llegar hasta él.

Bomanz cruzó las manos sobre la mesa, se las quedó mirando.

—Así que ahora tenemos dos hombres muertos. Tres contando con el de la última noche. ¿Cuántos tendremos mañana por la noche? ¿Deberé de enfrentarme a todo un pelotón de nuevos fantasmas?

—¿Vas a hacerlo mañana por la noche?

—Exacto. Con Besand desaparecido, no hay ninguna razón para retrasarlo. ¿De acuerdo?

—Papá... quizá no debieras. Quizás el conocimiento de ahí fuera debiera seguir

enterrado.

—¿Qué es eso? ¿Mi hijo haciendo eco de mis recelos?

—Papá, no nos peleemos. Quizás he sido demasiado duro. Quizás estaba equivocado. Tú sabes más que yo acerca del Túmulo.

Bomanz miró a su hijo. Más osado de lo que se sentía, dijo:

—Voy a entrar. Es hora de echar a un lado todas las dudas y seguir adelante con ello. Aquí está la lista. Ve si hay algún área de investigación que haya olvidado.

—Papá...

—No discutas conmigo, muchacho. —Le había tomado toda la tarde echar a un lado la arraigada personalidad de Bomanz y traer a la superficie el hechicero tan hábilmente oculto durante tanto tiempo. Pero ahora ya estaba fuera.

Bomanz fue a un rincón donde había amontonados unos cuantos objetos de aspecto inocuo. El montón era más alto de lo habitual. Se movió más rápidamente, con mayor precisión. Empezó a amontonar cosas sobre la mesa.

—Cuando vuelvas a Galeote, puedes decirles a mis antiguos compañeros de clase lo que me ocurrió. —Sonrió débilmente. Podía recordar a algunos que se estremecerían incluso ahora, sabiendo que había estudiado en las rodillas de la Dama. Nunca había sido olvidado, nunca perdonado. Y todos lo conocían muy bien.

La palidez de Stancil había desaparecido. Ahora estaba simplemente inseguro. Este lado de su padre nunca había sido visto desde antes del nacimiento de su hijo. Estaba fuera de su experiencia.

—¿Quieres salir ahí fuera, papá?

—Has traído de vuelta los detalles esenciales. Besand está muerto. Men fu está muerto. Los Guardias no van a sentirse excitados.

—Pensé que era tu amigo.

—¿Besand? Besand no tenía amigos. Tenía una misión... ¿Qué es lo que estás buscando?

—¿Un hombre con una misión?

—Es posible. Algo me mantiene aquí. Lleva todo esto abajo. Lo haremos en la tienda.

—¿Dónde lo quieres?

—No importa. Besand era el único que podría haberlo separado de toda la chatarra.

Stancil salió. Más tarde, Bomanz terminó una serie de ejercicios mentales y se preguntó qué habría sido del muchacho. Stance no había regresado. Se encogió de hombros, siguió.

Sonrió. Estaba preparado. Iba a ser sencillo.

La ciudad era un rugir. Un Guardia había intentado asesinar al nuevo Monitor. El Monitor estaba tan sorprendido y asustado que se había encerrado en sus aposentos. Abundaban los más locos rumores.

Bomanz cruzó todo aquello con una tan calmada dignidad que sorprendió a la

gente que lo conocía desde hacía años. Fue al borde del Túmulo, considerado su antagonista desde hacía mucho tiempo. Besand yacía allá donde había caído. Las moscas eran densas. Bomanz arrojó un puñado de polvo. Los insectos se dispersaron. Asintió pensativo. El amuleto de Besand había desaparecido de nuevo.

Bomanz localizó al cabo Bronco.

—Si no puedes hacer nada para sacar a Besand de aquí, al menos échale un poco de tierra encima. Hay una montaña de ella alrededor de mi pozo.

—Sí, señor —dijo Bronco, y sólo más tarde pareció sorprendido por lo fácilmente que había obedecido.

Bomanz recorrió el perímetro del Túmulo. El sol tenía un brillo un tanto extraño a través de la cola del cometa. Los colores eran un poco raros. Pero no había fantasmas merodeando ahora. No vio ninguna razón para no efectuar su intento de comunicación. Regresó al pueblo.

Había unos carros delante de su tienda. Los carreros estaban atareados cargando. Jazmín chillaba dentro, maldiciendo a alguien que había tomado algo que no debía.

—Maldito seas, Tokar —murmuró Bomanz—. ¿Por qué hoy? Hubieras podido aguardar hasta que todo hubiera terminado. —Captó una aleteante preocupación. No podía confiar en Stance si el muchacho estaba distraído. Entró en la tienda.

—¡Es estupendo! —dijo Tokar del caballo—. Absolutamente magnífico. Eres un genio, Bo.

—Y tú un grano en el culo. ¿Qué haces aquí? ¿Quién demonios es toda esta gente?

—Mis conductores. Mi hermano Clete. Mi hermana Gloria. La Gloria de Stance. Y nuestra hermana pequeña Curiosa. La llamamos así porque siempre está curioseándolo todo.

—Encantado de conocerlos a todos. ¿Dónde está Stance?

—Lo envié a buscar algo para cenar —dijo Jazmín—. Con toda esta gente voy a tener que meterme pronto en la cocina.

Bomanz suspiró. Justo lo que necesitaba, esta noche de entre todas las noches. Una casa llena de invitados.

—Tú. Vuelve a poner esto de donde lo cogiste. Tú. ¿Curiosa? Quita tus manos de esto.

—¿Qué pasa contigo, Bo? —preguntó Tokar.

Bomanz alzó una ceja, cruzó su mirada con la del hombre, no respondió.

—¿Dónde está el conductor de anchos hombros?

—Ya no está conmigo. —Tokar frunció el ceño.

—Lo imaginé. Estaré arriba si sucede algo crítico. —Cruzó la tienda pisando fuerte, subió al piso de arriba, se acomodó en su silla, se preparó para dormir. Sus sueños fueron sutiles. Parecía que al final podía oír, pero no pudo recordar lo que había oído...

Stancil entró en la habitación de arriba. Bomanz preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Esa multitud está estropeando todos nuestros planes.

—¿Cuánto tiempo necesitas, papá?

—Esto puede durar toda la noche cada noche durante semanas si funciona bien.

—Estaba complacido. Stancil había recobrado su valor.

—No podemos eludirles.

—Y tampoco podemos ir a ninguna otra parte. —Los Guardias estaban de un humor hosco y difícil.

—¿Cuánto ruido vas a hacer, papá? ¿No podemos hacerlo aquí, discretamente?

—Supongo que tendremos que intentarlo. La casa va a estar atestada. Ve a buscar el material de la tienda. Yo haré sitio.

Los hombros de Bomanz se derrumbaron cuando Stancil se fue. Se estaba poniendo nervioso. No acerca de la cosa que iba a desafiar, sino acerca de su propia previsión. No dejaba de pensar en que había olvidado algo. Pero había revisado cuatro décadas de notas sin detectar ni un sólo fallo en el enfoque que había elegido. Cualquiera aprendiz razonablemente instruido debería de ser capaz de seguir su formulación. Escupió a un rincón.

—Cobardía de anticuario —murmuró—. El viejo miedo a lo desconocido.

Stancil regresó.

—Mamá les ha retado a jugar a las Tiradas.

—Me estaba preguntando por qué chillaba de este modo Curiosa. ¿Lo tienes todo?

—Sí.

—Muy bien. Ve abajo y estate con ellos. Bajaré una vez lo haya preparado todo. Lo haremos cuando se hayan ido a la cama.

—De acuerdo.

—¿Stance? ¿Estás preparado?

—Estoy bien, papá. Sólo flaqueé la otra noche. No ocurre cada día el ver a un hombre ser muerto por fantasmas.

—Mejor vete acostumbrando a este tipo de cosas. Ocurren.

Stancil adoptó una apariencia inexpresiva.

—Has estado siguiendo estudios en secreto en el Campus Negro, ¿verdad? —El Campus Negro era aquel lugar oculto de la universidad donde los hechiceros aprendían su oficio. Oficialmente no existía. Legalmente estaba prohibido. Pero estaba ahí. Bomanz era un graduado cum laude.

Stancil hizo una corta afirmación de cabeza y se fue.

—Lo imaginé —susurró Bomanz, y se preguntó: ¿Hasta qué punto eres negro, hijo?

Trasteó de un lado para otro hasta que lo hubo comprobado tres veces todo, hasta que se dio cuenta de que toda aquella precaución se había convertido en una excusa para no socializar.

—Eres un caso —murmuró para sí mismo.

Una última mirada. El mapa extendido. Las velas. El cuenco de mercurio. La daga de plata. Las hierbas. Los incensarios... Seguía teniendo aquella sensación.

—¿Qué diablos puedo haber olvidado?

Las Tiradas eran esencialmente unas damas a cuatro bandas. El tablero tenía cuatro veces el tamaño habitual. Los jugadores jugaban en los cuatro lados. Se le añadía un elemento de azar lanzando un dado antes de cada movimiento. Si la tirada de un jugador era un seis, podía mover cualquier combinación de piezas seis movimientos. En general se aplicaban las reglas de las damas, excepto que uno podía renunciar a un salto.

Curiosa llamó a Bomanz apenas apareció.

—¡Se están aliando contra mí! —Estaba jugando frente a Jazmín. Gloria y Tokar estaban en sus flancos. Bomanz observó unos cuantos movimientos. Tokar y la hermana mayor estaban confabulados. La táctica convencional de eliminación.

Siguiendo un impulso, Bomanz controló la caída del dado cuando le llegó el turno a Curiosa. Sacó un seis, lanzó un gritito, cargó con sus fichas por todas partes. Bomanz se preguntó si alguna vez había tenido tanto entusiasmo y optimismo adolescente. Miró a la muchacha. ¿Cuántos años tendría? ¿Catorce?

Hizo que Tokar tirara un uno, dejó que Jazmín y Gloria obtuvieran lo que decretara el azar, luego le dio a Curiosa otro seis y a Tokar otro uno. Tras una tercera vuelta Tokar gruñó:

—Esto se está poniendo ridículo. —El equilibrio del juego había cambiado. Gloria estaba a punto de abandonarle y ponerse del lado de su hermana contra Jazmín.

Jazmín lanzó una mirada a Bomanz cuando Curiosa tiró otro seis. Bomanz parpadeó, dejó que Tokar tirara libre. Un dos. Tokar gruñó.

—Voy por el camino del retroceso —dijo.

Bomanz fue a la cocina, se sirvió una jarra de cerveza. Regresó para descubrir a Curiosa de nuevo al borde del desastre. Su juego era tan frenético que tenía que tirar un cuatro o más para sobrevivir.

Tokar, por su parte, jugaba un juego tediosamente conservador, avanzando escalón tras escalón, intentando ocupar los flancos. Bomanz, que jugaba de una forma muy parecida a él, reflexionó. Primero juega para asegurarse de que no perderá; luego se preocupa acerca de ganar.

Vio a Tokar tirar un seis y enviar una pieza en una trayectoria extravagante con la que tomó tres fichas de su aliado nominal, Gloria.

También traidor, pensó Bomanz. Vale la pena tener eso en cuenta. Preguntó a Stancil:

—¿Dónde está Clete?

—Decidió quedarse con los hombres de los carros —dijo Tokar—. Pensó que ya éramos demasiada gente en tu casa.

—Entiendo.

Jazmín ganó la partida, y Tokar la siguiente, tras lo cual el comerciante de antigüedades dijo:

—Eso es todo para mí. Ocupa mi asiento, Bo. Nos veremos por la mañana.

—Yo también estoy cansada —dijo Gloria—. ¿Vamos a dar un paseo, Stance?

Stancil miró a su padre. Bomanz asintió.

—No vayáis muy lejos. Los Guardias están de mal humor.

—No lo haremos —dijo Stancil. Su padre sonrió ante su apresurada partida. Había sido igual con él y Jazmín, hacía mucho tiempo.

Jazmín observó:

—Es una chica encantadora. Stance tiene suerte.

—Gracias —dijo Tokar—. Creemos que ella también tiene suerte.

Curiosa hizo una mueca agria. Bomanz se permitió una sonrisa irónica. Alguien sentía debilidad por Stancil.

—¿Una partida a tres manos? —sugirió—. ¿Turnándonos para jugar el cuarto hasta que alguien quede fuera?

Dejó que el azar hiciera su trabajo con las tiradas de los jugadores pero hizo que el cuarto sacara cincos y seises. Curiosa quedó fuera y se hizo cargo del cuarto. Jazmín parecía divertida. Curiosa dejó escapar un chillido de deleite cuando ganó.

—¡Gloria, he ganado! —les dijo a su hermana y a Stancil apenas regresaron—. ¡Les he ganado!

Stancil miró al tablero, a su padre.

—Papá...

—Luché todo el tiempo. Ella se llevó las mejores tiradas.

Stancil sonrió con una sonrisa incrédula.

Gloria dijo:

—Ya es suficiente, Curiosa. Es hora de irse a la cama. Esto no es la ciudad. Aquí la gente se va a dormir temprano.

—Uf... —se quejó la muchacha, pero se fue. Bomanz suspiró. Ser sociable era cansado.

Su corazón se aceleró cuando anticipó el trabajo nocturno.

Stancil completó una tercera lectura de sus instrucciones escritas.

—¿Lo captas? —preguntó Bomanz.

—Supongo que sí.

—El tiempo no es lo importante... siempre que te retrases, no te adelantes. Si tuviéramos que conjurar algún maldito demonio estúpido, tendrías que estudiarte tus líneas durante una semana.

—¿Líneas? —Stancil no tenía que hacer otra cosa más que atender las velas y observar. Estaba allí para ayudar si su padre tenía algún problema.

Bomanz había pasado las últimas dos horas neutralizando conjuros a lo largo del camino que pretendía seguir. El nombre de Perroluna había sido un golpe de oro.

—¿Está abierto? —preguntó Stancil.

—De par en par. Casi tira de ti. Te dejaré ir también más adelantada la semana.

Bomanz inspiró profundamente, exhaló. Observó la habitación. Todavía tenía aquella royente sensación de haber olvidado algo. No tenía la menor idea de lo que podía ser.

—Muy bien.

Se acomodó en la silla, cerró los ojos.

—Dumni —murmuró—. Un muji dumni. Haikon. Dumni. Un muji dumni.

Stancil echó un pellizco de hierbas a un diminuto brasero de carbón. Un humo acre llenó la estancia. Bomanz se relajó, dejó que la letargia lo invadiera. Consiguió una rápida separación, derivó hacia arriba, flotó debajo de las vigas, observó a Stancil. El muchacho mostraba ser prometedor.

Bo comprobó sus lazos con su cuerpo. Bien. ¡Excelente! Podía oír con sus oídos tanto espirituales como físicos. Probó un poco más la dualidad mientras derivaba escaleras abajo. Cada sonido que emitía Stance le llegaba claramente.

Hizo una pausa en la tienda, miró a Gloria y a Curiosa. Envidió su juventud y su inocencia.

Fuera, el brillo del cometa llenaba la noche. Bomanz sintió su poder derramarse sobre la tierra. ¿Cuánto más espectacular sería cuando el mundo entrara en su cola?

De pronto ella estaba allí, haciéndole señas urgentes. Reexaminó sus lazos con su carne. Sí. Aún en trance. No estaba soñando. Se sintió vagamente inquieto.

Ella le condujo al Túmulo, siguiendo el camino que él había abierto. Vaciló ante el abrumador poder enterrado allí, lejos del poder que irradiaban los menhires y los fetiches. Vistos desde su punto de vista espiritual, tomaban la forma de crueles y horribles monstruos atados a cortas cadenas.

Los fantasmas merodeaban por el Túmulo. Aullaban al lado de Bomanz, intentando romper sus conjuros. El poder del cometa y el poder de los conjuros protectores se unían en un trueno que permeaba el ser de Bomanz. Cuan poderosos habían sido los antiguos, pensó, para que todo esto se mantuviera después de tanto tiempo.

Se acercaron a los soldados muertos representados por peones en el mapa de Bomanz. Creyó oír pasos detrás de él... Miró hacia atrás, no vio nada, se dio cuenta de que estaba oyendo a Stancil allá en la casa.

Un caballero fantasma le desafió. Su odio era tan sin tiempo y tan sin piedad como el golpear de la resaca a lo largo de una fría y lúgubre playa. Lo eludió.

Unos grandes ojos verdes miraron fijamente a los suyos. Unos ancianos, sabios, despiadados ojos, arrogantes, burlones y despectivos. El dragón puso al descubierto los dientes en una sonrisa burlona.

Esto es, pensó Bomanz. Lo que he olvidado... Pero no. El dragón no podía tocarle. Captó su irritación, su convicción de que iba a dar un sabroso bocado a su carne. Se apresuró detrás de la mujer.

No había ninguna duda al respecto. Era la Dama. Ella también había intentado alcanzarle. Mejor ser cauteloso. Ella deseaba más que un discípulo agradecido.

Entraron en la cripta. Era enorme, espaciosa, llena con todo lo que había formado parte de la vida del Dominador. Evidentemente, esa vida no había sido espartana.

Siguió a la mujer alrededor de un montón de mobiliario... y descubrió que había desaparecido.

—¿Dónde...?

Los vio. Lado a lado, sobre losas de piedra separadas. Encadenados. Envueltos por crujientes y zumbantes fuerzas. Ninguno respiraba, pero ninguno traicionaba tampoco el grisor de la muerte. Parecían como suspendidos, haciendo tiempo.

La leyenda exageraba sólo ligeramente. El impacto de la dama, incluso en este estado, era inmenso. «Bo, tienes un hijo adulto». Parte de él deseó sentarse sobre sus patas traseras y aullar como un adolescente en celo.

Oyó pasos de nuevo. Maldito fuera aquel Stancil. ¿No podía estarse quieto? Estaba haciendo el ruido de tres personas.

Los ojos de la mujer se abrieron. Sus labios formaron una gloriosa sonrisa. Bomanz olvidó a Stancil.

Bienvenido, dijo una voz dentro de su mente. Hemos aguardado mucho tiempo, ¿verdad?

Aturdido, se limitó a asentir.

Te he estado observando. Sí, lo veo todo en este páramo olvidado. Intenté ayudar. Las barreras eran demasiadas y demasiado grandes. Esa maldita Rosa Blanca. No era estúpida.

Bomanz miró al Dominador. Aquel enorme y apuesto guerrero—emperador dormía. Bomanz envidió su perfección física.

Duerme un sueño profundo.

¿Oyó burla en su voz? No podía leer su rostro. Su hechizo era demasiado para él. Sospechaba que había sido así para muchos hombres, y que era cierto que ella había sido la fuerza impulsora de la Dominación.

Lo fui. Y la próxima vez...

—¿La próxima vez?

El regocijo le rodeó como el tintineo de campanillas al viento bajo el impulso de una brisa gentil. Has venido para aprender, oh hechicero. ¿Cómo pagarás a tu maestro?

Aquí estaba el momento para el cual había vivido. Su triunfo estaba ante él. Una parte ganada...

Fuiste hábil. Fuiste tan cuidadoso, te tomaste tanto tiempo, incluso ese Monitor se dejó engañar. Te aplaudo, hechicero.

La parte difícil. Atar a esta criatura a su voluntad.

Una risa como campanillas.

¿No piensas negociar? ¿Piensas simplemente exigir?

—Si tengo que hacerlo.

¿No vas a darme nada?

—No puedo darte lo que deseas.

El regocijo de nuevo. Un regocijo de campanillas de plata.

No puedes exigirme.

Bomanz encogió unos hombros imaginarios. Ella estaba equivocada. Él tenía una palanca. Había topado con ella en su juventud, de inmediato había reconocido su importancia, y había puesto pie en el largo camino que conducía a este momento.

Había encontrado un texto cifrado. Lo había descifrado y le había proporcionado el patronímico de la Dama, un nombre común en las historias pre-Dominación. Las circunstancias implicaban como la Dama a una de las varias hijas de esa familia. Un poco de trabajo histórico–detectivesco había completado la tarea.

Así había resuelto un misterio que había desconcertado a miles de personas durante cientos de años.

Saber su auténtico nombre le daba el poder de exigirle a la Dama. En hechicería, el nombre auténtico es idéntico a la cosa...

Hubiera deseado gritar. Parecía como si mi corresponsal terminara al borde de la misma revelación que yo llevaba buscando todos estos años. Maldito fuera su negro corazón.

Esta vez había un postscriptum, algo un poco más de historia. El redactor de la carta había añadido lo que parecían pisadas de pollo. No tenía la menor duda de lo que intentaban comunicar. Pero no podía extraerles ningún sentido.

Como siempre, no había ni firma ni sello.



La lluvia no cesaba nunca. En general no era mucho más que una llovizna. Cuando el día era excepcionalmente bueno, se reducía a una acuosa bruma. Pero siempre había algo de precipitación. Corbie salía pese a todo, aunque se quejaba a menudo de dolor en su pierna.

—Sí el tiempo te molesta tanto, ¿por qué sigues aquí? —le preguntó Lance—. Dijiste que creías que tus hijos viven en Ópalo. ¿Por qué no vas allí y los buscas tú mismo? Al menos el clima será decente.

Era una buena pregunta. Corbie todavía tenía que crear una respuesta convincente. Todavía no había hallado ninguna que le convenciera, y mucho menos a sus enemigos que podían preguntar.

No había nada que Corbie temiera hacer. En otra vida, como otro hombre, había desafiado a los propios creadores del infierno sin el menor temor. Espadas y brujería y muerte no podían intimidarle. Sólo la gente, y el amor, podían aterrarle.

—La costumbre, supongo —dijo. Débilmente—. Quizá pudiera vivir en Galeote. Creo. No me llevo bien con la gente, Lance. No me gusta tanto como eso. No podría soportar las Ciudades Joya. ¿Te he dicho alguna vez que hubo un tiempo en el que estuve ahí?

Lance había oído varias veces la historia. Sospechaba que Corbie había estado en muchos más sitios que ahí abajo. Creía que una de las Ciudades Joya había sido el hogar original de Corbie.

—Sí. Cuando empezó el gran empuje rebelde en Forsberg. Me hablaste de haber visto la Torre en tu camino hacia arriba.

—Exacto. Lo hice. La memoria está fallando. Ciudades. No me gustan, muchacho. No me gustan. Demasiada gente. A veces hay demasiada allí. Fue cuando vine por primera vez. Hoy en día la cosa está casi bien. Casi bien. Quizá demasiado jaleo y preocupación a causa de los muertos vivientes que hay por ahí. —Apuntó con la barbilla hacia el Gran Túmulo—. Pero por lo demás casi bien. Puedo hablar con uno o dos de vosotros. Pero que nadie más se me ponga en mi camino.

Lance asintió. Creía entender aún sin entender. Había conocido a otros viejos veteranos. La mayoría tenían sus peculiaridades.

—¡Hey! Corbie. ¿Te topaste alguna vez con la Compañía Negra cuando estuviste ahí arriba?

Corbie se inmovilizó, le miró con tal intensidad que el joven soldado enrojeció.

—Oh... ¿qué ocurre, Corbie? ¿He dicho algo malo?

Corbie reanudó su caminar, sin que su cojera frenara un paso furiosamente creciente.

—Ha sido extraño. Como si estuvieras leyendo mi mente. Sí. Tropecé con ellos. Mala gente. Muy mala gente.

—Mi padre nos contaba historias sobre ellos. Estuvo con ellos durante la larga retirada a Hechizo. El País Ventoso, la Escalera Rota, todas esas batallas. Cuando se licenció después de la batalla en Hechizo regresó a casa. Contaba horribles historias sobre esos tipos.

—Me perdí esa parte. Yo me fui más atrás, en Rosas, cuando Cambiaformas y el Renco perdieron la batalla. ¿Con quién estuvo tu padre? Nunca has hablado mucho de él.

—Con Nocherniego. No hablo mucho de él porque nunca nos hemos llevado demasiado bien.

Corbie sonrió.

—Los hijos nunca suelen llevarse demasiado bien con sus padres. Y quien habla es la voz de la experiencia.

—¿Qué hacía tu padre?

Corbie se echó a reír.

—Era granjero. Más o menos. Pero prefiero no hablar de él.

—¿Qué estamos haciendo aquí fuera, Corbie?

Comprobando la exactitud de las investigaciones de Bomanz. Pero Corbie no podía decirle esto al muchacho. Como tampoco podía pensar en una mentira adecuada.

—Caminamos bajo la lluvia.

—Corbie...

—¿Podemos dejarlo por un rato, Lance? ¿Por favor?

—Claro.

Corbie cojeó todo el camino alrededor del Túmulo, manteniendo una respetuosa distancia, sin hacerse nunca demasiado llamativo. No usaba ningún tipo de equipo. Eso atraería en seguida al coronel Dolce. En vez de ello consultaba mentalmente el plano del hechicero. La cosa llameaba allí con un fuego propio, esos arcanos símbolos TelleKurre brillando con vida propia, salvaje y peligrosa. Estudiando los restos del Túmulo sólo podía hallar un tercio de las referencias del mapa. El resto había desaparecido a causa del tiempo y del clima.

Corbie no era un hombre que tuviera problemas con sus nervios. Pero ahora estaba asustado. Casi al final de su andadura dijo:

—Lance, quiero que me hagas un favor. Quizás un doble favor.

—¿Señor?

—¿Señor? Llámame Corbie.

—Suenas tan serio.

—Es serio.

—Adelante, pues.

—¿Puedo confiar en que mantendrás la boca cerrada?

—Si es necesario.

—Quiero de ti un voto condicional de silencio.

—No entiendo.

—Lance, quiero decirte algo. Por si me ocurriera alguna cosa.

—¡Corbie!

—No soy joven, Lance. Y tengo muchas cosas mal dentro de mí. He pasado por mucho. Siento que se me está acumulando todo en mi interior. No espero irme pronto. Pero ocurren cosas. Si me sucediera algo, hay una cosa que no quiero que muera conmigo.

—Muy bien, Corbie.

—Si te sugiero algo, ¿puedes guardarlo para ti mismo? ¿Aunque creas que quizá no deberías? ¿Puedes hacer algo por mí?

—Lo estás poniendo difícil, no diciéndomelo.

—Lo sé. No es justo. El único otro hombre en el que confío es el coronel Dolce. Y su posición no le permite aceptar esa promesa.

—No será algo ilegal.

—No, estrictamente hablando.

—Supongo.

—No supongas, Lance.

—De acuerdo. Tienes mi palabra.

—Bien. Gracias. Es apreciada, no lo dudes nunca. Dos cosas. Primero, si me ocurre algo, ve a la habitación del primer piso de mi casa. Si he dejado allí un paquete envuelto en piel impermeabilizada sobre la mesa, hazlo llegar hasta un herrero llamado Arena, en Galeote.

El aspecto de Lance era lógicamente dubitativo y desconcertado.

—Segundo, una vez hayas hecho eso, y sólo después, dile al coronel que los muertos vivientes se están agitando.

Lance dejó de andar.

—Lance. —Había una nota de mando en la voz de Corbie que el joven nunca antes había oído.

—Sí. De acuerdo.

—Eso es todo.

—Corbie...

—Nada de preguntas ahora. Dentro de unas semanas quizá pueda explicártelo todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ni una palabra ahora. Y recuerda. El paquete a Arena el herrero. Luego la

noticia al coronel. Dile lo que te he dicho. Si puedo, le enviaré también una carta al coronel.

Lance se limitó a asentir.

Corbie inspiró profundamente. Habían transcurrido veinte años desde que había intentado el más sencillo conjuro adivinatorio. Nunca había intentado nada del orden de lo que ahora se enfrentaba. Allá en aquellos tiempos antiguos, cuando era otro hombre, o muchacho, la hechicería era una diversión para los jóvenes ricos que preferían jugar a los hechiceros antes que emprender estudios legítimos.

Todo estaba preparado. Las herramientas apropiadas para la tarea del hechicero estaban sobre la mesa en el primer piso de la casa que había construido Bomanz. Era adecuado que siguiera los pasos del viejo.

Tocó el paquete envuelto en piel impermeabilizada que había dejado para Lance, la opaca carta para Dolce, y rezó para que ninguna de las dos cosas llegara a tocar las manos del joven. Pero si lo que sospechaba era cierto, era mejor que el enemigo supiera antes de que el mundo se viera sorprendido.

No quedaba nada por hacer excepto hacerlo. Bebió media taza de té frío, ocupó su asiento. Cerró los ojos, inició un canto que le había sido enseñado cuando era más joven que Lance. No era el método que había usado Bomanz, pero era igual de efectivo.

Su cuerpo no se relajaba, no dejaba de distraerle. Pero finalmente la letargia se cerró sobre él. Su ka liberó sus diez mil anclas sobre su carne.

Parte de él insistía en que era un estúpido por intentar aquello sin las habilidades de un maestro. Pero no tenía el tiempo para el entrenamiento que se requería para ser un Bomanz. Había aprendido todo lo que había podido durante su ausencia del Viejo Bosque.

Libre de la carne, pero conectado por lazos invisibles de los que podía tirar de vuelta. Si su suerte le acompañaba. Se alejó cuidadosamente. Se conformó con exactitud a la regla de los cuerpos. Usó la escalera, la puerta, y las aceras construidas por la Guardia. Mantén el fingimiento de la carne y la carne tardará en olvidar.

El mundo parecía distinto. Cada objeto tenía su aura única. Halló difícil concentrarse en la gran tarea.

Avanzó hacia los límites del Túmulo. Se estremeció bajo el impacto de los viejos conjuros resonantes que mantenían atados al Dominador y a varios esbirros menores. ¡El poder que había allí! Cuidadosamente, recorrió los límites hasta que halló el camino que Bomanz había abierto, aún no completamente curado.

Cruzó la línea.

Al instante atrajo la atención de todo espíritu, benigno y maligno, encadenado dentro del Túmulo. Había muchos más de los que había esperado. Muchos más de los que indicaba el mapa del hechicero. Esos símbolos de soldados que rodeaban el Gran Túmulo... No eran estatuas. Eran hombres, soldados de la Rosa Blanca, que habían sido situados como guardias—espíritus constantemente de guardia entre el mundo y el

monstruo que podía devorarlo. Qué impulso debía de haberles guiado. Qué dedicación a su causa.

El camino serpenteaba por entre los antiguos lugares de descanso de los viejos Tomados, círculo exterior, círculo interior, girando y girando. Dentro del círculo interior vio las auténticas formas de varios monstruos menores que habían servido en la Dominación. El camino se extendía como un sendero de pálida bruma plateada. Detrás de él la bruma se hizo más densa, su paso fortalecía el camino.

Allá delante, conjuros más fuertes. Y todos esos hombres que habían ido bajo tierra para rodear al Dominador. Y más allá de ellos, el miedo más grande. La cosa dragón que, en el mapa de Bomanz, yacía enroscada alrededor de la cripta en el corazón del Gran Túmulo.

Los espíritus le chillaron en TelleKurre, en UchiTelle, en lenguajes que no conocía y en lenguas vagamente parecidas a algunas que aún se hablaban. Una y todas le maldijeron. Una y todas las ignoró. Había una cosa en una cámara debajo del montículo más grande. Tenía que ir a ver si yacía tan inquieta como sospechaba.

El dragón. Oh, por todos los dioses que nunca fueron, ese dragón era real. Real, vivo, de carne, pero lo captaba y lo veía a él. El camino plateado se curvaba más allá de sus mandíbulas, a través del hueco entre dientes y cola. Le golpeó con una palpable voluntad. Pero no le detuvo.

No más guardianes. Sólo la cripta. Y el hombre-monstruo dentro de ella estaba encadenado. Había sobrevivido a lo peor...

El viejo demonio debía de estar durmiendo. ¿No lo había derrotado la Dama en su intento de escapar a través de Enebro? ¿No lo había vuelto a colocar ahí abajo en su sitio?

Era una tumba como muchas otras alrededor del mundo. Quizás un poco más rica. La Rosa Blanca había encadenado a sus oponentes con estilo. Pero no había sarcófagos. Ahí. Esa mesa vacía era donde debería de haber yacido la Dama.

La otra albergaba a un hombre dormido. Un hombre grande y apuesto, pero con la marca de la bestia en él, incluso en reposo. Un rostro lleno de ardiente odio, de la furia de la derrota.

Oh, bueno. Sus sospechas carecían de fundamento. El monstruo dormía...

El Dominador se sentó. Y sonrió. Su sonrisa fue la cosa más retorcida que Corbie hubiera visto nunca. Luego el muerto viviente extendió una mano en un gesto de bienvenida. Corbie echó a correr.

Una risa burlona le persiguió.

El pánico era una emoción enteramente no familiar. Raras veces la había experimentado. No podía controlarla. Sólo fue vagamente consciente de pasar el dragón y los espíritus llenos de odio de los soldados de la Rosa Blanca. Apenas captó a las criaturas del Dominador más allá, todas aullando con deleite.

Incluso en medio de su pánico se aferró al brumoso camino. Sólo dio un paso en falso...

Peto fue suficiente.

La tormenta estalló sobre el Túmulo. Era la más furiosa en el recuerdo de cualquier ser vivo. Los rayos golpeaban con la ferocidad de ejércitos celestes, martillos y lanzas y espadas de fuego hendiendo cielo y tierra. La lluvia era incesante e impenetrable.

Un poderoso rayo golpeó el Túmulo. Tierra y maleza volaron un centenar de metros por el aire. La tierra se estremeció. La Guardia Eterna corrió aterrada a sus armas, segura de que el viejo demonio había roto sus cadenas.

En el Túmulo dos grandes formas, una a cuatro patas, la otra bípeda, destacaron en el destello residual del golpe del rayo. Por un momento ambas corrieron a lo largo de un serpenteante camino, sin dejar huellas ni en el agua ni en el lodo. Cruzaron los límites del Túmulo, huyeron hacia el bosque.

Nadie las vio. Cuando la Guardia alcanzó el Túmulo, llevando armas y linternas y miedo como grandes cargas de plomo, la tormenta se había desvanecido. Los rayos habían cesado su retumbante bramar. La lluvia se había reducido a lo normal.

El coronel Dolce y sus hombres pasaron horas recorriendo los límites del Túmulo. Nadie encontró nada.

La Guardia Eterna regresó a sus barracones maldiciendo a los dioses y al tiempo.

En el primer piso de la casa de Corbie, el cuerpo de Corbie siguió respirando, una inspiración cada cinco minutos. Su corazón apenas latía. Pasaría largo tiempo muriendo sin su espíritu.



21
LA LLANURA DEL MIEDO

Pedí ver a Linda y obtuve una audiencia inmediata. Ella esperaba que entrara desatando todos los infiernos acerca de las acciones militares mal aconsejadas de tropas que no podían permitirse bajas. Esperaba lecciones sobre la importancia de mantener intactos los cuadros y las fuerzas. La sorprendí entrando sin nada de aquello. Allí estaba, preparada para recibir lo peor, aceptarlo para poder ir al asunto que le interesaba, y la decepcioné.

En vez de ello le llevé las cartas de Galeote, que todavía no había compartido con ella. Expresó curiosidad. Hice signos:

—Léelas.

Le tomó un tiempo. El Teniente se asomó de tanto en tanto, gruñendo más impaciente cada vez. Linda terminó, me miró.

—¿Y bien? —hizo signos.

—Eso procede del núcleo de los documentos que echo en falta. Junto con algunas otras cosas, esa historia es lo que hemos estado buscando. Atrapaalmas me hizo creer que el arma que deseamos se halla oculta dentro de esta historia.

—No está completa.

—No. Pero ¿no te hace pensar?

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser el autor?

—No. Y no tengo forma de averiguarlo, a menos que él se presente. O ella. —En realidad tenía un par de sospechas, pero cada una parecía más improbable que la otra.

—Éstas han llegado con rápida regularidad —observó Linda—. Después de todo este tiempo. —Eso me hizo sospechar que compartía una de mis sospechas. Ese «todo este tiempo».

—Los correos creen que fueron enviadas a lo largo de un período de tiempo más dilatado.

—Interesante, pero todavía no útil. Debemos aguardar más.

—No causará ningún daño tomar en consideración lo que significan. La parte final de la última, aquí. Es algo que se me escapa. Tengo que trabajar sobre ello. Puede ser crítico. A menos que su intención sea desconcertar a alguien que intercepte el fragmento.

Ella hojeó hasta la última página, la miró. Una luz repentina iluminó su rostro.

—Es el habla de los dedos, Matasanos —hizo signos—. Las letras. ¿Lo ves? La

mano que habla, cómo forma el alfabeto.

La rodeé hasta situarme detrás de ella. Ahora lo vi, y me sentí abismalmente estúpido por no haberlo captado antes. Una vez lo veías, resultaba fácil de leer. Si conocías tus signos. Decía:

Ésta puede ser la última comunicación, Matasanos. Hay algo que debo hacer. Los riesgos son graves. Las posibilidades están contra mí, pero debo seguir adelante. Si no recibes la parte final, acerca de los últimos días de Bomanz, tendrás que venir a buscarla. Ocultaré una copia dentro de la casa del hechicero, tal como describe la historia. Puedes encontrar otra en Galeote. Pregunta por el herrero llamado Arena.

Deséame suerte. A estas alturas tienes que haber hallado un lugar donde estés seguro. No te haría salir de él a menos que el destino del mundo dependiera de ello.

Tampoco había ninguna firma.

Linda y yo nos quedamos mirándonos. Pregunté:

—¿Qué crees que debo hacer?

—Esperar.

—¿Y si no vienen más episodios?

—Entonces tendrás que ir a mirar.

—Sí. —Miedo. El mundo se estaba uniendo contra nosotros. La incursión de Orín traería el vengativo frenesí de los Tomados.

—Puede que sea la gran esperanza, Matasanos.

—El Túmulo, Linda. Sólo la propia Torre puede ser más peligrosa.

—Quizá debiera acompañarte.

—¡No! No puedes correr ese riesgo. Bajo ninguna circunstancia. El movimiento puede sobrevivir a la pérdida de un viejo y cansado médico, pero no puede seguir sin la Rosa Blanca.

Me abrazó fuertemente, retrocedió, hizo signos:

—No soy la Rosa Blanca, Matasanos. Lleva siglos muerta. Soy Linda.

—Nuestros enemigos te llaman la Rosa Blanca. Nuestros amigos también. Hay poder en un nombre. —Agité las letras en mis manos—. Eso es lo que importa. Un nombre. Tienes que ser lo que dice tu nombre.

—Soy Linda —insistió.

—Para mí, quizá. Para Silencioso. Para unos pocos otros. Pero para el mundo eres la Rosa Blanca, la esperanza y la salvación. —Se me ocurrió que faltaba un nombre. El nombre que llevaba Linda antes de que pasara a depender de la tutela de la Compañía. Siempre había sido Linda, porque así era como la había llamado Cuervo. ¿Había llegado a conocer alguna vez el nombre con el que había nacido? Si era así, ya no importaba. Estaba a salvo. Ella era el último ser vivo en saberlo, si lo recordaba

alguna vez. El pueblo donde la encontramos, arrasado por las tropas del Renco, no era del tipo que mantuviera registros escritos.

—Ve —hizo signos—. Estudia. Piensa. Ve con buena fe. En algún lugar, pronto, hallarás el hilo.



22
LA LLANURA DEL MIEDO

Los hombres que huyeron de Orín con la ballena del viento cobarde llegaron al fin. Supimos que los Tomados habían escapado de la Llanura, furiosos de que sólo había sobrevivido una alfombra. Su ofensiva iba a verse retrasada hasta que las alfombras fueran reemplazadas. Y las alfombras se contaban entre los más grandes y más costosos instrumentos mágicos. Sospeché que el Renco iba a tener que darle muchas explicaciones a la Dama.

Recluté a Un Ojo, Goblin y Silencioso para un proyecto expandido. Les traduje. Extrajeron nombres propios, los reunieron en diagramas. Mis aposentos se volvieron impenetrables. Y apenas habitables mientras ellos estaban allí, porque Goblin y Un Ojo habían podido saborear un par de veces la vida fuera de la nada de Linda. Estaban constantemente el uno sobre el otro.

Y empecé a tener pesadillas.

Una tarde planteé un desafío, medio como resultado del hecho de que no llegara otro correo, medio como un trabajo pensado para impedir que Goblin y Un Ojo acabaran volviéndome loco. Dije:

—Puede que tenga que abandonar la Llanura. ¿Podéis hacer algo para que no atraiga una atención especial?

Formularon sus preguntas. Respondí lo más honestamente que pude. Ellos también deseaban ir, como si un viaje al oeste fuera un hecho establecido. Dije:

—Ni pensarlo que vengáis. ¿Mil quinientos kilómetros de esta mierda vuestra? Me suicidaría antes de salir de la Llanura. U os mataría a alguno de los dos. Cosa que estoy empezando ya a tomar en consideración.

Goblin chilló. Fingió un terror mortal. Un Ojo dijo:

—Acércate a menos de tres metros de mí y te convertiré en un lagarto.

Emití un ruido desagradable.

—Si apenas puedes convertir la comida en mierda.

Goblin cloqueó.

—Los pollos y las vacas lo hacen mejor. Puedes fertilizar con la suya.

—Nadie te ha dado permiso para hablar, renacuajo —restallé.

—Vaya, te vuelves quisquilloso con la edad —observó Un Ojo—. Debe de ser reumatismo. ¿Has pillado reuma, Matasanos?

—Deseará que su problema sea el reumatismo si sigue adelante —prometió

Goblin—. Ya es suficientemente malo tener que soportarte a ti. Pero tú al menos eres predecible.

—¿Predecible?

—Como las estaciones.

Se estaban pasando. Lancé a Silencioso una mirada pidiendo ayuda. El hijo de puta me ignoró.

Al día siguiente Goblin apareció luciendo una sonrisa taimada.

—Hemos pensado en algo, Matasanos. En caso de que vayas a dar una vuelta.

—¿Como qué?

—Necesitaremos tus amuletos.

Tenía dos que me habían dado ellos hacía mucho tiempo. Uno se suponía que me avisaba de la proximidad de los Tomados. Funcionaba bastante bien. El otro, ostensiblemente, era protector, pero también les permitía localizarme desde una cierta distancia. Silencioso lo rastreó la vez que Atrapaalmas nos envió a Cuervo y a mí a emboscar al Renco y a Susurro en el Bosque Nuboso, cuando el Renco intentó caer sobre los Rebeldes.

Hacía mucho tiempo y muy lejos. Recuerdos de un Matasanos más joven.

—Haremos algunas modificaciones. Para que no puedas ser localizado mágicamente. Dámelos. Más tarde tendremos que salir fuera para probarlos.

Le miré con los ojos entrecerrados.

—Tendrás que venir para que podamos probarlos intentando localizarte —dijo.

—¿De veras? Suena más bien como una excusa tonta para salir fuera de la nada.

—Quizá. —Sonrió.

Fuera como fuese, a Linda le gustó la idea. A la tarde siguiente nos encaminamos arroyo arriba, esquivando al Viejo Padre Árbol.

—Parece como un poco abatido —dije.

—Recibió el coletazo de un conjuro Tomado durante todo el jaleo —explicó Un Ojo—. No creo que le gustara.

El viejo árbol tintineó. Me detuve, lo estudié. Debía de tener miles de años. Los árboles crecen muy lentamente en la Llanura. ¡Las historias que podría contar!

—Vamos, Matasanos —llamó Goblin—. El Viejo Padre no está hablando. —Sonrió con su sonrisa de sapo.

Me conocían demasiado bien. Sabían que cuando veo algo viejo me pregunto qué ha visto a lo largo de su vida. Malditos sean, de todos modos.

Abandonamos el curso de agua a ocho kilómetros del Agujero, nos dirigimos hacia el oeste a un desierto donde el coral era especialmente denso y peligroso. Supongo que debía de haber quinientas especies, en arrecifes tan cercanos que eran casi impenetrables. Los colores eran bulliciosos. Dedos, frondas, ramas de coral se alzaban diez metros en el aire. Estoy eternamente asombrado de que el viento no las derribe.

En un pequeño lugar arenoso rodeado de coral, Un Ojo señaló un alto.

—Esto ya es suficientemente lejos. Aquí estaremos seguros.

Lo dudé. Nuestro avance había sido seguido por mantas y esas criaturas que se parecen a buitres. Nunca confiaré enteramente en estos animales.

Hace mucho, mucho tiempo, después de la Batalla de Hechizo, la Compañía cruzó la Llanura en ruta a unas asignaciones en el este. Vi ocurrir cosas horribles. No puedo sacudir de mi mente los recuerdos.

A Goblin y Un Ojo les gustaba jugar, pero también se ocupaban de los asuntos serios. Me recordaban a unos niños hiperactivos. Siempre detrás de algo, siempre haciendo algo. Me tendí y observé las nubes. Pronto me quedé dormido.

Goblin me despertó. Me devolvió mis amuletos.

—Vamos a jugar al escondite —dijo—. Te daremos ventaja. Si lo hemos hecho todo bien, no podremos encontrarte.

—Eso es maravilloso —respondí—. Yo solo ahí fuera, vagando perdido. —Estaba bromeando. Era completamente capaz de hallar el agujero. Como una desagradable broma pesada, me sentí tentado a encaminarme directamente hacia allí.

Pero esto era en serio.

Me encaminé hacia el sudoeste, hacia los riscos. Crucé el sendero que conducía al oeste y fui a ocultarme entre unos amables árboles andantes. Sólo después de que se hiciera oscuro renuncié a la espera. Caminé de vuelta al Agujero, preguntándome qué habría sido de mis compañeros. Sorprendí al centinela cuando llegué.

—¿Han entrado ya Goblin y Un Ojo?

—No. Pensé que estaba contigo.

—Lo estaban. —Preocupado, fui abajo, le pedí consejo al Teniente.

—Ve a buscarlos —me dijo.

—¿Cómo?

Me miró como si yo fuera un estúpido.

—Deja tus estúpidos amuletos, sal fuera de la nada y espera.

—Oh. De acuerdo.

Así que volví a salir fuera y caminé gruñendo hasta el arroyo. Me dolían los pies. No estaba acostumbrado a caminar tanto. Es bueno para ti, me dije. Tenía que estar en forma si había un viaje a Galeote en las cartas.

Llegué a al borde de los arrecifes de coral.

—¡Un Ojo! ¡Goblin! ¿Estáis por ahí?

Ninguna respuesta. No iba a seguir buscando. El coral me mataría. Tracé un círculo hacia al norte, suponiendo que se habían alejado del Agujero. Cada pocos minutos me dejaba caer de rodillas, esperando descubrir la silueta de un menhir. Los menhires sabrían qué había sido de ellos.

En una ocasión vi como un violento destello por el rabillo del ojo y, sin pensar, corrí en aquella dirección, pensando que eran Goblin y Un Ojo peleándose. Pero una mirada directa reveló el distante frente de una tormenta de cambio.

Me detuve de inmediato, recordando tardíamente que sólo la muerte se apresura

por la noche en la Llanura.

Tuve suerte. Justo unos pasos más adelante la arena se volvía esponjosa, suelta. Me acuclillé, olí un puñado. Tenía el olor de la muerte vieja. Retrocedí cautelosamente. ¿Quién sabe que había al acecho debajo de aquella arena?

—Mejor plántate en algún lado y aguarda al sol —murmuré para mí mismo. Ya no estaba seguro de mi posición.

Encontré algunas rocas que podían detener el viento, algunos arbustos para hacer fuego, e improvisé un campamento. El fuego era más para las bestias que para mantenerme caliente. La noche no era fría.

El hacer fuego era una afirmación simbólica ahí fuera.

Una vez se alzaron las llamas descubrí que el lugar había sido usado antes. El humo había ennegrecido las rocas. Nativos humanos, probablemente. Vagabundean en pequeñas bandas. Tenemos pocas relaciones con ellos. No sienten el menor interés en la lucha por el mundo.

La voluntad me falló en algún momento después de la segunda hora. Caí dormido.

La pesadilla me localizó. Y me descubrió no protegido por los amuletos de la nada.

Ella vino.

Habían transcurrido años. La última vez fue para informar de la derrota final de su esposo en el asunto de Enebro.

Una nube dorada, como motas de polvo danzando en un rayo de sol. Una sensación abrumadora de estar despierto mientras dormía. Calma y miedo a la vez. Incapacidad de moverme. Todos los viejos síntomas.

Una hermosa mujer se formó en la nube, una mujer surgida de los sueños. Del tipo que esperas llegar a encontrar algún día, sabiendo que no hay ninguna posibilidad. No puedo decir lo que llevaba, si es que llevaba algo. Mi universo consistía en su rostro y el terror que inspiraba su presencia.

Su sonrisa no era en absoluto fría. Hacía mucho tiempo, por alguna razón, había tomado interés en mí. Supuse que retenía un cierto residuo del antiguo afecto, como lo retiene uno hacia un animal de compañía muerto hace mucho.

—Médico. —Brisa en las cañas al lado de las aguas de la eternidad. El susurro de ángeles. Pero nada pudo hacerme olvidar la realidad una vez sonó la voz.

No siempre iba a ser tan torpe como para tentarme, ni siquiera con promesas de ella misma. Eso quizás es una razón por la que creo que sentía un cierto afecto. Cuando me usaba, me hacía obedecerla sin esperar nada a cambio.

No pude responder.

—Estás a salvo. Hace mucho tiempo, según tu estándar del tiempo, dije que permaneceríamos en contacto. No he podido hasta ahora. Tú me bloqueabas. Llevo semanas intentándolo.

Las pesadillas quedaban explicadas.

—¿Qué? —chillé como Goblin.

—Reúnete conmigo en Hechizo. Sé mí historiador.

Como siempre cuando me tocaba, me sentí abrumado. Parecía considerarme fuera de la lucha aunque formara parte de ella. En la Escalera Rota, la víspera de la más salvaje lucha de hechiceros que jamás hubiera presenciado, acudió a prometerme que no sufriría ningún daño. Pareció intrigada por mi papel menor como historiador de la Compañía. Entonces insistió en que registrara los acontecimientos tal como habían ocurrido. Sin intentar complacer a nadie. Lo hice, dentro de los límites de mis prejuicios.

—El calor en el crisol está aumentando, médico. Tu Rosa Blanca es hábil. Su ataque a la retaguardia del Renco fue un buen golpe. Pero insignificante dentro del gran cuadro. ¿No estás de acuerdo?

¿Cómo podía discutir? Estaba de acuerdo.

—Como sin duda habrán informado tus espías, hay cinco ejércitos dispuestos para limpiar la Llanura del Miedo. Es una tierra extraña e impredecible. Pero no resistirá lo que se está preparando.

De nuevo no pude discutir, porque la creía. Sólo podía hacer aquello de lo que Linda hablaba tan a menudo: ganar tiempo.

—Puede que te sorprendas.

—Quizá. Las sorpresas están siempre calculadas en mis planes. Sal de ese frío páramo, Matasanos. Ven a la Torre. Conviértete en mi historiador.

Era una tentación tan atractiva como la primera vez que la había formulado. Hablaba a una parte de mí que yo no comprendía, una parte casi dispuesta a traicionar a unos camaradas de décadas. Si aceptaba, habría tanto que llegaría a saber. Se iluminarían tantas respuestas. Se satisfarían tantas curiosidades.

—Escapaste de nosotros en el Puente de la Reina.

El calor ascendió por mi cuello. Durante nuestros años de huida, las fuerzas de la Dama nos habían dado alcance varias veces. La del Puente de la Reina había sido la peor. Un centenar de hermanos habían caído allí. Y para mi vergüenza, dejé los Anales atrás, enterrados en la orilla del río. Cuatrocientos años de historia de la Compañía abandonados.

Había un límite a lo que uno podía cargar. Los papeles abajo en el Agujero eran, críticos para nuestro futuro. Los tomé en lugar de los Anales. Pero sufro frecuentes accesos de culpabilidad. Debo responder de las sombras de los hermanos que se han ido antes. Esos Anales son la Compañía Negra. Mientras existan, la Compañía vive.

—Escapamos y escapamos, y seguiremos escapando. Es el destino.

Sonrió, divertida.

—He leído tus Anales, Matasanos. Los nuevos y los viejos.

Empecé a arrojar leña a las ascuas de mi fuego. No estaba soñando.

—¿Los tienes tú? —Hasta ese momento había silenciado mi culpabilidad con promesas de recuperarlos.

—Fueron hallados después de la batalla. Llegaron hasta mí. Me sentí complacida. Eres honesto, como deben de ser los historiadores.

—Gracias. Lo intento.

—Ven a Hechizo. Hay un lugar para ti en la Torre. Puedes ver el gran cuadro desde allí.

—No puedo.

—No puedes escudarte aquí. Sí te quedas, deberás enfrentarte a lo que les ocurra a tus amigos Rebeldes. El Renco manda esa campaña. Yo no interferiré. Él no es lo que era. Tú le hiciste daño. Y necesitaba que le hicieran más daño para ser salvado. No ha olvidado eso, Matasanos.

—Lo sé. —¿Cuántas veces había usado ella mi nombre? En todos nuestros contactos anteriores, a lo largo de los años, sólo lo había usado una vez.

—No dejes que te tome.

Un ligero y retorcido asomo de humor se alzó de alguna parte dentro de mí.

—Eres un fracaso, Dama.

Fue tomada por sorpresa.

—Estúpido que soy, registré mis textos románticos en los Anafes. Los leíste. Sabes que nunca te he caracterizado como malvada. No, creo, como caractericé a tu esposo. Sospecho que una verdad increíblemente captada yace debajo de la estupidez de esos romances.

—¿De veras?

—No creo que seas malvada. Creo que simplemente lo intentas. Creo que, pese a todas las maldades que has cometido, parte de la niña que fuiste permanece sin mancillar. Todavía queda un destello, y no puedes extinguirlo.

Al no ser desafiado me volví más valiente.

—Creo que me has seleccionado como una forma simbólica de absorber este destello. Soy un proyecto de reclamación destinado a satisfacer un rasgo oculto de decencia, de la misma forma que mi amigo Cuervo reclamó a una niña que se convirtió en la Rosa Blanca. Has leído los Anales. Sabes hasta las profundidades en que se hundió Cuervo una vez hubo concentrado toda la decencia en una sola copa. Mejor aún que si no hubiera hecho nada en absoluto. Enebro tal vez aún existiría. Y quizás él también.

—Enebro era un absceso listo para ser abierto. No he venido aquí para que te burles de mí, médico. No voy a permitir que se me presente como débil ni siquiera ante una audiencia de uno.

Empecé a protestar.

—Porque sé que todo esto terminará también en tus Anales.

Me conocía bien. Pero me había tenido que llevar ante el Ojo.

—Ven a la Torre, Matasanos. No exijo ningún juramento de fidelidad.

—Dama...

—Incluso los Tomados se atan con juramentos de muerte. Tú puedes seguir

siendo libre. Simplemente haz lo que haces. Cura, y registra la verdad. Eso puedes hacerlo en cualquier parte. Tu valor no debe malgastarse aquí fuera.

Éste era un sentimiento con el cual estaba completamente de acuerdo. Podía llevarlo hasta ahí atrás y restregárselo por las narices a alguna gente.

—¿Qué dices?

Empezó a hablar. Alcé una mano en un signo de advertencia. Yo había hablado para mí mismo, no para ella. ¿Era aquello un sonido de pasos? Sí. Algo grande se acercaba. Algo que se movía lentamente, cautelosamente.

Ella también lo captó. Un parpadeo y había desaparecido, y su partida sorbió algo de mi mente, de modo que una vez más no estuve seguro de si no lo habría soñado todo, pese a que cada palabra permanecía inmutablemente grabada en la piedra de mi mente.

Llevé más leña al fuego, retrocedí hasta una hendidura, con la daga, que era la única arma que había tenido el buen sentido de llevar, en la mano.

Se acercó. Hizo una pausa. Se acercó de nuevo. Los latidos de mi corazón se incrementaron. Algo se silueteó a la luz del fuego.

—¡Perro Matasapos! ¿Qué demonios? ¿Qué estás haciendo aquí? Salte del frío, muchacho. —Las palabras rodaron hacia adelante, llevándose consigo mi miedo—. Muchacho, lo que se alegrará Rastreador de verte. ¿Qué te pasó?

Avanzó cautelosamente, con un aspecto dos veces más flaco que nunca. Se dejó caer sobre su barriga, apoyó el hocico en las patas delanteras, cerró un ojo.

—No tengo nada de comida. En cierto modo, estoy perdido. Eres malditamente afortunado, ¿lo sabes? Llegar hasta tan lejos. La Llanura es un mal lugar para recorrerla soto.

Justo en aquel momento pareció como si el viejo perro me mostrara su acuerdo. Lenguaje corporal, si quieren. Había sobrevivido, pero no había sido fácil.

—Cuando salga el sol iremos a casa —le dije—. Goblin y Un Ojo se han perdido; es problema suyo.

Después de la llegada del Perro Matasapos descansé mejor. Supongo que las viejas alianzas se imprimen en la gente también. Confiaba que me alentaría si se presentaban problemas.

Al llegar la mañana hallamos el arroyo y nos encaminamos al Agujero. Me detuve, como hago a menudo, al acercarme al Viejo Padre Árbol para una pequeña conversación unilateral acerca de lo que había visto durante su larga centinela. El perro no se acercó ni un momento. Extraño. Pero ¿y qué? Lo extraño está a la orden del día en la Llanura.

Encontré a Un Ojo y Goblin roncando dentro. Habían regresado al Agujero sólo unos minutos después de mi partida en su busca. Los muy bastardos. Reequilibraría las cosas a la primera oportunidad.

Les volví locos no mencionándoles mi noche fuera.

—¿Funcionó? —pregunté. Al fondo del túnel Rastreador estaba teniendo una

ruidosa reunión con su perro.

—Más o menos —dijo Goblin. No parecía entusiasmado.

—¿Más o menos? ¿Qué quieres decir con más o menos? ¿Funciona o no funciona?

—Bueno, lo que pasa es que tenemos un problema. En general, podemos impedir que los Tomados te localicen. Fijen tu posición, por así decir.

La ofuscación es un signo seguro de problemas con este tipo.

—¿Pero? Suéltame el pero, Goblin.

—Si sales de la nada, no oculta el hecho de que has salido.

—Estupendo. Realmente estupendo. Sois realmente buenos, muchachos.

—No es tan malo como eso —dijo Un Ojo—. No atraerás la atención a menos que descubran por algún otro medio que has salido. Quiero decir, no tendrían por qué estar buscándote, ¿verdad? No hay ninguna razón para ello. Así que es casi tan bueno como si hubiéramos conseguido todo lo que queríamos.

—¡Y una mierda! Será mejor que empecéis a rezar para que llegue la siguiente carta. Porque si salgo y me asan el culo, ¿adivináis quién os perseguirá por toda la eternidad?

—Linda no te enviará nunca fuera.

—¿Qué te apuestas? Pasará tres o cuatro días de examen de conciencia. Pero me enviará. Porque esa última carta nos dará la clave.

Un miedo repentino. ¿Había sondeado la Dama mi mente?

—¿Qué ocurre, Matasanos?

Fui salvado de decir una mentira por la llegada de Rastreador. Entró y bombeó mi mano como un maldito estúpido loco.

—Gracias, Matasanos. Gracias por traerlo a casa. —Salió.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Goblin.

—Le traje su perro a casa.

—Extraño.

Un Ojo cloqueó.

—El pote llamando negra a la marmita.

—¿Sí? Moco de lagarto. ¿Quieres que te hable un poco de lo que es extraño?

—Parad —dije—. Si soy enviado fuera de aquí quiero esta cosa en perfecto orden. Tan sólo deseo que tuviéramos gente que pudiera leer todo esto.

—Quizá yo pueda ayudar. —Rastreador había vuelto. El gran patán estúpido. Un demonio con la espada, pero probablemente incapaz de escribir su propio nombre.

—¿Cómo?

—Puedo leer algo de este material. Conozco algunas lenguas antiguas. Mi padre me enseñó. —Sonrió como si fuera un gran chiste. Seleccioné una hoja escrita en TelleKurre. La leyó en voz alta. El antiguo lenguaje rodó desde su lengua de una forma natural, tal como yo lo había oído hablar entre los viejos Tomados. Luego tradujo. Era un memorándum a la cocina de un castillo acerca de un banquete que

había que preparar para unos nobles visitantes. Mejor de lo que hubiera podido hacerlo yo. Un tercio de las palabras se me escapaba.

—Estupendo. Bienvenido al equipo. Se lo diré a Linda. —Me deslicé fuera, intercambiando una mirada de asombro con Un Ojo a espaldas de Rastreador.

Extraño y extraño. ¿Qué era ese hombre, además de sorprendente? Al primer encuentro me recordó a Cuervo, y encajaba con el papel. Cuando empecé a considerarlo como grande, lento y torpe, encajó con el papel. ¿Era un reflejo de la imagen de quien lo contemplaba?

Pero era un buen luchador, bendito fuera. Valía por diez de cualquiera.



Era la hora de la Asamblea Mensual. La gran reunión durante la cual no se hace ninguna otra cosa. Durante la cual todos charlan de sus proyectos preferidos que no pueden llegar a realizarse. Tras cinco o seis horas de eso, Linda cierra el debate diciéndonos lo que debemos hacer.

Aparecieron los mapas habituales. Uno mostraba dónde nuestros agentes creían que debían de estar los Tomados. Otro mostraba incursiones de las que los menhires habían informado. Ambos mostraban una gran cantidad de blanco, zonas de la Llanura que todavía nos eran desconocidas. Un tercer mapa mostraba las tormentas de cambio del mes, uno de los proyectos preferidos del Teniente. Estaba buscando algo. Como siempre, la mayoría estaban localizadas a lo largo de la periferia. Pero había un número inusualmente grande de ellas, y más alto que el porcentaje habitual, en el interior del mapa. ¿Era algo estacional? ¿Una genuina variación? ¿Quién sabía? No llevábamos observándolas el tiempo suficiente. Los menhires no se molestaban en explicar tales trivialidades.

Linda se hizo cargo de inmediato de las cosas. Hizo signos:

—La operación en Orín ha tenido el efecto que esperaba. Nuestros agentes han informado de estallidos antiimperiales casi en todas partes. Han desviado de nosotros parte de la atención. Pero los ejércitos de los Tomados siguen aumentando. Susurro se ha vuelto especialmente agresiva en sus incursiones.

Las tropas imperiales entraban en la Llanura casi cada día, sondeando en busca de una respuesta y preparando a sus hombres para los peligros de la Llanura. Las operaciones de Susurro, como siempre, eran muy profesionales. Militarmente, había que temerla mucho más que al Renco.

El Renco es un perdedor. No era enteramente culpa suya, pero el estigma se había adherido a él. Ganador o perdedor, sin embargo, cabalga al otro lado.

—Esta mañana llegó la noticia de que Susurro ha establecido una guarnición a un día de marcha dentro de los límites. Está erigiendo fortificaciones, esperando nuestra respuesta.

Su estrategia era evidente. Establecer una red de fortalezas que se apoyaran mutuamente; construirlas lentamente hasta que se extendieran por toda la llanura. Esa mujer era peligrosa. Especialmente si le vendía la idea al Renco y ponían en ello todos sus ejércitos.

Como estrategia se remonta al alba de los tiempos, y ha sido usada una y otra vez allá donde los ejércitos regulares se enfrentan a los partisanos en terreno abierto. Es una estrategia paciente que depende de la voluntad del conquistador de perseverar. Funciona donde existe esta voluntad y fracasa donde no existe.

Aquí funcionaría. El enemigo tiene veintitantos años para desarraigarnos. Y no siente la necesidad de retener la Llanura una vez haya acabado con nosotros.

¿Nosotros? Digamos más bien Linda. El resto de nosotros no somos nada dentro de la ecuación. Si Linda cae, no hay Rebelión.

—Están robando tiempo —hizo signos Linda—. Necesitamos décadas. Tenemos que hacer algo.

Ahí viene, pensé. Tenía esa expresión. Iba a anunciar el resultado de mucho examen de conciencia. Así que no me sorprendió cuando hizo signos:

—Voy a enviar a Matasanos a recuperar el resto de la historia de su corresponsal. —La noticia de las cartas se había difundido. Linda se había encargado de ello—. Goblin y Un Ojo le acompañarán y le apoyarán.

—¿Qué? En absoluto...

—Matasanos.

—No lo haré. Mírame. No soy nadie. ¿Quién va a fijarse en mí? Un viejo tipo vagabundeando por ahí. El mundo está lleno de ellos. Pero ¿tres tipos? ¿Uno de ellos negro? ¿Uno de ellos un enano con...?

Goblin y Un Ojo me lanzaron miradas capaces de agriar la leche.

Me reñí a mí mismo. Mi estallido los había puesto en una difícil situación. Aunque ellos deseaban ir tanto como yo quería que fueran, ahora no se atrevían a mostrarse públicamente de acuerdo conmigo. Peor aún, tenían que mostrarse de acuerdo el uno con el otro. ¡El ego!

Pero insistí en mi opinión. Goblin y Un Ojo son personajes conocidos. Incidentalmente, yo también lo soy, pero como señalé, no soy físicamente reconocible.

Linda hizo signos:

—El peligro alentaré su cooperación.

Me refugié en mi última ciudadela.

—La Dama llegó a mí en el desierto esa noche que estuve fuera, Linda. Ella me está vigilando.

Linda pensó un momento, luego hizo señas:

—Eso no cambia nada. Necesitamos esa última pieza de la historia antes de que los Tomados cierren el cerco.

Tenía razón sobre esto. Pero...

Hizo signos:

—Iréis los tres. Tened cuidado.

Rastreador siguió el debate con la ayuda de Otto. Ofreció:

—Yo iré. Conozco el norte. En especial el Gran Bosque. Ahí es donde obtuve mi

nombre. —Detrás de él, el Perro Matasapos bostezó.

—¿Matasanos? —preguntó Linda.

Le devolví la pelota.

—Es cosa tuya decidir.

—Puede serte útil un luchador —hizo signos—. Dile que aceptas.

Murmuré algo para mí mismo y me volví hacia Rastreador.

—Ella dice que vengas.

Pareció complacido.

En lo que a Linda se refería, eso fue todo. La cosa quedaba resuelta. Retrasaron la agenda hasta un informe de Encordador sugiriendo que Curtidor estaba listo para lanzar una incursión como la de Orín.

Protesté y barboté y nadie me prestó atención excepto Goblin y Un Ojo, que me lanzaron sendas miradas diciendo que iba a agotar todos mis insultos.

No nos entretuvimos. Partimos catorce horas más tarde. Con todo dispuesto para nosotros. Fui arrastrado fuera de la cama poco después de medianoche, y pronto me encontré arriba, al lado del coral, aguardando el descenso de una ballena del viento pequeña. Un menhir parloteó a mis espaldas, dándome instrucciones acerca de cuidar y halagar el ego de la ballena del viento. Lo ignoré. Todo había ido demasiado rápido: me estaban montando en la silla antes de que me hubiera convencido a mí mismo de que tenía que emprender el viaje. Estaba viviendo por detrás de los acontecimientos.

Tenía mis armas, mis amuletos, dinero, comida. Todo lo que podía necesitar. Como Goblin y Un Ojo, que se habían provisto de todo un arsenal suplementario de artilugios taumátúrgicos. El plan era adquirir un carro con su tiro para conducirlo después de que la ballena del viento nos hubiera dejado caer tras las líneas enemigas. Con todo lo que llevaban, gruñí, íbamos a necesitar dos.

Rastreador, en cambio, viajaba ligero. Comida, un surtido de armas seleccionadas de entre las que tenía a mano, y su perro.

La ballena del viento se elevó. La noche nos envolvió. Me sentí perdido. Nadie había venido a abrazarme y a desearme buena suerte.

La ballena siguió subiendo hasta donde el aire era tenue y helado. Al este, al sur y al noroeste espí el resplandor de tormentas de cambio. Estaban haciéndose más comunes.

Supongo que estaba empezando a acostumbrarme a cabalgar ballenas del viento. Temblando, acurrucado, ignorando a Rastreador, que no dejaba de charlotear de trivialidades, me quedé dormido. Desperté cuando una mano me sacudió, y encontré el rostro de Rastreador a un palmo del mío.

—Despierta, Matasanos —dijo—. Despierta. Un Ojo dice que tenemos problemas.

Me levanté, esperando verme rodeado de Tomados.

Estábamos rodeados, pero por cuatro ballenas del viento y una docena de mantas.

—¿De dónde han salido?

—Aparecieron mientras estabas dormido.

—¿Cuál es el problema?

Rastreador señaló hacia lo que podríamos llamar el lado de estribor.

Una tormenta de cambio. Formándose.

—Simplemente apareció de la nada —dijo Goblin, uniéndose a nosotros, demasiado nervioso para recordar que estaba irritado conmigo—. Parece como una de las malas además, por el ritmo al que está creciendo.

La tormenta de cambio no tenía ahora más de cuatrocientos metros de diámetro, pero la furia de relámpagos color pastel en su corazón decía que estaba creciendo de una forma rápida y terrible. Su contacto podía ser más dramático de lo habitual. Una luz multicolor pintaba de una forma extraña rostros y ballenas. Nuestro convoy cambió de rumbo. Las ballenas del viento no se ven tan afectadas como los humanos, pero prefieren eludir los problemas siempre que es posible. Resultaba claro, sin embargo, que los bordes del monstruo nos rozarían.

Incluso mientras reconocía aquellos hechos el tamaño de la tormenta aumentó. Seiscientos metros de diámetro. Ochocientos. Rodando, hirviendo multicolor dentro de lo que parecía como humo negro. Serpientes de silenciosos relámpagos restallaban y gruñían sin sonido unos alrededor de otros.

El fondo de la tormenta de cambio tocaba el suelo.

Todos aquellos relámpagos hallaron sus voces. Y la tormenta se expandió más rápidamente aún, lanzando en otra dirección aquel crecimiento que debiera haber ido hacia el este. Su energía era terrible.

Las tormentas de cambio raras veces llegan más cerca de doce kilómetros del Agujero. Ya son suficientemente impresionantes a aquella distancia, a la que sólo captar como un soplo de viento que hace crepitar tu pelo y deshilacha tus nervios. En otros tiempos, cuando aún servíamos a la Dama, hablé con veteranos de las campañas de Susurro que contaron cosas acerca de verse atrapados en las tormentas. Nunca llegué a creer aquellos relatos.

Los creí cuando los bordes de la tormenta llegaron a nosotros. Una de las mantas fue atrapada. Pude ver a través de ella, sus huesos blancos contra la repentina oscuridad. Luego cambió.

Todo cambió. Rocas y árboles se volvieron proteicos. Pequeñas cosas que nos seguían cambiaron de forma.

Hay una hipótesis que afirma que como resultado de las tormentas de cambio han aparecido extrañas especies en la Llanura. Se ha propuesto también que las tormentas de cambio son responsables de la propia Llanura. Que cada una roe un poco más de nuestro mundo normal.

Las ballenas abandonaron su intento de dejar atrás la tormenta y picaron hacia el este, por debajo de la curva de la tormenta en expansión, descendiendo hasta donde la caída sería más corta si cambiaban a algo incapaz de volar. El proceso estándar para cualquiera atrapado en una tormenta de cambio. Permanece a baja altura y no te

muevas.

Los veteranos de Susurro hablaban de lagartos creciendo hasta el tamaño de elefantes, de arañas convirtiéndose en monstruos, de serpientes venenosas a las que les brotaban alas, de criaturas inteligentes volviéndose locas e intentando matar a todo lo que tenían a su alrededor.

Estaba asustado.

No demasiado asustado como para no observar, sin embargo. Después de que la manta nos mostrara sus huesos recuperó su forma normal, pero creció. Como hizo una segunda cuando fue engullida por los bordes de la tormenta. ¿Significaba eso una tendencia común hacia el crecimiento en el pulso exterior de una tormenta?

La tormenta agarró a nuestra ballena, que fue la más lenta en descender. Era joven, pero consciente de la carga que llevaba. El crepitar de mi pelo alcanzó su punto máximo. Creí que mis nervios iban a traicionarme por completo. Una mirada a Rastreador me convenció de que íbamos a sufrir un caso importante de pánico.

Goblin o Un Ojo, uno de los dos, decidió ser un héroe y desafiar la tormenta. Lo mismo hubiera podido ordenar al mar que girara. El restallar y el rugir de una hechicería de primer grado se desvanecieron en la furia de la tormenta.

Hubo un instante de absoluta quietud cuando el límite de la tormenta me alcanzó. Luego un rugir surgido del infierno. Los vientos en su interior eran feroces. Sólo pensé en echarme sobre la ballena y agarrarme a algo. A mi alrededor el equipo volaba de un lado para otro, cambiando de forma mientras lo hacía. Entonces miré a Goblin. Casi vomité.

Goblin, realmente. Su cabeza se había hinchado diez veces su tamaño normal. El resto de él parecía haberse vuelto del revés. A su alrededor se agitaba una horda de los parásitos que viven en el lomo de las ballenas del viento, algunos de ellos tan grandes como pichones.

Rastreador y el Perro Matasapos eran los peores. El perro se había convertido en algo de la mitad del tamaño de un elefante, con colmillos y poseedor de los ojos más diabólicos que jamás haya visto. Me miraba con un ansia hambrienta que heló mi alma. Y Rastreador se había convertido en algo demoníaco, vagamente simiesco pero mucho peor. Ambos tenían el aspecto de criaturas surgidas de las pesadillas de un artista o un brujo.

Un Ojo era el menos cambiado. Se había hinchado, pero seguía siendo Un Ojo. Quizás esté muy arraigado al mundo, siendo como es tan malditamente viejo. Por todo lo que puedo decir, está rozando los ciento cincuenta.

La cosa que era el Perro Matasapos reptó hacia mí con los dientes desnudos... La ballena del viento tocó tierra. El impacto nos envió a todos dando volteretas. El viento chilló a nuestro alrededor. El extraño relámpago martilleó tierra y aire. La propia zona de aterrizaje tenía un aspecto proteico. Las rocas se arrastraban por el suelo. Los árboles cambiaban de forma. Los animales de aquella parte de la Llanura iban de un lado para otro en formas revisadas, con las antiguas presas convertidas en

depredadores.

El espectáculo de horror estaba iluminado por una derivante, en ocasiones fantasmagórica luz.

Entonces el vacío en el corazón de la tormenta nos envolvió. Todo se congeló en la forma que tenía en el último instante. Nada se movió. Rastreador y el Perro Matasapos estaban abajo en el suelo, caídos a causa del impacto. Un Ojo y Goblin se miraban el uno al otro, en la primera fase de dejar que su eterna lucha fuera más allá de su juego habitual. Las otras ballenas del viento yacían cerca, no visiblemente afectadas. Una manta cayó del color de arriba, se estrelló.

Ese éxtasis duró quizá tres minutos. Con la inmovilidad regresó la cordura. Entonces la tormenta de cambio empezó a colapsarse.

La degeneración de la tormenta fue más lenta que su crecimiento. Pero más sana también. La sufrimos durante varias horas. Y luego hubo desaparecido. Y nuestra única baja fue la manta que se había estrellado. Pero maldita sea, había sido una experiencia estremecedora.

—Hemos tenido una jodida suerte —les dije a los demás, mientras hacíamos inventario de nuestras posesiones—. No hemos resultado muertos.

—Esto no ha tenido nada que ver con la suerte, Matasanos —respondió Un Ojo—. En el momento mismo que esos monstruos vieron la llegada de una tormenta se encaminaron a terreno seguro. Un lugar donde no hubiera nada que pudiera matarnos. O matarlas a ellas.

Goblin asintió. Últimamente estaban de acuerdo en muchas cosas. Pero todos recordábamos lo cerca que habían estado más de una vez del asesinato.

Pregunté:

—¿Qué aspecto tengo? No siento ningún cambio, excepto una especie de torbellino nervioso. Como estar borracho, drogado y medio loco, todo al mismo tiempo.

—Para mí te pareces a Matasanos —dijo Un Ojo—. Sólo que dos veces más feo.

—Y aburrido —añadió Goblin—. Pronunciaste el discurso más inspirador acerca de las glorias que consiguió la Compañía Negra durante la campaña contra Mascada.

Me eché a reír.

—Oh, vamos.

—De veras. Eras simplemente Matasanos. Quizás esos amuletos sean buenos para algo.

Rastreador estaba revisando sus armas. El Perro Matasapos estaba durmiendo cerca de sus pies. Señalé. Un Ojo hizo signos:

—No lo vi.

—Creció de tamaño y le salieron garras —hizo signos Goblin.

No parecían preocupados. Decidí que yo tampoco debía estarlo. Después de todo, los piojos de las ballenas eran la cosa más desagradable después del perro.



Nunca me dicen nada. Pero ¿debo quejarme? El secreto es nuestra armadura. No necesitas saber. Toda esa mierda. En nuestro equipo está la regla de hierro de la supervivencia.

Nuestra escolta no estaba allí solamente para ayudarnos a salir de la Llanura del Miedo. Tenían su propia misión. Lo que no me habían dicho era que el cuartel general de Susurro iba a ser atacado.

Susurro no recibió ninguna advertencia. Nuestras ballenas del viento compañeras descendieron lentamente a medida que se aproximaban al borde de la Llanura. Sus mantas descendieron con ellas. Atraparon vientos favorables y se adelantaron. Nosotros subimos más alto, a los puros estremecimientos y jadeos en busca de aire.

Las mantas golpearon primero. De dos en dos y de tres en tres cruzaron la ciudad al nivel de los tejados, soltando sus rayos contra los aposentos de Susurro. Piedras y madera volaron como polvo alrededor de unos cascos al galope. Estallaron fuegos.

Los monstruos del aire superior avanzaron después cuando soldados y civiles salieron a las calles. Desencadenaron sus propios rayos. Pero el auténtico horror eran sus tentáculos.

Las ballenas del viento se atiborraron de hombres y animales. Abrieron en canal casas y fortificaciones. Arrancaron árboles de sus raíces y golpearon a Susurro con sus rayos.

Las mantas, mientras tanto, se elevaron a treinta metros y cayeron de nuevo en parejas o tríos, esta vez para golpear a Susurro mientras ésta respondía.

Su respuesta, cuando lo hizo, aunque abrió un ancho surco horriblemente brillante en el costado de una ballena del viento, iba dirigida hacia las mantas. Aletearon a su alrededor, aunque consiguió derribar a una.

Pasamos por encima, con los destellos y los fuegos iluminando la barriga de nuestro monstruo. Si alguien en medio de aquella tribulación nos vio, dudo que sospechara que estábamos allí. Goblin y Un Ojo no detectaron interés en nada excepto en la supervivencia.

La cosa continuó mientras perdíamos de vista la ciudad. Goblin dijo que habían puesto a Susurro en fuga, demasiado atareada en salvar su culo como para ayudar a sus hombres.

—Me alegra que nunca lanzaran nada de esta mierda sobre nosotros —dije.

—Es una incursión de un solo tiro —indicó Goblin—. La próxima vez estarán preparados.

—Hubiera jurado que lo estarían ahora, después de Orín.

—Tal vez Susurro tenga un problema de ego.

No tal vez. Me había enfrentado a ella. Éste era su punto débil. No debió de hacer preparativos porque creía que la temíamos demasiado. Después de todo, era la más brillante entre los Tomados.

Nuestra poderosa montura aró la noche, dejando atrás las estrellas, con su gran cuerpo gorgoteando, resoplando, zumbando. Empecé a sentirme optimista.

Al amanecer descendimos a un cañón del País Ventoso, otro gran desierto. Al contrario que la Llanura, sin embargo, es normal. Un gran vacío donde el viento sopla todo el tiempo. Comimos y dormimos. Al llegar la noche reanudamos nuestro viaje.

Abandonamos nuestro desierto al sur de Lords, giramos al norte encima del Bosque Nuboso, eludiendo los asentamientos. Más allá del Bosque Nuboso, sin embargo, la ballena del viento descendió. Y nos encontramos a nuestras propias expensas.

Hubiera deseado recorrer todo nuestro camino por el aire. Pero ahí era hasta tan lejos como Linda y las ballenas del viento estaban dispuestas a arriesgarse. Más allá se extendía una región densamente poblada. No podíamos esperar descender allí y pasar las horas diurnas sin ser vistos. De modo que a partir de ahora viajaríamos a la antigua.

La ciudad libre de Rosas estaba a unos ochenta kilómetros de distancia.

Rosas había sido libre a lo largo de toda la historia, una plutocracia republicana. Ni siquiera la Dama había considerado oportuno cambiar la tradición. Una enorme batalla tuvo lugar cerca, durante las campañas del norte, pero el lugar había sido elegido por los Rebeldes, no por nosotros. Perdimos. Durante varios meses Rosas perdió su independencia. Luego la victoria de la Dama en Hechizo terminó con el dominio Rebelde. En resumidas cuentas, aunque no alineada, Rosas era amiga de la Dama.

Una zorra hábil.

Echamos a andar. Nuestro viaje era asunto de todo un día. Ni yo ni Goblin ni Un Ojo estábamos en buena forma. Demasiado haraganear. Demasiado viejos.

—Esto no es prudente —dije cuando nos acercábamos a una de las puertas en la muralla rojo pálido de Rosas hacia el anochecer—. Todos hemos estado aquí antes. Vosotros dos seréis muy recordados, robasteis a la mitad de los ciudadanos.

—¿Robar? —protestó Un Ojo—. ¿Quién robó...?

—Vosotros dos, payasos. Vendiendo esos malditos amuletos que garantizabais que funcionaban cuando íbamos detrás de Rastrillador.

Rastrillador había sido en su tiempo un general Rebelde. Había batido escandalosamente al Renco más al norte; luego la Compañía, con un poco de ayuda de Atrapaalmas, lo había conducido a una trampa en Rosas. Tanto Goblin como Un

Ojo habían esquilado a la población. Un Ojo era viejo en eso. Cuando estábamos en el sur, más allá del Mar de las Tormentas, se había visto implicado en todos los planes más retorcidos que podía idear. La mayoría de sus ganancias mal adquiridas no tardaba en perderlas a las cartas. Es el peor jugador de cartas del mundo.

Simplemente no sabe contar.

El plan era que nos alojáramos en alguna miserable posada donde no se hicieran preguntas. Rastreador y yo saldríamos al día siguiente y compraríamos un carro con su tiro. Luego volveríamos por el camino por el que habíamos venido, recogeríamos lo que no habíamos podido llevar con nosotros y rodearíamos la ciudad, encaminándonos al norte.

Ése era el plan. Goblin y Un Ojo no se atuvieron a él.

Regla Número Uno para un soldado: Atente a la misión. La misión está por encima de todo.

Para Goblin y Un Ojo todas las reglas están para ser quebrantadas. Cuando Rastreador y yo regresamos, con el Perro Matasapos vagabundeando detrás de nosotros, era última hora de la noche. Dejamos a un lado el carro. Rastreador se quedó en él mientras yo subía a la habitación.

Ni rastro de Goblin. Ni rastro de Un Ojo.

El propietario me dijo que se habían ido poco después de nosotros, charlando acerca de buscar alguna mujer.

Era culpa mía. Yo estaba al mando. Hubiera debido preverlo. Había sido un largo, largo, largo tiempo. Pagué la estancia de otras dos noches, sólo por si acaso. Luego entregué el carro con sus animales al chico del establo, cené con un silencioso Rastreador, y me retiré a mi habitación con varias jarras grandes de cerveza. Las compartimos: Rastreador, yo y el Perro Matasapos.

—¿Vas a ir en su busca? —preguntó Rastreador.

—No. Si no han vuelto en dos días o el techo se cae encima de nosotros, seguiremos adelante sin ellos. No quiero ser visto a su alrededor. Habrá gente aquí que los recuerde.

Nos emborrachamos agradablemente. El Perro Matasapos parecía capaz de beber tanto o más que nosotros debajo de la mesa. A ese perro le encantaba la cerveza.

A la mañana siguiente nada de Goblin, nada de Un Ojo. Pero gran cantidad de rumores. Entramos tarde en la sala común, después de la multitud de la mañana y antes de la acumulación del mediodía. El dueño no tenía suficientes orejas para escuchar.

—¿Habéis oído el jaleo que se ha armado en el este esa noche?

Gruñí antes de oír nada más. Lo sabía.

—Vaya lo que ha sido. Toda una batalla. Fuegos. Hechicería. Una multitud linchadora. Una excitación como esta vieja ciudad no había visto desde aquella vez en que fueron tras ese general Comosellame que quería la Dama.

Cuando fue a servir a otro cliente le dije a Rastreador:

—Será mejor que nos vayamos ahora.

—¿Qué hay de Goblin y Un Ojo?

—Saben cuidarse de sí mismos. Si los linchan, peor para ellos. No voy a ir husmeando por ahí y hacer que tiren de mi cuello también. Si se salen con bien, ya conocen en plan. Pueden alcanzarnos.

—Creía que la Compañía Negra no dejaba atrás a sus muertos.

—No lo hacemos. —Lo dije, pero mantuve mi determinación de dejar que los hechiceros se cocieran en cuál fuera el jugo que habían preparado. No dudaba de que habían sobrevivido. Se habían metido en problemas antes, un millar de veces. Una buena caminata tendría un efecto saludable en sus ideas acerca de la disciplina de una misión.

Terminada la comida, informé al propietario de que Rastreador y yo nos marchábamos, pero que nuestros compañeros mantenían la habitación. Luego conduje al protestante Rastreador al carro, le hice subir, y cuando el muchacho tuvo el tiro preparado nos encaminamos a la puerta oeste.

Era el camino largo, a través de tortuosas calles, cruzando una docena de puentes en arco que franqueaban canales, pero que conducía lejos de la estupidez de ayer. Mientras recorríamos el camino le conté a Rastreador cómo habíamos engañado a Rastrillador hasta que él mismo se puso la soga al cuello. Lo apreció.

—Ésa era la marca de la Compañía —concluí—. Dejar que el enemigo hiciera algo estúpido. Éramos los mejores cuando se trataba de luchar, pero sólo luchábamos cuando todo lo demás no funcionaba.

—Pero os pagaban por luchar. —Las cosas eran blancas o negras para Rastreador. A veces pienso que había pasado demasiado tiempo en los bosques.

—Se nos pagaba por los resultados. Si podíamos hacer el trabajo sin luchar, mejor que mejor. Lo que haces es estudiar a tu enemigo. Hallas una debilidad, luego trabajas sobre ella. Linda es buena en eso. Aunque trabajar con los Tomados es más fácil de lo que puedes creer. Todos son vulnerables a través de sus egos.

—¿Qué hay de la Dama?

—No sabría decir. Parece como si no tuviera ningún lugar por donde asirla. Un toque de vanidad quizá, pero no veo como aprovecharlo. Quizás a través de su impulso dominador. Haciendo que se extienda demasiado. No lo sé. Es cautelosa. Y lista. Como cuando dominó a los Rebeldes en Hechizo. Mató tres pájaros de una sola pedrada. No sólo eliminado a los Rebeldes, sino que expuso a los Tomados que no eran de fiar y aplastó el intento del Dominador de usarlos para liberarse.

—¿Qué hay de él?

—Él no es un problema. Probablemente, sin embargo, es más vulnerable que la Dama. No parece pensar. Es como un toro. Tan malditamente fuerte que eso es todo lo que necesita. Oh, alguna pequeña astucia, como en Enebro, pero en general todo al estilo golpe de martillo.

Rastreador asintió pensativamente.

—Puede que haya algo en lo que dices.



Corbie calculó mal. Olvidó que otros además de Lance estaban interesados en su destino.

Cuando dejó de ir a trabajar en varios lugares, la gente empezó a buscarle. Llamaron a puertas, golpearon en ventanas, y no obtuvieron respuesta. Uno probó la puerta. Estaba cerrada con llave. Ahora había una genuina preocupación.

Algunos propusieron avisar a las autoridades, otros optaron por entrar en la casa. Prevalció la segunda opinión. Forzaron la cerradura y penetraron en el edificio.

Encontraron un lugar obsesivamente limpio, amueblado espartanamente. El primer hombre en subir las escaleras gritó:

—¡Aquí está! Ha sufrido un ataque al corazón o algo así.

La gente se arremolinó en la pequeña habitación de arriba. Corbie estaba sentado a una mesa sobre la que había un paquete envuelto en piel impermeabilizada y un libro.

—¡Un libro! —gritó alguien—. Era más extraño de lo que pensábamos.

Un hombre tocó la garganta de Corbie, notó un débil pulso, observó que Corbie respiraba someramente, de una forma mucho más espaciada que la de un hombre durmiendo.

—Imagino que sufrió un ataque. Mientras estaba sentado aquí leyendo.

—Yo tenía un tío al que le ocurrió lo mismo —dijo alguien—. Cuando yo era niño. Nos estaba contando una historia, y de pronto se puso blanco y se derrumbó.

—Todavía está vivo. Será mejor que hagamos algo. Quizá pueda recuperarse.

Carreras escalera abajo, hombres tropezando con hombres.

Lance oyó cuando el grupo penetró en tromba en el cuartel general. Estaba de guardia. La noticia le puso en una situación difícil. Le había prometido a Corbie... Pero no podía abandonar su puesto.

El interés personal de Dolce hizo que la noticia subiera rápido la escala de mando. El coronel salió de su oficina. Observó que Lance parecía impresionado.

—Ya has oído. Ven conmigo. Echaremos una mirada. Vosotros, hombres. Buscad al barbero. Encontrad al veterinario.

Le hace a uno reflexionar sobre el valor de la vida de un hombre cuando el ejército proporciona un veterinario pero no un médico.

El día había empezado bueno, con un cielo claro. Eso era raro. Ahora estaba nublado. Cayeron unas pocas gotas de lluvia, salpicando las aceras de madera. Mientras Lance seguía a Dolce, y una docena de hombres les seguían a ambos, apenas notó las observaciones del coronel acerca de algunas mejoras necesarias.

Una multitud rodeaba la casa de Corbie.

—Las malas noticias viajan rápido —dijo Lance—. Señor.

—Sí, ¿verdad? Dejad paso, hombres. Vamos. —Hizo una pausa dentro—. ¿Está siempre tan limpio?

—Sí, señor. Era obsesivo con el orden y con hacer las cosas rigurosamente y una tras otra.

—Vaya. Tensaba un poco las reglas con sus paseos nocturnos.

Lance se mordió el labio y se preguntó si debía transmitirle al coronel el mensaje de Corbie. Decidió que todavía no era el momento.

—¿Arriba? —preguntó el coronel a uno de los hombres que habían encontrado a Corbie.

—Sí, señor.

Lance había subido ya las escaleras. Vio el paquete envuelto en piel impermeabilizada, y sin pensar empezó a deslizarlo dentro de su chaqueta.

—Hijo.

Lance se volvió. Dolce estaba en la puerta, con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo?

El coronel era la figura más intimidante que Lance pudiera llegar a imaginar. Más que su padre, que había sido un hombre duro y exigente. No supo cómo responder. Se quedó allí de pie, temblando.

El coronel extendió una mano. Lance le tendió el paquete.

—¿Qué estabas haciendo, hijo?

—Oh... Señor... Un día...

—¿Y bien? —Dolce examinó a Corbie sin tocarlo—. ¿Y bien? Adelante con ello.

—Me pidió que entregara una carta en su nombre si le ocurría algo. Como si creyera que se le estaba acabando el tiempo. Dijo que estaría en un paquete envuelto en piel impermeabilizada. Por la lluvia y todo eso. Señor.

—Entiendo. —El coronel deslizó los dedos debajo de la barbilla de Corbie, la alzó. Devolvió el paquete sobre la mesa, alzó uno de los párpados de Corbie. La pupila que reveló era como la cabeza de un alfiler—. Hummm. —Palpó la frente de Corbie—. Hummm. —Golpeó ligeramente varios puntos reflejos con el dedo o los nudillos. Corbie no respondió—. Curioso. No parece un ataque al corazón.

—¿Qué otra cosa puede ser, señor?

El coronel Dolce se enderezó.

—Quizá tú lo sepas mejor que yo.

—¿Señor?

—Has dicho que Corbie esperaba algo.

—No exactamente. Temía que le ocurriera algo. Habló como si se estuviera haciendo viejo y se le terminara el tiempo. Quizá sufría algo malo de lo que nunca le habló a nadie.

—Quizá. Ah. Montes. —El médico de caballos había llegado. Siguió los mismos pasos que había dado el coronel, se enderezó, se encogió de hombros.

—Está más allá de mis capacidades, coronel.

—Será mejor que lo traslademos a un lugar donde podamos mantenerlo vigilado. Es tu trabajo, hijo —le dijo a Lance—. Si no sale de esto pronto, tendremos que alimentarlo a la fuerza. —Paseó por la habitación, comprobó los títulos de una docena o así de libros—. Un hombre ilustrado, ese Corbie. Eso pensé siempre. Un estudio de contrastes. A menudo me he preguntado quién era realmente.

Ahora Lance estaba nervioso por Corbie.

—Señor, creo que hace mucho tiempo era alguien en una de las Ciudades Joya, pero cambió su suerte y se unió al ejército.

—Hablaremos de ello después de que lo hayamos trasladado. Vamos.

Lance le siguió. El coronel parecía muy pensativo. Quizá debiera darle el mensaje de Corbie.



Después de tres días durante los cuales Rastreador y yo regresamos al lugar donde nos habíamos posado, cargamos el carro, y luego nos encaminamos al norte por el Camino del Saliente, empecé a preguntarme si no me habría equivocado. Todavía no había la menor señal ni de Goblin ni de Un Ojo.

No necesitaba preocuparme. Nos atraparon cerca de Meystrikt, una fortaleza en el Saliente que en una ocasión había ocupado la Compañía en beneficio de la Dama. Nos habíamos salido del camino y nos habíamos metido entre unos árboles, y nos preparábamos para cenar. Oímos un alboroto en el camino.

Una voz que era inconfundiblemente la de Goblin exclamó:

—Y yo insisto en que es culpa tuya, cebo de pescado con labios de gusano. Convertiría tu cerebro en budín por haberme metido en esto si tuvieras cerebro.

—Culpa mía. Culpa mía. ¡Dioses! Incluso se miente a sí mismo. ¿Acaso tenía que convencerte de tu propia idea? Mira ahí, aliento de guano. Meystrikt está al otro lado de esa colina. Nos recordarán mejor aún de lo que nos recordaron en Rosas. Voy a preguntártelo una sola vez. ¿Cómo piensas pasar por ahí sin que nos degüellen?

Tras un alivio inicial detuve mi carrera hacia el camino. Le dije a Rastreador:

—Van montados. ¿Dónde supones que obtuvieron sus caballos? —Intenté hallar el lado brillante de las cosas—. Quizá se metieron en alguna partida y se salieron con bien de ella haciendo trampas. Si Un Ojo le permitió a Goblin hacerlas. —Un Ojo era tan inepto haciendo trampas como en los propios juegos de azar. Hay veces en que pienso que posee un positivo deseo de muerte.

—Tú y tu maldito amuleto —chilló Goblin—. La Dama no puede encontrarlo. Eso es estupendo. Pero nosotros tampoco.

—¿Mi amuleto? ¿Mí amuleto? ¿Quién demonios se lo dio en primer lugar?

—¿Quién diseñó el conjuro que hay ahora en él?

—¿Quién lo lanzó? Dímelo, cara de sapo. Anda, dímelo.

Me dirigí al linde de los árboles. Ya nos habían rebasado. Rastreador se me unió. Incluso el Perro Matasapos vino a mirar.

—¡Quietos, Rebeldes! —grité—. El primero que se mueva es carne muerta.

Estúpido, Matasanos. Realmente estúpido. Su respuesta fue rápida y contundente. Casi me mató.

Desaparecieron en medio de una brillante nube. Alrededor de Rastreador y de mí

un enjambre de insectos entró en erupción. Más clases de bichos de los que nunca imaginé que pudieran existir, cada uno interesado solamente en convertirme en su cena.

El Perro Matasapos gruñó e hizo restallar los dientes.

—¡Parad eso, payasos! —chillé—. ¡Soy yo, Matasanos!

—¿Quién es Matasanos? —preguntó Un Ojo a Goblin—. ¿Conoces a alguien llamado Matasanos?

—Sí. Pero yo no creo que debamos detenernos —respondió Goblin, tras asomar su cabeza de la nube—. Se lo merece.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Un Ojo—. Pero Rastreador es inocente. No puedo afinar lo suficiente como para alcanzar tan sólo a Matasanos.

Los bichos volvieron a la rutina habitual de los bichos. Comerse los unos a los otros, supongo. Refrené mi furia y saludé a Un Ojo y a Goblin, que habían adoptado ambas expresiones de inocencia y contrición.

—¿Qué tenéis que decir en vuestro descargo, muchachos? Hermosos caballos. ¿Creéis que la gente a la que pertenecieron vendrá a por ellos?

—Espera —chilló Goblin—. No nos estarás acusando de...

—Os conozco, chicos. Bajad de esos animales y venid a comer algo. Ya decidiremos qué hacer con ellos mañana.

Me volví de espaldas a ellos. Rastreador ya había regresado a nuestro fuego. Puso la cena en los platos. Me dediqué a ella, con mi temperamento hecho todavía unos zorros. Un estúpido movimiento, robar caballos. Con todo el escándalo que ya habían causado... La Dama tiene agentes por todas partes. Puede que no seamos unos grandes enemigos, pero somos todo lo que tiene. Alguien llegaría irremediamente a la conclusión de que la Compañía Negra había vuelto al norte.

Me dormí contemplando la posibilidad de regresar. La dirección menos probable hacia la que mirarían los cazadores sería el camino a la Llanura del Miedo. Pero no podía dar la orden. Demasiadas cosas dependían de nosotros. Aunque mi anterior optimismo estaba seriamente comprometido.

Malditos payasos irresponsables.

Hacía mucho tiempo el Capitán, que pereció en Enebro, debió de sentir lo mismo. Todos le dimos motivos.

Me preparé para la vuelta del sueño. Dormí inquieto. No vino ningún sueño. A la mañana siguiente metí a Goblin y Un Ojo en el carro, debajo de todo el montón de cosas que habíamos considerado necesarias para nuestra expedición, abandoné los caballos, y conduje el carro más allá de Meystrikt. El Perro Matasapos trotaba detrás nuestro. Rastreador caminaba a un lado. Yo conducía. En su escondite, Goblin y Un Ojo charloteaban y gruñían. La guarnición en el fuerte simplemente nos preguntó a dónde íbamos, con una expresión tan aburrida que supe que no les importaba en lo más mínimo.

Esas tierras han sido domadas desde la última vez que pasé por ellas. Su

guarnición no podía concebir que ningún problema fuera a importunarles.



—¿Nunca mejorará este tiempo? —se quejó Un Ojo. Durante una semana habíamos avanzado penosamente hacia el norte, abrumados por aguaceros diarios. Los caminos eran malos y prometían volverse peores. Practicando mí forsberger con los granjeros al borde del camino, supe que este tiempo llevaba siendo común desde hacía años. Hacía que llevar las cosechas a la ciudad resultara difícil y, peor aún, permitía que el cereal enfermase. Ya había habido un brote de danza del fuego en Galeote, una enfermedad que podía rastrearse hasta el centeno infectado. También había gran abundancia de insectos. En especial mosquitos.

Los inviernos, aunque anormalmente abundantes en nieve y lluvia, eran más suaves que cuando estuvimos estacionados allí. Los inviernos suaves no eran un buen augurio para el control de las plagas. Por otra parte, las especies de caza habían disminuido porque no podían pastar en la nieve profunda.

Ciclos. Sólo ciclos, me aseguraban los viejos del lugar. Los malos inviernos vienen después del paso del gran cometa. Pero incluso ellos piensan que éste es un ciclo entre ciclos.

El clima de hoy es ya el más impresionante de todos los tiempos.

—Pacto —dijo Goblin, y no se refería a las cartas. Esa fortaleza, que la compañía había tomado a los Rebeldes, se alzaba allá delante. El camino serpenteaba bajo sus ceñudas murallas. Yo me sentía turbado, como siempre cuando nuestro camino nos acercaba a un bastión imperial. Pero esta vez no había ninguna necesidad. La Dama se sentía tan confiada acerca de Forsberg que la gran fortaleza se alzaba abandonada. De hecho, cerrada, parecía destartada. Sus vecinos la estaban robando pieza a pieza, según la costumbre de los campesinos de todo el mundo. Supongo que es la única retribución que reciben por sus impuestos, aunque puede que tengan que aguardar generaciones para que la tortilla se dé la vuelta.

—Mañana Galeote —dije mientras dejábamos el carro fuera de una posada unos cuantos kilómetros más allá de Pacto—. Y esta vez no habrá problemas, ¿me habéis oído?

Un Ojo tuvo la delicadeza de parecer avergonzado. Pero Goblin estaba dispuesto a discutir.

—No te preocupes —le dije—. Haré que Rastreador te arrastre y te ate. No estamos jugando.

—La vida es un juego, Matasanos —dijo Un Ojo—. Te la tomas demasiado malditamente en serio. —Pero se comportó, tanto aquella noche como al día siguiente, cuando entramos en Galeote.

Hallé un lugar muy alejado de las zonas que habíamos frecuentado antes. Daba hospedaje a comerciantes y viajeros que estaban poco tiempo. No despertamos ninguna atención en especial. Rastreador y yo mantuvimos vigilados a Goblin y Un Ojo. No parecían inclinados a volver a hacer estupideces.

Al día siguiente fui en busca de un herrero llamado Arena. Rastreador me acompañó. Goblin y Un Ojo se quedaron atrás, frenados por las más terribles amenazas que me pude inventar.

No fue difícil encontrar el taller de Arena. Era un miembro antiguo de su oficio, muy conocido por sus colegas. Seguimos direcciones. Nos condujeron a través de calles familiares para mí. Allí la Compañía había vivido algunas aventuras.

Se las conté a Rastreador mientras caminábamos. Señalé:

—Ha habido mucha reconstrucción desde entonces. Arrasamos un tanto en lugar.

El Perro Matasapos se escurrió entre nuestras piernas, como hacía a menudo cuando se retrasaba. Se detuvo de pronto, miró suspicazmente a su alrededor, dio unos cuantos pasos tentativos, se sentó sobre su barriga.

—Problemas —dijo Rastreador.

—¿De qué tipo? —No se veía nada obvio.

—No lo sé. No sabe hablar. Simplemente adopta su actitud de vigila-hay-problemas.

—De acuerdo. No cuesta nada ser cautelosos. —Entramos en un lugar que vendía y reparaba guarniciones. Rastreador habló de necesitar una silla de montar para un cazador de animales grandes. Yo me quedé en el umbral vigilando la calle.

No vi nada inusual. La cantidad normal de gente que iba y venía enfrascada en sus asuntos habituales. Pero al cabo de un momento observé que la herrería de Arena no tenía clientes. Que ninguno de los sonidos propios de una herrería brotaban de ella. Se suponía que él debía de estar supervisando a un pelotón de aprendices y obreros.

—Hey. Propietario. ¿Qué le ha ocurrido al herrero de ahí delante? La última vez que estuvimos aquí nos hizo algunos trabajos. El lugar parece vacío.

—Los chicos grises es lo que ha ocurrido. —Pareció incómodo. Los chicos grises son los imperiales. Las tropas del norte visten de gris—. El estúpido no aprendió de antes. Estaba metido en la Rebelión.

—Lástima. Era un buen herrero. ¿Qué es lo que hace que la gente normal se meta en política? La gente como nosotros ya tenemos bastantes problemas intentando ganarnos la vida.

—Estoy de acuerdo, hermano. —El guarnicionero sacudió la cabeza—. Te diré una cosa. Si necesitas que te hagan algún trabajo de herrería, busca en otro sitio. Los chicos grises han estado merodeando por aquí, cogiendo a la gente que vagabundea

por el lugar.

Casi en aquel momento un imperial giró por el lado de la herrería y cruzó hasta un puesto de pasteles y golosinas.

—Malditamente torpe —dije—. Y burdo.

El guarnicionero me miró de reojo. Rastreador me cubrió bien, haciéndole volver a su negocio. No es tan tonto como parece, observé. Quizá sólo no sociable.

Más tarde, después de que Rastreador expresara su deseo de pensarse el trato que el guarnicionero le había ofrecido, nos fuimos. Rastreador preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Podemos traer a Goblin y a Un Ojo después de anochecer, usar su conjuro del sueño, entrar y ver lo que vemos. Pero no parece probable que los imperiales hayan dejado nada interesante. Podemos averiguar qué han hecho con Arena e intentar localizarle. O podemos seguir hasta el Túmulo.

—Suenan lo más seguro.

—Por otra parte, no sabremos hacia qué nos encaminamos. El hecho de que Arena haya sido detenido puede que no signifique nada. Mejor hablar con los otros. Catalogar nuestros recursos.

Rastreador gruñó.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que ese tipo empiece a sospechar? Cuanto más piense en ello, más se dará cuenta de que en lo que estábamos interesados era en la herrería.

—Quizá. No voy a preocuparme por ello.

Galeote es una ciudad como la mayoría de las de respetable tamaño. Atestada. Llena de distracciones. Comprendía por qué Goblin y Un Ojo se habían sentido seducidos por Rosas. La última ciudad importante que la Compañía se había atrevido a visitar era Humero. Hacía seis años. Desde entonces todo había sido malos tiempos y las ciudades más pequeñas que se puede llegar uno a imaginar. Yo mismo tuve que luchar contra las tentaciones. Conocía lugares de interés en Galeote.

Rastreador me llevó en línea recta. Nunca he conocido a un hombre menos interesado en las trampas que tientan a los hombres.

Goblin creía que debíamos poner a dormir a los imperiales, formularles la pregunta. Un Ojo deseaba salir de la ciudad. Su solidaridad había perecido como la escarcha a la salida del sol.

—Lógicamente —dijo—, pondrán una guardia más fuerte después de oscurecer. Pero si os llevamos hasta allí ahora, seguro que alguien os reconoce.

—Entonces encuentra a ese viejo tipo que trajo la primera carta —dijo Goblin.

—Buena idea. Pero piensa en ello. Suponiendo que tuviera una suerte perfecta, sigue siendo un largo camino desde aquí. No le llevaron parte del camino como a nosotros. No. Nos iremos. Galeote me está poniendo nervioso. —Demasiadas tentaciones, demasiadas posibilidades de ser reconocidos. Y simplemente demasiada gente. El aislamiento ha crecido en mí ahí fuera de la Llanura.

Goblin quería discutir. Había oído que las extensiones del norte eran terribles.

—Lo sé —dije—. También sé que el ejército está construyendo una nueva carretera hasta el Túmulo. Y que han llevado su extremo norte lo suficientemente lejos como para que los comerciantes la estén usando.

No más discusiones. Deseaban marcharse de allí tanto como yo. Sólo Rastreador parecía relucante ahora. Él, que era el primero que había pensado que lo mejor era irse.



El clima en Galeote era algo menos que excitante. Más al norte se convertía en pura miseria coagulada, aunque los ingenieros imperiales habían hecho todo lo posible por hacer la carretera del bosque utilizable. Buena parte de ella era camino de rollizos, troncos cortados y embreados y colocados el uno junto al lado del otro. En las zonas donde la nieve era persistente había armazones que soportaban cubiertas de lona.

—Un paisaje realmente sorprendente —dijo Un Ojo.

—Hum. —Se suponía que la preocupación acerca del Dominador tenía que ser cero desde el triunfo de la Dama en Enebro. Esto parecía mucho esfuerzo para mantener un camino abierto.

La nueva carretera avanzaba muchos kilómetros al oeste de la antigua porque el Gran Río Trágico había variado su curso y había seguido haciéndolo. El viaje desde Galeote hasta el Túmulo era veinticinco kilómetros más largo. Los últimos setenta no estaban completamente terminados. Tuvimos que soportarlo.

Encontramos al ocasional comerciante que se encaminaba al sur. Todos sacudían la cabeza y nos decían que perdíamos el tiempo. Las posibles fortunas a obtener se habían evaporado. Las tribus habían cazado a los animales por sus pieles hasta su extinción.

Rastreador se había mostrado preocupado desde que abandonamos Galeote. No podía imaginar por qué. Quizá superstición. El Túmulo sigue siendo un lugar temible para las clases inferiores de Forsberg. El Dominador es el coco que invocan las madres para asustar a los niños. Aunque llevaba desaparecido cuatrocientos años, su huella seguía siendo indeleble.

Nos tomó una semana cubrir los últimos setenta kilómetros. Empezaba a preocuparme el tiempo empleado. Era posible que no consiguiéramos cumplir nuestra misión y regresar a casa antes del invierno.

Apenas habíamos salido del bosque al gran claro del Túmulo cuando me detuve.

—Ha cambiado.

Goblin y Un Ojo se arrastraron detrás de mí.

—Buf —chilló Goblin—. Seguro que sí.

Parecía casi abandonado. Ahora era un pantano, con sólo los puntos más altos del Túmulo propiamente dicho aún identificables. Cuando lo visitamos por última vez,

una horda de imperiales estaban limpiando, reparando y estudiando con incansable celo y agitación.

Reinaba un silencio casi absoluto. Eso me preocupaba más que el estado de decadencia del Túmulo. Una lenta y firme llovizna bajo un cielo profundamente gris. Frío. Y ningún sonido.

El camino de rollizos estaba completado allí. Avanzamos. Hasta que entramos en la ciudad, cuyos edificios estaban en su mayor parte sin pintar y como abandonados, no vimos un alma. Una voz llamó:

—Alto y decid a qué habéis venido aquí.

Me detuve.

—¿Dónde estás?

El Perro Matasapos, más que normalmente ambicioso, trotó hasta una estructura abandonada y olisqueó. Un Guardia rezongón salió a la llovizna.

—Aquí.

—Oh. Me sobresaltaste. Me llamo Candela. De Candela, Herrero, Herrero, Sastre e hijos. Comerciantes.

—¿Sí? ¿Y esos otros?

—Ahí dentro están Herrero y Sastre. Ése es Rastreador. Trabaja para nosotros. Somos de Rosas. Oímos decir que el camino al norte estaba abierto de nuevo.

—No escuchéis todo lo que dicen —cloqueó. Supe que estaba de buen humor a causa del tiempo. Era un día espléndido para el Túmulo.

—¿Cuál es el procedimiento? —pregunté—. ¿Dónde podemos ir?

—El Diablo Azul es el único lugar. Les alegrará recibir clientes. Acomodaos. Presentaos mañana al cuartel general.

—Muy bien. ¿Dónde está el Diablo Azul?

Me lo dijo. Hice restallar las riendas. El carro se puso de nuevo en marcha.

—Todo parece muy relajado —dije.

—¿Por dónde podemos escapar? —contraatacó Un Ojo—. Saben que estamos aquí. Sólo hay una salida. Si no jugamos según sus reglas, simplemente le pondrán el corcho a la botella.

El lugar daba esa sensación.

También daba una sensación que iba acorde con el tiempo. Baja. Deprimente. Las sonrisas eran escasas, y en su mayor parte comerciales.

El propietario del Diablo Azul no preguntó nombres, simplemente exigió el pago por adelantado. Los demás comerciantes nos ignoraron, aunque el comercio de pieles, tradicionalmente, es un monopolio de Galeote.

Al día siguiente alguna gente del lugar vino a examinar nuestras mercancías. Había cargado cosas que había oído que se vendían bien, pero conseguimos pocas ventas. Tan sólo el licor suscitó algunas ofertas. Pregunté cómo ponerme en contacto con las tribus.

—Espera. Vienen cuando vienen.

Hecho esto, fui al cuartel general de la Guardia. No había cambiado, aunque el recinto que lo rodeaba parecía más abandonado.

El primer hombre que encontré era uno que recordaba. Había tenido unos asuntos con él.

—Me llamo Candela —dije—. De Candela, Herrero, Herrero, Sastre e Hijos, de Rosas. Comerciantes. Me dijeron que me presentara aquí.

Me miró de una forma extraña, como si algo le estuviera reconcomiendo. Estaba recordando algo. No deseaba que le preocupara como puede hacerlo una cavidad en un diente. Podía llegar a obtener una respuesta.

—Ha habido algunos cambios desde que estuve aquí con el ejército.

—Todo es una ruina —gruñó—. Una ruina. Peor cada día. ¿Y crees que le importa a alguien? Vamos a pudrirnos aquí. ¿Cuántos sois en tu grupo?

—Cuatro. Y un perro.

Un mal movimiento. Frunció el ceño. No tenía sentido del humor.

—¿Nombres?

—Candela. Un Herrero. Sastre. Rastreador. Trabaja para nosotros. Y el Perro Matasapos. Hay que llamarle por su nombre completo o se ofende.

—Eres un tipo divertido, ¿eh?

—Hey, no te ofendas. Pero este lugar necesita un poco de luz del sol.

—Sí. ¿Sabes leer?

Asentí.

—Las reglas están en ese cartel de ahí. Tienes dos elecciones. Obedécelas. O muérete. ¡Lance!

Un soldado apareció de una oficina de atrás.

—¿Sí, sargento?

—Un nuevo comerciante. Ve a comprobar. ¿Has dicho que estás en el Diablo Azul, Candela?

—Sí. —La lista de las reglas no había cambiado. Era el mismo papel, casi demasiado descolorido como para poder leerlo. Básicamente decía que uno no debía inmiscuirse con el Túmulo. Inténtalo, y si él no te mata lo haremos nosotros.

—¿Señor? —dijo el soldado—. Cuando quieras.

—Estoy listo.

Regresamos al Diablo Azul. El soldado examinó por encima nuestras cosas. Lo único que le intrigó fue mi arco y el hecho de que todos fuéramos bien armados.

—¿Para qué tantas armas?

—Nos han hablado de problemas con los hombres de las tribus.

—Han exagerado. Sólo roban. —Goblin y Un Ojo no atrajeron ninguna atención especial. Me sentí complacido—. Ya has leído las reglas. Ateneos a ellas.

—Las conozco de hace tiempo —dije—. Estuve destinado aquí cuando estuve en el ejército.

Me miró con los ojos ligeramente entrecerrados, asintió, se fue.

Todos suspiramos. Goblin retiró el conjuro de ocultación del equipo que él y Un Ojo habían traído. El rincón vacío detrás de Rastreador se llenó de cosas.

—Podría volver —protesté.

—No deseamos mantener ningún conjuro más tiempo del que sea estrictamente necesario —dijo Un Ojo—. Puede haber alguien por ahí capaz de detectarlo.

—Sí, claro. —Abrí una rendija lo postigos de nuestra única ventana. Las bisagras chirriaron—. Hay que engrasarlas —sugerí. Estudié la ciudad. Estábamos en el segundo piso del edificio más alto fuera del complejo de la Guardia. Desde allí se podía ver la casa de Bomanz—. Chicos. Mirad esto.

Miraron.

—Está en una maldita buena forma, ¿eh? —Cuando la había visto por última vez era un firme candidato a la demolición. El miedo supersticioso la había mantenido sin usar. Recordé haber husmeado dentro de ella en varias ocasiones—. ¿Te apetece un paseo, Rastreador?

—No.

—Como quieras... —Me pregunté si tendría enemigos allí—. Pero me sentiría mejor si vinieras conmigo.

Se ciñó la espada. Salimos de la habitación, bajamos las escaleras, nos metimos en la calle... si aquella extensión de lodo podía llamarse así. El camino de rollizos llegaba sólo hasta el recinto, con un ramal que se prolongaba hasta el Diablo Azul. Más allá sólo había pasarelas de tablas.

Fingimos curiosear. Le conté a Rastreador historias acerca de mi última visita, la mayoría casi verdaderas. Intentaba adoptar el papel de una persona forastera, voluble y extrovertida. Me pregunté si no estaría malgastando el tiempo. No vi a nadie interesado en lo que yo pudiera decir.

La casa de Bomanz había sido restaurada amorosamente. Sin embargo, no parecía estar ocupada. O guardada. O conservada como monumento. Curioso. A la hora de cenar se lo pregunté a nuestro anfitrión. Ya me había etiquetado como un estúpido nostálgico. Nos dijo:

—Un viejo tipo se mudó a ella hará unos cinco arios. Tullido. Hacía trabajos para la Guardia. Arregló el lugar en sus tiempos libres.

—¿Qué le ocurrió?

—Mientras estaba en casa, calculo que hará cuatro meses, sufrió un ataque al corazón o algo así. Lo encontraron aún vivo pero como un vegetal. Lo llevaron al recinto. Por todo lo que sé, todavía está ahí. Lo alimentan como a un bebé. Ese chico que estuvo aquí para inspeccionaros es a quien tenéis que preguntar. Él y Corbie eran amigos.

—Corbie, ¿eh? Gracias. Otra jarra.

—Vamos, Matasanos —dijo Un Ojo en voz baja—. Olvida la cerveza. Ese tipo se la hace él mismo. Es terrible.

Tenía razón. Pero yo me estaba preparando para pensar intensamente.

Teníamos que entrar en esa casa. Eso significaba movimientos nocturnos y habilidades de hechicero. Significaba también nuestro mayor riesgo desde que Goblin y Un Ojo se comportaron estúpidamente en Rosas.

Un Ojo le preguntó a Goblin:

—¿Crees que estamos ante una disociación?

Goblin se mordió el labio.

—Habrá que verlo.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Tendría que ver al hombre para estar seguro, Matasanos, pero lo que le ocurrió a ese Corbie no suena como un ataque al corazón.

Goblin asintió.

—Suena como alguien que se salió de su cuerpo y quedó atrapado fuera.

—Quizá podamos arreglar las cosas para verle. ¿Qué hay de la casa?

—Lo primero es asegurarnos de que nadie merodea por ella. Como quizá el fantasma de Bomanz.

Ese tipo de charla me pone nervioso. No creo en fantasmas. O no quiero creer.

—Si quedó atrapado fuera, o fue sacado, hay que preguntarse cómo y por qué. El hecho de que fue ahí donde vivió Bomanz ha de ser tenido en cuenta. Algo que quedó de su época pudo haber atrapado a ese Corbie. Y puede ser lo que nos ocurra a nosotros si no vamos con cuidado.

—Complicaciones —gruñí—. Siempre las complicaciones.

Goblin rió burlonamente.

—Tú vigila por ti —dije—, o puede que acabe vendiéndote al mejor postor.

Una hora más tarde llegó una salvaje tormenta. Aulló y martilleó la posada. El techo filtró parte de la lluvia. Cuando le informé de eso, nuestro anfitrión empezó a echar pestes, aunque no contra mí. Evidentemente hacer reparaciones no era fácil bajo las condiciones del momento, pero eran necesarias si no se quería que el lugar se deteriorase completamente.

—La maldita leña para el fuego es lo peor —se quejó—. No podemos dejarla fuera. O bien queda enterrada bajo la nieve o se empapa tanto de la maldita agua que no puedes secarla fuera. En un mes este lugar estará lleno de ella del suelo al techo. Al menos llenar el lugar hace que sea menos difícil de calentar.

Hacia medianoche, después de que la Guardia hubiera cambiado guardias y el nuevo turno hubiera tenido tiempo de sentirse aburrido y soñoliento, nos deslizamos fuera. Goblin se aseguró de que todo el mundo dentro de la posada estuviera dormido.

El Perro Matasapos trotaba delante, buscando posibles testigos. Sólo encontró uno. Goblin se ocupó también de él. En una noche como aquélla no había nadie fuera. Deseé que yo tampoco.

—Asegúrate de que nadie pueda ver ninguna luz —dije una vez nos hubimos deslizado dentro—. Creo que deberíamos empezar por arriba.

—Yo —protestó Un Ojo— más bien creo que primero deberíamos averiguar si hay alguna presencia o alguna trampa.

Volví la vista hacia la puerta. No había pensado en aquello antes de entrar.



El coronel llamó a Lance. Éste se estremeció cuando se cuadró delante del escritorio de Dolce.

—Tienes preguntas que responder, muchacho —dijo Dolce—. Empieza diciéndome todo lo que sabes de Corbie.

Lance tragó saliva.

—Sí, señor —dijo. Y le contó mucho más cuando Dolce insistió en que repitiera todas las palabras que se habían cruzado los dos. Se lo dijo todo menos la parte acerca del mensaje y el paquete envuelto en piel impermeabilizada.

—Curioso —dijo Dolce—. Mucho. ¿Eso es todo?

Lance agitó nervioso los pies.

—¿Sobre qué, señor?

—Digamos que lo que encontramos dentro del paquete era interesante.

—¿Señor?

—Parecía ser una larga carta, aunque nadie pudo leerla. Estaba en un lenguaje que no conoce nadie. Puede que sea el lenguaje de las Ciudades Joya. Lo que quiero saber es, ¿quién se supone que debía recibirla? ¿Era única o formaba parte de una serie? Nuestro amigo está en problemas, muchacho. Si se recupera, tiene los pies metidos en agua hirviendo. Muy metidos. Los auténticos pobres diablos no escriben largas cartas a nadie.

—Bueno, señor, como dije, estaba intentando localizar a sus hijos. Y puede que proceda de Ópalo...

—Lo sé. Hay evidencias circunstanciales de ello. Quizá pueda darme satisfacción cuando vuelva en sí. Por otro lado, cualquier cosa notable en el Túmulo se vuelve sospechosa. Una pregunta, hijo. Y debes contestarla satisfactoriamente si no quieres verte también en los pies en agua hirviendo. ¿Por qué intentaste esconder el paquete?

Aquél era el momento crucial. El momento del que no había escapatoria. Había rezado para que no llegara. Ahora, enfrentándose a él, Lance supo que su lealtad a Corbie no se situaba a la altura de la prueba.

—Me pidió que, si le ocurría alguna cosa, llevara una carta dirigida a Galeote. Una carta en un paquete envuelto con piel impermeabilizada.

—¿Entonces, esperaba problemas?

—No lo sé. No sé lo que había en la carta o por qué deseaba que fuera entregada.

Simplemente me dio un nombre. Y luego me pidió que le dijera algo a usted una vez entregada la carta.

—¿Oh?

—No recuerdo sus palabras exactas. Me dijo que le dijera que la cosa en el Gran Túmulo ya no está dormida.

Dolce dio un salto en su asiento como si hubiera sido picado por un escorpión.

—¿Eso dijo? ¿Y cómo lo sabía? No importa. El nombre. ¡Ahora! ¿A quién debía ser entregado el paquete?

—A un herrero en Galeote. Llamado Arena. Eso es todo lo que sé, señor. Lo juro.

—Está bien. —Dolce parecía distraído—. Vuelve a tus deberes, muchacho. Dile al mayor Klief que quiero verle.

—Sí, señor.

A la mañana siguiente Lance observó al mayor Klief y a un destacamento cabalgar fuera del Túmulo, con órdenes de arrestar al herrero Arena. Se sintió terriblemente culpable. Y sin embargo, ¿cómo podía haber traicionado a nadie? Se hubiera traicionado a sí mismo si Corbie era un espía.

Alivió su culpabilidad atendiendo a Corbie con religiosa devoción, manteniéndolo limpio y alimentado.



30
UNA NOCHE EN EL TÚMULO

Goblin y Un Ojo necesitaron sólo unos minutos para examinar la casa.

—Nada de trampas —anunció Un Ojo—. Ningún fantasma tampoco. Algunas antiguas resonancias de hechicería a las que se sobreponen otras más recientes. Arriba.

Extraje un trozo de papel. En él estaban mis notas de las cartas de Bomanz. Fuimos arriba. Por confiados que se sintieran, Goblin y Un Ojo me dejaron pasar primero. Fíate de los amigos.

Me aseguré de que los postigos de la ventana estaban cerrados antes de permitir que se encendiera ninguna luz. Luego:

—Haced lo que tengáis que hacer. Yo husmearé un poco. —Rastreador y el Perro Matasapos permanecían en la puerta. No era una habitación grande.

Examiné títulos de libros antes de iniciar una búsqueda seria. El hombre tenía gustos eclécticos. O quizás había coleccionado lo que encontró más barato.

No encontré papeles.

El lugar no parecía haber sido saqueado.

—Un Ojo. ¿Puedes decir si el lugar fue registrado?

—Probablemente no. ¿Por qué?

—Los papeles no están aquí.

—¿Miraste donde ocultaba las cosas? ¿Como él dijo?

—Todos los lugares menos uno. —Había una lanza en un rincón. Por supuesto, cuando giré su punta, se desprendió y reveló que el asta era hueca. De ahí salió el mapa mencionado en la historia. Lo extendimos sobre la mesa.

Por mi espalda treparon escalofríos.

Aquello era auténtica historia. Aquel mapa había modelado el mundo de hoy. Pese a mi limitada comprensión del TelleKurre y mi más débil aún conocimiento de los símbolos de la hechicería, capté el poder cartografiado ahí. Para mí al menos, irradiaba algo que me dejó tambaleándome al borde entre la inquietud y el auténtico miedo.

Goblin y Un Ojo no sintieron lo mismo. O quizás estaban demasiado intrigados. Juntaron sus cabezas y examinaron la ruta que utilizó Bomanz para alcanzar a la Dama.

—Treinta y siete años de trabajo —dije.

—¿Qué?

—Le tomó treinta y siete años acumular esa información. —Observé algo—. ¿Qué es esto? —Era algo que no debería estar allí, según recordaba la historia—. Entiendo. Nuestro corresponsal añadió sus propias notas.

Un Ojo me miró. Luego miró el mapa. Luego volvió a mirarme a mí. Luego se inclinó para examinar la ruta en el mapa.

—Tiene que ser eso. No hay otra respuesta.

—¿El qué?

—Sé lo que ocurrió.

Rastreador se agitó incómodo.

—¿Y bien?

—Intentó entrar. De la única manera que se puede. Y no pudo salir.

Me había escrito diciendo que había algo que tenía que hacer, que los riesgos eran grandes. ¿Tenía razón Un Ojo?

Un hombre valiente.

No había papeles. A menos que estuvieran escondidos mejor de lo que pensaba. Quizá Goblin y Un Ojo tuvieran más suerte. Hice que enrollaran de nuevo el mapa y lo devolvieran al asta hueca de la lanza, luego dije:

—Estoy abierto a sugerencias.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de cómo arrebatarse a este tipo de las manos de la Guardia Eterna. Y acerca de cómo conseguir que su alma vuelva dentro de él de modo que podamos hacerle preguntas. Simplemente eso.

Me parecieron entusiasmados. Un Ojo dijo:

—Alguien tendrá que ir ahí dentro para ver lo que está mal. Luego agarrarle y guiarle fuera.

—Entiendo. —Muy bien. Antes de poder hacer esto teníamos que echarle mano al cuerpo vivo—. Registrad este lugar de cabo a rabo. Ved lo que podéis encontrar que esté escondido.

Les tomó media hora. Me convertí en una ruina llena de nervios.

—Demasiado tiempo, demasiado tiempo —no dejaba de decir. Me ignoraron.

La búsqueda produjo un trozo de papel, muy antiguo, que contenía una clave cifrada. Estaba doblado en uno de los libros, no realmente oculto. Lo tomé. Podía ser usado con los papeles allá en el Agujero.

Salimos. Regresamos al Diablo Azul sin ser detectados. Todos dejamos escapar suspiros de alivio cuando alcanzamos nuestra habitación.

—¿Y ahora qué? —preguntó Goblin.

—Durmamos. Mañana ya tendremos tiempo de preocuparnos. —Estaba equivocado, por supuesto. Yo ya me estaba preocupando.

Con cada paso que daba las cosas se volvían más complicadas.



31
DE NOCHE EN EL TÚMULO

Los truenos y los relámpagos seguían golpeando por todas partes. El sonido y los destellos penetraban las paredes como si fueran de papel. Dormí inquieto, con los nervios más alterados de lo que deberían. Los otros estaban muertos al mundo. ¿Por qué yo no?

Empezó como una cabeza de alfiler en un rincón, una mota de luz dorada. La mota se multiplicó. Deseé cruzar corriendo la habitación y martillar las cabezas de Goblin y Un Ojo y llamarles mentirosos. Se suponía que el amuleto me mantenía invisible. Débilmente, el más fantasmal de los susurros, como el grito de un fantasma al fondo de una larga y fría caverna:

—Médico. ¿Dónde estás?

No respondí. Sentí deseos de cubrirme la cabeza con la manta, pero no pude moverme.

Ella permaneció difusa, oscilante, incierta. Quizá tenía problemas para verme. Cuando su rostro adquirió momentáneamente sustancia, no miró hacia mí. Sus ojos parecían ciegos.

—Has venido desde la Llanura del Miedo —dijo con aquella voz lejana—. Estás en algún lugar en el norte. Dejaste un amplío rastro. Eres estúpido, amigo mío. Te encontraré. ¿Acaso no lo sabes? No puedes ocultarte. Incluso un vacío puede ser visto.

Ella no tenía la menor idea de dónde estaba yo. Hice lo correcto no respondiendo. Ella deseaba que me traicionara a mí mismo.

—Mi paciencia no es ilimitada, Matasanos. Pero todavía puedes venir a la Torre. Pero hazlo pronto. A tu Rosa Blanca no le queda mucho tiempo.

Finalmente conseguí subirme la manta hasta la barbilla. Qué espectáculo debía de estar dando. Divertido, en retrospectiva. Como un niño pequeño temeroso de los fantasmas.

El resplandor fue desvaneciéndose lentamente. Con él desapareció el nerviosismo que me había atormentado desde nuestro regreso de la casa de Bomanz.

Mientras me tranquilizaba miré al Perro Matasapos. Capté el brillo de un relámpago en un solo ojo abierto.

Bien. Por primera vez tenía un testigo de una de mis visitas. Pero era un perro.

No creo que nadie me creyera respecto a ellas, nunca, excepto que lo que informaba resultaba verificarse siempre como cierto.

Dormí.

Goblin me despertó.

—El desayuno.

Comimos. Hicimos todo un espectáculo de buscar mercados para nuestros artículos, de buscar conexiones a largo plazo para futuros viajes. El negocio no fue bueno, excepto nuestro anfitrión, que se ofreció a comprarnos regularmente nuestros destilados. Había una cierta demanda entre la Guardia Eterna. Los soldados tenían poco que hacer excepto beber.

La hora del almuerzo. Y mientras comíamos y preparábamos nuestros pensamientos para la sesión que iba a seguir, los soldados entraron en la posada. Preguntaron al propietario si alguno de sus huéspedes había salido la otra noche. El buen viejo propietario negó tajantemente la posibilidad. Afirmó que tenía el sueño más ligero del mundo. Se enteraba siempre si alguien entraba o salía.

Aquello fue suficientemente satisfactorio para los soldados. Se marcharon.

—¿A qué se debe esto? —pregunté cuando el propietario pasó por nuestro lado.

—Alguien entró en la casa de Corbie la otra noche —dijo. Sus ojos se entrecerraron. Recordó otras preguntas. Un error por mi parte.

—Curioso —dije—. ¿Por qué querría alguien hacer eso?

—Sí. ¿Por qué? —Siguió con sus asuntos, pero era evidente que estaba pensativo.

Yo también estaba pensativo. ¿Cómo habían detectado nuestra visita? Habíamos sido muy cuidadosos en no dejar huellas.

Goblin y Un Ojo estaban inquietos también. Sólo Rastreador parecía no preocupado. Su única incomodidad era estar allí, cerca del Túmulo.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté—. Estamos rodeados y superados en número, y quizás ahora seamos sospechosos. ¿Cómo echamos mano a ese Corbie?

—Eso no es problema —dijo Un Ojo—. El auténtico problema es irnos una vez lo hayamos hecho. Si pudiéramos llamar a una ballena del viento justo a tiempo...

—Dime cómo no es tan difícil.

—A medianoche vamos al recinto de la Guardia, utilizamos el conjuro de sueño, cogemos a nuestro hombre y sus papeles, llamamos de vuelta a su espíritu y lo sacamos de allí. Pero ¿luego qué? ¿Eh, Matasanos? ¿Luego qué?

—¿Adónde vamos? —medité—. ¿Y cómo?

—Hay una respuesta —dijo Rastreador—. El bosque. La Guardia no podrá encontrarnos en el bosque. Si cruzamos el Gran Trágico estaremos a salvo. No disponen de efectivos para una persecución en toda regla.

Me mordisqueé el borde de una uña. Había algo en lo que decía Rastreador. Supuse que conocía el bosque y las tribus lo suficientemente bien como para que sobreviviéramos con la carga de un hombre herido. Pero hacer eso sólo conducía a otros problemas.

Todavía quedaban por cruzar más de mil quinientos kilómetros para alcanzar la Llanura del Miedo. Con el imperio alerta.

—Esperad aquí —les dije a todos, y me marché.

Me apresuré al recinto imperial, entré en la oficina que había visitado antes, me sacudí la lluvia de encima, examiné un mapa en la pared. El muchacho que había registrado nuestra habitación en busca de contrabando se me acercó.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No lo creo. Sólo quería comprobar unas cosas en el mapa. ¿Es exacto?

—Ya no. El río ha variado su curso más de un kilómetro hacia ese lado. Y la mayor parte de la llanura de aluvión ya no está cubierta de bosque. Todo fue arrastrado por las aguas.

—Hummm. —Apoyé los dedos en el mapa, haciendo estimaciones.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Negocios —mentí—. Oí que podíamos contactar con una de las tribus más grandes alrededor de un lugar llamado las Rocas del Águila.

—Eso son setenta kilómetros. No podréis conseguirlo. Os matarán y se quedarán con todo lo que llevéis. La única razón de que no ataquen a la Guardia y la carretera es que ambas tienen la protección de la Dama. Si este invierno que se avecina es tan malo como los últimos, sin embargo, ni siquiera eso los detendrá.

—Hummm. Bueno, era una idea. ¿Tú eres el que llaman Lance?

—Sí. —Sus ojos se entrecerraron suspicazmente.

—He oído decir que te ocupas de un cierto tipo... —dejé la frase en suspenso. La reacción del otro no fue la que esperaba—. Bueno, eso es lo que dicen por la ciudad. Gracias por el consejo. —Salí. Pero temí haberlo estropeado todo.

Pronto supe que lo había estropeado.

Un pelotón al mando de un mayor se presentó en la posada sólo unos minutos después de mi regreso. Nos pusieron a todos bajo arresto antes de que supiéramos lo que estaba ocurriendo. Goblin y Un Ojo apenas tuvieron tiempo de lanzar conjuros de ocultación sobre su equipo.

Nos hicimos los ignorantes. Maldijimos y gruñimos y nos quejamos. No sirvió de nada. Nuestros captores sabían menos que nosotros por qué habíamos sido arrestados. Simplemente seguían órdenes.

La expresión del propietario de la posada me hizo estar seguro de que había informado de nosotros como sospechosos. Supuse también que Lance había dicho algo acerca de mi visita que había inclinado la balanza hacia un lado. Fuera como fuese, íbamos camino de nuestras celdas.

Diez minutos después de que la puerta se cerrara resonante tras nosotros se presentó el comandante en jefe de la Guardia Eterna en persona. Suspiré aliviado. No había estado allí antes. Al menos no era nadie que conociéramos. Por lo tanto, él tampoco podía conocernos a nosotros.

Habíamos tenido tiempo de preparar lo que íbamos a decir utilizando el habla de

los sordos. Todos menos Rastreador. Pero Rastreador parecía perdido dentro de sí mismo. No habían permitido que su perro lo acompañara. Se había puesto furioso a causa de ello. Asustó terriblemente a los tipos que nos arrestaron. Durante un minuto creyeron que iban a tener que reducirlo por la fuerza.

El comandante nos estudió, luego se presentó.

—Soy el coronel Dolce. Mando la Guardia Eterna. —Lance flotaba tras él, ansioso—. He pedido que os trajeran aquí porque algunos aspectos de vuestro comportamiento han sido... inusuales.

—¿Hemos quebrantado inadvertidamente alguna regla no reflejada públicamente en el cartel?

—En absoluto. En absoluto. El asunto es enteramente circunstancial. Lo que podríamos llamar una cuestión de intención no declarada.

—Me he perdido, señor.

Empezó a pasear arriba y abajo por el pasillo fuera de nuestra celda. Arriba y abajo.

—Aquí se aplica el viejo dicho de que las acciones hablan más fuerte que las palabras. Tengo informes sobre vosotros de distintas fuentes. Acerca de vuestra excesiva curiosidad por asuntos no conectados con vuestro negocio.

Hice lo mejor que pude por parecer desconcertado.

—¿Qué hay de inusual en hacer preguntas en un lugar nuevo? Mis asociados no han estado nunca antes aquí. Han pasado años desde que yo estuve por última vez. Las cosas han cambiado. De todos modos, sigue siendo uno de los lugares más interesantes del imperio.

—También uno de los más peligrosos, comerciante. Candela, ¿no es así? Señor Candela, estuviste en tu tiempo de servicio aquí. ¿En qué unidad?

Eso podía contestarlo sin vacilar.

—Cresta de Dragón. Coronel Lot. Segundo batallón. —Estuve allí, después de todo.

—Sí. La brigada mercenaria de Las Rosas. ¿Cuál era la bebida favorita del coronel?

Oh, muchacho.

—Yo era piquero, coronel. No bebía con el brigadier.

—Correcto. —Siguió paseando arriba y abajo. No pude decir si mi respuesta había funcionado o no. Cresta de Dragón no había sido una unidad famosa y con historia como la Compañía Negra. ¿Quién demonios iba a recordar nada de ella? Al cabo de un tiempo—: Debéis comprender mi posición. Con esa cosa enterrada ahí, la paranoia se convierte en un riesgo ocupacional. —Señaló en dirección al lugar donde debía de estar el Gran Túmulo. Luego se marchó a largas zancadas.

—¿Qué demonios era todo eso? —preguntó Goblin.

—No lo sé. Y no estoy seguro de que quiera descubrirlo. Sea como sea, nos hemos metido en un gran problema. —Eso en beneficio de quien pudiera estar

escuchando.

Goblin captó la indirecta.

—Maldita sea, Candela, te dije que no deberíamos de haber subido hasta aquí. Te dije que la gente de Galeote debía de tener algún acuerdo con la Guardia.

Un Ojo quiso intervenir. Me ponían realmente furioso. Hice seña de utilizar a partir de entonces tan sólo el habla de los dedos, decidido a esperar a que el coronel se presentara de nuevo.

De todos modos, no teníamos muchas otras elecciones.



32
PRISIONEROS EN EL TÚMULO

Las cosas estaban mal. Mucho peor de lo que sospechábamos. Esos tipos de la Guardia eran más que paranoicos. Quiero decir, no tenían la menor idea de quiénes éramos. Pero no estaban dispuestos a que esto los detuviera.

De pronto se presentó medio pelotón. Ruidos de metal en la puerta. Nada de charla. Rostros hoscos. Teníamos problemas.

—No creo que vayan a soltarnos —dijo Goblin.

—Fuera —nos indicó un sargento.

Salimos. Todos menos Rastreador. Rastreador se limitó a quedarse sentado allí. Intenté una broma:

—Echa en falta a su perro.

Nadie se rió.

Uno de los guardias pinchó el brazo de Rastreador. Rastreador se tomó largo tiempo para volverse y mirar al hombre con un rostro carente de toda emoción.

—No debería de haber hecho esto —dije al Guardia.

—Cállate —restalló el sargento. Y al Guardia—: Tú, haz que se mueva.

El hombre que había pinchado a Rastreador intentó hacerlo de nuevo.

Hubiera podido parecer un palmada cariñosa en movimiento lento. Rastreador giró la mano alrededor del puño que avanzaba, aferró la muñeca, la rompió. El Guardia chilló. Rastreador lo arrojó a un lado. Su rostro permanecía igual de inexpresivo. Su mirada siguió al hombre tardíamente. Parecía empezar a preguntarse lo que ocurría.

Los otros Guardias se quedaron mirando con la boca abierta. Luego un par saltaron dentro de la celda, con las armas desnudas.

—¡Hey! ¡Tomáoslo con calma! —grité—. Rastreador...

Aún sumido en una especie de nada mental, Rastreador agarró sus armas, las arrojó a un rincón, y vapuleó sin el menor esfuerzo a los dos hombres. El sargento estaba debatiéndose entre el ultraje y la maravilla.

Intenté ablandarle.

—No es un tipo muy brillante. No se puede ir a él de este modo. Hay que explicarle las cosas lentamente, dos o tres veces.

—¡Yo se lo explicaré! —Empezó a enviar al resto de sus hombres al interior de la

celda.

—Lo pondrás furioso, sólo conseguirás que alguien resulte muerto. —Hablé rápido mientras me preguntaba qué demonios ocurría con Rastreador y su maldito perro. Cuando el perro no estaba, Rastreador se convertía en un débil mental. Con tendencias homicidas.

El sargento dejó que el sentido común se sobrepusiera a su ira.

—Mantenlo bajo control.

Lo intenté. Sabía que el futuro inmediato no presentaba buenas perspectivas debido a la actitud de los soldados, pero no estaba abiertamente preocupado. Goblin y Un Ojo podían manejar cualquier problema que se desarrollara. Lo que había que hacer ahora era mantener intactas nuestras cabezas y nuestras vidas.

Deseaba atender a los tres soldados heridos, pero no me atreví. Simplemente mirar a Un Ojo y Goblin podía proporcionar indicios suficientes para que el otro lado llegara a imaginar finalmente quiénes éramos. No tenía sentido proporcionarles más. Me concentré en Rastreador. Una vez conseguí que se enfocara en mí no fue difícil acceder a él, calmarle, explicarle que íbamos a ir a algún lugar con los soldados.

Dijo:

—No deberían de haberme hecho eso, Matasanos. —Sonaba como un niño al que han herido los sentimientos. Hice una mueca. Pero los Guardias no reaccionaron al nombre.

Nos rodearon, todos con las manos sobre las armas, excepto los que intentaban llevar a sus compañeros heridos al médico de caballos que servía como médico de la Guardia. Algunos de ellos ansiaban devolver de alguna forma el golpe. Tuve trabajo en mantener a Rastreador tranquilo.

El lugar al que nos llevamos no me animó. Era un sótano húmedo debajo del cuartel general. Parecía una caricatura de una cámara de torturas. Sospeché que estaba pensada para intimidarnos. Habiendo visto la auténtica tortura y los auténticos instrumentos de tortura, reconocí la mitad del equipo como espurio o inusualmente anticuado. Pero también había algunos instrumentos que podían hacer buen servicio. Intercambié miradas con Goblin y Un Ojo.

—No me gusta este lugar —dijo Rastreador—. Quiero ir fuera. Quiero ver al Perro Matasapos.

—Tranquilo. Saldremos dentro de muy poco.

Goblin sonrió con su famosa sonrisa, aunque un poco torcida. Sí. Saldríamos de allí pronto. Quizá con los pies por delante, pero saldríamos.

El coronel Dolce estaba allí. No pareció complacido por nuestra reacción al escenario que había preparado. Dijo:

—Quiero hablar con vosotros. Antes no habéis parecido muy ansiosos por charlar. ¿Es mejor este ambiente?

—No exactamente. Sin embargo, le hace a uno reconsiderar las cosas. ¿Es éste el castigo por pisarles los talones a los caballeros comerciantes de Galeote? No me

había dado cuenta de que tenían las bendiciones de la Guardia para su monopolio.

—Nada de juegos, señor Candela. Respuestas directas. Ahora. O mis hombres harán que tus próximas horas sean extremadamente desagradables.

—Pregunta. Pero tengo la mala sensación de que no tengo las respuestas que quieres oír.

—Entonces ésa será tu desgracia.

Miré a Goblin. Había entrado en una especie de trance.

El coronel dijo:

—No te creo cuando dices que sólo sois unos simples comerciantes. El esquema de vuestras preguntas indica un interés desacostumbrado hacia un hombre llamado Corbie y su casa. Corbie, déjame señalarlo, es sospechoso de ser o un agente Rebelde o un Resurreccionista. Háblame de él.

Lo hice, casi completamente y con toda sinceridad:

—Nunca había oído hablar de él hasta que llegamos aquí.

Pienso que me creyó. Pero sacudió lentamente la cabeza.

—Entiendo —dije—. No me crees ni siquiera aunque sabes que estoy diciendo la verdad.

—Pero ¿cuánta verdad dices? Ésa es la cuestión. La Rosa Blanca compartimenta su organización. Puede que no tengas ni idea de quién era Corbie y pese a todo hayas venido en su busca. ¿Lleva algún tiempo fuera de contacto?

Era agudo el mamón.

Mí rostro debía de ser demasiado estudiadamente inexpresivo. Asintió para sí mismo, nos escrutó a los cuatro, clavó su atención en Un Ojo.

—El hombre negro. Un tanto extraño, ¿no?

Me sorprendió que no extrajera más partido del color de la piel de Un Ojo. Los hombres negros eran extremadamente raros al norte del Mar de las Tormentas. Había muchas posibilidades de que el coronel jamás hubiera visto a uno antes. Que un hombre negro, muy viejo, es una de las piedras angulares de la Compañía Negra no es exactamente un secreto.

No respondí.

—Empezaremos con él. Parece el menos resistente.

—¿Quieres que los mate, Matasanos? —preguntó Rastreador.

—Quiero que mantengas la boca cerrada y te quedes quieto, eso es lo que quiero. —Maldita sea. Pero Dolce no pareció captar tampoco el nombre. O eso, o yo era menos famoso de lo que creía, lo cual hacía que mi ego se deshinchara un poco.

Dolce pareció sorprendido de que Rastreador se mostrara tan confiado.

Señaló a Un Ojo.

—Llevadlo al potro.

Un Ojo dejó escapar una risita y extendió sus manos hacia los hombres que se le acercaban. Goblin rió también. Su regocijo inquietó a todos. A mí en absoluto, porque conocía su sentido del humor.

Dolce me miró directamente a los ojos.

—¿Encuentran esto divertido? ¿Por qué?

—Si no piensas utilizar pronto un rasgo de comportamiento civilizado, no vas a tardar en descubrirlo.

Estuvo tentado a retroceder unos pasos, pero decidió que nos estábamos marcando un farol colosal.

Llevaron a Un Ojo al potro. Sonrió y se subió él mismo al instrumento de tortura. Goblin chilló:

—He aguardado treinta años para verte en una de esas cosas. Maldita sea mi suerte si alguien no hace girar el torno cuando llegue finalmente el momento.

—Veremos quién gira ese torno sobre quién, ombligo de mono —respondió Un Ojo.

Siguieron cruzándose bromas. Rastreador y yo permanecíamos quietos en pie, como postes. Los imperialistas empezaban a mostrarse cada vez más inquietos. Dolce, evidentemente, se preguntaba si no debería hacer bajar a Un Ojo y trabajarme a mí.

Ataron a Un Ojo. Goblin cloqueó, bailó una pequeña giga.

—Estiradlo hasta que mida tres metros de alto, chicos —dijo—. Y seguiréis teniendo un enano mental.

Alguien lanzó un golpe contra Goblin con el dorso de la mano. Goblin se inclinó sólo ligeramente. Cuando el hombre retiró su mano, tras fallar completamente y haber sido rozado tan sólo ligeramente por una mano protectora, contempló completamente asombrado su extremidad.

Diez mil puntos de sangre habían aparecido en ella. Formaban un dibujo. Casi un tatuaje. Y ese tatuaje mostraba dos serpientes entrelazadas, cada una con los colmillos enterrados en el cuello de la otra. Si lo que tienen las serpientes detrás de la cabeza es cuello.

Una distracción. La reconocí como tal, por supuesto. Tras el primer momento, me concentré en Un Ojo. Simplemente sonrió.

Los hombres que tenían que estirar su cuerpo hasta dislocar sus articulaciones avanzaron unos pasos al cabo de un momento, azotados por el gruñido de su coronel. Dolce se sentía malditamente incómodo ahora. Tenía la sospecha de que se enfrentaba a algo extraordinario, pero se negaba a ser intimidado.

Cuando los torturadores pusieron sus manos sobre el torno, el desnudo vientre de Un Ojo pareció hincharse. Y una gran araña de aspecto desagradable se arrastró fuera de su ombligo. Surgió formando una pelota, impulsándose con sólo dos patas, luego desplegó las otras alrededor de un cuerpo de la mitad de tamaño de mi pulgar. Se echó a un lado y otra brotó detrás. La primera caminó a lo largo de la pierna de Un Ojo, hacia el hombre que sujetaba el torno al cual estaban atados los tobillos del hechicero. Los ojos del hombre se fueron haciendo más y más grandes. Se volvió hacia su oficial al mando.

Un silencio absoluto llenó el sótano. No creo que los imperiales se acordaran siquiera de respirar.

Otra araña se arrastró fuera del ahora hinchado vientre de Un Ojo. Y otra. Y el vientre pareció disminuir sólo un poco cada vez. Su rostro cambió, adoptando rápidamente el que podría tener una araña cuando la miras desde realmente cerca. La mayoría de la gente no tiene el nervio necesario para soportarlo.

Goblin rió quedamente.

—¡Dad vueltas al torno! —rugió Dolce.

El hombre a los pies de Un Ojo lo intentó. La primera araña se deslizó palanca arriba hasta llegar a su mano. Chilló, sacudió espasmódicamente la mano, arrojó al arácnido a las sombras.

—Coronel —dije con una voz tan pragmática como pude conseguir—, esto ya ha ido demasiado lejos. No dejemos que nadie resulte herido.

Ellos eran toda una multitud y nosotros sólo cuatro, y Dolce deseaba realmente apoyarse en ello. Pero varios hombres se estaban dirigiendo ya hacia la salida. La mayoría se estaban apartando de nosotros. Todo el mundo miraba a Dolce.

Maldito Goblin. Tenía que dejar mostrar su entusiasmo. Chilló:

—Espera, Matasanos. Ésta es una posibilidad que sólo se presenta una vez en la vida. Deja que estiren un poco a Un Ojo.

Vi la luz iluminarse detrás de los ojos de Dolce, aunque intentó ocultarlo.

—Maldita sea, Goblin. Ya la has cagado. Vamos a tener que hablar sobre todo esto cuando haya acabado. Coronel. ¿Qué hacemos? La situación está en mis manos. Como sabe muy bien ahora.

Elegió lo mejor que podía hacer.

—Suéltalo —le dijo al hombre que estaba más cerca de Un Ojo.

Había arañas cubriendo todo el cuerpo de Un Ojo. Ahora estaban saliendo de su boca y de sus orejas. Se había entusiasmado y había estado sacando todo lo que se puede imaginar, todo tipo de arácnidos, todos grandes y revulsivos. Los hombres de Dolce se negaban a acercársele.

Le dije a Rastreador:

—Ve a la puerta. No dejes que nadie salga. —No tuvo problema en comprender eso. Solté a Un Ojo. Tuve que estar recordándome constantemente que los arácnidos eran ilusiones.

Ilusiones: sentí el cosquilleo de diminutas patitas... Demasiado tarde me di cuenta de que las legiones de Un Ojo avanzaban hacia Goblin.

—¡Maldita sea, Un Ojo! ¡Crece! —El hijo de puta no estaba satisfecho con engañar a los imperiales. Tenía que jugar con Goblin también. Me volví hacia Goblin—. Si haces una maldita cosa para implicarte en esto, me ocuparé de que nunca más vuelvas a abandonar el Agujero. Coronel Dolce. No puedo decir que haya disfrutado con tu hospitalidad. Si tú y tus hombres queréis pasar a este lado. Resulta que tenemos que irnos.

Reluctante, Dolce hizo un gesto. La mitad de sus hombres se negaron a dirigirse hacia las arañas.

—Un Ojo. Se han acabado los juegos. Es hora de salir de aquí vivos. ¿Te importa?

Un Ojo hizo un gesto. Sus tropas de ocho patas corrieron a las sombras detrás del potro, donde desaparecieron en ese loco olvido del que brotan tales cosas. Un Ojo trotó hasta situarse al lado de Rastreador. Ahora se sentía arrogante. Durante semanas íbamos a oír cómo nos había salvado. Si vivíamos lo suficiente para poder escapar aquella noche.

Indiqué a Goblin que se reuniera con ellos, luego yo hice lo mismo. Les dije a Goblin y Un Ojo:

—No quiero ningún sonido para escapar de esta habitación. Y quiero esa puerta sellada como si formara parte de la pared. Luego quiero saber dónde podemos encontrar a ese personaje Corbie.

—Eso está hecho —dijo Un Ojo. Guiñó su ojo y añadió—: Hasta otra, coronel. Ha sido divertido.

Dolce evitó formular ninguna amenaza. Era un hombre sensato.

Descubrir la habitación tomó a los hechiceros diez minutos, que encontré desmesuradamente largos. Empecé a sentirme ligeramente suspicaz, pero olvidé esa idea cuando dijeron que habían terminado y que el hombre que buscábamos estaba en otro edificio cercano.

Hubiera debido atenerme a mis sospechas.

Cinco minutos más tarde estábamos a la puerta del edificio donde se suponía que estaba Corbie. No habíamos encontrado ninguna dificultad en llegar hasta allí.

—Un segundo, Matasanos —dijo Un Ojo. Miró al edificio que acabábamos de abandonar, chasqueó los dientes.

Todo el maldito lugar se desmoronó hacia dentro.

—Maldito bastardo —susurró—. ¿Por qué has hecho esto?

—Ahora ya no hay nadie que sepa quiénes somos.

—¿Y qué importaba que lo supieran?

—También le hemos cortado la cabeza a la serpiente. Habrá tanta confusión que podríamos largarnos con las joyas de la Dama si quisiéramos.

—¿Ah, sí? —Tenía que haber alguien que supiera que habíamos sido traídos allí. Se harían preguntas si nos veían deambulando por aquel lugar—. Dime, oh genio. ¿Localizaste los documentos que quiero antes de que echaras abajo el lugar? Si están ahí dentro, tú eres el que vas a tener que cavar para recuperarlos.

Su rostro se hundió.

Sí. Esperaba eso. Porque éste es mi tipo de suerte. Y así es como es Un Ojo. Nunca piensa detenidamente las cosas.

—Primero nos ocuparemos de Corbie —dije—. Adentro.

Cuando cruzamos la puerta encontramos a Lance que salía para averiguar qué

había sido todo aquel estrépito.



33
EL HOMBRE DESAPARECIDO

—Hola, muchacho —dijo Un Ojo, clavando un dedo en el pecho del soldado y echándolo hacia atrás—. Sí. Somos tus viejos colegas.

Detrás de mí, Rastreador miró hacia el otro lado del recinto. El derrumbe del edificio del cuartel general había sido completo. El fuego restallaba y crepitaba dentro. El Perro Matasapos saltó rodeando un extremo de la ruina.

—Mira eso —le di un golpe en el brazo a Goblin—. Está corriendo. —Me enfrenté a Lance—. Muéstranos a tu amigo Corbie.

No deseaba hacerlo.

—No empieces a protestar. No estamos de humor. Hazlo o pasaremos por encima de ti.

El recinto había empezado a llenarse de parloteantes soldados. Nadie reparó en nosotros. El Perro Matasapos llegó a nuestro lado, olisqueó los tobillos de Rastreador, emitió un sonido desde lo más profundo de su garganta. El rostro de Rastreador se iluminó.

Entrarnos detrás de Lance.

—A Corbie —le recordé.

Nos condujo a una habitación donde una única lámpara de aceite iluminaba a un hombre en una cama, cuidadosamente cubierto por una manta. Lance dio más luz a la lámpara.

—Oh, santa mierda —murmuré. Dejé caer el culo sobre el borde de la cama. No era posible—. ¿Un Ojo? —Pero Un Ojo estaba en otro universo. Simplemente estaba allí de pie con la boca abierta. Como Goblin.

Finalmente, Goblin chilló:

—Pero está muerto. Murió hace seis años.

Corbie era el Cuervo que tuvo un gran papel en el pasado de la Compañía. El Cuervo que había puesto a Linda en su actual camino.

Incluso yo había estado convencido de que estaba muerto, y yo era suspicaz por naturaleza acerca de todo lo referente a Cuervo. Había intentado el mismo truco antes.

—Nueve vidas —observó Un Ojo.

—Hubiera debido sospechar cuando oí el nombre de Corbie —dije.

—¿Qué?

—Es un chiste. Corbie. Cuervo. Todo viene a ser lo mismo, ¿no? Nos lo ha estado agitando por delante de nuestras narices.

Verle allí iluminaba misterios que me habían atormentado durante años. Ahora sabía por qué los papeles que había salvado no encajaban totalmente. Él había retirado las piezas clave antes de fingir su última muerte.

—Ni siquiera Linda lo sabía esta vez —medité. El *shock* había empezado a disiparse. Me descubrí reflexionando que en varias ocasiones, después de que empezaran a llegar las cartas, por mi mente había empezado a flotar la sospecha de que estaba vivo.

Aquello suscitaba toda una ristra de preguntas. Linda no lo sabía. ¿Por qué no? Eso no parecía propio de Cuervo. Pero más aún, ¿por qué abandonarla a nuestra merced, como había hecho, cuando durante tanto tiempo había intentado mantenerla alejada de nosotros?

Había más allí de lo que podían ver los ojos. Más que Cuervo simplemente desapareciendo para poder sondear las cosas que le interesaban en el Túmulo. Desgraciadamente, no podía interrogar a ninguno de mis testigos.

—¿Cuánto tiempo lleva de este modo? —preguntó Un Ojo a Lance. Los ojos del soldado estaban muy abiertos. Ahora sabía quiénes éramos. Quizá mi ego no necesitara deshincharse después de todo.

—Meses.

—Había una carta —dije—. Había papeles. ¿Qué fue de ellos?

—El coronel.

—¿Y qué hizo con ellos el coronel? ¿Informó a los Tomados? ¿Contactó con la Dama?

El soldado estaba a punto de ponerse testarudo.

—Tienes problemas aquí, muchacho. No deseamos hacerte daño. Actuaste bien con nuestro amigo. Habla.

—No hizo nada de eso. Que yo sepa. No sabía leer nada de ese material. Estaba aguardando a que Corbie despertara.

—Hubiera tenido que aguardar mucho tiempo —dijo Un Ojo—. Déjanos algo de sitio, Matasanos. Lo primero que tenemos que hacer es hallar a Cuervo.

—¿Hay alguien más en este edificio a esta hora de la noche? —le pregunté a Lance.

—No a menos que los panaderos vengan en busca de harina. Pero está almacenada en el sótano al otro lado. No vendrán hasta aquí.

—Correcto. —Me pregunté hasta qué punto podía confiar en esa información—. Rastreador. Tú y el Perro Matasapos estad atentos.

—Un problema —dijo Un Ojo—. Antes de que hagamos nada, necesitamos el mapa de Bomanz.

—Oh, vaya. —Me deslicé al vestíbulo, hasta la salida, miré fuera. El edificio del

cuartel general estaba en llamas, chisporroteaba testarudamente en la lluvia. La mayoría de la Guardia estaba luchando contra el fuego. Me estremecí. Nuestros documentos estaban ahí dentro. Si la suerte de la Dama se mantenía, arderían. Regresé a la habitación—. Un Ojo, tienes un problema mucho más inmediato. Mis documentos. Será mejor que vayas a por ellos. Yo me ocuparé del mapa.

»Rastreador, tú vigila aquí la puerta. Mantén al chico dentro y a todo el resto de la gente fuera. ¿De acuerdo? —Asintió. No necesitaba ningún estímulo especial mientras el Perro Matasapos estuviera por ahí.

Me deslicé fuera en medio del jaleo. Nadie me prestó la menor atención. Me pregunté si no sería el mejor momento para sacar a Cuervo. Salí del recinto sin ser detenido por nadie, me apresuré bajo la llovizna al Diablo Azul. El propietario pareció asombrarse de verme. No me detuve a decirle lo que pensaba de su hospitalidad, simplemente subí las escaleras, trasteé dentro del conjuro de ocultación hasta que hallé la lanza con el asta hueca. Abajo de nuevo. Una mirada asesina al propietario, luego de nuevo a la lluvia.

Cuando regresé, el fuego estaba bajo control. Los soldados habían empezado a retirar los escombros. Nadie me detuvo tampoco en mi camino. Me deslicé al interior del edificio donde yacía Cuervo, tendí la lanza a Un Ojo.

—¿Has conseguido algo acerca de esos papeles?

—Todavía no.

—Maldita sea...

—Están en una caja en la oficina del coronel, Matasanos. ¿Qué demonios deseas?

—Ah. Rastreador. Lleva al chico al vestíbulo. Vosotros, quiero un conjuro con el que tenga que hacer todo lo que le digamos tanto si quiere como si no.

—¿Qué? —preguntó Un Ojo.

—Quiero enviarlo a por esos papeles. ¿Puedes arreglar las cosas de modo que tenga que hacerlo y vuelva?

Lance estaba en la puerta, escuchando pálido.

—Seguro. Ningún problema.

—Hazlo. Hijo, ¿has comprendido? Un Ojo va a poner un conjuro sobre ti. Vas a ayudar a limpiar ese lío de ahí hasta que puedas conseguir la caja. Tráela hasta aquí y te liberaremos del conjuro.

Pareció que se ponía testarudo de nuevo.

—Puedes elegir, por supuesto. También puedes morir de una muerte muy desagradable.

—Dudo que te crea, Matasanos. Será mejor que se lo demos a probar un poco.

La expresión de Lance me dijo que me creía. Cuanto más pensaba acerca de quiénes éramos, más aterrado se sentía.

¿Cómo habíamos desarrollado una reputación tan feroz? Supongo que las historias crecen y crecen a medida que se cuentan.

—Supongo que cooperará. ¿No es así, hijo?

Asintió, muerta toda testarudez.

Parecía un buen chico. Lástima que hubiera entregado su lealtad al otro bando.

—Hazlo, Un Ojo. Adelante con esto.

Mientras Un Ojo trabajaba, Goblin preguntó:

—¿Qué haremos cuando hayamos terminado aquí, Matasanos?

—Infiernos, no lo sé. Improvisaremos. En estos momentos no te preocupes por las mulas, simplemente carga el carro. Una cosa después de otra. Paso a paso.

—Listo —dijo Un Ojo.

Hice un signo con la cabeza al joven, abrí la puerta al exterior.

—Sal y hazlo, chico. —Le di una palmada en el trasero. Fue, pero con una expresión que hubiera cuajado la leche.

—No se siente muy feliz contigo, Matasanos.

—Que lo jodan. Entra ahí dentro con Cuervo. Haz lo que tengas que hacer. No podemos perder el tiempo. Cuando se haga de día este lugar va a ver algo de vida.

Observé a Lance. Rastreador guardaba la puerta a la habitación. Nadie nos interrumpió. Lance halló finalmente lo que yo deseaba, se alejó de los trabajos de desescombros.

—Buen trabajo, hijo —le dije, tomando la caja—. A la habitación con tu amigo.

Entramos unos momentos antes de que Un Ojo saliera de un trance.

—¿Y bien? —pregunté.

Necesitó unos momentos para orientarse.

—Va a ser más difícil de lo que creí. Pero creo que podemos sacarle. —Señaló el mapa que Goblin había desplegado sobre el estómago de Cuervo—. Está aquí, atrapado, justo dentro del círculo interior. —Sacudió la cabeza—. ¿Le has oído alguna vez mencionar algo acerca de tener algún tipo de antecedentes en el oficio?

—No. Pero hubo momentos en que me lo pregunté. Como en Rosas, cuando rastreó a Rastrillador a través de una ventisca.

—Aprendió algo en alguna parte. Lo que hizo no es ningún truco de salón. Pero era demasiado grande para sus habilidades. —Se quedó pensativo por un momento—. Es extraño ahí dentro, Matasanos. Realmente extraño. No está en absoluto solo. No podremos darte ningún detalle hasta que entremos nosotros también, pero...

—¿Qué? Espera. ¿Entrar vosotros? ¿De qué estás hablando?

—Pensé que entenderías. Goblin y yo vamos a tener que seguirle ahí dentro. A fin de poder sacarle.

—¿Por qué los dos?

—Uno para cubrir en caso de que el hombre en punta se vea en apuros.

Goblin asintió. Ahora estaban muy serios los dos. Lo cual quería decir que estaban mortalmente asustados.

—¿Cuánto tiempo va a requerir esto?

—No hay forma de decirlo. Puede ser bastante. Primero tenemos que salir de aquí. A los bosques.

Deseé discutir pero no lo hice. En vez de ello fui a comprobar el recinto.

Habían empezado a sacar los cuerpos de entre los escombros. Observé durante unos instantes, tuve una idea. Cinco minutos más tarde Lance y yo salíamos llevando una litera. Una manta cubría lo que parecía ser un gran cuerpo roto. El rostro de Goblin aparecía expuesto. Hacía un gran cadáver. Los pies de Un Ojo asomaban por el otro lado. Rastreador llevaba a Cuervo.

Los documentos estaban bajo la manta con Goblin y Un Ojo.

No esperaba conseguirlo. Pero el macabro trabajo alrededor del edificio derrumbado preocupaba a la Guardia. Habían alcanzado los sótanos.

Fui detenido en la puerta del recinto. Goblin usó su conjuro de sueño. Yo dudaba de que fuéramos recordados. Había civiles por todas partes, ayudando y respaldando los esfuerzos de rescate.

Ésa era la mala noticia. Algunos ahí abajo en el sótano todavía estaban vivos.

—Goblin, tú y Un Ojo id a buscar vuestro equipo. Llevaos al chico. Rastreador y yo iremos a por el carro.

Todo fue bien. Demasiado bien, pensé, siendo pesimista por naturaleza después de la forma en que habían ido las cosas. Pusimos a Cuervo en el carro y nos encaminamos al sur.

En el momento en que entrábamos en el bosque Un Ojo dijo:

—Bien, ya nos hemos salido. Ahora, ¿qué hay con Cuervo?

Yo no tenía ni una sola idea.

—Dilo tú. ¿Cuán cerca tenéis que estar?

—Mucho. —Vio que yo estaba pensando en salir primero de la región—. ¿Linda? El recordatorio era innecesario.

No diré que Cuervo fuera el centro de su vida. No hablará de él excepto de la más general de las maneras. Pero hay noches en las que se duerme llorando, recordando algo. Si es por la pérdida de Cuervo, no podíamos traerlo a casa de aquella manera. Le rompería el corazón.

Además, lo necesitábamos ahora. Él sabía mejor que nosotros qué demonios estaba ocurriendo.

Apelé a Rastreador en busca de sugerencias. No tenía ninguna. De hecho, no parecía complacido con lo que planeábamos. Como si esperara que Cuervo fuera una competencia o algo así.

—Tenemos a éste —dijo Un Ojo, señalando a Lance, al que nos habíamos llevado con nosotros antes que dejarlo para que muriera—. Utilicémoslo.

Era una buena idea.

Veinte minutos más tarde teníamos el carro bien alejado de la carretera, sobre unas rocas de modo que no se hundiera en la empapada tierra. Un Ojo y Goblin tejieron conjuros de ocultación a su alrededor y lo camuflaron con maleza. Metimos el equipo en paquetes, colocamos a Cuervo en la litera. Lance y yo lo llevamos. Rastreador y el Perro Matasapos nos guiaron a través de los árboles.

No debieron de ser más de cinco kilómetros, pero me dolía todo el cuerpo antes de que termináramos. Demasiado viejo. Demasiado bajo de forma. Y el tiempo era un ciento noventa por ciento miserable. Había tenido lluvia suficiente como para que me durara todo el resto de mi vida. Rastreador nos condujo hasta un lugar justo al este del Túmulo. Podía caminar colina abajo un centenar de metros y ver sus restos. Podía caminar un centenar de metros en la otra dirección y ver el Gran Trágico. Sólo aquella estrecha banda de terreno alto le impedía al río alcanzar el Túmulo.

Montamos tiendas y colocamos ramas en su interior para no tener que sentarnos en la húmeda tierra. Goblin y Un Ojo ocuparon la tienda más pequeña. El resto de nosotros nos apiñamos en la otra. Una vez razonablemente libres de la lluvia, me dispuse a sondear los documentos rescatados. Lo primero que llamó mi atención fue un paquete envuelto en piel impermeabilizada.

—Lance. ¿Ésta es la carta que Cuervo quería que entregaras?

Asintió hoscamente. No se sentía hablador.

Pobre muchacho. Se creía culpable de traición. Esperaba que no quisiera hacer heroicidades.

Bien, valía la pena mantenerse ocupado mientras Goblin y Un Ojo hacían su trabajo. Empezar con la parte fácil primero.



Matasanos:

Bomanz se enfrentó a la Dama desde otro ángulo. Vio un fantasma de miedo rozar sus impolutos rasgos.

—Ardath —dijo, y vio que su miedo se convertía en resignación.

Ardath era mi hermana.

—Tuviste una hermana gemela. La asesinaste y tomaste su nombre. Tu auténtico nombre es Ardath.

Lamentarás esto. Hallaré tu nombre...

—¿Por qué me amenazas? No deseo causarte daño.

Me lo causas frustrándome. Libérame.

—Vamos, vamos. No seas infantil. ¿Por qué forzar mi mano? Esto nos costará a ambos agonía y energía. Yo sólo quiero redescubrir el conocimiento enterrado contigo. Enseñarme no te costará nada. No te haré ningún daño. Incluso puedo preparar el mundo para tu regreso.

El mundo se prepara ya. ¡Bomanz!

Bomanz rió quedamente.

—Eso es una máscara, como la de anticuario. Ése no es mi nombre. Ardath. ¿Debemos luchar?

Los hombres sabios dicen que hay que aceptar con gracia lo inevitable. Si debo hacerlo, debo hacerlo. Intentaré ser graciosa.

Cuando los cerdos vuelen, pensó Bomanz.

La sonrisa de la Dama era burlona. Envió algo. Él no lo atrapó. Otras voces llenaron su mente. Por un instante pensó que el Dominador estaba despertando. Pero las voces estaban en sus oídos físicos, allá en la casa.

—¡Oh, maldita sea!

Una risa como el tintinear de campanillas al viento.

—Clete está en posición. —La voz era la de Tokar. Su presencia en el desván enfureció a Bomanz. Empezó a correr.

—Ayúdame a sacarlo de la silla. —Stancil.

—¿No deberías despertarlo? —Gloria.

—Su espíritu está allá fuera en el Túmulo. No sabrá nada a menos que el uno tropiece con el otro ahí fuera.

Equivocado, pensó Bomanz. Equivocado, insidiosa e ingrata verruga. Tu viejo no es estúpido. Responde a las señales incluso cuando no desea verlas.

La cabeza de dragón giró cuando pasó a toda prisa por su lado. Su burla le persiguió. El odio de los caballeros muertos le golpeó cuando los rebasó.

—Llévalo al rincón. Tokar, el amuleto está debajo de la piedra del fogón en la cabaña. ¡Ese maldito Men fu! Casi lo quemó. Quiero echarle las manos al imbécil que lo envió aquí. Ese codicioso idiota no estaba interesado en nada más allá de sí mismo.

—Al menos se llevó el Monitor con él. —Gloria.

—Puro accidente. Pura suerte.

—El tiempo. El tiempo —dijo Tokar—. Los hombres de Clete están llegando a los acuartelamientos.

—Salgamos de aquí entonces. Gloria, ¿harás algo además de mirar al viejo? Tengo que entrar antes de que Tokar alcance el Túmulo. Hay que decirles a los Grandes lo que estamos haciendo.

Bomanz pasó junto al túmulo de Perroluna. Sintió el agitar en su interior. Corrió más.

Un fantasma danzó a su lado. Un fantasma de rostro diabólico y hombros hundidos que lo condenó un millar de veces.

—No tengo tiempo para ello, Besand. Pero tenías razón. —Cruzó el viejo foso, pasó su excavación. El paisaje estaba salpicado de desconocidos. Desconocidos Resurreccionistas. ¿De dónde habían salido? ¿Habían estado escondidos en el Viejo Bosque?

Más aprisa. Tienes que ir más aprisa, pensó. Ese estúpido de Stance está intentando seguirte dentro.

Corrió como en una pesadilla, flotando a través de escalones subjetivamente eternos. El cometa brillaba fuertemente. Tan fuerte que arrojaba sombras.

—Lee de nuevo las instrucciones para estar seguros —dijo Stancil—. El tiempo no es crítico siempre que no hagas nada demasiado pronto. —¿Debemos atarlo o algo? ¿Sólo por si acaso?

—No tenemos tiempo. No te preocupes por él. No saldrá hasta que sea demasiado tarde.

—Me hace poner nervioso.

—Entonces échale una alfombra por encima y ven. E intenta mantener la voz baja. No querrás despertar a mi madre.

Bomanz cargó hacía las luces de la ciudad... Se le ocurrió que en este estado no tenía que considerarse un hombre bajo de piernas rechonchas y falto de aliento. Cambió su percepción; y su velocidad se incrementó. Pronto encontró a Tokar, que trotaba hacia el Túmulo con el amuleto de Besand. Bomanz juzgó su sorprendente velocidad con respecto a la lentitud aparente de Tokar. Se estaba moviendo aprisa.

El cuartel general estaba en llamas. Había una intensa lucha alrededor de los

acuartelamientos. Los carreros de Tokar dirigían a los atacantes. Unos pocos Guardias habían conseguido salir de la trampa. El tumulto se estaba filtrando a la ciudad.

Bomanz alcanzó su tienda. Arriba de la escalera, Stancil le dijo a Gloria:

—Empécenos ahora. —Mientras Bo empezaba a subir la escalera, Stancil dijo—: Dumni. Un muji dumni. —Bomanz se lanzó contra su propio cuerpo. Se hizo con el mando de sus músculos, saltó en pie.

Gloria gritó.

Bomanz la arrojó contra la pared. Su trayectoria destrozó preciosas antigüedades.

Bomanz chilló agónicamente cuando todos los dolores de un cuerpo viejo golpearon su consciencia. ¡Maldita sea! ¡Su úlcera le estaba destrozando las entrañas!

Agarró la garganta de su hijo cuando se volvía, silenciándolo antes de que terminara si conjuro.

Stancil era más joven, más fuerte. Se levantó. Y Gloria se lanzó contra Bomanz. Bomanz retrocedió bruscamente.

—Que nadie se mueva —restalló.

Stancil se frotó la garganta y croó algo.

—¿Crees que no lo haré? Pruébalo. No me importa quien seas. No voy a liberar esa cosa ahí fuera.

—¿Cómo lo supiste? —croó Stancil.

—Has estado actuando de forma extraña. Tienes amigos extraños. Esperaba estar equivocado, pero no corro riesgos. Deberías haberlo recordado.

Stancil extrajo un cuchillo. Sus ojos se endurecieron.

—Lo siento, papá. Algunas cosas son más importantes que la gente.

Las sienas de Bomanz pulsaron.

—Compórtate. No tengo tiempo para esto. Tengo que detener a Tokar.

Gloria extrajo también un cuchillo. Se deslizó un paso más cerca de él.

—Estás tentando mi paciencia, hijo.

La muchacha saltó. Bomanz emitió una palabra de poder. Ella embistió de cabeza contra la mesa, se deslizó al suelo, casi inhumanamente flácida. A los pocos segundos quedaba flácidamente inmóvil, maullando como un gatito herido.

Stancil se dejó caer sobre una rodilla.

—Lo siento, Gloria. Lo siento.

Bomanz ignoró su propia agonía emocional. Recuperó el mercurio que se había derramado del cuenco que había encima de la mesa, murmuró unas palabras que transformaron su superficie en un espejo de acontecimientos lejanos.

Tokar estaba a dos tercios del camino hacia el Túmulo.

—La has matado —dijo Stancil—. La has matado.

—Te lo advertí, éste es un negocio cruel. —Y—: Hiciste una apuesta y perdiste. Sienta tu culo en el rincón y compórtate.

—La has matado.

Los remordimientos golpearon antes incluso de que su hijo le obligara a actuar, intentó suavizar el impacto, pero la fusión de los huesos era todo o nada.

Stancil cayó cruzado encima de su amor.

Su padre se dejó caer de rodillas a su lado.

—¿Por qué me has obligado a hacerlo? Estúpidos. ¡Malditos locos estúpidos! Me usasteis. ¿No tuvisteis el buen sentido suficiente como para asegurarnos de mí, y queréis enfrentarnos con alguien como la Dama? No lo sé. No lo sé. ¿Qué voy a decirle a Jazmín? ¿Cómo puedo explicárselo? —Miró alocadamente a su alrededor, un animal atormentado—. Matarme. Eso es todo lo que puedo hacer. Ahorrarle el dolor de averiguar lo que era su hijo... No puedo. Debo detener a Tokar.

Estaban luchando fuera en la calle. Bomanz lo ignoró. Se centró en el mercurio.

Tokar estaba en el borde del foso, mirando al Túmulo. Bomanz vio el miedo y la incertidumbre en él.

Tokar halló su valor. Agarró el amuleto y cruzó la línea.

Bomanz empezó a edificar una transmisión asesina.

Su mirada cruzó el umbral, espionó a una asustada Curiosa mirando desde el oscuro descansillo.

—Oh, niña. Niña, sal de aquí.

—Estoy asustada. Se están matando unos a otros ahí fuera.

También nos estamos matando aquí dentro, pensó. Por favor, márchate.

—Ve a buscar a Jazmín.

De la tienda llegó un horrendo estrépito. Se oyó maldecir a unos hombres. El acero chocó contra el acero. Bomanz oyó la voz de uno de los carreros de Tokar. El hombre estaba desplegando una defensa de la casa.

La Guardia había vuelto.

Curiosa gimoteó.

—Sal de aquí, niña. Sal de aquí. Ve abajo con Jazmín.

—Estoy asustada.

—Yo también. Y no podré ayudar si te interpones en mi camino. Ve abajo.

Rechinó los dientes y se alejó. Bomanz suspiró. Había estado cerca. Si hubiera visto a Stance y Gloria...

El rugir se redobló. Los hombres gritaron. Bomanz oyó al cabo Bronco aullar órdenes. Volvió al cuenco. Tokar había desaparecido. No pudo volver a localizar al hombre. De pasada echó un vistazo al terreno entre la ciudad y el Túmulo. Unos pocos Resurreccionistas se apresuraban hacia la lucha, aparentemente para ayudar. Otros estaban huyendo a la carrera. Restos de la Guardia iban en su persecución.

Resonaron unas botas subiendo la escalera. Bomanz interrumpió de nuevo los preparativos de su transmisión. Bronco apareció en el umbral. Bomanz empezó a ordenarle que saliera. El otro no estaba de humor para discutir. Blandió una gran espada ensangrentada...

Bomanz usó su palabra de poder. Los huesos de un hombre se convirtieron de

nuevo en gelatina. Luego de nuevo y de nuevo, cuando los soldados de Bronco intentaron vengarle. Bomanz derribó a cuatro antes de que se detuviera la avalancha.

Intentó volver a su transmisión...

Esta vez la interrupción no fue nada físico. Fue una reverberación a lo largo del camino que había abierto al interior de la cripta de la Dama. Tokar estaba en el Gran Túmulo y en contacto con la criatura que contenía.

—Demasiado tarde —murmuró—. Malditamente demasiado tarde. —Pero envió la transmisión de todos modos. Quizá Tokar muriera antes de que pudiera liberar a aquellos monstruos.

Jazmín maldijo. Curiosa gritó. Bomanz saltó por encima de los Guardias caídos y cargó escaleras abajo. Curiosa gritó de nuevo.

Bo entró en su dormitorio. Uno de los hombres de Tokar tenía un cuchillo apoyado contra la garganta de Jazmín. Un par de Guardias buscaban una abertura.

A Bomanz ya no le quedaba paciencia. Mató a los tres.

La casa vibró. Las tazas de té tintinearón en la cocina. Fue un temblor suave, pero un aviso lo suficientemente fuerte como para advertir a Bomanz.

Su transmisión no había llegado a tiempo.

Resignado, dijo:

—Salid de la casa. Va a haber un terremoto.

Jazmín le miró de reojo. Sujetaba a la histérica chica.

—Os lo explicaré más tarde. Si sobrevivimos. Simplemente salid de la casa. —Se dio la vuelta y se lanzó a la calle, cargó hacia el Túmulo.

Imaginarse alto y delgado y veloz no le sirvió ahora. Era Bomanz en carne y hueso, un viejo bajo y gordo que se quedaba fácilmente sin resuello. Cayó dos veces cuando los temblores agitaron la ciudad. Cada uno era más fuerte que el anterior.

Los fuegos seguían ardiendo, pero la lucha había terminado. Los supervivientes de ambos lados sabían que era demasiado tarde para una decisión por la espada. Miraban hacia el Túmulo, aguardando el desarrollo de los acontecimientos.

Bomanz se unió a los que miraban.

El cometa ardía tan brillante que el Túmulo estaba claramente iluminado.

Una tremenda sacudida agitó el suelo. Bomanz se tambaleó. Allá en el Túmulo el montículo que contenía a Atrapaalmas estalló. Un doloroso resplandor ardió desde dentro. Una figura se alzó de entre los escombros, de pie, recortada contra el resplandor.

La gente rezó o maldijo, según su predilección.

Los temblores continuaron. Túmulo tras túmulo se abrieron. Uno tras otro, los Diez que Fueron Tomados aparecieron recortados contra la noche.

—Tokar —murmuró Bomanz—. Espero que te pudras en el infierno.

Sólo quedaba una posibilidad. Una imposible posibilidad. Descansaba en los hombros inclinados por el tiempo de un hombrecito rechoncho cuyos poderes no estaban en su mejor forma.

Reunió sus más potentes conjuros, su más grande magia, todos los trucos místicos que había elaborado a lo largo de treinta y siete años de solitarias noches. Y echó a andar hacia el Túmulo.

Unas manos se adelantaron para detenerle. No lo alcanzaron. Desde la multitud una mujer vieja gritó:

—¡Bo, no! ¡Por favor!

Siguió andando.

El Túmulo hervía. Los fantasmas aullaban entre las ruinas. El Gran Túmulo sacudió su joroba. La tierra estalló hacia arriba, en llamas. Una gran serpiente alada se alzó contra la noche. Un gran grito brotó de su boca. Torrentes de fuego de dragón inundaron el Túmulo.

Unos ojos verdes y sabios observaron el avance de Bomanz.

El hombrecillo gordo penetró en el holocausto, liberando su arsenal de conjuros. El fuego lo envolvió.



35
EL TÚMULO, DE MAL A PEOR

Tras devolver la carta al interior de la piel impermeabilizada, me tendí en mi lecho de ramas, dejé que mi mente quedara en blanco. Cuervo contaba las cosas de una forma tan espectacular. Pero me pregunté acerca de sus fuentes. ¿La esposa? Alguien tenía que haber reseñado el final de la historia y ocultarlo para ser hallado más tarde. ¿Qué había sido de la esposa, de todos modos? No tenía un lugar en la leyenda. Como tampoco el hijo, incidentalmente. Las historias populares solo mencionan a Bomanz.

Tenía que haber algo allí. ¿Algo que había pasado por alto? Ah. Sí. Una congruencia con la experiencia personal. El nombre en el que Bomanz había confiado. El nombre que, evidentemente, había demostrado ser insuficientemente poderoso.

Lo había oído antes. En circunstancias igualmente furiosas.

En Enebro, cuando la confrontación entre la Dama y el Dominador alcanzó su clímax, con ella protegida en un castillo a un lado de la ciudad y el Dominador intentando escapar a través de otro al otro lado, descubrimos que los Tomados pensaban traicionar a la Compañía una vez se hubiera calmado la crisis. Siguiendo órdenes del Capitán, desertamos. Nos apoderamos de un barco. Mientras nos alejábamos a toda vela, con esposo y esposa enfrentándose sobre la ciudad en llamas, la lucha llegó a su punto álgido. La Dama demostró ser la más fuerte.

La voz del Dominador sacudió al mundo cuando lanzó a los cuatro vientos su último escupitajo de frustración. La había llamado por el nombre que Bomanz había creído poderoso. Al parecer, incluso el Dominador podía equivocarse.

Una hermana mató a la otra y, quizá sí o quizá no, tomó su lugar. Atrapaalmas, en su tiempo nuestro mentor y complotador para usurpar el puesto de la Dama, probó, durante la gran contienda en Hechizo, que había otra hermana. Tres hermanas, pues. Al menos. Una llamada Ardath, pero evidentemente no la que se había convertido en la Dama.

Quizá hubiera el inicio de algo allí. Todas esas listas, allá atrás en el Agujero. Y las genealogías. Encuentra a una mujer llamada Ardath. Luego descubre quiénes fueron sus hermanas.

—Es un comienzo —murmuré—. Débil, pero un comienzo.

—¿Qué?

Había olvidado a Lance. Él no se había aprovechado de ello. Supongo que estaba demasiado asustado.

—Nada. —Había empezado a hacerse oscuro fuera. La llovizna persistía. Allá en el Túmulo derivaban luces fantasmales. Me estremecí. Aquello no parecía que fuese bien. Me pregunté cómo se las estarían apañando Goblin y Un Ojo. No me atrevía a preguntar. En un rincón, Rastreador roncaba suavemente. El Perro Matasapos estaba tendido sobre su barriga, haciendo esos ruidos que hacen los perros cuando duermen, pero capté un destello en uno de sus ojos que decía que no dejaba de estar alerta.

Presté un poco más de atención a Lance. Estaba temblando, y no sólo por el frío. Estaba seguro de que íbamos a matarle. Adelanté una mano, la posé en su hombro.

—Todo está bien, hijo. No te haremos ningún daño. Te estamos agradecidos por haber cuidado de Cuervo.

—¿Es realmente Cuervo? ¿El Cuervo que fue el padre de la Rosa Blanca? El chico conocía las leyendas.

—Sí. Aunque sólo era el padrastro.

—Entonces no me mintió sobre nada. Estuvo en las campañas de Forsberg. Aquello me hizo reír quedamente. Dije:

—Conociendo a Cuervo, nunca mentía demasiado. Sólo adornaba la verdad.

—¿Realmente me dejaréis marchar?

—Cuando estemos a salvo.

—Oh. —No sonó tranquilizado.

—Digamos cuando lleguemos al borde de la Llanura del Miedo. Hallarás montones de amigos ahí.

Deseaba plantear una discusión casi política acerca de por qué insistíamos en resistirnos a la Dama. Me negué. No soy ningún evangelista. No puedo hacer conversos. Tengo demasiados problemas en comprenderme a mí mismo y en desentrañar mis propios motivos. Quizá Cuervo pudiera explicarlo después de que Goblin y Un Ojo lo sacaran de allí.

La noche parecía interminable, pero después de tres eternidades que me tuvieron en pie hasta medianoche oí unos pasos inciertos.

—¿Matasanos?

—Aquí dentro —dije. Era Goblin. Sin una luz no podía leerle bien, pero tuve la impresión de que sus noticias no eran buenas—. ¿Problemas?

—Sí. No podemos sacarle.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no poseemos las habilidades necesarias. No tenemos el talento. Esto va a necesitar a alguien más grande que nosotros. No somos mucha cosa, Matasanos. Unos payasos. Con unos cuantos trucos útiles. Quizá Silencioso pueda hacer algo. La suya es un tipo diferente de magia.

—Quizá será mejor que te lo tomes con calma. ¿Dónde está Un Ojo?

—Descansando. Fue duro para él. Le sacudió realmente lo que vio allí.

—¿Qué fue lo que vio?

—No lo sé. Yo era sólo su cabo salvavidas. Y tuve que sacarlo tirando de él antes de que quedara atrapado también. Todo lo que sé es que no podemos sacar a Cuervo sin ayuda.

—Mierda —dije—. Doble maldita mierda de oveja flotante. Goblin, no podemos ganar en esto a menos que tengamos a Cuervo para ayudarnos. Yo tampoco tengo lo que se necesita. Nunca traduciré ni la mitad de esos papeles.

—¿Ni siquiera con la ayuda de Rastreador?

—Él lee TelleKurre. Eso es todo. Yo también puedo, sólo que me toma más tiempo. Cuervo tiene que conocer los dialectos. Algunas partes de lo que estaba traduciendo estaba en ellos. También está la cuestión de qué era lo que estaba haciendo aquí. Por qué fingió de nuevo su muerte y desapareció. De Linda.

Quizás estaba saltando a conclusiones precipitadas. Suelo hacerlo. O quizá me estaba dejando llevar por la inclinación humana hacia la simplificación excesiva, imaginado que si teníamos a Cuervo de vuelta nuestros problemas quedarían simplemente resueltos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté en voz alta.

Goblin se puso en pie.

—No lo sé, Matasanos. Dejemos que Un Ojo vuelva a apoyarse sobre sus pies y descubramos contra lo que nos enfrentamos. Podemos partir de ahí.

—Correcto.

Se fue. Me tendí de nuevo e intenté dormir.

Cada vez que me sumía en el sueño tenía pesadillas acerca de la cosa que yacía en el lodo y el lógamo en que se había convertido el Túmulo.



El aspecto de Un Ojo era espantoso.

—Fue horrible —dijo—. Saca el mapa, Matasanos. —Lo hice. Señaló un punto—. Está aquí. Y atrapado. Parece que recorrió todo el camino hasta el centro siguiendo el sendero marcado por Bomanz, luego se encontró con problemas a la hora de salir.

—¿Cómo? No comprendo lo que está ocurriendo ahí.

—Desearía que pudieras entrar y verlo. Un reino de terribles sombras... Creo que debería alegrarme de que no puedas. Sé que lo intentarías.

—¿Qué significa esa grieta?

—Significa que eres demasiado curioso para tu propio bien. Como el viejo Bomanz. No. Espera. —Hizo una breve pausa—. Matasanos, algo que estaba atrapado ahí, uno de los esbirros de los Tomados, estaba situado cerca del camino de Bomanz. Él era lo bastante fuerte como para superarlo. Pero Cuervo era un aficionado. Creo que Goblin, Silencioso y yo juntos tendríamos problemas con esa cosa, y somos más hábiles de lo que Cuervo haya podido serlo nunca. Subestimó los peligros y se sobreestimó a sí mismo. Cuando se marchaba, esta cosa usurpó su posición y lo dejó a él en su lugar.

Fruncí el ceño, sin acabar de comprender.

Un Ojo se explicó:

—Algo lo usó para mantener el equilibrio de los antiguos conjuros. Así que está atrapado en una red de hechicería antigua. Y la cosa está ahí fuera.

Una sensación de hundimiento. Una sensación de inminente desesperación.

—¿Fuera? ¿Y vosotros no sabéis...?

—Nada. El mapa no indica nada. Bomanz debió de desdeñar las malignidades menores. No ha marcado al menos una docena de ellas. Debía de haberlas a puñados.

La literatura apoyaba aquello.

—¿Qué es lo que te dijo? ¿Pudisteis comunicaros?

—No. Fue consciente de una presencia. Pero se halla en un sumidero de conjuros. No podía contactar con él sin quedar atrapado yo también. Hay un pequeño desequilibrio ahí, como si lo que había salido fuera el grosor de un pelo más poderoso que lo que se había quedado dentro. Intenté acercarme a él. Fue por eso que Goblin tuvo que tirar de mí para sacarme. Sentí un gran miedo, no a causa de la situación.

Sólo había furia allí. Creo que se dejó atrapar sólo porque tenía tanta prisa que no prestó atención a lo que le rodeaba.

Capté el mensaje. Había estado en el centro, y había huido. ¿Qué había en el centro?

—¿Crees que lo que fuera que salió puede intentar abrir el Gran Túmulo?

—Puede intentarlo.

Pensé furiosamente.

—¿Por qué no traer subrepticamente a Linda hasta aquí? Ella podría...

Un Ojo me lanzó esa mirada de no-seas-estúpido. De acuerdo. Cuervo era la última de las cosas que la nada liberaría.

—Al gran tipo le debe encantar esto —se burló Goblin—. Simplemente le debe encantar.

—No hay nada que podamos hacer por Cuervo aquí —dijo Un Ojo—. Es posible que algún día encontremos un hechicero que pueda. ¿Hasta entonces? —Se encogió de hombros—. Mejor hagamos un pacto de silencio. Linda podría olvidar su misión si lo descubriera.

—De acuerdo —dije. Luego—: Pero...

—¿Pero qué?

—He estado pensando en ello. En Linda y Cuervo. Creo que hay algo aquí que no vemos. Quiero decir, considerando la forma en que él fue siempre, ¿por qué cortó todos los vínculos y vino hasta aquí? A enfrentarse a ello, a deslizarse dentro eludiendo a la Dama y a su pandilla. ¿Por qué dejó a Linda en la oscuridad? ¿Entiendes lo que quiero decir? Tal vez ella no se sintiera tan trastornada como pensamos. Quizá por diferentes razones.

Un Ojo pareció dubitativo. Goblin asintió. Rastreador parecía desconcertado, como de costumbre.

—¿Qué hay acerca de su cuerpo? —pregunté.

—Un definitivo engorro —respondió Un Ojo—. Y no puedo asegurar que llevarle hasta la Llanura no rompa la conexión entre carne y espíritu.

—Alto. —Miré a Lance. Él me miró a mí. Ahí teníamos otro doble vínculo.

Conocía una forma segura de resolver el problema del cuerpo de Cuervo. Y de sacarlo de allí. Traicionarlo a la Dama. Eso resolvería varios otros problemas también. Como lo que fuera que había escapado, y la amenaza de otro intento de escapar de su esposo. También proporcionaría tiempo a Linda, puesto que la atención de la Dama se vería espectacularmente desviada.

Pero ¿qué sería de Cuervo entonces?

Podía ser la clave de nuestro éxito o nuestro fracaso. ¿Entregarlo para salvarlo? ¿Jugar a la apuesta a muy largo plazo de que de alguna forma podríamos recuperarlo antes de que lo que sabía nos perjudicara? Siempre un dilema. Siempre un dilema.

—Echemos otra mirada —sugirió Goblin—. Esta vez yo iré delante. Un Ojo me cubrirá.

La hosca expresión de Un Ojo decía que ya habían hecho algo así antes. Mantuve la boca cerrada. Era su área de experiencia.

—¿Y bien? —preguntó Goblin.

—Si crees que vale la pena.

—Lo creo. Y de todos modos no hay nada que perder. Un punto de vista diferente puede ser útil también. Puede que yo capte algo que a él se le haya pasado por alto.

—Tener sólo un ojo no me vuelve ciego —gruñó Un Ojo. Goblin irradió. Esto también había ocurrido antes.

—No perdáis el tiempo —dije—. No podemos quedarnos aquí para siempre.

A veces las decisiones te vienen tomadas.

Noche cerrada. Viento en los árboles. El frío infiltrándose en la tienda, despertándome entre temblores hasta que volvía a dormirme de nuevo. La lluvia golpeteando firmemente, pero no escandalosamente. Dioses, estaba harto de la lluvia. ¿Cómo podía la Guardia Eterna mantener algún parecido de cordura?

Una mano me sacudió. Rastreador susurró:

—Viene compañía. Problemas. —El Perro Matasapos estaba junto al faldón de la tienda, con el pelo del cuello erizado.

Escuché. Nada. Pero no servía de nada no tener en cuenta su aviso. Mejor seguros que muertos.

—¿Qué hay de Goblin y Un Ojo?

—Todavía no han terminado.

—Oh, oh. —Busqué mis ropas, mis armas. Rastreador dijo:

—Iré a rastrearles e intentaré asustarles o alejarles. Tú advierte a los otros. Estate preparado para echar a correr. —Se deslizó fuera de la tienda, detrás del Perro Matasapos. ¡El maldito animal mostraba ahora algo de vida!

Nuestros susurros despertaron a Lance. Ninguno de los dos habló. Me pregunté qué arriesgaba él. Me cubrí la cabeza con la manta y salí.

En la otra tienda encontré a los dos hombres en trance.

—Mierda. ¿Y ahora qué? —¿Me atrevería a despertar a Un Ojo? Suavemente—: Un Ojo. Soy Matasanos. Tenemos problemas.

Ah. Su ojo bueno se abrió. Por un momento pareció desorientado. Luego...

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Problemas. Rastreador dice que hay alguien en el bosque.

Sonó un grito en la lluvia. Susurro se irguió de un salto.

—¡El poder! —escupió—. ¿Qué demonios?

—¿Qué ocurre?

—Alguien acaba de desgarrar un conjuro casi como si fuera uno de los Tomados.

—¿Puedes sacar a Goblin? ¿Rápido?

—Puedo... —Otro grito desgarró el bosque. Éste se prolongó y se prolongó, y parecía más de desesperación que de agonía—. Lo traeré.

Sonó como si hubiera perdido toda esperanza.

Tomados. Tenían que serlo. Habían oído nuestro rastro. Se acercaban. Pero los gritos... ¿El primero alguien al que Rastreador había emboscado? ¿El segundo el propio Rastreador? No había sonado como si fuera él.

Un Ojo se tendió y cerró el ojo. A los pocos momentos estaba de nuevo en trance, aunque su rostro traicionaba el miedo en su mente superficial. Era bueno, controlándose bajo tanta tensión.

Hubo un tercer grito procedente del bosque. Inquieto, me situé donde podía ver a través de la lluvia. No vi nada. Unos momentos más tarde Goblin se agitó.

Su aspecto era horrible. Pero su determinación mostraba que había cumplido con su palabra. Se obligó a ponerse en pie pese a que obviamente no estaba preparado. Su boca no dejaba de abrirse y cerrarse. Tuve la sensación de que deseaba decirme algo.

Un Ojo salió tras él pero se recuperó más rápidamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Otro grito.

—¿Lo dejamos caer todo? ¿Echamos a correr?

—No podemos. Tenemos que recoger algunas cosas y llevarlas de vuelta a la Llanura. De otro modo mejor que nos rindamos ahora y aquí mismo.

—Está bien. Reúne las cosas. Yo me haré cargo aquí.

Reunir las cosas no fue mucho trabajo. Había desempaquetado muy poco... Algo rugió allá en el bosque. Me inmovilicé.

—¿Qué demonios? —Sonaba como algo más grande que cuatro leones. Un momento más tarde se oyeron gritos.

Aquello no tenía sentido. Ningún sentido. Podía ver a Rastreador desatando el infierno contra la Guardia, pero no si tenían a uno de los Tomados con ellos.

Goblin y Un Ojo aparecieron mientras empezaba a desmontar la tienda. Goblin tenía todavía un aspecto infernal. Un Ojo llevaba la mitad de sus cosas.

—¿Dónde está el chico? —preguntó.

No había prestado atención a su ausencia. No me había sorprendido.

—Ha desaparecido. ¿Cómo vamos a cargar con Cuervo?

Mi respuesta surgió del bosque. Rastreador. No con muy buen aspecto, pero todavía sano. El Perro Matasapos estaba cubierto de sangre. Parecía más animado de lo que lo había visto nunca.

—Salgamos de aquí —dijo Rastreador, y cogió uno de los extremos de la litera.

—Tus cosas.

—No hay tiempo.

—¿Qué hay del carro? —Alcé el otro extremo.

—Olvídalo. Estoy seguro de que lo han encontrado. En marcha.

Echamos a andar, dejando que él abriera camino. Pregunté:

—¿Qué fue todo ese ruido?

—Los pillamos por sorpresa.

—Pero...

—Incluso los Tomados pueden ser sorprendidos. Ahorra tu aliento. No está muerto.

Durante algunas horas fue poner un pie delante del otro y no mirar atrás. Rastreador marcó un paso vivo. En un rincón de mi mente donde todavía moraba el observador noté que el Perro Matasapos mantenía el paso con toda facilidad.

Goblin fue el primero en derrumbarse. Una o dos veces había intentado alcanzarme y decirme algo, pero simplemente no había tenido las energías suficientes. Cuando se derrumbó, Rastreador se detuvo y miró irritado hacia atrás. El Perro Matasapos se acomodó entre las húmedas hojas, gruñendo en voz baja. Rastreador se encogió de hombros, depositó su extremo de la litera en el suelo.

Entonces fue mi turno de dejarme caer. Como una piedra. Y al diablo la lluvia y el barro. No podía estar más empapado.

Dioses, me dolían los brazos y los hombros. Allá donde los músculos empezaban a trepar hacia mi cuello se me clavaban agujas de fuego.

—Esto no va a funcionar —dije después de contener la respiración—. Somos demasiado viejos y débiles.

Rastreador estudió el bosque. El Perro Matasapos se levantó, olisqueó el húmedo viento. Conseguí levantarme lo suficiente para mirar por donde habíamos venido, intentando adivinar la dirección que habíamos tomado.

Hacia el sur, por supuesto. El norte no tenía sentido y el este o el oeste; nos hubieran llevado al Túmulo o al río. Pero si seguíamos hacia el sur nos encontraríamos con el camino antiguo a Galeote allá donde hacía una curva al lado del Gran Trágico. Ese tramo estaría con toda seguridad patrullado.

Con el aliento parcialmente restablecido y mi respiración ya no atronando en mis oídos, pude oír el río. No estaba a más de cien metros de distancia, murmurando y espumeando como siempre.

Rastreador se arrancó de sus reflexiones.

—Los hemos engañado, pues. Los hemos engañado.

—Tengo hambre —dijo Un Ojo, y me di cuenta de que yo también—. Aunque supongo que vamos a tener mucha más. —Sonrió débilmente. Ahora tenía fuerzas suficientes para examinar a Goblin—. Matasanos, ¿quieres que le echemos un vistazo?

Curioso que no sean enemigos cuando se hallan en dificultades.



37
EL BOSQUE Y MÁS ALLÁ

Pasaron dos días antes de que comiéramos, cortesía de las habilidades de Rastreador como cazador. Dos días que pasamos eludiendo patrullas. Rastreador conocía bien aquel bosque. Desaparecimos en sus profundidades y seguimos hacia el sur a un paso más relajado. Al cabo de dos días Rastreador se sintió lo bastante confiado como para permitirnos encender fuego. No fue un gran fuego, porque hallar leña que quemara era bastante difícil. Su valor era más psicológico que físico.

Miseria equilibrada con una creciente esperanza. Ésa fue la historia de nuestras dos semanas en el Viejo Bosque. Infiernos, caminar por él, fuera de los caminos, era tan rápido o más que usar los propios caminos. Nos sentimos medianamente optimistas cuando nos acercamos al linde meridional.

Me siento tentado a detenerme en la aflicción y las discusiones acerca de Cuervo. Un Ojo y Goblin estaban convencidos de que no le hacíamos ningún bien. Sin embargo no podían hallar otra alternativa a llevarlo con nosotros.

Yo cargaba con otro peso en mi estómago, como una gran piedra.

Goblin acudió a mí aquella segunda noche mientras Rastreador y el Perro Matasapos estaban cazando. Susurró:

—Llegué más lejos que Un Ojo. Casi hasta el centro. Sé por qué Cuervo no salió.

—¿Sí?

—Vio demasiado. Lo que fue a ver, probablemente. El Dominador no está dormido. Yo... —Se estremeció. Necesitó unos instantes para dominarse—. Lo vi, Matasanos. Mirándome. Y riéndose. De no haber sido por Un Ojo... hubiera quedado atrapado igual que Cuervo.

—Oh, dioses —dije suavemente, con la mente zumbando con las Implicaciones. ¿Despierto? ¿Y actuando?

—Sí. No hables de ello. A nadie hasta que puedas decírselo a Linda.

Había un asomo de fatalismo en él. Dudaba de que pudiera seguir mucho tiempo. Estaba asustado.

—¿Lo sabe Un Ojo?

—Se lo diré. Hemos de asegurarnos de que la noticia llegue hasta su destino.

—¿Por qué no simplemente decírnoslo a todos?

—No a Rastreador. Hay algo extraño en Rastreador... Matasanos. Otra cosa. El viejo hechicero. Está ahí dentro también.

—¿Bomanz?

—Sí. Vivo. Como si estuviera congelado o algo así. No muerto, pero incapaz de hacer nada. El dragón... —Calló.

Llegó Rastreador, con los brazos llenos de ardillas. Apenas dejamos que se calentaran un poco antes de caer sobre ellas.

Descansamos un día antes de entrar en las tierras de cultivo. A partir de ahí sería escurrirnos de un lugar a cubierto al siguiente, como ratones, del noche. Me preguntaba para qué demonios hacíamos todo aquello. La Llanura del Miedo podía estar muy bien en otro mundo.

Aquella noche tuve un sueño dorado.

No recuerdo nada excepto que ella me tocó, y de alguna forma intentó advertirme. Creo que fue más el agotamiento que el amuleto lo que bloqueó el mensaje. No retuve nada. Desperté con tan sólo una vaga sensación de haber olvidado algo crítico.

Fin de la línea. Fin del juego. A las dos horas de haber salido del Gran Bosque supe que se nos acercaba la hora. La oscuridad era un aislamiento inadecuado. Y mis amuletos no eran suficientes.

Los Tomados estaban en el aire. Los sentí al acecho cuando ya era demasiado tarde para volver atrás. Y sabían que su presa iba a pie. Pudimos oír el distante clamor de batallones avanzando para cortar nuestra retirada al bosque.

Mi amuleto me advirtió repetidamente del paso de Tomados cerca. Cuando no lo hacía, puesto que parecía que no lo hacía siempre —quizá porque los nuevos Tomados no lo afectaban—, el Perro Matasapos lanzaba su advertencia. Podía oler a los bastardos acercándose a una legua de distancia.

El otro amuleto ayudó. Eso y el genio de Rastreador para dejar un rastro falso.

Pero el círculo se cerró. Y se cerró. Y supimos que no pasaría mucho tiempo antes de que no hubiera huecos a través de los cuales pudiéramos deslizarnos.

—¿Qué vamos a hacer, Matasanos? —preguntó Un Ojo. Le temblaba la voz. Sabía. Pero deseaba que se lo dijeran. Y yo no podía dar la orden ni hacerlo yo mismo.

Esos hombres eran mis amigos. Habíamos estado juntos durante toda mi vida adulta. No podía decirles que se mataran ellos mismos. Y yo no podía matarles tampoco.

Pero tampoco podía permitir que fueran capturados.

Una vaga idea se formó en mi cabeza. En realidad una idea estúpida, principio pensé que era pura desesperación. ¿Para qué serviría?

Entonces algo me rozó. Jadeé. Los otros también lo sintieron. Incluso Rastreador y su perro. Dieron un salto como picados por un escorpión. Yo jadeé de nuevo.

—Es ella. Ella está aquí. Oh, maldita sea. —Pero reconsideré la situación. Podía ganar tiempo con ello.

Antes de que pudiera reflexionar y me abandonara el valor, me quité los amuletos, los puse en manos de Goblin, entregué nuestros preciosos documentos a

Un Ojo.

—Gracias, chicos. Id con cuidado. Quizá vuelva a veros.

—¿Qué demonios vas a hacer?

Con el arco en la mano —el arco que me había dado ella hacía tanto tiempo—, salté a la oscuridad. Me persiguieron blandas protestas. Capté el final de Rastreador preguntándome adonde demonios iba. Luego desaparecí.

Había un camino no muy lejos, y una delgada guadaña de luna encima de mi cabeza. Llegué al primero y troté a la luz de la segunda, poniendo mi viejo y cansado cuerpo al límite, intentando poner tanto margen como fuera posible antes de que cayera sobre mí lo inevitable.

Ella me protegería por un tiempo. Esperaba. Y una vez atrapado, podría ganar tiempo en beneficio de los otros.

Sin embargo, sentí lástima por ellos. Ni Goblin ni Un Ojo eran lo bastante fuertes como para ayudar a cargar con Cuervo. Rastreador no podría manejarse solo. Si conseguían llegar a la Llanura del Miedo, no serían capaces de eludir el no envidiable deber de explicárselo todo a Linda.

Me pregunté si alguno de ellos tendría lo que se necesitaba para acabar con Cuervo... La bilis ascendió hasta mi boca. Las piernas se me estaban haciendo agua. Intenté llenar la mente con naderías, miré fijamente el camino tres pasos por delante de mis pies, respiré fuertemente, seguí andando. Conté mis pasos. Cientos, una y otra vez.

Un caballo. Podía robar un caballo. No dejé de decirme eso, me concentré en ello, maldiciendo la punzada en mi costado, hasta que las sombras gravitaron ante mí y los imperiales empezaron a gritar, y me metí en un campo de trigo con las jaurías de la Dama ladrando a mis espaldas.

Casi conseguí eludirles. Casi. Pero entonces la sombra descendió de los cielos. El aire silbó a los lados de una alfombra. Y un momento más tarde la oscuridad me devoró.

Le di la bienvenida como el final de mis miserias, esperando que fuera permanente.

Había luz cuando recobré la conciencia. Me hallaba en un lugar frío, pero todos los lugares son fríos en los países del norte. Estaba seco. Por primera vez en semanas, estaba seco. Retrocedía mi huida y recordé el delgado filo de la luna. Ahora el cielo estaba lo bastante claro como para que hubiera una luna completa. Sorprendente.

Entreabrí un ojo. Estaba en una habitación con paredes de piedra. Tenía el aspecto de una celda. Debajo de mí, una superficie ni dura ni mojada.

¿Cuándo tiempo hacía que no me había tendido en un lecho seco? En el Diablo Azul.

Me di cuenta de la presencia de un olor. ¡Comida! Comida caliente, en una bandeja a tan sólo unos centímetros de mi cabeza, encima de un pequeño taburete. Algo parecido a un guiso demasiado cocido. ¡Dioses, olía bien!

Me levanté tan rápidamente que la cabeza me dio vueltas. Casi me desvanecí. ¡Comida! Al infierno todo lo demás. Comí como el hambriento animal que era.

Todavía no había terminado cuando la puerta se abrió hacia dentro. Estalló hacia dentro, resonando contra la pared. Una enorme forma oscura entró pisando fuerte. Por un momento me quedé sentado con la cuchara a medio camino entre cuenco y boca. ¿Aquella cosa era humana? Se echó a un lado, con el arma preparada.

Le siguieron cuatro imperiales, pero apenas reparé en ellos, tan impresionado estaba con el gigante. Era un hombre, sí, pero más grande que cualquier otro que hubiera visto nunca. Y con un aspecto tan ágil como un elfo pese a su tamaño.

Los imperiales se situaron a ambos lados de la puerta, presentaron armas.

—¿Qué? —pregunté con una sonrisa desafiante, decidido a no amilanarme—. ¿Nada de tambores? ¿Nada de trompetas? —Supuse que estaba a punto de conocer a mi captor.

Fue como si la hubiera llamado. Susurro entró por la puerta.

Me sorprendió más verla que la espectacular entrada de su gigantesco secuaz. Se suponía que estaba guardando los límites occidentales de la Llanura. A menos... No pude pensar en ello. Pero el gusano de la duda me royó de todos modos. Había estado mucho tiempo fuera de contacto.

—¿Dónde están los documentos? —exigió, sin ningún preámbulo.

Una sonrisa escindió mi rostro. Había tenido éxito. No habían atrapado a los otros... Pero la excitación se desvaneció rápidamente. Había más imperiales detrás de Susurro, y llevaban una litera. Cuervo. Lo dejaron caer sin el menor miramiento en un camastro opuesto al mío.

Su hospitalidad no era mezquina. Era una celda grande. Llena de espacio para que el prisionero pudiera estirar las piernas.

Hallé de nuevo mi sonrisa.

—Vamos, no tendrías que hacer preguntas como ésta. A mamá no le va a gustar. ¿Recuerdas lo furiosa que se puso la última vez?

Susurro era fría como siempre. Incluso cuando dirigía a los Rebeldes, nunca dejó que las emociones se interpusieran en su camino. Me recordó:

—Tu muerte puede ser muy desagradable, médico.

—La muerte es la muerte.

Una lenta sonrisa se extendió por sus incoloros labios. No era una mujer encantadora. Y aquella sonrisa no mejoraba su aspecto. Capté el mensaje. Allá en la oscuridad dentro de mí algo aulló y se debatió como un mono siendo asado vivo. Me resistí a la llamada del terror.

Ahora, si es que había alguno, era el momento de actuar como un hermano de la Compañía Negra. Tenía que ganar tiempo. Tenía que dar a los demás la mayor ventaja posible.

Puede que leyera mi mente mientras estaba allí de pie, mirándome y sonriendo.

—No van a ir muy lejos. Pueden ocultarse de la hechicería, pero no pueden

ocultarse de las jaurías.

Mi corazón se hundió.

Como si hubiera sido llamado, llegó un mensajero. Le murmuró algo a Susurro. Ésta asintió. Luego se volvió hacia mí.

—Voy a recogerlos ahora. Piensa en el Renco en mi ausencia. Porque una vez que haya vaciado de ti todos tus conocimientos, puede que te entregue a él. —De nuevo aquella sonrisa.

—Nunca fuiste una dama demasiado agradable —dije, pero las palabras surgieron débiles de mi boca y lo dije a su espalda que se alejaba. Sus secuaces salieron con ella.

Examiné a Cuervo. No parecía haber ningún cambio.

Me tendí en mi camastro, cerré los ojos, procuré vaciar por completo mi mente. Había funcionado una vez antes, cuando necesité contactar con la Dama.

¿Dónde estaba? Sabía que estaba lo suficientemente cerca como para captarla la otra noche. Pero ¿y ahora? ¿Estaba jugando a algún tipo de juego?

Pero no había dicho nada de especial consideración... todavía. Aunque hay consideración y consideración.



¡Bam! El viejo truco de la puerta. Esta vez había oído al hombre–montaña en el pasillo, así que no reaccioné excepto para preguntar:

—¿Nunca llamas a la puerta, Bruno?

Ninguna respuesta. Hasta que entró Susurro.

—Arriba, médico.

Hubiera podido hacer alguna observación grosera, pero algo en su voz me heló más allá del frío debido a mis circunstancias. Me levanté.

Su aspecto era terrible. No es que fuera muy distinta físicamente. Pero algo dentro de ella había muerto y se había enfriado y estaba asustado.

—¿Qué era esa cosa? —preguntó.

Me sentí desconcertado.

—¿Qué cosa?

—La cosa con la que viajabas. Habla.

No podía, porque no tenía ni la más ligera idea de lo que estaba hablando.

—La atrapamos. O mis hombres lo hicieron. Yo sólo llegué a tiempo de contar los cuerpos. ¿Qué es lo que destroza a veinte perros y a un centenar de hombres con armadura en unos minutos, y luego desaparece del reino de los mortales?

Dios, Un Ojo y Goblin debían de haberse superado a sí mismos.

Pero seguía sin poder decir nada.

—Veníais del Túmulo. Donde estuvisteis manipulando. ¿Llamasteis a algo fuera?

—Sonaba como si estuviera meditando—. Es hora de que averigüemos lo duro que eres realmente, soldado.

Hizo un gesto al gigante.

—Tráelo.

Actué de la manera más sucia posible. Fingí docilidad sólo el tiempo suficiente para dejar que se relajara. Luego clavé el tacón de mi bota en su pie, tras pasar su costado a lo largo de toda su espinilla. Luego me eché atrás y le pateé con todas mis fuerzas la entrepierna.

Supongo que me estoy volviendo viejo y lento. Y por supuesto él era mucho más rápido de lo que debería de ser un hombre de su tamaño. Se echó hacia atrás, agarró mi pie y me envió al otro lado de la celda. Dos imperiales me sujetaron y empezaron a arrastrarme. Me fui con la satisfacción de ver cojear al hombre.

Intenté algunos trucos más, sólo para frenar un poco las cosas. Sirvieron para poco más que para recibir unos cuantos golpes. Los imperiales me ataron a una silla de madera de respaldo alto en una habitación que Susurro había habilitado para practicar sus trucos mágicos. No vi nada especialmente abominable. Aquello no hizo más que empeorar la anticipación.

Consiguieron arrancarme dos o tres buenos gritos, y estaban preparándose para mostrarse desagradables de verdad cuando el cuadro se hizo de pronto pedazos. Los imperiales me arrancaron de la silla y se apresuraron a llevarme de vuelta a la celda. Mi cabeza estaba demasiado brumosa para preguntarme por qué.

Sea como sea, en el pasillo a pocos metros de la celda nos tropezamos con la Dama.

Sí. Mi mensaje había llegado a su destino. En aquel momento había creído que el breve contacto que había establecido había suscitado tan sólo una respuesta de mis propios deseos. Pero ahí estaba.

Los imperiales echaron a correr. ¿Tan terrible es para su propia gente?

Susurro mantuvo su terreno.

Fuera lo que fuese lo que se cruzó entre ellas, lo hizo más allá de las palabras. Susurro me ayudó a ponerme en pie, me empujó al interior de la celda. Su rostro era piedra, pero sus ojos eran puras brasas.

—Lo siento. Frustrada de nuevo —croé, y caí sobre mi camastro.

Era pleno día cuando se cerró la puerta. Era de noche cuando desperté y la vi de pie a mi lado, con su disfraz de belleza.

—Te lo advertí —dijo.

—Sí. —Intenté sentarme. Me dolía todo el cuerpo, tanto por el maltrato como por empujar a un cuerpo viejo más allá de sus límites antes de mi captura.

—Tranquilo. No hubiera venido si mis intereses no lo hubieran exigido.

—De otro modo no te hubiera llamado.

—De nuevo me haces un favor.

—Sólo en interés de la autoconservación.

—Es posible, como dicen, que hayas saltado de la sartén al fuego. Susurro perdió muchos hombres hoy. ¿Ante qué?

—No lo sé. Goblin y Un Ojo... —Me callé. Maldita cabeza brumosa. Maldita voz compasiva. Ya había dicho demasiado.

—No fueron ellos. No poseen la habilidad de llamar a nada como eso. Vi los cuerpos.

—Entonces no lo sé.

—Te creo. Aún así... He visto heridas como éstas antes. Te las mostraré antes de que partamos para la Torre. —¿Había habido alguna vez una duda respecto a eso?—. Cuando efectúes tu examen, reflexiona en el hecho de que la última vez que unos hombres murieron de esa forma mi esposo gobernaba el mundo.

Nada de esto me preocupaba. Estaba preocupado por mi propio futuro.

—Él ha empezado ya a moverse. Mucho antes de lo que esperaba. ¿Nunca permanecerá tendido quieto y me dejará hacer mi trabajo?

Algunas sumas empezaban a acumularse. Un Ojo diciendo que algo había salido. Cuervo siendo atrapado debido a ello...

—Mierda, Cuervo, estúpido, lo hiciste de nuevo. —Por su cuenta, intentando ayudar a Linda, había estado a punto de dejar que el Dominador consiguiera salir en Enebro—. ¿Qué hiciste esta vez?

¿Por qué la cosa debería seguir y proteger a Un Ojo y los demás?

—Entonces, ¿éste es Cuervo?

Cagada Número Dos para Matasanos. ¿Por qué no puedo mantener mi maldita boca cerrada?

Se inclinó sobre él, apoyó una mano en su frente. Observé desde debajo de mis ceñudas cejas, los ojos desenfocados. No podía mirarla directamente a ella. Tenía el poder de hacer tambalearse las piedras.

—Regresaré pronto —dijo, encaminándose a la puerta—. No temas. Estarás seguro en mi ausencia.

La puerta se cerró.

—Por supuesto —murmuré—. Seguro de Susurro, quizá. Pero ¿cuán seguro de ti? —Miré la celda a mi alrededor, preguntándome si podía terminar de alguna forma con mi vida.

Susurro me llevó fuera a ver la carnicería allá donde perros e imperiales habían alcanzado a Un Ojo y Goblin. No era agradable, lo juro. Lo último que vi parecido antes fue cuando nos enfrentamos al forvalaka en Berilo, donde nos unimos a la Dama. Me pregunté si aquel monstruo habría vuelto y estaba rastreando de nuevo a Un Ojo. Pero lo había matado durante la Batalla de Hechizo, ¿verdad?

Pero el Renco sobrevivió...

Infiernos, sí, lo hizo. Y dos días después de que la Dama se fuera —yo estaba encerrado en la vieja fortaleza en Pacto, según supe— hizo su aparición. Una pequeña visita amistosa, sólo en honor de los viejos tiempos.

Capté su presencia antes de verlo realmente. Y el terror casi me abrumó.

¿Cómo había sabido...? Susurro. Casi con toda seguridad Susurro.

Vino a mi celda, flotando en una alfombra en miniatura. Su nombre ya no lo describía realmente. No podía ir a ninguna parte sin esa alfombra. No era más que la sombra de un ser humano, una ruina animada por la brujería y una loca y ardiente voluntad.

Flotó al interior de mi celda, se mantuvo suspendido en el aire, examinándome. Hice todo lo posible por no parecer intimidado, fracasé.

El fantasma de una voz se agitó en el aire.

—Ha llegado tu hora. Va a ser un prolongado y doloroso final a tu relato. Y yo disfrutaré hasta el último momento.

—Lo dudo. —Tenía que mantener las apariencias—. A mamá no le gustará que te

inmiscuyas con su prisionero.

—Ella no está aquí, médico. —Empezó a derivar hacia atrás—. Empezaremos pronto. Tras un poco de tiempo para la reflexión. —Un asomo de risita loca derivó detrás de él. No estuve seguro de si la fuente era él o Susurro. Ella estaba en el pasillo, observando.

Una voz dijo:

—Pero ella está aquí.

Se quedaron helados. Susurro se puso pálida. El Renco pareció doblarse sobre sí mismo.

La Dama se materializó de la nada, apareciendo primero como un conjunto de destellos dorados. No dijo nada más. Los Tomados tampoco hablaron, porque no había nada que pudieran decir.

Quise intercalar una de mis observaciones, pero prevaleció la mejor parte del valor. Intenté hacerme pequeño. Una cucaracha. Algo en lo que nadie reparara.

Pero las cucarachas resultan aplastados por los pies descuidados...

Finalmente la Dama dijo:

—Renco, se te dio una misión. Nada en tus instrucciones te permite abandonar tu mando. Sin embargo, eso es lo que has hecho. De nuevo. Y los resultados son los mismos que cuando fuiste subrepticamente a Rosas para sabotear a Atrapaalmas.

El Renco se encogió aún más.

Eso había sido hacía un maldito tiempo. Uno de nuestros hábiles turnos contra los Rebeldes de por aquel entonces. Lo que ocurrió fue que los Rebeldes atacaron el cuartel general del Renco mientras estaba lejos de su puesto intentando minar a Atrapaalmas.

Así que Linda estaba armando jaleo en la Llanura.

Mi espíritu se elevó. Era la confirmación de que el movimiento no se había derrumbado.

—Iros —dijo la Dama—. Y tened en cuenta esto. No habrá más comprensión. A partir de ahora viviremos bajo férreas reglas tal como las hizo mi esposo. La próxima vez será la última vez. Para vosotros o para cualquiera que me sirva. ¿Habéis entendido? ¿Renco? ¿Susurro?

Habían entendido. Tuvieron mucho cuidado de decirlo así con abundantes palabras.

Había allí comunicación por debajo del nivel de las meras palabras, no accesible para mí, porque se marcharon absolutamente convencidos de que la continuidad de sus existencias dependía de una obediencia total e incuestionada no sólo a la letra sino también al espíritu de sus órdenes. Se marcharon con aire aplastado.

La Dama desapareció en el momento mismo que se cerró la puerta de mi celda.

Apareció en carne y hueso poco antes de la caída de la noche. Su furia aún hervía. Me había enterado por los chismorreos de los guardias que Susurro tenía órdenes de volver también a la Llanura. Las cosas se habían puesto mal ahí fuera. Los Tomados

en la escena no podían hacerse con la situación.

—Dales fuerte, Linda —murmuré—. Dales fuerte. —Estaba esforzándome duramente en resignarme a cual fuese el destino que tenía preparado para mí aquella tienda de los horrores.

Los guardias me sacaron de la celda poco después de anoecer. Trajeron también a Cuervo. No hice preguntas. Tampoco las hubieran respondido.

La alfombra de la Dama descansaba en el patio principal de la fortaleza. Los soldados colocaron a Cuervo en ella, lo ataron. Un hosco sargento me hizo señas de subir a bordo. Lo hice, sorprendiéndole con el hecho de saber cómo hacerlo. Tenía el corazón en los talones. Sabía cuál era mi destino.

La Torre.

Aguardé media hora. Finalmente llegó. Parecía pensativa. Incluso un poco alterada e insegura. Ocupó su lugar en el borde delantero de la alfombra. Nos elevamos.

Cabalgar una ballena del viento es más confortable y pone mucho menos a prueba los nervios. Una ballena del viento tiene sustancia, tiene escala.

Nos elevamos quizá trescientos metros y avanzamos hacia el sur. Dudo que hiciéramos más de cincuenta kilómetros por hora. Iba a ser un largo vuelo, a menos que decidiera interrumpirlo.

Al cabo de una hora me miró. Apenas podía discernir sus rasgos. Dijo:

—Visité el Túmulo, Matasanos.

No respondí, no sabía lo que esperaba como respuesta.

—¿Qué es lo que habéis hecho? ¿Qué ha liberado tu gente?

—Nada.

Miró a Cuervo.

—Quizás haya una forma. —Y al cabo de un tiempo—: Conozco la cosa que está libre... Duerme, médico. Hablaremos en otra ocasión. —Me eché a dormir. Y cuando desperté estaba en otra celda. Y supe, por los uniformes, que mi nueva prisión era la Torre en Hechizo.



Un coronel de las fuerzas de la casa de la Dama vino a por mí. Se mostró casi educado. Entre otras cosas porque ni él ni sus tropas estuvieron nunca seguros de mi status. Pobres. Yo no ocupaba ningún nicho en su universo ordenado y jerárquico.

—Quiere verte ahora —dijo el coronel. Tenía una docena de hombres consigo. No tenían el aspecto de una guardia de honor. Pero tampoco actuaban como ejecutores.

No era que importase. Me llevarían aunque tuviera que ser a rastras.

Salí con una mirada atrás. Cuervo seguía como siempre.

El coronel me dejó ante una puerta en la Torre interior, la Torre dentro de la Torre, a la que muy pocos hombres acceden, y de la que menos aún regresan.

—Adelante —dijo—. He oído que ya has hecho esto antes. Conoces el procedimiento. —Crucé la puerta. Cuando miré atrás sólo vi una pared de piedra. Por un momento me sentí desorientado. Pasó, y me hallaba en otro lugar. Y ella estaba allí, enmarcada en lo que parecía ser una ventana, aunque su parte de la Torre estaba completamente rodeada por el resto.

—Ven aquí.

Fui. Señaló. Miré a través de aquélla no ventana a una ciudad en llamas. Los Tomados planeaban encima de ella, lanzando magia que mataba. Su blanco era una falange de ballenas del viento que estaban devastando la ciudad.

Linda cabalgaba una de las ballenas. Permanecían dentro de su nada, donde eran invulnerables.

—Sin embargo no lo son —dijo la Dama, leyendo mis pensamientos—. Las armas mortales pueden alcanzarlas. Y a tu chica bandido. Pero no importa. He decidido suspender las operaciones.

Me eché a reír.

—Entonces hemos ganado.

Creo que fue la primera vez que la vi enojada conmigo. Un error, burlarme de ella. Podía hacer que reevaluara emocionalmente una decisión tomada estratégicamente.

—No habéis ganado nada. Si ésta es la percepción que genera un cambio de enfoque, entonces no interrumpiré nada. En vez de ello ajustaré el enfoque de la campaña.

Maldito seas, Matasanos. Aprende a mantener tu gran y jodida boca cerrada con gente como ésta. Tu boca te llevará directamente a la máquina picadora de carne.

Tras recuperar su autocontrol, me miró fijamente. La Dama, a tan sólo medio metro de distancia.

—Sé sarcástico en tus escritos si quieres. Pero cuando hables, está preparado a pagar un precio.

—Entiendo.

—Pensé que lo harías.

Miró de nuevo la escena. En aquella lejana ciudad —parecía Escarcha—, una ballena del viento cayó en llamas tras verse atrapada en una tormenta de proyectiles lanzados por una balista más grande que cualquier otra que hubiera visto antes. Dos podían jugar al juego.

—¿Cómo van tus traducciones?

—¿Qué?

—Los documentos que hallaste en el Bosque Nuboso, dados a mi difunta hermana Atrapaalmas, tomados de ella de nuevo, entregados a tu amigo Cuervo, y arrebatados a su vez a él. Los papeles que pensabas que os proporcionarían el instrumento necesario para la victoria.

—Esos documentos. Ja. Absolutamente mal.

—No puede ser de otro modo. Lo que buscas no está ahí.

—Pero...

—Estás desencaminado. Sí. Lo sé. Bomanz los reunió todos, así que deberían de contener mi auténtico nombre. ¿Sí? Pero eso fue erradicado... excepto, quizá, en la mente de mi esposo. —De pronto se volvió remota—. La victoria al coste de Enebro.

—Aprendió la lección que Bomanz aprendió demasiado tarde.

—Sí. Te has dado cuenta. Él posee información suficiente para forzar una respuesta de lo que ocurrió... No. Mi nombre no está ahí. El de él sí. Por eso excitaron tanto a mi hermana. Vio una oportunidad de suplantarnos a ambos. Me conocía. Después de todo fuimos niñas juntas. Y nos protegíamos la una de la otra sólo mediante la red más enmarañada que jamás pueda tejerse. Cuando os alisté en Berilo ella no tenía más ambición que la de debilitarme. Pero cuando entregaste esos documentos... —Estaba pensando en voz alta tanto como explicándose.

De pronto me golpeó una idea repentina.

—¡Tú no sabes su nombre!

—Nunca fue una unión por amor, médico. Fue la más tambaleante de las alianzas. Dime. ¿Cómo puedo conseguir esos papeles?

—No puedes.

—Entonces todos perdemos. Esto es cierto, Matasanos. Mientras discutimos y mientras nuestros respectivos aliados luchan por degollarse los unos a los otros, el enemigo de todos nosotros está sacudiendo sus cadenas. Todas estas muertes serán para nada si el Dominador consigue liberarse.

—Destruyelo.

—Eso es imposible.

—En la ciudad donde nací hay una historia popular acerca de un hombre tan poderoso que se atrevía a burlarse de los dioses. Al final esto puede resultar pura presunción, porque hay alguien contra quien incluso los dioses son impotentes.

—¿Cuál es la moraleja?

—Retorciendo el antiguo dicho, la muerte lo conquista todo. Ni siquiera el Dominador puede luchar contra la muerte y vencer cada vez.

—Hay formas —admitió ella—. Pero no sin esos papeles. Ahora regresarás a tus aposentos y reflexionarás. Hablaré contigo de nuevo.

Fui despedido así de bruscamente. Ella se quedó contemplando la moribunda ciudad. De pronto supe cómo salir. Un poderoso impulso me condujo hacia la puerta. Un momento de vértigo y estaba fuera. El coronel llegó resoplando por el corredor. Me devolvió a mi celda.

Me planté en mi camastro y reflexioné, como se me había ordenado.

Había suficientes evidencias de que el Dominador se estaba moviendo, pero... El asunto acerca de que los documentos no contenían la palanca con la que había contado, eso era lo fundamental. Tenía que aceptarlo o rechazarlo, y mi elección podía tener repercusiones críticas.

Me estaba conduciendo para sus propios fines. Por supuesto. Concebí numerosas posibilidades, ninguna agradable, pero todas con un cierto sentido...

Ella lo había dicho. Si el Dominador se liberaba, todos estábamos en la misma sopa, buenos chicos y malos.

Me quedé dormido. Hubo sueños, pero no los recuerdo. Desperté para encontrar una comida caliente recientemente servida encima de un escritorio que no había estado allí antes. En el escritorio había una generosa provisión de material de escritura.

Esperaba que reanudara mis Anales.

Devoré la mitad de la comida antes de darme cuenta de la ausencia de Cuervo. Los viejos nervios empezaron a estremecerse. ¿Por qué no estaba allí? ¿Dónde estaba ahora? ¿Para qué le podía ser útil? ¿Como palanca?

El tiempo es algo curioso dentro de la Torre.

El coronel de costumbre llegó cuando terminaba de comer. Los soldados de costumbre le acompañaban. Anunció:

—Quiere verte de nuevo.

—¿Ya? Apenas acabo de volver de allí.

—Hace cuatro días.

Me llevé la mano a la mejilla. Últimamente sólo me dejó una barba parcial. Mi rostro estaba cerdoso. Vaya. Un largo sueño.

—¿Alguna posibilidad de conseguir una navaja?

El coronel sonrió ligeramente.

—¿Qué crees? Un barbero vendrá a hacerlo. ¿Vienes?

¿Tenía algún voto? Por supuesto que no. Mejor seguirle antes que ser arrastrado.

Todo fue como la otra vez. La encontré de nuevo a la ventana. La escena mostraba algún rincón de la Llanura donde una de las fortificaciones de Susurro estaba siendo asediada. No había ninguna balista pesada. Una ballena del viento flotaba por encima, manteniendo la guarnición oculta en todo tipo de escondites. Los árboles andantes estaban desmantelando la muralla exterior por el simple mecanismo de crecer hasta reventarla. De la misma forma que la jungla destruye una ciudad abandonada, aunque diez mil veces más rápido que el bosque no pensante.

—Todo el desierto se ha alzado contra mí —dijo—. Los puestos de avanzada de Susurro han sufrido una irritante variedad de ataques.

—Sospecho que se resintieron de tus intrusiones. Creí que ibas a abandonar.

—Lo intenté. Tu campesina sorda no está cooperando. ¿Has estado pensando?

—He estado durmiendo, eso es lo que he estado haciendo. Como sabes muy bien.

—Sí. Había asuntos que exigían mi atención. Ahora puedo dedicarme a los asuntos a mano. —La expresión de sus ojos me hizo desear echar a correr... Hizo un gesto. Me inmovilicé. Me dijo que retrocediera un poco, que me sentara en una silla cercana. Me senté, incapaz de sacudirme el conjuro, aunque sabía que estaba llegando.

Se detuvo de pie delante de mí, con un ojo cerrado. El ojo abierto creció más y más, se adelantó, me devoró...

Creo que grité.

El momento había sido inevitable desde mi captura, aunque había mantenido la loca esperanza de que fuera de otro modo. Ahora ella vaciaría mi mente del mismo modo que una araña vacía los fluidos corporales de una mosca...

Me recobré en mi celda, con la sensación como si hubiera ido al infierno y hubiera vuelto. Me pulsaba la cabeza. Fue toda una hazaña levantarme y tambalearme hasta mi maletín médico, que me había sido devuelto después de que mis captos hubieran retirado todos los objetos y sustancias letales. Preparé una infusión de albura de sauce, que me tomó una eternidad porque no tenía fuego en el cual calentar el agua.

Alguien entró mientras sostenía entre maldiciones mi primera débil y amarga taza. No lo reconocí. Pareció sorprendido de verme levantado.

—Hola —dijo—. Una rápida recuperación.

—¿Quién demonios eres?

—El médico. Se supone que debo comprobar tu estado cada hora. No se esperaba que te recuperaras durante largo tiempo. ¿Dolor de cabeza?

—Me encuentro malditamente bien.

—Vaya. Estupendo. —Colocó su bolsa al lado de mi maletín, al que echó una breve mirada mientras la abría—. ¿Qué has tomado?

Se lo dije. Pregunté:

—¿Qué quieres decir con estupendo?

—A veces vuelven inertes. Nunca se recuperan.

—¿De veras? —Pensé en golpearle sólo por el gusto de hacerlo. Sólo por descargar la bilis. Pero ¿de qué serviría? Algún guardia entraría de un salto y haría que mis dolores fueran aún peores. Pero la tentación fue fuerte.

—¿Eres algo especial?

—Yo creo que sí.

El asomo de una sonrisa.

—Bebe esto. Mejor que el té de albura de sauce. —Engullí la taza que me ofrecía—. Ella está muy preocupada. Nunca antes había visto que se ocupara así de lo que le pasaba a uno sometido a la sonda profunda.

—¿Qué es eso? —Estaba teniendo problemas en mantenerme arisco. La bebida que me había dado era buena, y actuaba rápido—. ¿Qué me has dado? Podría usarlo a barriles.

—Es adictivo. Extraído del zumo de las cuatro hojas superiores de la planta parsifal.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Es más bien escasa. —Me estaba examinando al mismo tiempo—. Crece en algún lugar llamado las Colinas Huecas. Los nativos del lugar la utilizan como narcótico.

La Compañía había estado en aquellas terribles colinas una vez, hacía tiempo.

—No sabía que hubiera nativos.

—Son tan escasos como la planta. Se ha hablado en el consejo de cultivarla comercialmente una vez termine la lucha. Como planta medicinal. —Hizo chasquear la lengua, lo cual me recordó al anciano desdentado que me había enseñado medicina. Curioso. No había pensado en él desde hacía eones.

Más curioso aún, todo tipo de extraños recuerdos antiguos empezaron a brotar a la superficie, como peces abisales asustados subiendo hacia la luz. La Dama había revuelto bien mi mente.

No proseguí con su observación acerca de cultivar comercialmente la planta, aunque se contradecía con mi noción de la Dama: los corazones negros no se preocupan por aliviar el dolor.

—¿Cómo te sientes respecto a ella?

—¿La Dama? ¿Ahora? No muy caritativa. ¿Y tú?

Ignoró aquello.

—Espera verte tan pronto como te hayas recuperado.

—¿Caga un oso en los bosques? —repliqué—. Tengo la idea de que no soy exactamente un prisionero. ¿Qué te parece si salimos a tomar un poco de aire en el tejado? No creo poder escapar desde allí.

—Veré si está permitido. Mientras tanto, haz unos ejercicios aquí.

Ja. El único ejercicio que podía hacer era saltar a conclusiones. Simplemente

deseaba poder salir a algún lugar que no estuviera rodeado por cuatro paredes.

—¿Todavía estoy entre los vivos? —pregunté cuando terminó de examinarme.

—Por el momento. Aunque con tu actitud me sorprende que hayas sobrevivido en una unidad como la tuya.

—Me quieren. Me adoran. Nadie tocaría ni un pelo de mi cabeza.

Su mención de mi unidad había hecho bajar mi humor. Pregunte:

—¿Sabes cuánto tiempo hace que fui capturado?

—No. Creo que llevas aquí más de una semana. Puede ser más tiempo.

Sí. Supongo que al menos diez días desde mi captura. Dando a los chicos el beneficio de la duda, y considerando que se hubieran movido ligeros y rápidos, quizás habrían cubierto seiscientos kilómetros. Sólo un paso de gigante de muchos. Mierda.

Protestar era inútil ahora. La Dama sabía todo lo que había hecho. Me pregunté si algo de ello le habría sido de alguna utilidad. O habría sido una sorpresa.

—¿Dónde está mi amigo? —pregunté, atenazado por una repentina culpabilidad.

—No lo sé. Fue trasladado al norte debido a que la conexión con su espíritu se estaba atenuando. Estoy seguro de que el tema se suscitará cuando visites la próxima vez a la Dama. Yo ya he acabado. Que tengas una feliz estancia.

—Sucio bastardo.

Sonrió y se fue.

Tendría futuro en la profesión.

El coronel entró unos pocos minutos más tarde.

—He oído que quieres subir al tejado.

—Sí.

—Informa al centinela cuando quieras ir. —Tenía alguna otra cosa en mente. Al cabo de una pausa preguntó—: ¿No hay ninguna disciplina militar en tu unidad?

Estaba irritado porque no le había llamado ni una sola vez señor. Se me ocurrieron varias observaciones sarcásticas. Las contuve. Puede que mi status ya no fuera enigmático.

—Sí. Aunque no tanto como en días pasados. No quedamos suficientes de nosotros desde Enebro como para hacer que valiera la pena.

Buen tiro, Matasanos. Ponlos a la defensiva. Diles que la Compañía cayó hasta su estado actual trabajando para la Dama. Recuérdales que fueron los sátrapas del imperio quienes se revolviaron primero. Eso tenía que ser del conocimiento común ahora entre el cuerpo de oficiales. Algo en lo que debían pensar ocasionalmente.

—Una lástima, eso —dijo el coronel.

—¿Tú eres mi guardián personal?

—Sí. Ella tiene gran interés en ti por alguna razón.

—En una ocasión le escribí un poema —mentí—. También he sabido encontrarle los puntos buenos.

Frunció el ceño, decidió que le estaba tomando el pelo.

—Gracias —dije, tendiéndole la tradicional rama de olivo—. Escribiré durante un rato antes de ir. —Iba bastante retrasado. Excepto un poco en el Diablo Azul, no había hecho nada excepto reseñar alguna nota ocasional desde que abandonáramos la Llanura.

Escribí hasta que el agarrotamiento en las manos me obligó a parar. Luego comí, porque un guardia me trajo la comida mientras secaba con arenilla mi última hoja. Después de comer fui a la puerta, le dije al muchacho de allí que estaba preparado para ir arriba. Cuando abrió descubrí que no estaba cerrada con llave.

Pero ¿dónde demonios podía ir si salía de allí? Era una estupidez pensar siquiera en escapar.

Tenía la sensación de que iba a tener que aceptar el trabajo de historiador oficial. Me gustara o no, sería el menos malo de los muchos males.

Algunas decisiones difíciles me miraron directamente a los ojos. Deseaba tiempo para pensar en ellas. La Dama entendería. Ciertamente, tenía el poder y el talento necesarios para ser más previsora que un médico que había pasado seis años fuera de contacto.

Atardecer. Fuego en el oeste, nubes envueltas en ardientes llamas. El cielo una paleta de colores inusuales. Una fría brisa del norte, sólo lo suficiente para refrescar y estremecerse. Mi guardián permanecía bien apartado, permitiendo la ilusión de libertad. Me dirigí al parapeto norte.

Había pocas evidencias de la gran batalla librada ahí abajo. Donde en su tiempo había habido trincheras, empalizadas, terraplenes, y donde las máquinas de asedio se habían alzado y habían ardido, y decenas de miles de hombres habían muerto, ahora había un parque. Una sola estela de piedra negra marcaba el lugar, a quinientos metros de la Torre.

El rugir y el restallar regresaron. Recordé la horda Rebelde, incontenible, como el mar, oleada tras oleada; estrellándose contra acantilados de defensores que no cedían. Recordé las luchas entre los Tomados, sus extrañas y crueles muertes, las salvajes y terribles hechicerías...

—Fue una batalla de batallas, ¿verdad?

No me volví cuando ella se me unió.

—Lo fue. Nunca le hice justicia.

—La cantaremos. —Alzó la vista. Habían empezado a aparecer las estrellas. En el anochecer su rostro parecía pálido y tenso. Nunca antes la había visto de un humor que no fuera absolutamente autocontrolado.

—¿Qué deseas? —Ahora me volví, y vi un grupo de soldados a una cierta distancia, observando, o maravillados o atemorizados.

—He efectuado una adivinación. De hecho varias, porque no obtuve resultados satisfactorios.

—¿Y?

—Quizá no obtuve resultados en absoluto.

Aguardé. No presionas al ser más poderoso sobre la tierra. El hecho de que estuviera a punto de confiar en un mortal ya era lo bastante sorprendente.

—Todo es un flujo. Adiviné tres futuros posibles. Nos encaminamos a una crisis, a una hora que modelará la historia.

Me volví ligeramente hacia ella. Una luz violeta ocultaba su rostro. Su pelo oscuro descendía a lo largo de una mejilla. Por una vez no se trataba de un artificio, y el impulso de tocarla, de abrazarla, de confortarla, era poderoso.

—¿Tres futuros?

—Tres. No puedo hallar mi lugar en ninguno de ellos.

¿Qué dice uno en un momento así? ¿Que quizá se trataba de un error? Tú acusando a la Dama de cometer un error.

—En uno, tu chica sorda triunfa. Pero es la posibilidad menos probable, y ella y todos los suyos perecen obteniendo la victoria. En otro, mi esposo rompe las ataduras de la tumba y restablece su Dominación. Esa oscuridad dura diez mil años. En la tercera visión, es destruido total y definitivamente. Es la visión más fuerte, la más exigente. Pero el precio es grande... ¿Existen los dioses, Matasanos? Nunca he creído en los dioses.

—No lo sé. Dama. Ninguna de las religiones que he encontrado tenía ningún sentido. Ninguna es consistente. La mayoría de los dioses son psicópatas megalomaniacos y paranoicos según la descripción de sus adoradores. No veo cómo pueden sobrevivir a su propia locura. Pero no es imposible que los seres humanos sean incapaces de interpretar un poder tan superior a ellos. Quizá las religiones sean sombras retorcidas y pervertidas de la verdad. Quizás existan fuerzas que modelan el mundo. Yo mismo nunca he comprendido por qué, en un universo tan vasto, un dios debería ocuparse de algo tan trivial como un destino humano.

—Cuando era niña... mis hermanas y yo tuvimos un maestro.

¿Debía prestar atención? Apuesten su dulce culo a que la presté. Era todo oídos, desde las uñas de mis pies hasta la cúspide de mi puntiaguda cabeza.

—¿Un maestro?

—Sí. Argumentaba que todos somos dioses, que creamos nuestro propio destino. Que lo que somos determinará en lo que nos convertiremos. En un lenguaje campesino vernacular, todos nos pintamos en rincones de los que no hay escapatoria simplemente siendo nosotros mismos e interactuando con otros egos.

—Interesante.

—Bien. Sí. Pero hay una especie de dios, Matasanos. ¿Lo sabías? Sin embargo no es un motor y un sacudidor. Simplemente es un negador. Un terminador de historias. Tiene un hambre que no puede ser saciada. El propio universo se deslizará hasta el fondo de sus fauces.

—¿La muerte?

—Yo no quiero morir, Matasanos. Todo lo que soy chilla contra la injusticia de la muerte. Todo lo que soy, fui y probablemente seré está modelado por mi pasión a

evadir mi final. —Rió quedamente, pero había un filo de histeria allí. Hizo un gesto, indicando el terreno en sombras de la matanza allí abajo—. Construí un mundo en el cual me sentía segura. Y la piedra angular de mi ciudadela fue la muerte.

El final del sueño se estaba acercando. Yo tampoco podía imaginar el mundo sin mí. Y el yo interior se sentía ultrajado. Se siente ultrajado. No tengo problemas en imaginar a alguien obsesionado con escapar a la muerte.

—Comprendo.

—Quizá. Todos somos iguales en la puerta oscura, ¿no? La arena se desliza para todos nosotros. La vida no es más que un destello gritando en las fauces de la eternidad. ¡Pero parece tan malditamente injusto!

El Viejo Padre Árbol penetró en mis pensamientos. Él perecería a su debido tiempo. Sí. La muerte es insaciable y cruel.

—¿Has reflexionado? —preguntó.

—Creo que sí. No soy un necromante. Pero he visto caminos por los que no quiero transitar.

—Sí. Eres libre de irte, Matasanos.

Un *shock*. Incluso mis talones hormiguearon incrédulos.

—¿Qué has dicho?

—Eres libre. La puerta de la Torre está abierta. Sólo necesitas cruzarla. Pero también eres libre de quedarte, de reentrar las listas en la lucha que nos envuelve a todos.

Ya no quedaba apenas luz excepto el reflejo del sol en algunas nubes muy altas. Un escuadrón de brillantes puntos como cabezas de alfiler se movía hacia el oeste contra el profundo índigo del este. Parecían encaminarse hacia la Torre.

Farfullé algo que no tenía sentido.

—Que así sea. La Dama de Hechizo está en guerra una vez más con su esposo —dijo—. Y hasta que esta lucha se haya ganado o perdido, no hay otra cosa. Estás viendo el regreso de los Tomados. Los ejércitos del este se dirigen hacia el Túmulo. Los de más allá de la Llanura han recibido orden de retirarse a sus guarniciones más al este. Tu chica sorda no es un peligro a menos que acuda en su busca. Hay un armisticio. Quizás eterno. —Una débil sonrisa—. Si no hay Dama, no hay nadie contra quien pueda luchar la Rosa Blanca.

Entonces me dejó, sumido en una total confusión, y fue a recibir a sus campeones. Las alfombras descendieron de la oscuridad y se posaron como hojas de otoño. Me acerqué un poco más hasta que mi guardián personal me indicó que mi relación con la Dama era insuficiente como para permitir que escuchara.

El viento empezó a soplar del norte y se volvió más helado. Y me pregunté si era posible que no hubiera otoño para todos nosotros.



40
TOMANDO DECISIONES

Ni una sola vez me exigió nada. Incluso sus alusiones eran tan oblicuas que lo dejaban todo a mi imaginación. Dos días más tarde de nuestro atardecer en la muralla le pedí al coronel si podía verla. Dijo que preguntaría. Sospeché que tenía sus instrucciones. De otro modo hubiera argumentado algo.

Pasó otro día antes de que viniera a decirme que la Dama tenía tiempo para mí.

Cerré mi tintero, limpié mi pluma y me puse en pie.

—Gracias. —Me miró de una forma extraña—. ¿Ocurre algo?

—No. Sólo que...

Comprendí.

—Yo tampoco lo sé. Pero estoy seguro de que tiene algún uso especial para mí.

Aquello iluminó el día del coronel. Que pudiera entender.

La rutina habitual. Esta vez entré en su refugio mientras ella permanecía mirando una ventana que se abría a un mundo de húmeda lobreguez. Lluvia gris, picada agua parda y, asomando por la izquierda, formas apenas discernibles, árboles aferrándose precariamente a la alta orilla de un río. Frío y miseria rezumaban de aquel cuadro. Tenía un aroma demasiado familiar.

—El Gran Río Trágico —dijo—. En plena crecida. Pero siempre está crecido, ¿no es así? —Hizo un gesto con la cabeza. La seguí. Desde mi última visita se le había añadido a la estancia una gran mesa. Encima había una miniatura del Túmulo, una representación tan buena que te erizaba los pelos de la nuca. Casi esperabas ver pequeños Guardias escabullándose por el complejo.

—¿Lo ves? —preguntó.

—No. Aunque he estado allí dos veces, no estoy familiarizado con el lugar excepto la ciudad y el recinto. ¿Qué se supone que debo ver?

—El río. Evidentemente tu amigo Cuervo reconoció su importancia. —Con un delicado dedo trazó un bucle muy al este del curso del río, que se curvaba alrededor del risco donde habíamos acampado—. En la época de mi triunfo en Enebro el lecho del río estaba aquí. Un año más tarde cambió el tiempo. El río estaba constantemente crecido. Y se arrastraba por aquí. Hoy está devorando este risco. Yo misma lo he examinado. El risco es enteramente de tierra, sin huesos de piedra. No durará. Una vez haya caído, el río penetrará en el Túmulo. Y los conjuros de la Rosa Blanca no le impedirán abrir el Gran Túmulo. Cada fetiche barrido por las aguas hará mucho más

fácil para mi esposo el alzarse.

—Contra la naturaleza no hay ninguna defensa —gruñí.

—La hay. Si se sabe prever. La Rosa Blanca no lo hizo. Ni lo hice yo cuando intenté retenerle de una forma más segura. Ahora ya es demasiado tarde. Bien. ¿Querías hablar conmigo?

—Sí. Debo abandonar la Torre.

—Bien. No necesitabas venir para decírmelo. Eres libre de irte o de quedarte.

—Me voy porque hay cosas que debo hacer. Como muy bien sabes. Si debo hacerlo andando, probablemente las haga demasiado tarde. Es una larga caminata hasta la Llanura. Sin mencionar los riesgos. Quiero pedirte transporte.

Sonrió, y su sonrisa fue genuina, radiante, sutilmente distinta de las anteriores sonrisas.

—Bien. Pensé que querrías ver hacia dónde se decanta el futuro. ¿Cuándo estarás listo?

—Cinco minutos. Hay una cuestión. Cuervo.

—Cuervo ha sido hospitalizado en el recinto del Túmulo. Por ahora no puede hacerse nada por él. Se harán todos los esfuerzos posibles cuando surja la oportunidad. ¿Suficiente?

No podía discutir, por supuesto.

—Bien. Tendrás un transporte a tu disposición. Sólo tendrás un conductor. La Dama en persona.

—Yo...

—Yo también he estado pensando. Mi mejor próximo paso es conocer a tu Rosa Blanca. Iré contigo.

Tras engullir litros de aire conseguí decir:

—Saltarán todos sobre ti.

—No si no me reconocen. No lo harán, a menos que alguien se lo diga.

Bueno, no era probable que nadie la reconociera. Soy el único que la ha visto y ha sobrevivido para alardear de ello. Pero... Dios, los montones y montones de peros.

—Si entras en la nada, todos tus conjuros se harán pedazos.

—No. Los nuevos conjuros no funcionarán. Los conjuros ya arraigados estarán seguros.

No lo entendí, y se lo dije.

—Un hechizo sencillo se desvanecerá al entrar en la nada. Está siendo mantenido activamente. Un conjuro que cambia y deja cambiado, pero que no es activo en el momento de entrar en la nada, no se verá afectado.

Algo surgido de las tierras malas de mi mente hormigueó en mi cabeza. No pude volver a enterrarlo.

—Si te convirtieras en una rana y saltaras al interior de la nada, ¿seguirías siendo una rana?

—Si la transformación fuera real y no sólo una ilusión.

—Entiendo. —Clavé una bandera roja en aquello, me dije que ya me preocuparía por ello más tarde.

—Me convertiré en una compañera adquirida a lo largo del camino. Digamos alguien que puede ayudarte con tus documentos.

Tenían que haber niveles de engaño. O algo parecido. No podía imaginarla poniendo su vida en mis manos. Creo que me quedé boquiabierto.

Asintió con la cabeza.

—Empiezas a entender.

—Confías demasiado en mí.

—Te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo. Eres un hombre honorable, según tus propias luces, con el cinismo suficiente como para creer que puede existir el menor de dos males. Has estado bajo el Ojo.

Me estremecí.

No se disculpó. Ambos sabíamos que cualquier disculpa sería falsa.

—¿Y bien? —preguntó.

—No estoy seguro de por qué quieres hacer esto. No tiene sentido.

—Hay una nueva situación en el mundo. Hubo un tiempo en el que sólo había dos palos, tu chica campesina y yo, con una línea de conflicto trazada entre las dos. Pero lo que se agita en el norte añade otro punto. Puede ser visto como una prolongación de la línea, con un punto cerca del centro, o como un triángulo. El punto que es mi esposo pretende destruirnos tanto a la Rosa Blanca como a mí. Supongo que ella y yo debemos eliminar el peligro mayor antes de que...

—Ya es suficiente. Ya veo. Pero no veo a Linda siendo tan pragmática. Hay montones de odio en ella.

—Quizá. Pero vale la pena intentarlo. ¿Ayudarás?

Tras estar a un tiro de piedra de la antigua oscuridad y haber visto los fantasmas merodear por el Túmulo, sí, haría casi cualquier cosa para impedir que aquel terrible espectro abandonara su tumba. Pero ¿cómo, cómo, cómo confiar en ella?

Hizo ese truco que todos tienen, de parecer leer mi mente.

—Me llevarás contigo al interior de la nada.

—De acuerdo. Pero necesitaré pensar un poco más.

—Tómate tu tiempo. Tampoco puedo marcharme ahora mismo. —Sospecho que deseaba establecer salvaguardias contra una revolución de palacio.



41
UNA CIUDAD LLAMADA CABALLO

Transcurrieron cuarenta días antes de que emprendiéramos el vuelo hacia Caballo, una modesta ciudad situada entre el País Ventoso y la Llanura del Miedo, a unos ciento cincuenta kilómetros al oeste de esta última. Caballo es una caravanera para esos comerciantes lo bastante locos como para hacer el recorrido entre esos dos páramos. Últimamente, la ciudad se ha convertido en el cuartel general logístico para las operaciones de Susurro. Las pocas fuerzas que no estaban en el camino al Túmulo estaban de guarnición aquí.

Los malditos estúpidos que se encaminaban al norte iban a calarse hasta los huesos.

Entramos en ella tras un trayecto sin incidentes, yo con los ojos desorbitados. Pese a la retirada de enormes ejércitos, la base de Susurro era una colmena girando alrededor de recién creadas alfombras.

Llegaban en una docena de variedades. En un campo vi una formación en W de cinco monstruos, cada uno de un centenar de metros de largo y cuarenta de ancho. Una jungla de madera y metal remataba cada una de ellas. Otras alfombras de formas inusuales estaban posadas en el suelo por todas partes en lo que parecía ser una gradación. La mayoría eran mucho más largas que anchas y más grandes de lo tradicional. Todas exhibían una gran variedad de aditamentos, y todas estaban envueltas en una ligera jaula de cobre.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

—Adaptación a las tácticas del enemigo. Tu chica campesina no es la única que puede cambiar de métodos. —Descendió, estiró los miembros. Yo hice lo mismo. Esas horas en el aire te dejan envarado—. Puede que tengamos la suerte de probarlas, pese a haberme retirado de la Llanura.

—¿Qué?

—Una gran fuerza Rebelde se encamina hacia Caballo. Varios miles de hombres y todo lo que el desierto tiene que ofrecer.

¿Varios miles de hombres? ¿De dónde habían salido? ¿Tanto habían cambiado las cosas?

—Lo han hecho. —De nuevo aquel maldito truco de leer la mente—. Las ciudades que abandoné proveyeron de hombres a sus fuerzas.

—¿Qué quieres decir con probar?

—Estoy dispuesta a detener la lucha. Pero no voy a echar a correr ante una pelea. Si ella persiste en encaminarse hacia el oeste, le mostraré que, con nada o sin nada, puede ser aplastada.

Estábamos cerca de una de las nuevas alfombras. Caminé hacia ella. Tenía más o menos la forma de un bote, de unos cinco metros de largo. Tenía auténticos asientos. Dos miraban hacia popa, uno hacia proa. Delante había una pequeña balista. Detrás había una máquina mucho más pesada. Sujetas a los lados de la alfombra y a su vientre había ocho venablos de diez metros de largo. Cada uno tenía una protuberancia del tamaño de un saco de clavos a metro y medio por detrás de su extremo. Todo estaba pintado de un color más negro que el corazón del Dominador. Esta alfombra–bote tenía aletas como un pez. Algún humorista había pintado ojos y dientes en la parte delantera.

Otras cercanas seguían diseños similares, aunque distintos artesanos habían seguido la inspiración de diferentes musas a la hora de elaborar los botes volantes. Uno, en vez de aletas de pez, tenía lo que parecían como redondas, translúcidas, delgadas vainas secas de semillas de cinco metros de ancho.

La Dama no tenía tiempo para dejarme inspeccionar su equipo y no sentía ninguna inclinación a dejarme vagar por ahí sin escolta. No era un asunto de confianza, sino de protección. Podía sufrir un fatal accidente si no me mantenía a su sombra.

Todos los Tomados estaban en Caballo. Incluso mis más viejos amigos.

Osada, osada Linda. Audacia. Se había convertido en su firma. Tenía todas las fuerzas de la Llanura a tan sólo treinta kilómetros de Caballo, y se estaba acercando. Su avance era poderoso, aunque limitado a la velocidad de los árboles andantes.

Salimos al campo donde aguardaban las alfombras, dispuestas en formación formal alrededor de los monstruos que había divisado primero. La Dama dijo:

—Había planeado una pequeña incursión de demostración contra vuestro cuartel general. Pero creo que esto será más convincente.

Los hombres se atareaban alrededor de las alfombras. Las más grandes estaban siendo cargadas con enormes piezas de cerámica parecidas a esas grandes urnas–tiesto, con pequeños agujeros diseminados en su mitad superior para colocar plantas pequeñas. Tenían unos cinco metros de alto; los agujeros para las plantas estaban sellados con parafina, y el fondo exhibía un palo de seis metros con un travesaño al final. Docenas de ellas estaban siendo montadas sobre soportes preparados al efecto.

Hice una rápida cuenta. Más alfombras que Tomados.

—¿Todas ellas van a elevarse? ¿Cómo?

—Beneficio manejará las grandes. Como Aullador antes que él, posee una sorprendente capacidad para manejar una gran alfombra. Las otras cuatro grandes serán accionadas como esclavas de ella. Ven. Ésta es la nuestra.

Dije algo ininteligible como:

—¿Urk?

—Quiero que lo veas.

—Podemos ser reconocidos.

Los Tomados daban vueltas alrededor de las largas y estilizadas alfombras–bote. Ya había soldados a bordo de ellas, en los segundos y terceros asientos. Los hombres que miraban a popa comprobaban sus balistas, municiones, montaban un dispositivo de muelle al parecer destinado a ayudar a tensar de nuevo las cuerdas una vez descargados los proyectiles. No pude ver ninguna tarea aparente asignada a los hombres en los asientos centrales.

—¿Para qué es esa especie de jaula?

—Pronto lo averiguarás.

—Pero...

—Enfócalo de una nueva manera, Matasanos. Sin ideas preconcebidas.

La seguí rodeando nuestra alfombra. No sé lo que comprobaba, pero pareció satisfecha. Los hombres que lo habían preparado todo se sintieron satisfechos de su asentimiento de cabeza.

—Arriba, Matasanos. En el segundo asiento. Sujétate bien. Habrá mucha excitación antes de que todo esto haya terminado.

Oh, sí.

—Nosotros somos los exploradores —dijo mientras se ataba al asiento delantero. Un viejo sargento canoso ocupó la posición de retaguardia. Me miró dubitativo, pero no dijo nada. Los Tomados ocuparon el asiento delantero de todas sus alfombras. Las grandes, como las había llamado la Dama, tenían una tripulación de cuatro. Beneficio mandaba la alfombra que ocupaba el punto central de la W.

—¿Preparados? —gritó la Dama.

—Preparado.

—Sí —dijo el sargento.

Nuestra alfombra empezó a moverse.

Pesado es la única palabra que describe los primeros segundos de nuestro ascenso. La alfombra era pesada, y hasta que consiguió moverse hacia adelante no quiso elevarse.

La Dama miró hacia atrás y sonrió mientras el suelo caía a nuestros pies. Estaba disfrutando. Empezó a gritar instrucciones que explicaban la asombrosa cantidad de pedales y palancas que me rodeaban.

Tiras y empujas esas dos en combinación, y la alfombra empieza a girar sobre su eje. Retuerce ésa y girará hacia la derecha o hacia la izquierda. La idea era usar de alguna forma las distintas combinaciones para guiar el aparato.

—¿Para qué? —grité al viento. Las palabras desgarraron el aire. Nos habíamos puesto unas gafas cerradas por los lados que protegían nuestros ojos, pero no teníamos nada para el resto de nuestros rostros. Esperé un caso de irritación de la piel a causa del viento una vez terminara aquel juego.

Estábamos a seiscientos metros de altura, a ocho kilómetros de Caballo, muy por

delante de los Tomados. Pude ver las huellas del polvo alzado por el ejército de Linda. Grité de nuevo:

—¿Para qué?

La alfombra–bote empezó a caer. La Dama había extinguido los conjuros que la hacían funcionar.

—Eso es el para qué. Tú manejarás el bote cuando alcancemos la nada.

¿Qué demonios?

Me dio media docena de instrucciones para que lo captara, y vi la teoría, antes de que girara hacia el ejército Rebelde.

Dimos una vuelta, a chillante velocidad, muy por fuera de la nada. Me asombró lo que Linda había conseguido reunir. Casi cincuenta ballenas del viento, entre ellas algunos monstruos de más de trescientos metros de largo. Centenares de mantas. Una enorme cuña de árboles andantes. Batallones de soldados humanos. Cientos de menhires, fluctuando alrededor de los árboles andantes, escudándolos. Miles de cosas que saltaban y brincaban y se deslizaban y aleteaban y volaban. Una visión horriblemente maravillosa.

En el tramo occidental de nuestro círculo espíe la fuerza imperial, dos mil hombres en una falange en la ladera anterior de un risco a casi dos kilómetros delante de los Rebeldes. Una pura broma, a la hora de enfrentarse a Linda.

Unas cuantas mantas atrevidas surcaban el borde de la nada, mordisqueando con rayos que quedaban cortos o simplemente fallaban. Calculé que Linda en persona iría a bordo de una ballena del viento a unos trescientos metros de altura. Se había vuelto fuerte, porque el diámetro de su nada se había expandido desde mi partida de la Llanura. Toda aquella asombrosa concentración rebelde avanzaba dentro de su protección.

La Dama nos había llamado exploradores. Nuestra alfombra no estaba equipada como las otras, pero no sabía lo que significaba aquello. Hasta que ella me lo aclaró con sus acciones.

Trepamos verticalmente. Pequeñas bolas negras que arrastraban colas de humo rojo o azul se dispersaron detrás de nosotros, lanzadas apresuradamente por encima de la borda por el viejo sargento. Debían de ser unas trescientas. Las bolas de humo se dispersaron, flotaron a sólo unos centímetros de distancia de la nada. Bien. Señalizadores gracias a los cuales los Tomados podían navegar.

Y allá vinieron. Hacia arriba, con las más pequeñas rodeando la formación en W de las grandes.

Los hombres en las grandes empezaron a lanzar los gigantescos pote. Una veintena de ellos cayeron, cayeron, cayeron. Les seguimos, deslizándonos al lado de ellos. Mientras caían, volvieron su extremo con el palo hacia abajo. Mantas y ballenas se apartaron de sus trayectorias.

Cuando el palo golpeó el suelo se hundió en el pote como un pistón. Los sellos de parafina estallaron. Brotó un líquido. El pistón golpeó un percutor. El líquido se

inflamó. Brotaron chorros de fuego. Y cuando ese fuego alcanzó algo dentro de los potes, estallaron. La metralla llovió sobre hombres y monstruos.

Contemplé abrumado el florecer de aquellas flores de fuego. Arriba, los Tomados giraron para una segunda pasada. No había magia en aquello. La nada era inútil.

El segundo lanzamiento suscitó el lanzamiento de rayos de ballenas y mantas. Sus primeros éxitos fueron relativos, sin embargo, porque los potes que alcanzaron estallaron en el aire. Las mantas descendieron rápidamente. Una ballena se vio en graves problemas hasta que otras maniobraron sobre ella y la rociaron con agua de su lastre.

Los Tomados efectuaron una tercera pasada, lanzando de nuevo potes. Iban a martillar las tropas de Linda hasta reducirlas a pulpa a menos que ella hiciera algo.

Lo hizo. Se elevó tras los Tomados.

Los potes de humo resbalaron por los flancos de la nada, silueteándola por completo.

La Dama ascendió a chillante velocidad.

La W de alfombras grandes se alejó. Las alfombras pequeñas treparon a mayor altitud. La Dama se situó en posición detrás de Susurro y el Renco. Evidentemente, había anticipado la respuesta de Linda.

Mis emociones estaban entremezcladas, por decirlo de una forma suave.

La alfombra de Susurro picó de nariz. El Renco la siguió. Luego la Dama. Otros Tomados nos siguieron a nosotros.

Susurro picó hacia una ballena del viento especialmente monstruosa. Voló más y más rápido. A trescientos metros de la nada dos de aquellos venablos de diez metros se desprendieron de su alfombra, impulsados por hechicería. Cuando golpearon la nada continuaron su camino en una trayectoria balística normal.

Susurro no hizo ningún esfuerzo por evitar la nada. Se hundió en ella, con el hombre de su segundo asiento guiando la caída con aquellas aletas de pez.

Los venablos de Susurro alcanzaron a la ballena del viento cerca de la cabeza. Ambos estallaron en llamas.

El fuego es anatema para esos monstruos, porque el gas que las mantiene en el aire es violentamente explosivo.

El Renco siguió a Susurro con todo ímpetu. Soltó dos venablos fuera de la nada y otros dos dentro, simplemente los dejó caer mientras su hombre en el segundo asiento llevaba la alfombra a tan sólo unos centímetros de la ballena del viento.

Sólo un venablo no alcanzó su objetivo.

La ballena tenía cinco fuegos ardiendo en su lomo.

Tormentas de rayos crepitaron alrededor de Susurro y el Renco.

Luego nosotros golpeamos la nada. Nuestros conjuros de flotación fallaron. El pánico me atenazó. ¿Ahora era cosa mía?

Nos encaminábamos a la ballena que ardía. Tiré y golpeé y pateé las palancas.

—¡No tan violentamente! —gritó la Dama—. Con suavidad. Gentilmente.

Conseguí dominar los controles mientras la ballena rugía hacia arriba más allá de nosotros.

Un rayo crepitó. Pasamos entre dos ballenas más pequeñas. No nos alcanzaron. La Dama descargó su pequeña balista. Su proyectil golpeó uno de aquellos monstruos. ¿Para qué demonios?, me pregunté. Aquello no era más que una picadura de abeja para cualquiera de ellas.

Pero aquel proyectil llevaba unido un cable, conectado a un carrete...

¡Bam!

Quedé momentáneamente cegado. Mi pelo crepitó. Un impacto directo del rayo de una manta... Estamos muertos, pensé. La jaula de metal que nos rodeaba absorbió la energía del rayo y la pasó a lo largo del cable que se desenrollaba.

Teníamos una manta a nuestra cola, a tan sólo unos metros de distancia. El sargento lanzó un proyectil. Alcanzó a nuestro perseguidor bajo el ala. El animal empezó a deslizarse y a aletear como una mariposa con una sola ala.

—¡Vigila a dónde vamos! —chilló la Dama. Giré en redondo. Una ballena del viento se lanzaba contra nosotros. Una serie de mantas aleteaban alejándose, presas del pánico. Los arqueros Rebeldes lanzaron una andanada de flechas.

Golpeé y tiré de cada maldita palanca y pedal, y me meé en los pantalones. Quizá fue eso lo que lo logró. Rozamos el flanco de la cosa, pero no nos estrellamos.

Ahora la maldita cosa empezó a girar y a tambalearse. Tierra, cielo, ballenas del viento, dieron vueltas a nuestro alrededor. En un atisbo, allá arriba, vi estallar el costado de una ballena del viento, vi al monstruo doblarse por el centro, llover glóbulos de fuego. Otras dos ballenas arrastraban un rastro de humo... Pero era una imagen que desaparecía al momento siguiente. No podía situar nada de ello mientras la alfombra seguía girando.

Iniciamos nuestra caída desde tan alto que tuve tiempo de calmarme. Trasteé con palancas y pedales, conseguí frenar algo el loco girar...

Luego ya nada importó. Estábamos fuera de la nada y era de nuevo el aparato de la Dama.

Miré hacia atrás para ver cómo estaba el sargento. Me lanzó una mirada asesina, agitó la cabeza pesarosamente.

La mirada que me lanzó la Dama no era tampoco alentadora.

Ascendimos y nos dirigimos hacia el oeste. Los Tomados se reunieron, observaron los resultados de su ataque.

Sólo una ballena del viento había resultado destruida. Las otras dos consiguieron situarse bajo amigas que las rociaron con agua de sus lastres. Aún así, los supervivientes estaban desmoralizados. No habían causado ningún daño a los Tomados.

De todos modos, siguieron adelante.

Esta vez los Tomados descendieron hasta la superficie y atacaron desde abajo, ganando velocidad desde varios kilómetros de distancia, luego curvándose hacia

arriba a través de la nada. Yo maniobré entre ballenas con una mano más delicada pero aún sintiéndome peligrosamente cerca del suelo.

—¿Para qué estamos haciendo esto? —pregunté a gritos. No estábamos atacando, simplemente seguíamos a Susurro y el Renco.

—Por el simple placer de hacerlo. Por el simple placer. Y para que tú puedas escribir sobre ello.

—Lo falsearé.

Se echó a reír.

Ascendimos y trazamos un círculo.

Linda llevó las ballenas a menor altura. Ese segundo pase acabó con dos más. Tan bajos, los Tomados no podían lanzarse todo el camino atravesando la nada. Es decir, ninguno excepto el Renco. Jugó al temerario. Retrocedió ocho kilómetros y acumuló una tremenda velocidad antes de golpear la nada.

Hizo esa pasada mientras las alfombras grandes dejaban caer sus últimos potes.

Nunca he oído a nadie llamar a Linda estúpida. Esta vez tampoco hizo ninguna estupidez.

Pese a todo el destello y excitación, resultaba claro que podía, si lo deseaba, hacer presión sobre Caballo. Los Tomados habían gastado la mayor parte de sus municiones. El Renco y las alfombras grandes regresaban para rearmarse. Las otras trazaban círculos... Caballo sería de Linda si ella estaba dispuesta a pagar el precio.

Decidió que resultaba demasiado caro.

Sabia elección. Mi suposición es que le hubiera costado la mitad de sus fuerzas. Y las ballenas del viento son demasiado raras para sacrificarlas por un premio tan insignificante.

Dio la vuelta.

La Dama renunció a su estrategia y la dejó marchar, aunque hubiera podido mantener sus ataques casi indefinidamente.

Nos posamos. Salté por la borda antes incluso que la Dama y en un gesto, calculado y melodramático besé el suelo. Ella se echó a reír.

Se lo había pasado en grande.

—Les has dejado marchar.

—Demostre lo que quería demostrar.

—Ella cambiará de táctica.

—Por supuesto que lo hará. Pero por el momento el martillo está en mi mano. No usándolo le diré algo. Ella lo habrá comprendido cuando lleguemos allí.

—Supongo.

—No lo has hecho mal para un novato. Ve a emborracharte o lo que quieras. Y permanece apartado del camino del Renco.

—De acuerdo.

Lo que hice fue ir a los aposentos que me habían sido asignados e intentar dejar de temblar.



La Dama y yo entramos en la Llanura del Miedo doce días después de la escaramuza aérea cerca de Caballo. Viajamos a lomos de sendos jamelgos, siguiendo el viejo camino comercial que los habitantes de la Llanura respetan con paso libre la mayor parte del tiempo. Vestida con ropa vieja para el viaje, la Dama ya no era una belleza. No es que fuera fea, pero no atraía las miradas.

Entramos en la Llanura conscientes de que, según las estimaciones más pesimistas, disponíamos de tres meses antes de que el Gran Río Trágico abriera el Gran Túmulo.

Los menhires notaron inmediatamente nuestra presencia. Los capté ahí fuera, observando. Tenía que señalarlo. Para aquella aventura la Dama había decidido abstenerse de todo excepto los inputs sensoriales más directos y simples. Durante nuestro trayecto se entrenó en los modos de actuar de los mortales a fin de no cometer ningún error cuando alcanzáramos el Agujero.

La mujer tenía redaños.

Supongo que cualquiera dispuesto a jugar al juego del poder con el Dominador ha de tenerlos.

Ignoré los acechantes menhires y me concentré en explicar cómo funcionaba la Llanura, revelando el millar de pequeñas trampas que, al menor descuido, podían traicionar a la Dama. Era lo que cualquier hombre haría al traer a un recién llegado al territorio. No era nada inusual.

A los tres días de haber entrado en la Llanura escapamos por los pelos de ser atrapados por una tormenta de cambio. Se quedó impresionada.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

Me expliqué lo mejor que pude. Junto con todas las especulaciones. Ella, por supuesto, había oído hablar ya antes de ellas. Pero ver es creer, como dicen.

No mucho después de eso llegamos al primero de los arrecifes de coral, lo cual significaba que estábamos en la Llanura profunda, en medio de lo más extraño.

—¿Qué nombre usarás? —pregunté—. Mejor que me acostumbre a él.

—Creo que Ardath. —Sonrió.

—Tienes un cruel sentido del humor.

—Quizá.

Creo que se estaba divirtiendo pretendiendo ser normal. Como la dama de un gran

señor visitando los barrios bajos. Incluso se turnaba conmigo en encender el fuego y cocinar. Para gran desesperación de mi estómago.

Me pregunté qué pensaban los menhires de nuestra relación. Pese a la simulación, había una inseguridad, una formalidad, que resultaba difícil de superar. Y lo mejor que podíamos fingir era una asociación, que estoy seguro que consideraban extraña. ¿Cuándo un hombre y una mujer viajan juntos de este modo, sin compartir rollo de dormir y todo lo demás?

La cuestión de perseguir la verosimilitud hasta tan lejos no se suscitó nunca. Y mejor que fuera así. Mi pánico, mi terror ante la sola sugerencia hubiera sido tal que no hubiera podido soportarlo.

A quince kilómetros del Agujero coronamos una colina y encontramos un menhir. Permanecía erguido al lado del camino, seis metros de extraña piedra, sin hacer nada. La Dama preguntó, en plan turista:

—¿Es ésa una de las piedras parlantes?

—Ajá. Hola, roca. Estoy en casa.

La vieja piedra no tenía nada que decir. Pasamos por su lado. Cuando miré hacia atrás había desaparecido.

Poco había cambiado. Cuando crestamos el último risco, sin embargo, vimos un bosque de árboles andantes atestando el arroyo. Un grupo de menhires tanto vivos como muertos guardaban el cruce. Los centauros—camellos invertidos trotaban entre ellos. El Viejo Padre Árbol se alzaba tintineando, aunque no había ni un soplo de viento. Allá arriba, un ave parecida a un buitre planeaba contra las deshilachadas nubes, vigilando. Uno u otro de su clase nos habían seguido desde hacía días. No había la menor señal de presencia humana. ¿Qué había hecho Linda con su ejército? No podía haber metido a todos aquellos hombres en el Agujero.

Por un momento me asustó la idea de regresar a una fortaleza vacía. Luego, mientras chapoteábamos cruzando el arroyo, Elmo y Silencioso salieron del coral.

Salté de mi animal y los reuní en un abrazo monstruoso. Lo devolvieron, y en la mejor tradición de la Compañía Negra no formularon ni una sola pregunta.

—Maldita sea —dije—. Maldita sea, es estupendo veros. Oí decir que habíais sido barridos en algún lugar en el oeste.

Elmo miró a la Dama con sólo el más ligero asomo de curiosidad.

—Oh, Elmo. Silencioso. Ésta es Ardath.

Ella sonrió.

—Encantada de conoceros. Matasanos me ha hablado mucho de vosotros.

Yo no había dicho ni una palabra. Pero ella había leído los Anales. Desmontó y ofreció su mano. La estrecharon por turno, desconcertados, porque sólo Linda, en toda su experiencia, esperaba el tratamiento como un igual.

—Bien, bajemos —dije—. Bajemos. Tengo un millar de cosas de que informar.

—¿De veras? —dijo Elmo. Y eso decía mucho, porque alzó la vista hacia el lugar por donde habíamos venido mientras lo dijo.

Algunas personas que se habían ido conmigo no habían vuelto.

—No sé. Teníamos a la mitad de los Tomados tras nuestros talones. Nos separamos. No pude hallarlos de nuevo. Pero nunca oí nada de que hubieran sido capturados. Bajemos. Veamos a Linda. Tengo noticias increíbles. Y dadme algo de comer. Llevamos una eternidad con la comida que preparaba el otro, y ella es peor cocinera que yo.

—Vaya —dijo Elmo, y me dio una palmada en la espalda—. ¿Y habéis sobrevivido?

—Soy un viejo zángano resistente, Elmo. Deberías saberlo. Mierda, hombre. Yo... —Me di cuenta de que estaba charlotteando como un estúpido. Sonreí.

Silencioso hizo signos:

—Bienvenido a casa, Matasanos. Bienvenido a casa.

—Ven —le dije a la Dama cuando alcanzamos la entrada del Agujero, y tomé su mano—. Te parecerá como un pozo hasta que tus ojos se hayan acostumbrado. Y prepárate al olor.

¡Dioses, el olor! Haría vomitar a un gusano.

Había todo tipo de excitación allí abajo. Se esfumó en una estudiada indiferencia cuando pasamos, luego se reanudó a nuestras espaldas. Silencioso nos condujo directamente a la sala de conferencias. Elmo se separó para pedirnos algo de comer.

Cuando entramos me di cuenta de que todavía sujetaba a la Dama por la mano. Me dirigió una semisonrisa en la cual había una cantidad infernal de nerviosismo. Hablemos de meterse uno en la guarida del dragón. El viejo y valiente Matasanos le dio un apretón en la mano.

Linda parecía consumida. Lo mismo que el Teniente. Había otra docena de personas allí, a pocas de las cuales conocía. Debían de haber subido a bordo después de que los imperiales abandonaran el perímetro de la Llanura.

Linda me abrazó durante largo rato. Tanto que me noté enrojecer. No somos personas de mucho contacto físico, ella y yo. Finalmente retrocedió y dirigió a la Dama una mirada en la que había una punta de celos.

Hice signos:

—Ésta es Ardath. Me ayudará a traducir. Conoce bien las antiguas lenguas.

Linda asintió. No hizo preguntas. Tanto confiaba en mí.

Llegó la comida. Elmo entró una mesa y sillas e hizo salir a todo el mundo menos a mí, el Teniente, él, Silencioso y la Dama. Puede que deseara hacerla salir también a ella, pero no estaba seguro de su relación conmigo.

Comimos, y mientras lo hacíamos conté mi historia a retazos, cuando mis manos y mi boca no estaban llenos. Hubo algunos momentos difíciles, en especial cuando le dije a Linda que Cuervo estaba vivo.

En retrospectiva creo que fue más duro para mí que para ella. Yo temía que se pusiera excitada e histérica. Ella no hizo nada de esto.

Primero se negó de plano a creerme. Y yo pude comprenderlo, porque hasta que

desapareció, Cuervo había sido la piedra angular de su universo emocional. No podía verle no incluyéndola en su mayor mentira sólo para poder alejarse y hurgar en el Túmulo. Eso no tenía sentido para ella. Corbie nunca le había mentido antes.

Tampoco para mí tenía sentido. Pero, como he señalado antes, sospechaba que había más en las sombras de lo que nadie admitía. Olía el más débil aroma de que quizá Cuervo estuviera huyendo de en vez de a.

Las negativas de Linda no duraron mucho tiempo. No es de las que rechazan indefinidamente la verdad sólo porque es desagradable. Manejó el dolor mucho mejor de lo que había anticipado, y eso me sugirió que quizá tuviera la oportunidad de desprenderse de algo de lo peor del pasado.

De todos modos, las circunstancias actuales de Cuervo no hicieron nada por mejorar la salud emocional de Linda, ya muy baja tras su derrota en Caballo, ese heraldo de mayores derrotas por venir. Sospechaba ya que era posible que tuviera que enfrentarse a los imperiales sin el beneficio de la información que yo había sido enviado a conseguir.

Conjuré una desesperación universal cuando anuncié mi fracaso y añadí:

—He conseguido saber de una alta autoridad que lo que buscamos no se halla en estos papeles. Aunque no puedo estar seguro hasta después de que Ardath y yo terminemos con los que tenemos aquí. —No dije lo que había averiguado de los documentos de Cuervo antes de perderlos.

No mentí exactamente. Eso no me hubiera sido perdonado luego, cuando surgiera la verdad. Como inevitablemente ocurriría. Simplemente prescindí de unos cuantos detalles. Incluso admití haber sido capturado, interrogado y encerrado.

—¿Qué demonios estás haciendo entonces aquí? —preguntó Elmo—. ¿Cómo sigues con vida?

—Nos soltaron. A Ardath y a mí. Después de esa escaramuza que librasteis en Caballo. Eso fue un mensaje. Se supone que yo debo entregar otro.

—¿Cuál?

—Á menos que seáis ciegos y estúpidos, habréis observado que no estáis siendo atacados. La Dama ha ordenado suspender todas las operaciones contra la Rebelión.

—¿Por qué?

—No habéis prestado atención. Porque el Dominador se está agitando.

—Vamos, Matasanos. Terminamos con ese asunto en Enebro.

—Fui al Túmulo. Lo vi por mí mismo, Teniente. Esa cosa está a punto de liberarse. Una de sus criaturas ya ha salido, quizá siguiéndoles los pasos a Un Ojo y los demás. Estoy convencido. El Dominador está a un paso de liberarse, y no de forma incompleta como en Enebro. —Me volvía la Dama—. Ardath. ¿Qué fue lo que calculé? Perdí la cuenta de cuánto tiempo hemos estado en la Llanura. Llevábamos unos noventa días cuando entramos.

—Os tomó ocho días llegar hasta aquí —dijo Elmo.

Alcé una ceja.

—Los menhires.

—Por supuesto. Ocho días entonces. A restar de los noventa días que faltan para el peor de los escenarios. Ochenta y dos días hasta que el Gran Túmulo se abra. — Entré en más detalles acerca de las crecidas del Gran Río Trágico.

El Teniente no estaba convencido. Tampoco Elmo. Y no se les puede culpar. La Dama teje hábiles e intrincados complots. Y ellos eran tipos tortuosos que juzgaban a los demás según ellos mismos. No intenté convencerles. Yo tampoco me sentía absolutamente convencido.

De todos modos, tenía poca importancia el que aquellos dos me creyeran o no. Linda es la que toma las decisiones.

Hizo signos de que se fuera todo el mundo excepto yo. Le pedí a Elmo que le mostrara a Ardath el lugar y le encontrara un alojamiento. Me miró de una forma extraña. Como todos los demás, imaginaba que me había traído a casa una compañera.

Tuve problemas en mantener un rostro impasible. Durante todos aquellos años se habían burlado de mí a causa de unos pocos romances escritos cuando entramos por primera vez al servicio de la Dama. Y ahora la había traído a casa.

Supuse que Linda quería hablar de Cuervo. No estaba equivocado, pero me sorprendió cuando hizo signos:

—Ella te ha enviado a proponer una alianza, ¿verdad?

Pequeño diablo rápido.

—No exactamente. Aunque en la práctica podríamos decir que sí. —Entré en los detalles, conocidos y razonados, de la situación. Hablar por signos no es un trabajo rápido. Pero Linda permaneció atenta y paciente, en absoluto distraída por lo que pudiera pasar dentro de ella. Quiso saber el valor, o la falta de él, de mis documentos. Ni una sola vez preguntó por Cuervo. Como tampoco por Ardath, aunque mi amiga estaba en su mente también.

Hizo signos:

—Ella tiene razón al decir que nuestra lucha se convierte en algo sin importancia si el Dominador se libera. Mi pregunta es: ¿se trata de una amenaza genuina o todo es un pían? Sabemos exactamente lo retorcidos que pueden ser sus planes.

—Estoy seguro —respondí con signos—. Porque Cuervo estaba seguro. Él llegó a esa conclusión antes de que la gente de la Dama empezara a sospechar. De hecho, por todo lo que puedo decir, él desarrolló las evidencias que les convencieron.

—Goblin y Un Ojo. ¿Están a salvo?

—Sí, por todo lo que sé. Nunca oí que hubieran sido capturados.

—Deberían de estar ya cerca de aquí. Esos documentos. Todavía siguen siendo cruciales.

—¿Aunque no contengan el secreto de su nombre, sino sólo el de su esposo?

—¿Desea tener acceso a ellos?

—Supongo que sí. Fui liberado por alguna razón, aunque no puedo decir cuál es

la razón detrás de la razón.

Linda asintió.

—Eso pienso yo también.

—Pero estoy convencido de que ella es honesta en esto. Que debemos considerar que el Dominador es el peligro más peligroso e inmediato. No debería de ser difícil anticipar la mayoría de las formas en que ella puede traicionar.

—Y está Cuervo.

Aquí llega, pensé.

—Sí.

—Debo reflexionar, Matasanos.

—No hay mucho tiempo.

—Hay todo el tiempo del mundo, en cierto sentido. Reflexionaré. Tú y tu amiga traducid.

Tuve la sensación de que había sido despedido antes de que llegáramos al por qué ella deseaba verme en privado. Su rostro era como piedra. No se podía decir mucho acerca de lo que pasaba por su interior. Me dirigí lentamente a la puerta.

—Matasanos —hizo signos—. Espera.

Me detuve. Ahí estaba.

—¿Qué es ella para ti, Matasanos?

¡Maldita sea! De nuevo el punto crítico. Sentí escalofríos. Culpabilidad. No deseaba mentir abiertamente.

—Sólo una mujer.

—¿No una mujer especial? ¿Una amiga especial?

—Supongo que es especial. A su manera.

—Entiendo. Dile a Silencioso que entre.

Eché a andar de nuevo hacia la puerta. Pero no fue hasta que empecé a abrirla que ella me hizo signo de que volviera.

De acuerdo con sus instrucciones, me senté. Ella no. Empezó a andar de un lado para otro. Hizo signos:

—Crees que soy fría respecto a la gran noticia. Piensas mal de mí porque no me muestro excitada porque Cuervo está vivo.

—No. Pensé que te impresionaría. Que iba a causarte una gran aflicción.

—Impresionada no. No me siento totalmente sorprendida. Afligida sí. Abre viejas heridas y las hace más dolorosas.

Desconcertado, la observé caminar arriba y abajo.

—Nuestro Cuervo. Nunca creció. Impertérito como una piedra. Absolutamente sin el hándicap de una conciencia. Duro. Hábil. Resistente, Feroz. Todas esas cosas. ¿Sí? Sí. Y un cobarde.

—¿Qué? ¿Cómo puedes llamarle...?

—Siempre está huyendo. Hubo maquinaciones alrededor del Renco que le arrebató a su esposa, hace años. ¿Intentó descubrir la verdad y sacar las cosas a la

superficie? Mató a gente y huyó con la Compañía Negra para matar a más gente. Abandonó a dos bebés sin una palabra de adiós.

Ahora estaba acalorada. Estaba abriendo la puerta de secretos y derramando cosas de la cuales yo solo había visto los más vagos reflejos.

—No lo defiendas —hizo signos—. Tuve la oportunidad de investigar, y lo hice.

Siguió caminando arriba y abajo.

—Huyó de la Compañía Negra. ¿Por mí? Una excusa para evitar el compromiso como una razón. ¿Por qué me salvó en aquel pueblo? Por su culpabilidad hacia los niños que había abandonado. Yo era una niña segura. Y mientras seguí siendo niña fui una perfecta inversión emocional. Pero dejé de ser una niña, Matasanos. Y no conocí otro hombre en todos esos años oculta.

»Hubiera debido darme cuenta. Vi cómo alejaba a la gente si intentaban acercarse de cualquier forma que no fuera completamente unilateral y bajo su control. Pero después de las horribles cosas que hizo en Enebro pensé que yo podía ser la que lo redimiera. En el camino al sur, cuando huíamos del oscuro peligro de la Dama y del claro peligro de la Compañía, traicioné mis auténticos sentimientos. Abrí la tapa de un cofre de sueños alimentados durante un tiempo antes de que fuera lo suficientemente mayor como para pensar en los hombres.

»Se convirtió en un hombre distinto. Un animal asustado atrapado en una jaula. Se sintió aliviado cuando llegó la noticia de que había aparecido el Teniente con algunos miembros de la Compañía. No transcurrieron más de unas pocas horas antes de que estuviera “muerto”.

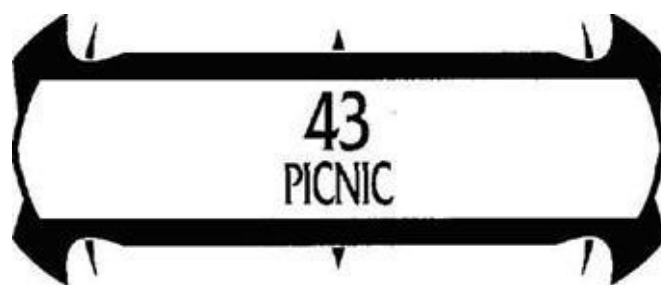
»Entonces sospeché. Creo que una parte de mí siempre lo Supo. Y es por eso por lo que ahora no me siento tan desolada como desearías. Sí. Sé que sabes que a veces lloro cuando duermo. Lloro por los sueños de una niña pequeña. Lloro porque los sueños no morirán, aunque me siento impotente de convertirlos en realidad. ¿Lo entiendes?

Pensé en la Dama, y en la situación de la Dama, y asentí. Ella no hizo ningún signo como respuesta.

—Voy a llorar de nuevo. Vete. Por favor. Dile a Silencioso que entre.

No tuve que buscarle. Estaba esperando en la sala de conferencias. Le observé entrar, preguntándome si estaba viendo cosas o viendo cosas.

Linda me había dado ciertamente algo en que pensar.



Pon una fecha límite y el tiempo se acelera. El reloj del universo corre como si se le hubiera dado demasiada cuerda. Cuatro días pasaron volando, ¡zip! Y no malgasté mucho tiempo durmiendo.

Ardath y yo traducimos. Y traducimos. Y traducimos. Ella leía, traduciendo en voz alta. Yo escribía hasta que se me agarrotaban las manos. Ocasionalmente Silencioso me sustituía.

Aquella cuarta mañana encontré algo. Estábamos traduciendo una de esas listas. Aquella velada debió de ser tan grande que, de celebrarse hoy, la hubiéramos llamado una guerra. O al menos un tumulto. Seguía y seguía. Tal y tal y esto y aquello, con Dama Quien Sea, dieciséis títulos, cuatro de los cuales tenían sentido. Cuando los heraldos terminaron de anunciar a todo el mundo, los participantes en la fiesta debían de haber muerto ya de senilidad.

De todos modos, hacia la mitad de la lista oí que pronunciaba un título que le hizo contener la respiración. ¡Ajá!, me dije para mí mismo. Acaba de caer un rayo cerca. Mis orejas se pusieron de punta.

Siguió como si no hubiera ocurrido nada. Unos momentos más tarde no estuve seguro de no haberlo imaginado. La razón me dijo que el nombre que la había sobresaltado no era el que estaba pronunciando. Ella iba frenando su voz al ritmo de mi escritura. Sus ojos podían estar muy por delante de mi mano.

Ninguno de los nombres que siguieron hizo sonar ninguna campana.

Revisaría la lista más tarde, sólo por si acaso, con la esperanza de que hubiera borrado algo.

No hubo suerte.

Al atardecer dijo:

—Una pausa, Matasanos. Voy a por un poco de té. ¿Quieres?

—Claro. Y quizás un pedazo de pan también. —Escribí durante otro medio minuto antes de darme cuenta de lo que había sucedido.

¿Qué? ¿La propia Dama ofreciéndose a ir a buscar algo? ¿Yo pidiéndole algo sin pensar? Sufrí un ataque de nervios. ¿Hasta qué punto estaba representando un papel? ¿Hasta qué punto estaba fingiendo? Debían de haber pasado siglos desde la última vez en que fue a buscarse su propio té. Si es que lo hizo alguna vez.

Me levanté, empecé a seguirla, me detuve fuera de la puerta de mi estancia.

A quince pasos túnel abajo, a la débil luz de la lámpara, Otto la había acorralado contra la pared. Se le estaba insinuando de alguna manera. No sé por qué yo no había previsto el problema. Dudaba que ella lo hubiera hecho tampoco. Seguramente no era algo a lo que se enfrentara normalmente.

Otto se puso insistente. Empecé a dirigirme hacia allá para cortar la situación, pero luego vacilé. Ella podía ponerse furiosa por mi interferencia.

Una luz brotó en la otra dirección. Elmo. Hizo una pausa. Otto estaba tan obcecado en lo suyo que no reparó en nosotros.

—Será mejor que hagamos algo —dijo Elmo—. No necesitamos este tipo de problemas.

Ella no parecía ni asustada ni molesta.

—Creo que puede arreglárselas sola —dije.

Otto obtuvo un «no» que no podía ser mal interpretado. Pero no lo aceptó. Intentó adelantar las manos.

Recibió una bofetada muy propia de una dama por su acción. Lo cual le puso furioso. Decidió tomar lo que deseaba. Mientras Elmo y yo avanzábamos, desapareció en medio de una lluvia de patadas y puñetazos que lo enviaron redondo al barro del suelo, sujetándose el vientre con un brazo y ese brazo con el otro. Ardath siguió su camino como si no hubiera ocurrido nada.

—Te dije que podía manejarlo —señalé.

—Recuérdame que no me pase nunca con ella —dijo Elmo. Luego sonrió y me palmeó en el brazo—. Espero que nos sea tan arisca en horizontal, ¿eh?

Maldito sea si no enrojé. Le ofrecí una sonrisa estúpida. Que no hizo más que confirmar sus sospechas. Qué demonios. Que pensase lo que quisiese. Así es como funcionan estas cosas.

Llevamos a Otto a mi habitación. Pensé que iba a echar las entrañas por la boca. Pero se controló. Comprobé si tenía algún hueso roto. Sólo magulladuras.

—Es todo tuyo, Elmo —dije, porque sabía que el viejo sargento estaba preparando algunas palabras escogidas para la ocasión.

Tomó a Otto por el codo y dijo:

—Ven a mi oficina, soldado. —Hacía que cayera polvo del techo del túnel cuando explicaba los hechos de la vida.

Cuando Ardath regresó se comportó como si no hubiera ocurrido nada. Quizá no se dio cuenta de que estábamos mirando. Pero después de media hora preguntó:

—¿Podemos hacer una pausa? ¿Salir fuera? ¿Caminar un poco?

—¿Quieres que venga?

Asintió.

—Necesitamos hablar. En privado.

—De acuerdo.

A decir verdad, cada vez que alzaba la nariz de mi trabajo yo también me sentía un poco claustrofóbico. Mi aventura hacia el oeste me recordó lo bueno que es estirar

las piernas.

—¿Hambrienta? —pregunté—. ¿Demasiado sería para un *picnic*?

Se mostró sorprendida, luego encantada con la idea.

—Bien. Hagámoslo.

Así que fuimos a la cocina y al horno del pan y llenamos un cesto y fuimos arriba. Aunque ella no reparó en las sonrisas de nadie, yo sí.

Sólo hay una puerta en todo el Agujero: la de la sala de conferencias, detrás de la cual están los aposentos personales de Linda. Ni mis aposentos ni los de Ardath tenían ni siquiera una cortina. La gente imaginaba que salíamos en busca de la intimidad de los grandes espacios abiertos.

Un sueño. Allí arriba tendríamos más espectadores que ahí abajo. No serían humanos si no fuera así.

El sol estaba quizá a tres horas de ponerse cuando salimos, y nos golpeó directamente a los ojos. Fuerte. Yo lo esperaba. Pero hubiera debido advertirle.

Caminamos hasta el arroyo, respirando el aire ligeramente perfumado de salvia y sin decir nada. El desierto estaba en silencio. Ni siquiera el Padre Árbol se agitaba. La brisa era insuficiente para hacer suspirar al coral. Al cabo de un rato dije:

—¿Y bien?

—Necesitaba salir. Las paredes son tan agobiantes. Y la nada las hace peores. Me siendo indefensa ahí dentro. Estruja mi mente.

—Oh.

Rodeamos una cabeza de coral y encontramos un menhir. Uno de mis viejos camaradas, supongo, porque informo:

—Hay forasteros en la Llanura, Matasanos.

—No me digas. —Y luego—: ¿Qué forasteros, roca? —Pero no tenía nada más que decir.

—¿Siempre son así?

—O peores. Bueno. La nada empieza a desvanecerse aquí. ¿Te sientes mejor?

—Me sentí mejor en el momento en que salí fuera. Eso es la puerta del infierno. ¿Cómo puede tu gente vivir de este modo?

—No es mucha cosa, pero es el hogar.

Llegamos a la tierra desnuda. Se detuvo.

—¿Qué es esto?

—El Viejo Padre Árbol. ¿Sabes lo que piensan ahí abajo que estamos haciendo?

—Lo sé. Déjame pensar. Llámalo coloración protectora. ¿Eso es vuestro Padre Árbol? —Lo señaló.

—En madera y savia. —Seguí andando—. ¿Cómo te encuentras hoy, viejo?

Debe hacer cincuenta veces que le he preguntado eso mismo. Quiero decir, el viejo tipo es notable, pero no es más que un árbol. ¿Correcto? No esperaba una respuesta. Pero las hojas del Padre Árbol empezaron a tintinear en el momento mismo que hablé.

—Vuelve aquí, Matasanos. —La voz de la Dama era dominante, dura, un poco estremecedora. Me volví y eché a andar.

—¿De nuevo a tu antiguo yo? —Por el rabillo del ojo capté una sombra de movimiento en dirección al Agujero. Me concentré en un fragmento de coral y un matorral cercano—. Mantén la voz baja. Tenemos un oyente.

—Eso no es ninguna sorpresa. —Extendió la deshilachada manta que había traído, se sentó con los dedos de los pies justo en el borde del terreno yermo. Retiró la tela que cubría el cesto. Me senté a su lado, me situé de modo que pudiera observar aquella forma—. ¿Sabes lo que es? —preguntó, señalando al árbol con la cabeza.

—Nadie lo sabe. Es simplemente el Viejo Padre Árbol. Los clanes del desierto dicen que es un dios. No hemos visto ninguna evidencia de ello. Sin embargo, Un Ojo y Goblin se sintieron impresionados por el hecho de que se alza casi exactamente en el centro geográfico de la Llanura.

—Sí. Supongo... Se perdió tanto en la caída. Hubiera debido sospechar... Mi esposo no fue el primero de su clase, Matasanos. Ni la Rosa Blanca la primera de la suya. Es un gran ciclo, creo.

—Me he perdido.

—Hace mucho tiempo, incluso tal como yo mido el tiempo, hubo otra guerra como ésta entre el Dominador y la Rosa Blanca. La luz superó a las sombras. Pero como siempre, las sombras dejaron su tinte en los vencedores. A fin de terminar la lucha apelaron a una cosa de otro mundo, plano, dimensión, lo que quieras, de la misma forma que Goblin podría conjurar a un demonio, sólo que esta cosa era un dios adolescente. Más o menos. En un avatar de un árbol joven. Esos acontecimientos fueron legendarios sólo en mi juventud, cuando sobrevivía mucho más del pasado, de modo que los detalles están abiertos a la discusión. Pero fue una llamada de tal alcance, y costó tal precio, que miles perecieron y países enteros fueron devastados. Pero plantaron su dios cautivo sobre la tumba de su gran enemigo, donde podría mantenerlo encadenado. Este dios-árbol viviría un millón de años.

—¿Quieres decir... que el Viejo Padre está aposentado sobre algo como el Gran Túmulo?

—No conecté las leyendas y la Llanura hasta que vi este árbol. Sí. Esta tierra constriñe algo tan virulento como mi esposo. Así que de pronto tiene sentido. Todo encaja. Las bestias. Las imposibles rocas parlantes. Los arrecifes de coral a más de mil kilómetros del mar. Todo eso se ha filtrado de ese otro mundo. Las tormentas de cambio son los sueños del árbol.

Siguió hablando, no tanto explicando como poniendo las cosas en su sitio para ella misma. La miré con la boca abierta y recordé la tormenta de cambio que nos había atrapado en nuestro camino al oeste. ¿Estaba maldecido por el hecho de haber sido atrapado en la pesadilla de un dios?

—Esto es una locura —dije, y al mismo instante desentrañé la forma que había estado intentando individualizar entre las sombras, los matorrales y el corral.

Silencioso. Acuclillado, inmóvil como una serpiente aguardando su presa. Silencioso, que había estado en todas partes donde había estado yo los últimos tres días, como una sombra extra, raras veces detectada porque era Silencioso. Bien. Un punto para mi confianza de que mi regreso con una compañera no había despertado sospechas.

—Éste es un mal lugar donde estar, Matasanos. Muy malo. Dile a esa campesina sorda que se marche de aquí.

—Si hiciera eso tendría que explicar por qué y revelar quién me dio el consejo. Dudo que se sintiera impresionada.

—Supongo que tienes razón. Bueno, no importará en breve. Comamos.

Abrió un paquete y depositó lo que parecía conejo frito. Pero no había conejos en la Llanura.

—Pese a todo, parece que su aventura en Caballo mejoró la despensa. —Ataqué la comida.

Silencioso permaneció inmóvil en mi rabillo del ojo. Bastardo, pensé. Espero que estés babeando.

Tres trozos de conejo más tarde frené lo suficiente para preguntar.

—Eso que has dicho acerca del viejo árbol es interesante, pero ¿tiene alguna relevancia?

El Padre Árbol estaba elevando su rumorosidad. Me pregunté por qué.

—¿Le tienes miedo?

No respondí. Arroqué los huesos ribera abajo, me levanté.

—Espera un minuto. —Me dirigí al Padre Árbol—. Viejo, ¿has echado algunas semillas? ¿Algunos brotes? ¿Algo que podamos llevar al Túmulo para plantar encima de nuestro propio villano?

Hablarle a ese árbol, todas las veces que había pasado por su lado, era un juego. Me sentía poseído de una maravilla casi religiosa ante su edad, pero sin ninguna creencia consciente como las que proclamaban los nómadas o la Dama. Sólo un viejo árbol retorcido con extrañas hojas tintineantes y mal temperamento.

¿Temperamento?

Cuando lo toqué, para reclinarme contra él mientras alzaba la vista para buscar entre sus extrañas hojas nueces o semillas, me mordió. Bueno, no con dientes. Pero saltaron chispas. Las puntas de mis dedos hormiguearon. Cuando las saqué de mi boca parecieron quemadas.

—Maldita sea —murmuré, y retrocedí unos pasos—. No es nada personal, árbol. Pensé que tal vez quisieras ayudar.

Fui vagamente consciente de que había un menhir cerca del lugar de acecho de Silencioso, Más aparecieron alrededor del área yerma.

Algo me golpeó con la fuerza del lastre de una ballena del viento arrojado desde treinta metros de altura. Caí. Oleadas de poder, de pensamiento, me golpearon. Lloriqueé, intenté arrastrarme hacia la Dama. Ella extendió una mano, pero no cruzó

aquel límite. Algo de aquel poder empezó a apuntar una comprensibilidad. Pero era como hallarse dentro de cincuenta mentes a la vez, todas ellas dispersas por todo el mundo. No. La Llanura. Y más de cincuenta mentes. Cada vez me sentía más fusionado, más enmarañado... Estaba tocando las mentes de los menhires.

Todo aquello se desvaneció. La almádena de poder dejó de martillar el yunque que era yo. Me arrastré hasta el borde del área yerma, aunque sabía que esa línea no delimitaba ninguna auténtica seguridad. Alcancé donde estaba la manta, recobré el aliento, me volví finalmente para mirar al árbol. Sus hojas tintinearón exasperadas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Básicamente me dice que está haciendo lo que puede, no en beneficio nuestro sino de sus criaturas. Que me vaya al infierno, que le deje solo, que deje de incordiarle y me vaya a tomar por donde me apetezca. Oh, dioses.

Me volví para ver cómo se había tomado Silencioso mi encuentro.

—Advertí... —Ella también miró hacia allá.

—Pienso que tal vez tengamos problemas. Puede que te hayan reconocido.

Casi todo el mundo del Agujero había aparecido. Se estaban alineando cruzando el sendero. Los menhires eran más numerosos. Los árboles andantes estaban formando un círculo con nosotros en el centro.

Y estábamos desarmados, porque Linda estaba allí. Estábamos de nuevo dentro de la nada.

Llevaba su ropa de lino blanco. Se adelantó más allá de Elmo y el Teniente y vino hacia mí. Silencioso se le unió. Detrás de ella vinieron Un Ojo, Goblin, Rastreador y el Perro Matasapos. Esos últimos cuatro todavía llevaban en ellos el polvo del camino.

Llevaban muchos días en la Llanura. Y nadie me había dicho nada. Piensa en la trampilla de tu cadalso abriéndose inesperadamente a tus pies. Durante quince segundos permanecí allí con la boca abierta. Luego pregunté:

—¿Qué hacemos ahora? —en un hilo de voz.

Ella me sorprendió tomando mi mano.

—Aposté y perdí. No sé. Son tu gente. Piensa en algo. ¡Oh! —Sus ojos se entrecerraron. Su mirada se fijó, se hizo intensa. Luego una delgada sonrisa distendió sus labios—. Ya veo.

—¿Qué?

—Algunas respuestas. La sombra de lo que persigue mi esposo. Has sido más manipulado de lo que crees. Anticipó el ser descubierto por el clima. Una vez tuvo a tu Cuervo, decidió traer hasta él a tu chica campesina... Sí. Creo que... Ven.

Mis viejos camaradas no parecían hostiles, sólo desconcertados.

El círculo siguió cerrándose.

La Dama me tomó de nuevo por la mano, me condujo a la base del Viejo Padre Árbol. Susurró:

—Dejemos que haya paz entre nosotros mientras tú observas, Anciano. Viene

alguien a quien recordarás de antiguo. —Y a mí—: Hay muchas viejas sombras en el mundo. Algunos alcanzan hasta el alba de los tiempos. No siendo lo bastante grandes, raras veces atraen la atención como mi esposo o los Tomados. Atrapaalmas tiene esbirros que son más antiguos que el árbol. Fueron enterrados con ella. Te dije que reconocí la forma en que fueron desgarrados esos cuerpos.

Permanecí allí de pie a la ensangrentada luz del sol poniente, absolutamente desconcertado. Igual podía estar hablando en UchiTelle.

Linda, Silencioso, Un Ojo y Goblin vinieron directamente hacia nosotros. Elmo y el Teniente se detuvieron a un tiro de piedra. Pero Rastreador y el Perro Matasapos se fundieron con la multitud.

—¿Qué está pasando? —hice signos a Linda, obviamente asustado.

—Eso es lo que queremos descubrir. Hemos estado recibiendo informes dispersos de los menhires carentes de sentido desde que Goblin, Un Ojo y Rastreador llegaron a la Llanura. Por una parte, Goblin y Un Ojo confirman todo lo que me dijiste... hasta que os separasteis.

Miré a mis dos amigos... y no vi amistad en ellos. Sus ojos eran fríos y vidriados. Como si alguien más estuviera detrás de ellos.

—Tenemos compañía —avisó Elmo, sin gritar.

Un par de Tomados, a bordo de sus alfombras-bote, pasaron a cierta distancia. No se acercaron. La mano de la Dama se crispó. Se controló de otro modo. Permanecieron lo bastante alejados como para no ser reconocibles.

—Más de un par de manos están removiendo este guiso —dije—. Silencioso, aclara las cosas. En estos momentos me estás asustando mortalmente.

Hizo signos:

—Hay fuertes rumores en el imperio de que te has vendido. De que has traído a alguien muy alto hasta aquí, para asesinar a Linda. Quizás incluso uno de los nuevos Tomados.

No pude evitar el sonreír. Los plantadores de rumores no se habían atrevido a contar toda la historia.

La sonrisa convenció a Silencioso. Me conocía bien. Lo cual, supongo, era el motivo por el que me estaba vigilando.

Linda también se relajó. Pero ni Un Ojo ni Goblin se ablandaron.

—¿Qué ocurre con éstos, Silencioso? Parecen como zombis.

—Dicen que los vendiste. Que Rastreador te vio. Que si...

—¡Tonterías! ¿Dónde demonios está Rastreador? ¡Haz que este gran estúpido hijo de puta salga aquí y me lo diga a la cara!

La luz estaba menguando. El gran tomate del sol se había deslizado, detrás de las colinas. Pronto sería oscuro. Sentí un desagradable hormigueo a lo largo de la espalda. ¿Iba a actuar de alguna forma el maldito árbol?

Apenas pensé en él, sentí un intenso interés hacia el papel del Viejo Padre, Árbol. También una especie de soñadora rabia que parecía cuajar...

De pronto los menhires se agruparon alrededor de todo el lugar, incluso al otro lado del arroyo, donde la vegetación era densa. Un perro aulló.

Silencioso hizo signos a Elmo. No capté lo que decía porque estaba de espaldas a mí. Elmo trotó hacia el tumulto.

Los menhires avanzaron hacia nosotros, formando un muro, conduciendo algo... ¡Bien! Rastreador y el Perro Matasapos. Rastreador parecía vacuamente desconcertado. El perro seguía intentando escabullirse entre los menhires. Éstos no le dejaban. Los nuestros tenían que ir con cuidado con sus pies para impedir que sus dedos fueran machacados.

Los menhires empujaron a Rastreador y al Perro Matasapos al círculo yermo. El perro dejó escapar un largo aullido desesperado, metió el rabo entre las piernas y se hundió en la sombra de Rastreador. Se detuvieron a unos tres metros de Linda.

—Oh, dioses —murmuró la Dama, y apretó mi mano tan fuerte que casi chillé.

El núcleo de una tormenta de cambio estalló en el tintineante pelo del Viejo Padre Árbol.

Era enorme; era horrible; era violenta. Nos devoró a todos, con tal ferocidad que no pudimos hacer nada excepto soportarla. Las formas giraron, corrieron, cambiaron; pero nuestra querida Linda siguió siendo exactamente la misma.

Rastreador gritó. El Perro Matasapos dejó escapar un aullido que dispersó el terror como un cáncer. Y ellos fueron quienes más cambiaron, a los monstruos viles y violentos idénticos a los que vi mientras me encaminaba hacia el oeste.

La Dama gritó algo que se perdió en la furia de la tormenta. Pero capté su nota triunfal. Ella conocía esas formas.

La miré.

Ella no había cambiado.

Aquello parecía imposible. Esta criatura de la que había estado profundamente prendado durante quince años no podía ser una auténtica mujer.

El Perro Matasapos se lanzó de cabeza a las fauces de la tormenta, con sus horribles colmillos desnudos, intentando alcanzar a la Dama. La había reconocido también. Tenía intención de acabar con ella mientras estaba indefensa dentro de la nada. Rastreador fue tras él, tan desconcertado como lo había estado el Rastreador que parecía humano.

Una de las grandes ramas del Padre Árbol se inclinó hacia abajo. Golpeó al Perro Matasapos de la misma forma que un hombre detendría el ataque de un conejo. Tres veces lo intentó valientemente el Perro Matasapos. Tres veces fracasó. La cuarta vez, lo que parecía ser el abuelo de todos los rayos lo alcanzó de lleno y lo lanzó todo el camino hasta el arroyo, donde se fundió y se retorció durante un largo minuto antes de alzarse y aullar al desierto enemigo.

Al mismo tiempo la bestia–Rastreador fue a por Linda. La aferró y se encaminó hacia el oeste. Cuando la bestia–Perro Matasapos quedó fuera de juego, Rastreador centró toda la atención.

Puede que el Viejo Padre Árbol no sea un dios, pero cuando habla tiene voz. Los arrecifes de coral se hicieron añicos cuando habló. Todo el mundo fuera del área yerma se cubrió los oídos y gritó. Para los que estábamos más cerca fue menos terrible.

No sé lo que dijo. El lenguaje no era ninguno de los que yo conocía, y no sonaba como ninguno que jamás hubiera oído. Pero llegó hasta Rastreador. Depositó a Linda y regresó, a los dientes de la tormenta, para plantarse delante del dios mientras esa gran voz lo martilleaba y un violento violeta se reflejaba en sus deformados huesos. Se inclinó y rindió homenaje al árbol, y entonces cambió.

La tormenta murió tan rápidamente como había empezado. Todo el mundo se derrumbó. Incluso la Dama. Pero con el colapso no llegó la inconsciencia. A la escasa luz restante vi a los Tomados que daban vueltas decidir que había llegado su hora. Retrocedieron, ganaron velocidad, trazaron una trayectoria balística a través de la nada, cada uno lanzó cuatro de aquellos venablos de diez metros previstos para matar ballenas del viento. Y yo me quedé sentado con la boca abierta, mano sobre mano con su blanco.

Mediante un esfuerzo de pura voluntad, supongo, la Dama consiguió murmurar:

—Pueden leer el futuro tan bien como yo. —Lo cual no tuvo sentido para mí en aquel momento—. Olvidé eso.

Ocho astas trazaron su arco hacia nosotros.

El Padre Árbol respondió.

Dos alfombras se desintegraron debajo de sus jinetes.

Los venablos estallaron tan alto que nada de su llameante carga alcanzó el suelo.

Los Tomados, en cambio, sí. Cayeron en limpios arcos al interior de un denso arrecife de coral al este de nosotros. Entonces llegó el sueño. Lo último que recuerdo es que los tres ojos de Goblin y Un Ojo habían dejado de ser vidriosos.



44
EL DESPERTAR

Hubo sueños. Interminables, horribles sueños. Algún día, si vivo lo suficiente, si sobrevivo a lo que aún está por venir, puede que los cuente, porque eran la historia de un dios que es un árbol, y de la cosa que sus raíces retienen...

No. Creo que no. Contar una vida de lucha y de horror es suficiente. Y ésta sigue.

La Dama fue la primera que se agitó. Tendió una mano, me pellizcó. El dolor despertó mis nervios. Jadeó, en una voz tan suave que apenas la oí.

—Levántate. Ayúdame. Tenemos que mover su Rosa Blanca.

Aquello no tenía sentido.

—La nada.

Yo estaba temblando. Pensé que era una reacción a lo que fuera que me había derribado.

—La cosa de debajo es de este mundo. El árbol no.

No era yo quien temblaba. Era el suelo. Tan suave pero tan rápido. Y entonces fui consciente de un sonido. Algo muy lejano y muy profundo.

Empecé a hacerme a la idea.

El miedo es un motivador infernal. Conseguí ponerme en pie. Allá arriba, el tintinear del Viejo Padre Árbol se había convertido en un batir enloquecedor. Había pánico en el sonido de sus ramas.

La Dama se levantó también. Nos tambaleamos hacia Linda, sosteniéndonos el uno al otro. Cada tambaleante paso insuflaba más vida a mi perezosa sangre. Miré a los ojos de Linda. Estaba consciente, pero paralizada. Su rostro estaba congelado a medio camino entre el miedo y la incredulidad. La alzamos, pasando cada uno un brazo por debajo de sus hombros. La Dama empezó a contar pasos. No recuerdo ningún otro trabajo tan malditamente penoso. No recuerdo ninguna otra vez en la que corriera tanto impulsado sólo por mi voluntad.

El retemblar de la tierra se convirtió rápidamente en el estremecimiento de unos jinetes al galope, luego en el rugir de una avalancha, luego en un terremoto. El suelo alrededor del Padre Árbol empezó a agitarse y a combarse. Un chorro de llamas y polvo brotó hacia arriba. El árbol dejó escapar un chillido. Un relámpago azul se enredó en su pelo. Apresuramos más nuestra huida ribera abajo y a través del arroyo.

Algo detrás de nosotros empezó a gritar.

Imágenes en mi mente. Lo que estaba brotando lo hacía agónicamente. El Padre

Árbol lo retenía sujeto a los tormentos del infierno. Pero seguía intentándolo, decidido a liberarse.

Ya no miré atrás. Mi terror era demasiado grande. No deseaba ver qué aspecto tenía un antiguo Dominador.

Lo conseguimos. Dioses. De alguna forma la Dama y yo llevamos a Linda lo suficientemente lejos como para que el Padre Árbol recuperara todo su poder de otro mundo.

El chillido ascendió rápidamente en tono y furia; me dejé caer cubriéndome los oídos. Y entonces se cortó.

Al cabo de un tiempo la Dama dijo:

—Matasanos, ve a ver si puedes ayudar a los otros. Es seguro. El árbol venció.

¿Tan rápidamente? ¿Contra tanta furia?

Ponerme en pie pareció un trabajo de toda una noche.

Un nimbo azul brillaba todavía por entre las ramas del Padre Árbol. Podías sentir su irritación desde doscientos metros. Su peso creció a medida que me acercaba.

El terreno alrededor de los pies del árbol apenas parecía alterado, considerando la violencia de hacía unos momentos. Parecía recién arado y rastrillado, eso era todo. Algunos de mis amigos estaban parcialmente cubiertos de tierra, pero ninguno parecía herido. Todos se movían al menos un poco. Los rostros tenían una expresión absolutamente aturdida. Excepto el de Rastreador. Ese terrible personaje no había vuelto a su falsa forma humana.

Había sido de los primeros en ponerse en pie, ayudando plácidamente a los demás, sacudiéndoles el polvo de la ropa con sinceras y amistosas palmadas. Nunca hubieras dicho que hacía tan sólo unos momentos había sido un mortal enemigo. Extraño.

Nadie necesitaba ninguna ayuda. Excepto los árboles andantes y los menhires. Los árboles habían sido derribados. Los menhires... Muchos de ellos estaban también caídos. E incapaces de volver a levantarse por sí mismos.

Eso me hizo estremecer.

Me estremecí de nuevo cuando me acerqué al viejo árbol.

Sobresaliendo del suelo, crispada como si quisiera arrancar la corteza de una raíz, había una mano humana unida a un largo, correoso, verduzco brezo, con las uñas crecidas hasta garras, rotas y sangrantes contra el Padre Árbol. No pertenecía a nadie del Agujero.

Ahora se retorció débilmente.

Destellos azules seguían crepitando encima de ella.

Algo en aquella mano agitó la antigua bestia dentro de mi. Deseé alejarme corriendo y chillando. O agarrar un hacha y mutilarla. No hice ninguna de las dos cosas, porque tuve la clara sensación de que el Padre Árbol estaba observándome y más que un poco irritado, quizá culpándome personalmente por despertar la cosa a la cual pertenecía la mano.



Más tarde se alzó el bote roto de la luna. No fuimos muy lejos antes de que lo hiciera, porque no había suficiente luz de las estrellas como para arriesgar mucho movimiento. Una vez se alzó la luna, la Dama me guió en un lento círculo hacia donde habían caído los Tomados. Nos detuvimos en una zona despejada, arenosa pero no peligrosa. Extendió la manta. Estábamos fuera de la nada.

—Siéntate.

Me senté. Ella se sentó. Pregunté:

—¿Qué...?

—Estáte quieto. —Cerró los ojos y se sumergió dentro de sí misma.

Me pregunté si Silencioso se habría separado de Linda para seguirnos. Me pregunté si mis camaradas estarían haciendo burdos chistes acerca de nosotros mientras trabajaban con los árboles andantes. Me pregunté en qué tipo de maldito juego había caído.

De todos modos has aprendido algo de él, Matasanos.

Al cabo de un rato me di cuenta de que ella estaba de vuelta de donde fuera que había ido.

—Estoy sorprendida —susurró—. ¿Quién hubiera pensado que tuvieran los redaños suficientes?

—¿Eh?

—Nuestros amigos del cielo. Lo esperaba del Renco y de Susurro, dados sus antiguos crímenes. Pero eran Desdén y Ampolla. Aunque hubiera debido sospechar de ella, resulta difícil. Su gran talento es la necromancia.

Otra ronda de pensamientos en voz alta. Me pregunté si lo hacía a menudo. Estoy seguro de que no estaba acostumbrada a tener testigos cuando lo hacía.

—¿Qué quieres decir?

Me ignoró.

—Me pregunto si se lo dijeron a los otros.

Retrocedí un poco, uní unas cuantas cosas. Las adivinaciones de la Dama acerca de tres posibles futuros y ningún lugar para ella en ninguno de ellos. Quizá eso significaba que tampoco había lugar en ellos para los Tomados. Y quizás imaginaban que podían tomar sus futuros en sus propias manos librándose de su ama.

Unos pasos ligeros me sobresaltaron. Pero no me excité. Simplemente imaginé

que Silencioso había decidido seguirnos. Así que me sentí muy sorprendido cuando Linda se sentó con nosotros, sin nadie que la acompañara.

¿Cómo no me había dado cuenta del retorno de la nada? Había estado distraído, por supuesto.

La Dama dijo, como si Linda no hubiera aparecido:

—Todavía no han salido del coral. Es una marcha muy lenta, y ambos están heridos. Y aunque el coral no puede matarlos, puede causarles una gran cantidad de dolor. En estos momentos están tendidos boca arriba, aguardando la primera luz.

—¿Y?

—Puede que no lleguen a salir nunca.

—Linda sabe leer los labios.

—Ella ya lo sabe.

Bueno, he dicho un millar de veces que la chica no es estúpida.

Creo que el conocimiento de Linda estaba implícito en la posición que adopté. Me situó directamente en el hueco entre ellas.

Oh, sí.

Me encontré haciendo de intérprete.

El problema es que no puedo registrar lo que se dijo de uno y otro lado. Porque alguien trasteó con mis recuerdos más tarde. Sólo tuve una oportunidad de tomar notas, y esas notas carecen ahora de todo sentido.

Tuvo lugar alguna especie de negociación. Puedo conjurar todavía una sensación de profundo asombro ante la buena disposición de Linda respecto a hacer un trato. También de sorpresa ante la Dama por el mismo motivo.

Llegaron a un acuerdo. Precario, por supuesto, porque a partir de entonces la Dama se mantuvo muy cerca y me tuvo siempre entre ella y cualquier otro mientras estuvo dentro de la nada. Da una gran sensación, saber que eres un escudo humano... Y Linda se mantuvo siempre cerca de la Dama para impedir que apelara a su poder.

Pero la dejó libre en una ocasión.

Pero me estoy adelantando ligeramente a los acontecimientos. Primero nos deslizamos de vuelta, sin dejar que nadie supiera que se había producido una cumbre. La Dama y yo regresamos después de Linda, intentando parecer como si hubiéramos tenido un encuentro enérgico y total. No pude evitar el esbozar una sonrisa ante algunas miradas envidiosas.

La Dama y yo volvimos a salir fuera de la nada a la mañana siguiente, después de que Linda distrajera a Silencioso, Un Ojo y Goblin enviándolos a tratar con los menhires. El Padre Árbol no podía decidirse. Fuimos en la otra dirección. Y rastreamos a los Tomados.

En realidad había poco que rastrear. Todavía no se habían liberado del coral. La Dama apeló a ese poder que tenía sobre ellos, y dejaron de ser Tomados.

Su paciencia estaba agotada. Quizá deseaba que sirvieran como lección... En cualquier caso unos buitres —auténticos buitres— estaban ya trazando círculos por

encima de ellos antes de que regresáramos al Agujero.

Tan fácil, pensé. Para ella. Y para mí, cuando intenté matar al Renco, con cada maldita cosa que se me puso entre las manos, imposible.

Volvimos a la labor de traducción. Estuvimos tan atareados que no me enteré de las nuevas noticias del exterior. De todos modos, mi mente estaba un poco vacía, ya que ella le había erradicado mis recuerdos de la reunión con Linda.

De todos modos, de alguna forma, la Rosa Blanca se puso a bien de nuevo con el Padre Árbol. Su frágil alianza sobrevivió.

Sí observé una cosa. Los menhires dejaron de incordiarne acerca de forasteros en la Llanura.

Durante todo el tiempo se habían referido a Rastreador y al Perro Matasapos. Y a la Dama. Dos de tres ya no eran forasteros. Nadie sabía lo que había sido del Perro Matasapos. Ni siquiera los menhires pudieron rastrearlo.

Intenté conseguir que Rastreador me explicara el nombre. No podía recordarlo. Ni siquiera el propio Perro Matasapos. Extraño.

Ahora era la criatura de los árboles.



Estaba nervioso. Tenía problemas para dormir. Los días se deslizaban uno tras otro. Allá en el oeste, el Gran Trágico estaba devorando sus orillas. Un monstruo de cuatro patas estaba corriendo hacia su señor con noticias de que había sido descubierto. Linda y la Dama no estaban haciendo nada.

Cuervo permanecía atrapado. Bomanz permanecía atrapado en los largos fuegos que había atraído sobre su cabeza. El fin del mundo estaba cada vez más cerca. Y nadie estaba haciendo nada.

Completé mis traducciones. Y no averigüé nada que no supiera de antes. Parecía. Aunque Silencioso, Goblin y Un Ojo no dejaban de trastear con cuadros de nombres y referencias cruzadas, buscando esquemas. La Dama miraba por encima de sus hombros con más frecuencia que yo. Yo trasteaba con estos Anales. Me preocupaba cómo redactar una petición para la devolución de aquéllos que había perdido en el Puente de la Reina. Estaba nervioso. Me volvía más y más desagradable. La gente empezaba a irritarse conmigo. Empecé a dar paseos a la luz de la luna para quemar mi energía nerviosa.

Una noche, la luna estaba llena, una gran vejiga naranja que estaba escalando las colinas al este. Un gran espectáculo, en especial con una patrulla de mantas cruzando su faz. Por alguna razón el desierto tenía una luminiscencia lila en sus bordes. El aire era helado. Había un polvo finísimo girando en la brisa, caído aquella tarde. Una tormenta de cambio parpadeaba muy lejos al norte...

Un menhir apareció a mi lado. Di un salto de un metro.

—¿Forasteros en la Llanura, roca? —pregunté.

—No hay más forastero que tú, Matasanos.

—Estaba bromeando. ¿Deseas algo?

—No. El Padre de los árboles te desea a ti.

—¿De veras? Ya nos veremos. —Con el corazón martilleando, me encaminé hacia el Agujero.

Otro menhir me bloqueó el camino.

—Está bien. Puesto que insistís. —Fingiendo valor, me encaminé arroyo arriba.

De no hacerlo me hubieran conducido. Mejor aceptar lo inevitable. Menos humillación.

El viento era cortante alrededor del área yerma, pero cuando crucé el límite era

como si entrara en el verano. Ningún viento en absoluto, aunque el viejo árbol estaba tintineando. Y el calor era como el de un horno.

La luna se había alzado lo suficiente para inundar el área yerma con una luz ahora plateada. Me acerqué al árbol. Mi mirada se posó en aquella mano y antebrazo, aún asomando, aún aferrando una raíz, aún, parecía, traicionando alguna ocasional y débil crispación. La raíz, sin embargo, había crecido, y parecía estar envolviendo la mano, como un árbol usado como poste eléctrico envolverá un cable atado a él. Me detuve a metro y medio del árbol.

—Acércate más —dijo el árbol. Con voz clara. En un tono y volumen coloquial.

—¡Hey! —dije, y busqué alguna salida.

Algo así como dos muchimillones de menhires rodeaban el área yerma. ¿Quién pensaba en echar a correr?

—Quédate quieto, efímero.

Mis pies se quedaron clavados en el suelo. Efímero, ¿eh?

—Pediste ayuda. Exigiste ayuda. Gimoteaste y suplicaste y mendigaste ayuda. Quédate quieto y acéptala. Acércate más.

—Lo reconsideraste. —Di dos pasos. Otro se hubiera subido a sus ramas.

—Lo he reconsiderado, sí. Esta cosa que teméis vosotros los efímeros, bajo el suelo tan lejos de aquí, sería un peligro para mis criaturas si se alzara. No capto ninguna fuerza significativa en aquéllos que se le resisten. En consecuencia...

Lamentaba interrumpir, pero simplemente tuve que gritar. Entiendan, algo me había agarrado por el tobillo. Estaba apretando tan fuerte que sentí crujir los huesos. Como si los estuvieran aplastando. Lo siento, viejo.

El universo se volvió azul. Rodé en un huracán de furia. Los relámpagos rugieron en las ramas del Padre Árbol. El trueno rodó por el desierto. Grité un poco más.

Rayos azules martillaron a mi alrededor, crispándome casi tanto como mi atormentador. Pero al final la mano me soltó.

Intenté echar a correr.

Un paso, y caí de bruces. Seguí adelante, arrastrándome, mientras el Padre Árbol se disculpaba e intentaba llamarme de vuelta.

Y un infierno. Me arrastraría a través de los menhires si era necesario...

Mi mente se llenó con un sueño vigil. El Padre Árbol me transmitió un mensaje directo. Luego el suelo quedó quieto, excepto el susurrar de los menhires al desaparecer.

Una gran conmoción en la dirección del Agujero. Toda una multitud salió para averiguar la causa del estrépito. Silencioso fue el primero en llegar a mi lado.

—Un Ojo —dije—. Necesito a Un Ojo. —Es el único además de mí con formación médica. Y contrariamente a lo que parece, puedo contar con él para recibir instrucciones médicas.

Un Ojo se presentó al momento, junto con veinte más. La guardia había reaccionado rápidamente.

—El tobillo —le dije—. Quizás aplastado. Que alguien traiga una luz aquí. Y una maldita pala.

—¿Una pala? ¿Se te ha ido la sesera? —preguntó Un Ojo.

—Simplemente tráela. Y haz algo con el dolor.

Elmo se materializó, abrochándose todavía hebillas.

—¿Qué ha ocurrido, Matasanos?

—El Viejo Árbol quería hablar. Hizo que las rocas me trajeran hasta él. Dice que quiere ayudarnos. Sólo que mientras yo estaba escuchando, esa mano me agarró. Como si quisiera arrancarme el pie. El colmo sería que el árbol hubiera dicho: «Deja de hacer eso. No es educado».

—Córtale la lengua después de que le hayas arreglado la pierna —le dijo Elmo a Un Ojo—. ¿Qué es lo que quería, Matasanos?

—¿Has perdido las orejas? Ayudar con el Dominador. Dijo que lo había reconsiderado. Decidió que era bueno para sus intereses mantener al Dominador bajo tierra. Echadme una mano.

Los esfuerzos de Un Ojo estaban dando resultado. Había aplicado uno de sus potingues malolientes de la jungla a mi tobillo —ya se había hinchado hasta tres veces su tamaño normal— y el dolor estaba menguando.

Elmo sacudió la cabeza.

Dije:

—Romperé vuestras malditas patas si no me ayudáis. —Así que él y Silencioso me sujetaron y sostuvieron mí peso—. Traed las palas —dije. Aparecieron media docena. Eran simples herramientas para abrir trincheras, no auténticas herramientas de cavar—. Vosotros, chicos, si insistís en ayudar, llevadme de vuelta al árbol.

Elmo gruñó. Por un momento pensé que Silencioso iba a decir algo. Le miré expectante, sonriendo. Llevaba aguardando veintitantos años.

No hubo suerte.

Fuera cual fuese el voto que había hecho, fuera lo que fuese lo que le había impulsado a abstenerse de hablar, había puesto una cerradura de acero en su boca. Le he visto tan irritado que mascaría clavos, tan excitado como para perder el control de sus esfínteres, pero nada ha sacudido nunca su resolución contra hablar.

Todavía había destellos azules en las ramas del árbol. Las hojas tintineaban. La luz de la luna y la de las antorchas se mezclaba para formar extrañas sombras que los destellos enviaban danzando...

—Rodeadlo; al otro lado —dije a mis esclavos. No lo había visto, de modo que tenía que estar al otro lado del tronco.

Ajá. Allí estaba, a unos seis metros de la base del árbol. Un retoño joven, de poco menos de dos metros de alto.

Un Ojo, Silencioso, Goblin, todos los demás, miraron y abrieron la boca como monos asombrados. Pero no Elmo.

—Traed unos cuantos cubos de agua y empapad bien el suelo —dijo—. Y buscad

una manta vieja que podamos enrollar alrededor de las raíces y la tierra que salga con ellas.

Lo había captado de inmediato. Maldito granjero.

—Llevadme abajo —dije—. Quiero ver yo mismo este tobillo, con mejor luz.

De regreso, con Elmo y Silencioso sosteniéndome, nos encontramos con la Dama. Hizo una actuación convenientemente solícita, atareándose a mi alrededor. Tuve que soportar un montón de sonrisas insinuantes.

Sólo Linda conocía la verdad. Con quizás alguna ligera sospecha por parte de Silencioso.



47
SOMBRAS EN EL PAÍS DE LAS SOMBRAS

No existía el tiempo dentro del Túmulo, sólo sombra y fuego, luz sin fuente, e interminables miedo y frustración. Desde donde estaba, atrapado en la red de su propio artificio, Cuervo podía discernir una docena de monstruos de la Dominación. Podía ver hombres y bestias depositados allí en la época de la Rosa Blanca para impedir que aquellas malignidades escaparan. Podía ver la silueta del hechicero Bomanz delineada contra el congelado fuego de un dragón. El viejo hechicero se esforzaba aún en dar un paso más hacia el corazón del Gran Túmulo. ¿No sabía que había fracasado hacía generaciones?

Cuervo se preguntó cuánto tiempo llevaba atrapado. ¿Habían conseguido sus mensajes llegar a su destino? ¿Acudiría algún tipo de ayuda? ¿Estaba simplemente marcando el tiempo hasta que estallara la oscuridad?

Si había un reloj que marcara el tiempo, era la creciente inquietud de aquellos seres puestos como guardianes contra la oscuridad. El río mordía el terreno cada vez más cerca. No había nada que ellos pudieran hacer. No había forma para ellos de apelar a la ira del mundo.

Cuervo pensó que hubiera podido hacer las cosas de una forma distinta si hubiera estado a cargo de todo en aquel momento.

Recordó vagamente el paso de algunas cosas cerca, sombras como él mismo. Pero no sabía cuánto tiempo hacía de ello, o siquiera quiénes eran. El mundo tenía un aspecto completamente distinto desde esta perspectiva.

Nunca se había sentido tan impotente, tan asustado. No le gustaba la sensación. Siempre había sido dueño de su destino, sin depender de nadie...

En aquel mundo no podía hacer nada excepto pensar. Demasiadas veces, demasiado a menudo, sus pensamientos regresaban a lo que significaba ser Cuervo, las cosas que Cuervo había hecho y no había hecho y hubiera debido hacer de forma diferente. Había tiempo para identificar y al menos enfrentarse a todos los miedos y dolores y debilidades interiores del hombre, todos los cuales habían creado la máscara de hielo y hierro y osadía que había presentado al mundo. Todas esas cosas que le habían costado todo lo que había valorado en su vida y que lo habían empujado a los colmillos de la muerte una y otra vez, como un autocastigo.

Demasiado tarde. Muy demasiado tarde.

Cuando sus pensamientos se aclararon y coagularon y alcanzó este punto, envió chillidos de ira que resonaron por todo el mundo del espíritu. Y aquellos que lo rodeaban y que lo odiaban por lo que podía haber desencadenado rieron y gozaron de su tormento.



Pese a haber sido exonerado por el árbol, nunca recobré mi anterior status con mis camaradas. Siempre había una cierta reserva, quizá tanto por la envidia de mi repentina y aparente riqueza femenina como porque la confianza es lenta en curar. No puedo negar el dolor que aquello me causó. Había estado con ellos desde que era un muchacho. Eran mi familia.

Cargué un poco las tintas acerca de tener que ir con muletas a fin de ser eximido de mi trabajo. Pero podía seguir haciendo mi trabajo aunque no tuviera piernas.

Esos malditos papeles. Me los había metido en la memoria, los había convertido en música. Y todavía no tenía la clave que buscaba, ni tampoco la que la Dama esperaba encontrar. Las referencias cruzadas estaban tomando una eternidad. El deletreo de los nombres, en tiempos de la Predominación y la Dominación, era libre. El TelleKurre es uno de esos lenguajes en los que varias combinaciones de letras pueden representar idénticos sonidos.

Dolor en los malditos cimientos.

No sé cuánto les dijo Linda a los demás. No estuve en la Gran Reunión. Tampoco la Dama. Pero la noticia no tardó en difundirse: la Compañía iba a moverse.

Tenían un día para prepararse.

Allá arriba, cerca de la caída de la noche, en mis muletas, observé la llegada de las ballenas. Eran dieciocho, todas llamadas por el Padre Árbol. Acudieron con sus mantas y toda una panoplia de formas sintientes de la Llanura. Descendieron hasta el suelo. El Agujero vomitó su contenido.

Empezamos a embarcar. Tuve que ser subido a la mía, con mis papeles, mi equipo y mis muletas. La ballena era una de las pequeñas. La compartiría con pocas personas. La Dama, por supuesto. No podíamos separarnos ahora. Y Goblin. Y Un Ojo. Y Silencioso tras un sangriento signo de batalla, porque no deseaba separarse de Linda. Y Rastreador. Y el retoño del árbol, porque Rastreador era su guardián y yo actuaba in loco parentis. Creo que se suponía que los hechiceros debían de mantenernos vigilados al resto de nosotros, aunque poco podían hacer si se presentaba la situación.

Linda, el Teniente, Elmo y los otros antiguos abordaron una segunda ballena del viento. La tercera llevaba un puñado de tropas y un montón de equipo.

Nos alzamos, nos unimos a la formación de arriba.

Un atardecer desde mil quinientos metros de altura es algo completamente distinto a todo lo que haya visto uno desde el suelo. A menos que te halles en la cumbre de una montaña muy solitaria. Es algo magnífico.

Con la oscuridad llegó el sueño. Un Ojo me sumió en él con un conjuro. Todavía tenía una buena cantidad de hinchazón y de dolor.

Sí. Estábamos fuera de la nada. Nuestra ballena volaba en el flanco más alejado de Linda. Específicamente en beneficio de la Dama.

Ni siquiera entonces se traicionó a sí misma.

Los vientos eran favorables y teníamos la bendición del Padre Árbol. El amanecer nos halló pasando por encima de Caballo. Fue allí cuando la verdad afloró finalmente a la superficie.

Aparecieron los Tomados, todos en sus alfombras—pez, armados hasta las branquias. Los sonidos de pánico me despertaron. Hice que Rastreador me ayudara a ponerme en pie. Tras una ojeada al fuego del sol naciente, espí a los Tomados derivar a posiciones de guardia alrededor de nuestra ballena. Goblin y ellos esperaban un ataque. Aullaron con todo su corazón. De alguna forma Un Ojo halló un modo de culpar de todo a Goblin. Se pusieron a discutir.

Pero no ocurrió nada. También casi para mi sorpresa. Los Tomados mantuvieron simplemente sus posiciones. La Dama me sobresaltó con un guiño. Luego:

—Todos tenemos que cooperar, sean cuales sean nuestras diferencias.

Goblin oyó aquello. Ignoró los exabruptos de Un Ojo por un momento, miró a los Tomados. Al cabo de un momento miró a la Dama. Realmente miró.

Vi como se iluminaba su rostro. Con una voz más chillona que lo normal, y con una expresión realmente ridícula, dijo:

—Te conozco. —Recordaba la vez que había tenido una especie de contacto directo con ella. Hacía muchos años, cuando intentó contactar con Atrapaalmas, la había atrapado en la Torre, en presencia de la Dama...

Ella sonrió con su sonrisa más encantadora. Ésa que hace fundirse las estatuas.

Goblin se llevó una mano a los ojos, se volvió apartándose de ella. Me miró con la más horrible de las expresiones. No pude impedir el echarme a reír.

—Tú siempre me acusaste...

—¡No tenías que haber ido y hacerlo, Matasanos! —Su voz ascendió la escala hasta que se hizo inaudible. Se sentó bruscamente.

Ningún rayo lo golpeó desde el cielo. Tras un tiempo, alzó la vista y dijo:

—¡Elmo va a cagarse! —Se echó a reír.

Elmo había sido el más perseverante de todos cuando se trataba de recordarme mis romances con la Dama.

Después de que el humor hubiera desaparecido del asunto, después de que Un Ojo hubiera pasado también por todo el proceso, y Silencioso hubiera visto sus peores miedos confirmados, empecé a preguntarme acerca de mis amigos.

Todos habían partido hacia el oeste por indicación de Linda. No habían sido

informados en absoluto de que nos habíamos aliado con nuestros anteriores enemigos.

Estúpidos. ¿O era Linda? ¿Qué había ocurrido una vez el Dominador estuvo bajo tierra y nos preparamos de nuevo para lanzarnos los unos contra los otros...?

Vamos, Matasanos. Linda aprendió de Cuervo a jugar a las cartas. Como jugador, Cuervo era un degollador.

A la medianoche estábamos en el Bosque Nuboso. Me pregunto qué pensaron de nosotros en Lords. Pasamos inmediatamente por encima. Las calles se llenaron de boquiabiertos espectadores.

Pasamos también Rosas de noche. Luego las otras antiguas ciudades de nuestros primeros años en el norte. Hubo poco intercambio de palabras. La Dama y yo mantuvimos unidas nuestras cabezas, sintiéndonos más y más tensos a medida que nuestra extraña flota se acercaba a su destino y no estábamos más cerca de desenterrar las pepitas que buscábamos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté. Había perdido el rastro del tiempo.

—Cuarenta y dos días —dijo.

—¿Tanto tiempo estuvimos en el desierto?

—El tiempo vuela cuando te lo pasas bien.

La miré sorprendida. ¿Un chiste? ¿Incluso un viejo cliché? ¿De ella?

Lo odio cuando se ponen humanos contigo. Se supone que los enemigos no hacen eso.

Ella había estado arrastrándose sobre mí durante un par de meses.

¿Cómo puedes odiar?

El tiempo se mantuvo medio decente hasta que alcanzamos Forsberg. Entonces se convirtió en algo miserable.

Era sólido invierno ahí arriba. Vivos vientos refrescantes cargados con pellas de nieve en polvo. Un buen abrasivo para un rostro tierno como el mío. Un bombardeo para limpiar las pulgas de los lomos de las ballenas también. Todo el mundo maldecía y se agitaba y gruñía y se acurrucaba buscando un calor que no podía proporcionarle el tradicional aliado del hombre, el fuego. Sólo Rastreador parecía intocado.

—¿Nada molesta a esa cosa? —pregunté.

Con la voz más extraña que nunca le haya oído usar, la Dama respondió:

—La soledad. Si deseas matar a Rastreador de la manera fácil, enciérralo a solas y márchate.

Sentí un estremecimiento que no tenía nada que ver con el tiempo. ¿A quién conocía que había estado solo un largo tiempo? ¿Quién quizá, sólo quizá, había empezado a preguntarse si el poder absoluto merecía un precio absoluto?

Supe más allá del atisbo de toda duda que había gozado de cada segundo de fingimiento en la Llanura. Incluso de los momentos de peligro. Supe que si hubiera tenido un poco más de valor, en los últimos días, hubiera podido convertirme en algo más que en un pretendido amigo sentimental. Había una creciente y suave

desesperación en aquellos momentos a medida que se iba transformando de nuevo un poco cada vez más en la Dama.

Algo de eso podía haberse apropiado de su ego, porque se enfrentaba a unos tiempos realmente críticos para ella. Estaba bajo grandes cantidades de estrés. Conocía al enemigo al que nos enfrentábamos. Pero no todo era ego. Creo que en realidad yo le gustaba como persona.

—Tengo una petición —dije con voz suave en medio del amontonamiento, alejando los pensamientos causados por una mujer apretada contra mí.

—¿Cuál?

—Los Anales. Son todo lo que queda de la Compañía Negra. —La depresión se había instalado con rapidez—. Fue una obligación iniciada hace muchos años, cuando se formaron las Compañías Libres de Khatovar. Si alguno de nosotros termina esto vivo, alguien debería devolverlos.

No sé si lo entendió, pero:

—Son tuyos —dijo.

Quise explicarme, pero no pude. ¿Por qué llevarlos de vuelta? No estoy seguro de dónde se suponía que debíamos ir. Durante cientos de años la Compañía derivó lentamente hacia el norte, creciendo, menguando, cambiando sus constituyentes. No tengo ni la menor idea de si Khatovar todavía existe, o de si es una ciudad, un país, una persona o un dios. Los Anales de los años más antiguos o bien no sobrevivieron o volvieron ya a casa. No he visto más que resúmenes o extractos del siglo más antiguo... No importa. Parte de la misión del Analista ha sido siempre devolver los Anales a Khatovar si la Compañía resulta desbandada.

El tiempo empeoró. En Galeote parecía activamente hostil, y puede que lo fuera. Esa cosa debajo de tierra debía de saber que estábamos llegando.

Justo al norte de Galeote todos los Tomados se alejaron y cayeron repentinamente como rocas.

—¿Qué demonios?

—El Perro Matasapos —dijo la Dama—. Hemos tropezado con él. Todavía no ha alcanzado a su amo.

—¿Pueden detenerlo?

Me asomé por el borde de la ballena. No sé lo que esperaba ver. Estábamos por encima de las nubes de nieve.

Hubo unos cuantos destellos allá abajo. Cuando volvieron los Tomados, la Dama pareció disgustada.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—El monstruo se ha vuelto hábil. Llovió en la nada allá donde roza el suelo. La visibilidad es demasiado pobre para ir tras él.

—¿Significa esto alguna diferencia?

—No. —Pero no sonó enteramente confiada.

El tiempo empeoró. Pero las ballenas siguieron, impertérritas. Alcanzamos el

Túmulo. Mi grupo fue hacia el recinto de los Guardias. Linda se situó encima del Diablo Azul. Los límites de la nada cayeron justo por encima del muro del recinto.

El coronel Dolce en persona nos dio la bienvenida. El buen viejo Dolce que pensé que estaba muerto. Ahora cojeaba. No puedo decir que se mostrara sociable. Pero aquélla era una época en la que nadie lo era.

El ordenanza que nos fue asignado fue nuestro viejo amigo Lance.



49
EL LABERINTO INVISIBLE

La primera vez que apareció, Lance cabalgó por los límites del pánico. El hecho de que yo actuara como un tío amistoso no lo tranquilizó. La Dama representando su papel casi lo pateó más allá del borde de la histeria. Tener a Rastreador acechando por los alrededores en su forma natural no fue de ninguna ayuda tampoco.

Un Ojo, de entre todos, fue el que lo calmó. Le preguntó por Cuervo y por cómo se encontraba, y eso hizo el trabajo.

Yo tuve mi propio caso de casi histeria. Horas después de posarnos, antes incluso de que me hubiera repuesto del viaje, la Dama trajo a Susurro y al Renco para hacer una doble comprobación de nuestras traducciones.

Se suponía que Susurro debía comprobar si faltaban algunos papeles. Se suponía que el Renco se sumergiría en sus recuerdos de los viejos tiempos para buscar conexiones que se nos hubieran podido pasar por alto. Al parecer, él estaba mucho más versado en el torbellino social de la primera Dominación.

Sorprendente. No podía imaginar aquel trozo de desecho humano lleno de odio siendo en algún momento de su vida algo más que la maldad personificada.

Llamé a Goblin para que mantuviera un ojo atento a aquellos dos mientras yo me alejaba para ir a ver a Cuervo. Todos los demás habían ido ya a echarle una mirada.

Ella estaba allí, reclinada contra una pared, mordisqueándose una uña, sin mirar a nada como la gran zorra que había atormentado al mundo durante los dioses sabían cuántos años. Como he dicho antes, odio cuando se vuelven humanos. Y ella era humana y luego un poco más. Absolutamente asustada.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté, y luego, cuando vi su disposición—: ¿Qué ocurre?

—No ha cambiado. Han cuidado bien de él. No hay nada que unos pocos milagros no curen.

Me atreví a alzar una ceja interrogadora.

—Todas las salidas están cerradas, Matasanos. Me he encaminado por un túnel hacia abajo. Mis elecciones se han ido haciendo más y más angostas, y cada una es peor que la otra.

Me dejé caer en la silla que utilizaba Lance mientras vigilaba a Cuervo, empecé a jugar al médico. Innecesariamente, pero me gustaba verlo por mí mismo. Medio distraído, dije:

—Supongo que es muy solitario, ser reina del mundo.

Un ligero carraspeo.

—Te estás volviendo muy osado.

¿De veras?

—Lo siento. Estaba pensando en voz alta. Una costumbre poco saludable que se sabe que es una causa importante de hematomas y hemorragias. Parece que está bien. ¿Crees que el Renco y Susurro ayudarán?

—No. Pero hay que intentar todos los ángulos.

—¿Qué hay de Bomanz?

—¿Bomanz?

La miré. Parecía honestamente desconcertada.

—El hechicero que te hizo volver.

—Oh. ¿Qué hay con él? ¿En qué puede contribuir un hombre muerto? Dispuse de mi necromante... ¿Sabes algo que yo no sé?

Era malditamente improbable. Me había tenido bajo el Ojo. Sin embargo...

Me debatí durante medio minuto, no deseoso de ceder sin haber conseguido aunque sólo fuera un cabello de ventaja. Luego:

—He sabido por Goblin y Un Ojo que está perfectamente sano. Que se halla atrapado en el Túmulo. Como Cuervo, sólo que incluido el cuerpo.

—¿Cómo puede ser eso?

¿Era posible que se le hubiera pasado aquello por alto mientras me estaba interrogando? Supongo que si no haces las preguntas correctas, no recibirás las respuestas correctas.

Reflexioné en todo lo que habíamos hecho juntos. Había resumido para ella los informes de Cuervo, pero ella no había leído aquellas cartas. De hecho... Los originales, de los cuales Cuervo extrajo su historia, estaban en mis aposentos. Goblin y Un Ojo cargaron con ellos todo el camino hasta la Llanura sólo para asegurarse de que llegaban bien. Nadie los había examinado con detenimiento porque repetían una historia ya contada...

—Mierda —dije, levantándome—. Vuelvo en dos minutos.

Los ojos de pez de Goblin se clavaron en mí cuando entré.

—Que sean unos cuantos minutos más. Se me ha ocurrido algo.

Revolví en la caja donde habían viajado los documentos de Cuervo. Sólo el manuscrito original de Bomanz residía ahora en ella. Volví a salir, ignorado por los Tomados.

Una hermosa sensación, realmente, estar ante sus miradas. Lástima que sólo fuera porque estaban luchando por su existencia. Como el resto de nosotros.

—Bien. Éste es el manuscrito original. Lo examiné una vez, ligeramente, para comprobar la transcripción de Cuervo. Me pareció bien, aunque dramatizaba e inventaba diálogo. Pero los hechos y los personajes son puro Bomanz.

La Dama leyó con increíble rapidez.

—Trae la versión de Cuervo.

Ida y vuelta, bajo el gruñir y el ceño fruncido de Goblin a mi espalda que se alejaba.

—¿Cuánto tiempo son unos cuantos minutos en estos días, Matasanos?

La Dama hojeó éstos también rápidamente. Y pareció pensativa cuando terminó.

—¿Y bien? —pregunté.

—Hay algo aquí. En realidad, es algo que no está aquí. Dos preguntas. En primer lugar, ¿quién escribió esto? ¿Y dónde está la piedra en Galeote mencionada por el hijo?

—Supongo que Bomanz escribió la mayor parte del original y su esposa lo terminó.

—¿Habría usado él la primera persona?

—No necesariamente. Es posible que las convenciones literarias de la época lo prohibieran. Cuervo se burlaba a menudo de mí por incluirme demasiado en los Anales. Él venía de una tradición diferente.

—Bien, aceptaré esto como hipótesis. Siguiente pregunta: ¿Qué fue de la mujer?

—Procedía de una familia de Galeote. Supongo que volvió a ella.

—¿Cuando se supo que era la esposa del hombre responsable de liberarme?

—¿Lo era? Bomanz era un nombre supuesto.

Eché mi objeción a un lado.

—Susurro consiguió esos documentos en Lords. Como un lote. Nada conecta a Bomanz con ellos excepto su historia. Tengo la sensación de que fueron reunidos en una fecha posterior. Pero sus papeles. ¿Qué sucedió entre el tiempo en que los dejaron aquí y el tiempo en que Susurro los encontró? ¿Se han perdido algunos fundamentales? Es hora de que consultemos a Susurro.

Ese nosotros, por supuesto, no me incluía a mí.

Fuera como fuese, se había prendido el fuego. Antes de que transcurriera mucho tiempo, los Tomados se lanzaban hacia lugares lejanos. A los dos días Beneficio entregó la piedra mencionada por el hijo de Bomanz. Resultó ser inútil. Algunos Guardias se habían apropiado de ella y la habían usado como peldaño en la entrada de sus acuartelamientos.

Capté algunas alusiones ocasionales a una búsqueda en progreso al sur de Galeote, a lo largo de la ruta que había tomado Jazmín tras huir del Túmulo, viuda y engañada. Resultaba difícil hallar huellas tan antiguas, pero los Tomados poseen notables habilidades.

Otra búsqueda avanzaba desde Lords.

Tuve el dudoso placer de estar con el Renco mientras éste señalaba todos los errores que habíamos cometido traduciendo los nombres en UchiTelle y TelleKurre. Parece que no sólo el deletreo no era uniforme en aquellos días, sino tampoco el alfabeto. Y algunas de las personas mencionadas no eran de origen UchiTelle o TelleKurre, sino forasteros que habían adaptado sus nombres al uso local. El Renco

se ocupó de elaborar las cosas al revés.

Una tarde Silencioso me hizo el gran signo. Había estado espiando ocasionalmente por encima del hombro del Renco con más devoción que yo.

Había hallado un esquema.



Linda posee una autodisciplina que me asombra. Durante todo aquel tiempo que estuvo en el Diablo Azul, ni una sola vez se rindió al deseo de ver a Cuervo. Podías ver en ella el dolor cada vez que surgía su nombre, pero estuvo resistiendo durante un mes.

Pero finalmente fue, como supimos que haría inevitablemente, con el permiso de la Dama. Intenté ignorar enteramente su visita. E hice que Silencioso, Goblin y Un Ojo se mantuvieran alejados también, aunque con Silencioso fue difícil. Finalmente aceptó; era algo privado, sólo para ella, y no serviría en nada a sus intereses el que asomara la nariz.

Si yo no podía ir hasta ella, ella vendría a mí. Para estar juntos un momento, mientras todos los demás estaban atareados en alguna otra parte. Para un abrazo, para recordarle que había quien se preocupaba por ella. Para obtener un poco de apoyo moral mientras elaboraba mentalmente algo.

Hizo signos:

—Ya no puedo negarlo, ¿verdad? —Y unos minutos más tarde—: Todavía tengo ese lugar especial para él. Pero tendrá que ganarse su camino de vuelta hasta ahí. —Lo cual era el equivalente de nuestros pensamientos en voz alta.

En aquellos momentos me sentía más cerca de Silencioso que de Cuervo. Siempre había respetado a Cuervo por su dureza y su intrepidez, pero nunca me había sentido como él. Me gustaba Silencioso, y le deseaba todo lo mejor.

Hice signos:

—No romperás tu corazón si descubres que ya es demasiado viejo para cambiar.

El asomo de una sonrisa.

—Mi corazón se rompió hace mucho tiempo. No. No tengo esperanzas. Éste no es un mundo de cuento de hadas.

Eso era todo lo que tenía que decir. No lo tomé en serio hasta que acontecimientos posteriores empezaron a iluminarlo.

Ella vino y se fue, dolorida por la muerte de los sueños, y no vino más.

En los momentos en que sus necesidades lo llamaban lejos, copiábamos todo lo que el Renco había dejado atrás y lo comparábamos con nuestros propios diagramas.

—Oh, hey —jadeé en una ocasión—. Oh, hey.

Había un señor de un lejano reino occidental. Un barón Senjak que había tenido

cuatro hijas que se decía que competían las unas con las otras en su belleza. Una de ellas llevaba el nombre de Ardath.

—Ella mintió —susurró Goblin.

—Quizás —admití—. Lo más probable es que ella no lo supiera. De hecho, no podía saberlo. Como tampoco podía saberlo nadie más, realmente. Sigo sin ver cómo Atrapaalmas podía haber estado convencida de que el auténtico nombre del Dominador estaba ahí dentro.

—Quizás en realidad fuera un deseo —aventuró Un Ojo.

—No —dije—. Puede decirse que ella sabía lo que tenía. Simplemente no sabía cómo desentrañarlo.

—Igual que nosotros.

—Ardath está muerta —dije—. Eso deja tres posibilidades. Pero si se presenta la ocasión de utilizarlas, solo dispondremos de un tiro.

—Cataloga todo lo demás que sabemos.

—Atrapaalmas era una hermana. Nombre aún desconocido. Ardath pudo ser la gemela de la Dama. Creo que era mayor que Atrapaalmas, aunque fueron niñas a la vez, no separadas por demasiados años. De la cuarta hermana no sabemos nada.

Silencioso hizo signos:

—Tienes cuatro nombres y sus familias. Consulta las genealogías. Descubre quién se casó con quién.

Dejé escapar un gruñido. Las genealogías estaban en el Diablo Azul. Linda las había hecho cargar en la ballena de carga con todo lo demás.

Se nos acababa el tiempo. La tarea me intimidaba. No puedes meterte en esas genealogías con sólo un nombre de mujer y hallarlo todo fácilmente. Tienes que buscar a un hombre que se casara con la mujer que estás investigando y esperar que quien lo registró fuera lo suficientemente concienzudo como para mencionar el nombre de ella.

—¿Cómo vamos a manejar todo esto? —pregunté—. ¿Teniendo en cuenta que sólo yo puedo descifrar esas pisadas de pollo? —Luego una brillante idea. Si se me permite decirlo—. Rastreador. Pondremos a trabajar a Rastreador. No tiene nada que hacer excepto vigilar ese arbolito. Puede hacerlo perfectamente en el Diablo Azul y leer viejos libros al mismo tiempo.

Eso era más fácil de decir que de hacer. Rastreador estaba completamente concentrado en su nuevo amo. Conseguir que el mensaje penetrara en su cerebro de guisante fue una empresa enorme. Pero cuando lo conseguimos no hubo forma de detenerle.

Una noche, mientras dormía acurrucado bajo mis mantas, ella apareció en mis aposentos.

—Arriba, Matasanos.

—¿Eh?

—Vamos a volar un poco.

—¿Eh? No quiero ser irrespetuoso, pero es pasada medianoche. He tenido un día duro.

—Arriba.

Bueno, uno no discute las órdenes de la Dama.



Caía una lluvia helada. Todo estaba glaseado con cristales de hielo.

—Todo cálido por ahí, ¿eh? —dije.

Aquella noche ella no tenía sentido del humor. Hizo un esfuerzo por ignorar mi observación. Me condujo hasta una alfombra. Tenía una cúpula de cristal cubriendo los asientos delanteros. Era un rasgo reciente añadido al aparato del Renco.

La Dama utilizó un poco de magia pequeña para fundir el hielo.

—Asegúrate de que está sellado hermético —me dijo.

—A mí me parece bien.

Despegamos.

De pronto me hallé tendido sobre mi espalda. El morro de pez apuntaba hacia unas invisibles estrellas. Ascendimos a una terrible velocidad. Por un momento esperé que íbamos a llegar hasta tan alto que no podría respirar.

Llegamos hasta tan alto. Y más alto aún. Atravesamos las nubes. Y comprendí el significado de la cúpula.

Mantén un aire respirable dentro de ella. Lo cual significaba que las ballenas del viento no podían ascender más alto que los Tomados. Siempre por delante, la Dama y su pandilla.

Pero ¿para qué infiernos era todo aquello?

—Aquí. —Un suspiro de decepción. Una confirmación de que una sombra oscurecía las esperanzas. Señaló.

Lo vi. Supe lo que era, porque lo había visto antes, en los días de la larga retirada que había terminado con la batalla delante de la Torre. El Gran Cometa. Pequeño, pero inconfundible con su forma única de cimitarra plateada.

—No puede ser. Su llegada no está prevista hasta dentro de veinte años. Los cuerpos celestes no cambian sus ciclos.

—No lo hacen. Eso es axiomático. Así que tal vez los señaladores de axiomas están equivocados.

Inclinó la alfombra hacia abajo.

—Anótalo en tus escritos, pero no lo menciones en ninguna otra parte. Nuestra gente ya está bastante trastornada.

—Correcto. —Ese cometa era una fijación en las mentes de los hombres.

Hacia abajo hasta el núcleo de la noche del Túmulo. Nos situamos encima del

propio Gran Túmulo, a sólo doce metros de altura. El maldito río estaba cerca. Los fantasmas danzaban en la lluvia.

Chapoteé hasta los barracones en un profundo entumecimiento, comprobé el calendario.

Faltaban doce días.

El viejo bastardo estaba probablemente ahí fuera riéndose con su perro favorito, el PerroMatasapos.



Algo que yace en esa mente dentro de la mente no quería soltarme. Me agité y me di la vuelta, me desperté, me dormí de nuevo, y finalmente, en las horas anteriores a la madrugada, asomé a la superficie. Me levanté y me puse a hojear papeles.

Hallé aquella parte que hizo a la Dama jadear una vez, me sumergí en aquella interminable lista de invitados hasta que hallé a un lord Senjak y sus hijas Ardath, Credencia y Sylith. La más joven, una tal Dorotea, añadía el cronista, no había podido asistir.

—¡Ja! —croé—. La búsqueda se estrecha.

No había más información, pero eso era un triunfo. Suponiendo que la Dama fuera una gemela y Dorotea fuese la más joven y Ardath estuviera muerta, las posibilidades estaban ahora en un cincuenta por ciento. Una mujer llamada Sylith o una mujer llamada Credencia. ¿Credencia? Así era como se traducía.

Me sentí tan excitado que no pude volverme a dormir. Incluso aquel maldito cometa fuera de programa voló fuera de mis pensamientos.

Pero la excitación pareció triturada por las piedras de moler del tiempo. Nada resultó de los Tomados que rastreaban la vida y los papeles de Bomanz. Sugerí a la Dama que recurriera a la propia fuente. Pero ella no estaba preparada para el riesgo. Todavía no.

Nuestro viejo y estúpido amigo Rastreador produjo otra gema cuatro días después de que yo eliminara a la hermana Dorotea. El gran simplón había estado leyendo genealogías toda la noche.

Silencioso vino del Diablo Azul con una expresión que me dijo que había ocurrido algo bueno. Me arrastró fuera, hacia la ciudad, al interior de la nada. Me dio un trozo de mojado papel. Decía, en el simple estilo de Rastreador:

Tres hermanas se casaron. Ardath se casó dos veces, primero con el barón Kaden de Piedradardo, que murió en batalla. Seis años más tarde se casó con Erin SinPadre, un sacerdote sin tierras del dios Vancer, de una ciudad llamada Hondero, en el reino de Vye. Credencia se casó con Bartelmo de Bordada, un renombrado hechicero. Creo recordar que Bartelmo de Bordada se convirtió en uno de los Tomados, pero mi memoria no es de fiar.

No me digas.

Dorotea se casó con Zatará, príncipe heredero de Impulso. Sylith nunca se casó.

A continuación Rastreador demostraba que, por lento que pudiera ser, ocasionalmente afloraba alguna idea del fangal de su mente.

Los registros de fallecimientos revelan que Ardath y su esposo, Erin SinPadre, un sacerdote sin tierras del dios Vancer, de una ciudad llamada Hondero, en el reino de Vye, fueron muertos por unos bandidos mientras viajaban entre Torno y Ova. Mi poco fiable memoria recuerda que esto tuvo lugar sólo meses antes de que el Dominador se proclamara a sí mismo.

Sylith se ahogó en una inundación del Río Sueño algunos años antes, barrida por la corriente ante incontables testigos, Pero su cuerpo no fue hallado nunca.

Teníamos un testigo ocular. Nunca se me había ocurrido pensar en Rastreador de aquel modo, aunque el conocimiento había estado allí para ser reconocido. Quizá pudiéramos hallar alguna forma de acceder a sus recuerdos.

Credencia pereció en la lucha cuando el Dominador y la Dama tomaron Bordada en los primeros días de sus conquistas. No hay ningún registro de la muerte de Dorotea.

—Maldita sea —dije—. El viejo Rastreador vale algo después de todo.

—Suenan confuso, pero la razón debería proporcionar algo —hizo signos Silencioso.

Más que algo. Sin trazar gráficos, conectando a todas aquellas mujeres, me sentí lo bastante confiado como para decir:

—Sabemos que Dorotea es Atrapaalmas. Sabemos que Ardath no es la Dama. En cuanto a la hermana que preparó la emboscada que la mató... —Todavía faltaba algo. Si tan sólo supiera cuáles eran las gemelas...

En respuesta a mi pregunta, Silencioso hizo signos:

—Rastreador está buscando registros de nacimientos. —Pero era poco probable anotarse un tanto de nuevo. Lord Senjak no era TelleKurre.

—Una de las registradas como muertas no murió. Apostaría mi dinero por Sylith. Suponiendo que Credencia fuera muerta porque reconoció a una hermana que se suponía que estaba muerta cuando el Dominador y la Dama tomaron Bordada.

—Bomanz menciona una leyenda acerca de la Dama matando a su hermana gemela. ¿Fue una emboscada? ¿O algo más público?

—¿Quién sabe? —dije. Todo se estaba volviendo confuso. Por un momento me pregunté si importaba.

La Dama convocó una asamblea. Nuestra estimación original del tiempo disponible parecía ahora abiertamente optimista. Nos dijo:

—Parece que estábamos confundidos. No hay nada en los documentos de Matasanos que traicione el nombre de mi esposo. Cómo llegó ella a esa suposición es algo que se halla más allá de nosotros en estos momentos. No podemos estar seguros de si faltan documentos. A menos que lleguen pronto noticias de Lords o de Galeote, debemos olvidar este camino. Es el momento de considerar alternativas.

Garabateé una nota, le dije a Susurro que se la pasara a la Dama. La Dama la

leyó, luego me miró con ojos pensativamente entrecerrados.

—Erin SinPadre —leyó en voz alta—. Un sacerdote sin tierras del dios Vancer, de Hondero, en el reino de Vye. Esto procedente de un historiador aficionado. Lo que encontraste es menos interesante que el hecho de que lo encontraras, Matasanos. Esta noticia tiene quinientos años de antigüedad. Entonces ya carecía de valor. Quienquiera que fuese Erin SinPadre antes de abandonar Vye, hizo un trabajo absolutamente bueno en eliminar rastros. En la época en que se volvió lo suficientemente interesante como para hacer que sus antecedentes fueran investigados, había eliminado no sólo Hondero sino a toda persona que hubiera vivido en aquel pueblo durante su vida. En sus últimos años fue incluso más lejos, desolando todo Vye. Es por eso que la noción de que esos papeles puedan contener su nombre ha constituido una tal sorpresa.

Me encogí hasta la mitad de mi tamaño, sintiéndome estúpido, hubiera debido saber que ellos habrían intentado desenmascarar al Dominador antes. Había rendido una pequeña ventaja a cambio de nada. Un tanto por el espíritu de cooperación.

Uno de los nuevos Tomados —es imposible identificarlos, porque todos visten igual— llegó poco después. Él o ella le entregó a la Dama un pequeño cofre tallado. La Dama sonrió cuando lo abrió.

—No sobrevivieron papeles. Pero había esto. —Dejó caer algunos extraños brazaletes—. Mañana iremos tras Bomanz.

Todos los demás lo sabían. Yo tuve que preguntar:

—¿Qué son?

—Los amuletos hechos para la Guardia Eterna en la época de la Rosa Blanca. Para que pudieran entrar en el Túmulo sin peligro.

La excitación resultante sobrepasó mi comprensión.

—La esposa debió llevárselos. Aunque cómo puso sus manos sobre ellos es un misterio. Interrumpamos la reunión por ahora. Necesito tiempo para pensar. —Nos despidió como la esposa de un granjero aleja a las gallinas.

Regresé a mi habitación. El Renco entró flotando tras de mí. No dijo una palabra, pero se inclinó de nuevo sobre los documentos. Desconcertado, miré por encima de su hombro. Tenía listas de todos los nombres que habíamos desenterrado, escritos en los alfabetos de los lenguajes en los que habían salido. Parecía estar jugando a la vez con códigos de sustitución y numerología. Desconcertado, fui a mi cama, me volví de espaldas a él, fingí dormir.

Durante todo el tiempo que él estuviera allí, lo sabía muy bien, el sueño me eludiría.



53
LA RECUPERACIÓN

Aquella noche volvió a nevar. Auténtica nieve, quince centímetros en una hora y sin indicios de parar. El ruido ocasionado por los Guardias mientras luchaban por despejarla de delante de las puertas y de las alfombras me despertó.

Me había dormido pese al Renco.

Un instante de terror. Me senté bruscamente, envarado. Él siguió con su tarea.

Los barracones estaban calientes porque, completamente enterrados, conservaban el calor.

Había conmoción ahí fuera pese al tiempo. Los Tomados habían llegado mientras yo dormía. Los Guardias no sólo cavaban sino que se apresuraban en otras tareas.

Un Ojo se me unió para un breve desayuno. Dije:

—Así que ella piensa seguir adelante. Pese al tiempo.

—No va a mejorar, Matasanos. Ese tipo de ahí fuera sabe lo que está ocurriendo.
—Parecía hosco.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Sé contar, Matasanos. ¿Qué puedes esperar de un tipo con una semana para empezar a vivir?

Mi estómago se contrajo. Sí. Había conseguido evitar hasta entonces los pensamientos de aquel tipo, pero...

—Hemos estado en lugares difíciles antes. La Escalera Rota. Enebro. Berilo. Nos salimos de ello.

—Todavía sigo preguntándomelo.

—¿Cómo está Linda?

—Preocupada. ¿Cómo estarías tú? Es como un bicho metido entre el martillo y el yunque.

—La Dama la ha olvidado.

Bufó.

—No dejes que tu dispensa especial erosione tu sentido común, Matasanos.

—Sabio consejo —admití—. Pero innecesario. Un halcón no podría vigilarla más estrechamente.

—¿Vas a salir?

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿Sabes dónde puedo obtener calzado

para la nieve?

Sonrió. Por un instante el demonio de pasados años asomó en su ojo.

—Algunos tipos a los que conozco, sin mencionar nombres, ya sabes cómo es eso, requisaron media docena de pares de los armarios de la Guardia la otra noche. El hombre de guardia se durmió en su puesto.

Sonreí y le guiñé un ojo. No los veía lo suficiente como para saber lo que estaban haciendo, pero seguro que no se limitaban a sentarse y esperar.

—Un par de pares fueron a Linda, sólo por si acaso. Quedan cuatro pares. Y sólo el germen de un plan.

—¿De veras?

—De veras. Ya lo verás. Brillante, aunque lo diga yo.

—¿Dónde están los zapatos? ¿Cuándo vais a hacerlo?

—Reúnete con nosotros en la sala de fumar después de que los Tomados hayan despegado.

Varios Guardias entraron a comer, con aspecto exhausto, gruñendo. Un Ojo se marchó, dejándome sumido en profundos pensamientos. ¿Qué estaban complotando?

Los planes más cuidadosamente preparados. La Dama entró en el comedor.

—Ponte los guantes y el chaquetón, Matasanos. Es la hora.

La miré con la boca abierta.

—¿Vas a venir?

—Pero... —Rebusqué intentando hallar una excusa—. Si vamos, alguien tendrá que hacerlo sin alfombra.

Me lanzó una mirada extraña.

—El Renco se queda aquí. Vamos. Recoge tu ropa.

Lo hice, medio aturdido, pasando junto a Goblin cuando salimos. Le lancé un breve movimiento de cabeza.

Un momento antes de que nos eleváramos la Dama se tendió hacia atrás y me ofreció algo.

—¿Qué es esto?

—Mejor llévalo. A menos que desees ir sin ningún amuleto.

—Oh.

No parecía gran cosa. Algo de jaspe y jade baratos sobre una quebradiza piel. Sin embargo, cuando aseguré la hebilla alrededor de mi muñeca, capté el poder que había en él.

Pasamos muy bajos por encima de los techos. Eran la única guía visual disponible. Fuera en terreno despejado no había nada. Pero, siendo la Dama, tenía otros recursos.

Giramos alrededor de los límites del Túmulo. Descendimos en el lado del río hasta que el agua estuvo a un solo metro por debajo de nosotros.

—Hay mucho hielo —dije.

Ella no respondió. Estaba estudiando la línea de la orilla, ahora ya dentro del

propio Túmulo. Una empapada sección de la orilla se desmoronó, revelando una docena de esqueletos. Hice una mueca. A los pocos momentos estaban cubiertos por la nieve o habían sido barridos por el agua.

—Justo en el tiempo previsto, supongo —dije.

—Hum. —Rodeó el perímetro. Un par de veces divisé otras alfombras trazando círculos. Algo allá abajo captó mi atención.

—¡Ahí abajo!

—¿Qué?

—Creí ver huellas.

—Es probable. El Perro Matasapos está cerca.

Oh, dioses.

—Es el momento —dijo, y giró hacia el Gran Túmulo.

Nos posamos en la base del montículo. Ella salió. La seguí. Otras alfombras descendieron. Pronto había allí cuatro Tomados, la Dama, un viejo médico asustado de pie justo a unos pocos metros de la desesperación del mundo.

Uno de los Tomados trajo palas. La nieve empezó a volar. Nos fuimos turnando, nadie exento. Era un maldito trabajo, y se volvió más maldito cuando alcanzamos la maleza enterrada. Se hizo peor aún cuando llegamos a la helada tierra. Tuvimos que ir lentamente. La Dama dijo que Bomanz apenas estaba cubierto.

La cosa pareció durar una eternidad. Cavar y cavar y cavar. Pusimos al descubierto una marchita cosa humanoide que la Dama nos aseguró que era Bomanz.

Mi pala cliqueteó contra algo en mi último turno. Me incliné para examinarlo, pensando que era una piedra. Aparté la helada tierra...

Y me lancé fuera del agujero, giré, señalé. La Dama bajó. Su risa flotó hacia arriba.

—Matasanos ha encontrado al dragón. Su mandíbula, al menos.

Yo seguí retirándome hacia nuestra alfombra...

Algo enorme se cernió sobre ella, con un bajo rugir. Salté a un lado, la nieve me tragó. Hubo gritos, gruñidos... Cuando emergí ya todo había pasado. Vi al Perro Matasapos retirarse de la alfombra, algo más que un poco maltrecho.

La Dama y los Tomados habían estado preparados para su aparición.

—¿Por qué nadie me advirtió? —gemí.

—Hubiera podido leerte. Lo único que lamento es no haberlo lisiado.

Dos Tomados, probablemente del género masculino, alzaron a Bomanz. Estaba tan rígido como una estatua, pero había algo en él que incluso yo podía sentir. Una chispa o algo. Nadie podía confundirlo por un muerto. Fue directo a la alfombra.

La furia en el montículo había sido como un goteo apenas captado, como el zumbar de una mosca cruzando una habitación. Ahora nos golpeó, un duro martillazo que apestaba a locura. No había ni una pizca de miedo en ella. Esa cosa tenía una confianza absoluta en su victoria definitiva. Nosotros sólo éramos retrasos e irritantes.

La alfombra que llevaba a Bomanz partió. Luego otra. Ocupé mi lugar y deseé que la Dama me llevara lejos de allí a toda prisa.

Un estallido de gritos y gruñidos brotó en dirección a la ciudad. Una brillante luz zigzagueó a través de la nevada.

—Lo sabía —gruñí, con uno de mis temores realizado. El Perro Matasapos había encontrado a Un Ojo y Goblin.

Otra alfombra se alzó. La Dama abordó la nuestra, cerró la cúpula.

—Estúpidos —dijo—. ¿Qué están haciendo?

Yo no dije nada.

Ella no lo vio. Su atención estaba centrada en la alfombra, que no se estaba comportando como debiera. Algo parecía tirar de ella hacia el Gran Túmulo. Pero yo sí lo vi. El feo rostro de Rastreador pasó al nivel de mis ojos. Cargaba con el hijo del árbol.

Entonces reapareció el Perro Matasapos, persiguiendo a Rastreador. La mitad del rostro del monstruo había desaparecido. Corría sobre tres patas. Pero parecía suficiente como para despedazar a Rastreador.

La Dama vio al Perro Matasapos. Hizo girar la alfombra. Lanzó sistemáticamente sus ocho venablos de diez metros. No falló. Y sin embargo... arrastrando los proyectiles, envuelto en llamas, el Perro Matasapos se arrastró al Gran Río Trágico. Se hundió y no reapareció.

—Esto lo mantendrá fuera del camino por un tiempo.

A menos de diez metros de distancia, ignorando todo aquello, Rastreador estaba limpiando la cima del Gran Túmulo a fin de poder plantar su árbol.

—Idiotas —murmuró la Dama—. Estoy rodeada de idiotas. Incluso el Árbol es un idiota.

No se explicó. Tampoco interfirió.

Busqué rastros de Un Ojo y Goblin mientras volábamos de vuelta a casa. No vi nada. No estaban en el recinto. Por supuesto. Todavía no había llegado el tiempo para ellos de volver con los zapatos para la nieve. Pero cuando todavía no habían aparecido una hora más tarde, empecé a tener problemas en concentrarme en la reanimación de Bomanz.

La operación empezó con repetidos baños calientes, tanto para calentar su carne como para limpiarlo. No presencié los preliminares. La Dama me mantuvo con ella. Ella tampoco los presenció hasta que los Tomados estuvieron dispuestos para la aceleración final. Y ésa no fue en absoluto impresionante. La Dama hizo unos cuantos gestos alrededor de Bomanz —que parecía bastante apolillado— y dijo algunas palabras en un lenguaje que no comprendí.

¿Por qué los hechiceros usan siempre lenguajes que nadie comprende? Incluso Goblin y Un Ojo lo hacen. Cada uno me ha confiado que uno no puede seguir la lengua que utiliza el otro. ¿Quizá no es más que otro de sus artificios?

Sus palabras funcionaron. Aquella vieja ruina volvió a la vida, rechinantemente

decidida a avanzar contra un viento salvaje. Avanzó tres pasos antes de registrar sus alteradas circunstancias.

Se inmovilizó. Se volvió lentamente, y su rostro se colapso en pura desesperación. Su mirada se clavó en la Dama. Transcurrieron quizá dos minutos. Entones nos miró al resto de nosotros y consideró sus alrededores.

—Explícale, Matasanos.

—Él habla...

—El forsberger no ha cambiado.

Miré a Bomanz, una leyenda vuelta a la vida.

—Soy Matasanos. Un médico militar de profesión. Tú eres Bomanz...

—Su nombre es Set Creta, Matasanos. Establezcamos esto inmediatamente.

—Tú eres Bomanz, cuyo auténtico nombre puede ser Set Creta, un hechicero de Galeote. Ha pasado casi un siglo desde que intentaste contactar con la Dama.

—Cuéntale toda la historia. —La Dama usaba un dialecto de las Ciudades Joya que probablemente se hallaba más allá de las capacidades de Bomanz.

Hablé hasta que me quedé ronco. El surgir del imperio de la Dama. La amenaza derrotada en la batalla de Hechizo. La amenaza derrotada en Enebro. La actual amenaza. No dijo ni una palabra en todo ese tiempo. Ni una sola vez vi en él al gordo, casi obsequioso tendero de la historia.

Sus primeras palabras fueron:

—Bien. Entonces no fracasé por completo. —Se enfrentó a la Dama—. Y tú sigues teñida por la luz, No—Ardath. —Se enfrentó a mí de nuevo—. Llévame a la Rosa Blanca. Tan pronto como haya comido.

Ni una protesta de la Dama.

Comió como un bajo y gordo tendero.

La Dama en persona me ayudó a ponerme de nuevo mi empapado chaquetón de invierno.

—No te demores —me advirtió.

Apenas habíamos partido cuando Bomanz pareció decrecer.

—Soy demasiado viejo —dijo—. No dejes que eso de ahí atrás te engañe. Pura actuación. Cuando juegas con los chicos grandes, tienes que actuar. ¿Qué puedo hacer? Un centenar de años. Menos de una semana para redimirme. ¿Cómo me pondré a la altura de las cosas en tan poco tiempo? El único personaje principal al que conozco es la Dama.

—¿Por qué pensaste que era Ardath? ¿Por qué no una de las otras hermanas?

—¿Había más de una?

—Cuatro. —Las nombré—. A partir de tus papeles he establecido que Atrapalmas era la llamada Dorotea...

—¿Mis papeles?

—Así los llamamos. Porque tu historia de cómo despertaste a la Dama era la más prominente en ellos. Siempre se ha supuesto, hasta hace unos pocos días, que tú los

reuniste y tu esposa se los llevó cuando creyó que habías muerto.

—Eso merece una investigación. No coleccioné nada. No me arriesgué a guardar nada excepto un mapa del Túmulo.

—Conozco muy bien ese mapa.

—Debo ver esos papeles. Pero primero tu Rosa Blanca. Mientras tanto, hálame de la Dama.

Tenía problemas en seguirle. Zigzagueaba constantemente, derramando ideas.

—¿Qué pasa con ella?

—Hay una detectable tensión entre nosotros. De enemigos que son amigos, quizá. ¿Amantes que son enemigos? Oponentes que se conocen bien el uno al otro y se respetan. Si tú la respetas, es por alguna razón. Es imposible respetar a una maldad total. No puede respetarse a sí misma.

Huau. Tenía razón. Yo la respetaba. Así que hablé un poco. Y mi tema fue, cuando me di cuenta de ello, que ella seguía teñida por la luz.

—Intentó esforzadamente ser un villano. Pero cuando se enfrentó a la auténtica oscuridad, a la cosa bajo el montículo, sus debilidades empezaron a mostrarse.

—Es sólo ligeramente menos difícil para nosotros extinguir la luz dentro de nosotros de lo que lo es conquistar la oscuridad. Un Dominador aparece tan sólo una vez en cien generaciones. Los otros, como los Tomados, no son más que imitaciones.

—¿Puedes enfrentarte a la Dama?

—Difícilmente. Sospecho que mi destino es convertirme en uno de los Tomados cuando ella encuentre algo de tiempo. —Ese viejo chico había aterrizado de pie. Se detuvo—. ¡Dioses! ¡Es fuerte!

—¿Quién?

—Vuestra Linda. Una increíble absorción. Me siento tan impotente como un niño.

Entramos en el Diablo Azul a través de una ventana del primer piso. La nieve se había acumulado hasta tan alto.

Un Ojo, Goblin y Silencioso estaban abajo en la sala común con Linda. Los primeros dos parecían un poco desgastados.

—Vaya —dije—. Lo conseguisteis, chicos. Pensé que el Perro Matasapos se os había zampado para almorzar.

—Ningún problema —dijo Un Ojo—. Nosotros...

—¿Qué quieres decir con nosotros? —preguntó Goblin—. Tú eras tan inútil como las tetas en un jabalí. Silencioso...

—Callaos. Éste es Bomanz. Quiere reunirse con Linda.

—¿Bomanz? —chilló Goblin.

—Él mismo en persona.

Su reunión fue casi una entrevista de tres preguntas. Linda se hizo cargo inmediatamente de ella. Cuando se dio cuenta de que Linda lo estaba conduciendo, Bomanz cortó en seco. Me dijo:

—El siguiente paso. Leeré mi pretendida autobiografía.

—¿No es tuya?

—Es poco probable. A menos que mi memoria me sirva peor de lo que supongo.

Regresamos al recinto en silencio. Parecía reflexionar. Linda causaba ese impacto en aquéllos que la conocían por primera vez. Es sólo Linda para aquellos de nosotros que la conocemos desde siempre.

Bomanz hojeó el manuscrito original, haciendo ocasionalmente preguntas acerca de pasajes específicos. Estaba poco familiarizado con el dialecto UchiTelle.

—Entonces, ¿no tuviste nada que ver con eso?

—No. Pero mi esposa fue la fuente principal. Pregunta. ¿Fue rastreada la chica Curiosa?

—No.

—Es la que hay que seguir. Es el único superviviente con algún significado.

—Se lo diré a la Dama. Pero no hay tiempo para ello. Dentro de pocos días va a desatarse el infierno ahí fuera. —Me pregunté si Rastreador habría conseguido plantar el arbolito. Serviría de mucho cuando el Gran Trágico alcanzara el montículo. Un movimiento valiente pero estúpido, Rastreador.

Sin embargo, los efectos de su esfuerzo fueron pronto evidentes. Cuando fui a transmitirle la sugerencia de Bomanz acerca de Curiosa, la Dama preguntó:

—¿Has notado el tiempo?

—No.

—Está mejorando. El arbolito ha frenado la habilidad de mi esposo de modelarlo. Demasiado tarde, por supuesto. Pasarán meses antes de que el caudal del río descienda.

Estaba deprimida. Simplemente asintió cuando le dije lo que me había indicado Bomanz.

—¿Es tan malo eso? ¿Estamos derrotados antes de que entremos las listas?

—No. Pero el precio de la victoria está escalando. No deseo pagar ese precio. No sé si puedo.

Permanecí allí perplejo, aguardando una ampliación del tema. No llego ninguna.

Al cabo de un tiempo ella dijo:

—Siéntate, Matasanos. —Me senté en la silla que me indicaba, cerca de un rugiente fuego diligentemente atendido por el soldado Lance. Al cabo de un momento despidió a Lance. Pero siguió sin suceder nada.

—El tiempo estrecha el nudo corredizo —murmuró en un momento determinado; y en otro—: Temo aflojar el nudo.



54
UNA VELADA EN CASA

Pasaron varios días. Nadie de ninguna alianza especial ganó aparentemente el menor terreno. La Dama canceló todas las investigaciones. Ella y los Tomados conferenciaban a menudo. Yo era excluido. También Bomanz. El Renco participaba tan sólo cuando se le ordenaba salir de mis aposentos.

Renuncié a intentar dormir allí. Me trasladé con Goblin y Un Ojo. Lo cual muestra lo mucho que el Tomado me inquietaba. Compartir habitación con éstos dos es como vivir en medio de un alboroto inminente.

Cuervo, como siempre, no cambiaba en lo más mínimo y permanecía casi olvidado por todo el mundo excepto por su leal Lance. Silencioso iba a echarle ocasionalmente un vistazo, en beneficio de Linda, pero sin el menor entusiasmo.

Sólo entonces me di cuenta de que Silencioso sentía hacia Linda algo más que lealtad y sentido protector, y que carecía de medios para expresar esos sentimientos. El silencio le era forzado por algo más que por un voto.

No pude averiguar qué hermanas eran las gemelas. Como había anticipado. Rastreador no encontró nada en las genealogías. Era un milagro que hubiera hallado lo que había hallado, teniendo en cuenta la forma en que los hechiceros cubren sus rastros.

Goblin y Un Ojo intentaron hipnotizarle, esperando extraer sus antiguos recuerdos. Fue como acechar fantasmas en medio de una densa niebla.

Los Tomados se trasladaron a vigilar el Gran Trágico. El hielo se estaba acumulando a lo largo de la orilla occidental, desviando la fuerza de la corriente. Una acción chapucera formó una garganta. Amenazó con elevar el nivel del río. Un esfuerzo de dos días nos hizo ganar quizá diez horas.

Ocasionalmente aparecían grandes huellas alrededor del Túmulo, que pronto quedaban borradas por la derivante nieve. Aunque el cielo parecía aclararse, el aire se hizo más frío. La nieve ni se fundía ni se encostraba. Los Tomados se ocupaban de eso. Un viento del este agitaba constantemente la nieve.

Lance se detuvo para decirme:

—La Dama quiere verte, señor. De inmediato.

Dejé de jugar al tonk a tres bandas con Goblin y Un Ojo. Hasta entonces las cosas se habían frenado... excepto el fluir del tiempo. No había nada más que pudiéramos

hacer.

—Señor —dijo Lance cuando salimos fuera del alcance auditivo de los otros—, ve con cuidado.

—¿Hum?

—Ella está de mal humor.

—Gracias —acepté. Mi propio humor tampoco estaba demasiado alegre. No necesitaba alimentarse del de ella.

Sus aposentos habían sido reamueblados. Se habían traído alfombras. Las paredes estaban cubiertas por tapices. Se había colocado una especie de diván delante de la chimenea, donde ardía un fuego con un reconfortante crujir. La atmósfera parecía calculada. El hogar tal como lo soñamos en vez de tal como es.

Ella estaba sentada en el diván.

—Ven a sentarte conmigo —dijo, sin volver la vista para ver quién había entrado. Fui a tomar una de las sillas—. No. Aquí, a mi lado. —De modo que me senté en el diván.

—¿Qué ocurre?

Sus ojos estaban fijos en algo muy lejano. Su rostro decía que sufría por algo.

—Lo he decidido.

—¿Sí? —Aguardé nerviosamente, no seguro de lo que quería decir, menos seguro aún de que yo perteneciera allí.

—Las elecciones se han hecho cada vez más angostas. Puedo rendirme y convertirme en otro de los Tomados.

Aquella era una penalización menos terrible de lo que había esperado.

—¿O?

—O puedo huir. Una batalla que no puede ganarse. O ganarse solamente con su pérdida.

—Si no puedes ganar, ¿por qué huir? —No hubiera preguntado eso a uno de la Compañía. Hubiera sabido de antemano la respuesta.

Pero ella no era de los nuestros.

—Porque el resultado puede ser modelado. No puedo ganar. Pero puedo decidir quién lo hace.

—¿O al menos asegurarte de que no es él?

Un lento asentimiento de cabeza.

Su negro humor empezó a tener sentido. Lo he visto en el campo de batalla, con hombres a punto de emprender una acción que probablemente será fatal para ellos pero que debe intentarse para que otros no perezcan.

Para cubrir mi reacción, me deslicé fuera del diván y añadí tres troncos pequeños al fuego. Dado nuestro humor sería agradable estar sentados allí ante el crepitante fuego, contemplando el danzar de las llamas.

Hicimos eso durante un rato. Tenía la sensación de que no se esperaba que yo hablase.

—Empieza a la salida del sol —dijo al fin.

—¿Qué?

—El conflicto final. Ríete de mí, Matasanos. Voy a intentar matar una sombra. Sin ninguna esperanza de sobrevivir yo.

¿Risa? Nunca. Admiración. Respeto. Todavía era mi enemigo, pero al final era incapaz de extinguir esa última chispa de luz y así morir de otra forma.

Todo esto mientras permanecía sentada allí severamente, con las manos cruzadas sobre su regazo. Miraba fijamente al fuego como si estuviera segura de que finalmente iba a revelar la respuesta a algún misterio. Empezó a temblar.

Esta mujer para quien la muerte albergaba un terror tan devorador había elegido la muerte por encima de la rendición.

¿Qué le hacía esto a mi confianza? Nada bueno. Nada bueno en absoluto. Quizá me hubiera sentido mejor si hubiera visto el cuadro como lo veía ella. Pero no habló de ello.

En una voz muy, muy suave y tentativa, preguntó:

—¿Matasanos? ¿Me abrazarás?

¿Qué? No lo dije, pero estoy seguro como el infierno de que lo pensé.

No dije nada. Torpemente, inseguro, hice lo que me pedía.

Empezó a llorar contra mi hombro, suavemente, silenciosamente, sacudiéndose como un conejito cautivo.

Pasó largo tiempo antes de que dijera algo. No supuse nada.

—Nadie ha hecho esto desde que era un bebé. Mi nodriza...

Otro largo silencio.

—Nunca tuve un amigo.

Otro largo silencio.

—Estoy asustada, Matasanos. Y sola.

—No. Todos estamos contigo.

—No por las mismas razones. —Guardó silencio de nuevo. La mantuve abrazada durante largo rato. El fuego se fue apagando y su luz menguó en la habitación. Fuera, el viento empezó a aullar.

Cuando finalmente pensé que se había quedado dormida, y empecé a desprenderme de ella, se aferró más fuerte, de modo que me inmovilicé y seguí abrazándola, aunque me dolían la mitad de los músculos de mi cuerpo.

Finalmente se apartó de mí, se levantó, avivó el fuego. Me senté. Ella permaneció de pie detrás de mí durante un rato, contemplando la llamas. Luego apoyó una mano sobre mi hombro durante un momento. Con una voz muy lejana dijo:

—Buenas noches.

Se fue a otra habitación. Permanecí sentado durante diez o quince minutos antes de echar un último tronco al fuego y regresar arrastrando los pies al mundo real.

Debía de tener un aspecto cansado y extraño. Ni Goblin ni Un Ojo me dijeron nada. Me eché en mi rollo de dormir, de espaldas a ellos, pero no conseguí dormirme

durante largo tiempo.



Desperté con un sobresalto. ¡La nada! Había estado tanto tiempo fuera de ella que su presencia me alteró. Me levanté apresuradamente, descubrí que estaba solo en la habitación. No sólo aquí, sino prácticamente en los barracones. Había unos pocos guardias en el comedor.

El sol todavía no se había alzado.

El viento seguía aullando alrededor del edificio. Había un marcado helor en el aire, aunque los fuegos ardían altos. Me serví unas gachas de avena y me pregunté qué era lo que me estaba perdiendo.

La Dama entró cuando terminaba.

—Ah, aquí estás. Pensé que tendría que marcharme sin ti.

Fueran cuales fuesen sus problemas la noche anterior, ahora se la veía activa y confiada y dispuesta a emprender lo que fuera. La nada desapareció mientras iba en busca de mi chaquetón. Me dejé caer momentáneamente por mi habitación. El Renco todavía estaba allí. Me marché con el ceño pensativamente fruncido.

En la alfombra. Tripulación completa hoy. Cada alfombra tenía tripulación y armamento completos. Pero en lo que yo estaba más interesado era en la ausencia de nieve entre la ciudad y el Túmulo.

Ese viento aullante se la había llevado consigo.

Subimos cuando empezaba a haber ya luz suficiente para vernos. La Dama hizo alzarse la alfombra hasta que el Túmulo pareció un mapa que tomaba forma a medida que las sombras se vaporizaban. Nos situó girando en un prieto círculo. El viento, observé, había cesado.

El Gran Túmulo parecía a punto de colapsarse en el río.

—Cien horas —dijo, como si adivinara mis pensamientos. Así que ya nos veíamos reducidos a contar en horas.

Miré hacia el horizonte. Allí.

—El cometa.

—No pueden verlo desde el suelo. Pero esta noche... tendrá que estar nublado.

Abajo, diminutas figuras se escurrían por una cuarta parte de la zona despejada. La Dama desenrolló un mapa similar al de Bomanz.

—Cuervo —dije.

—Hoy. Si tenemos suerte.

—¿Qué están haciendo ahí abajo?

—Inspeccionando.

Estaba ocurriendo algo más que eso. Los Guardias habían salido en uniforme completo de campaña y formaban un arco alrededor del Túmulo. Estaban ensamblando máquinas de asedio ligeras. Pero algunos hombres estaban de hecho inspeccionando y plantando hileras de lanzas que ondeaban estandartes de colores. No pregunté por qué. Ella no me lo explicaría.

Una docena de ballenas del viento planearon hacia el este, más allá del río. Había creído que se habían marchado hacía mucho.

El cielo ardía con la conflagración del amanecer.

—Primera prueba —dijo la Dama—. Un monstruo débil. —Frunció concentrada el ceño. Nuestra alfombra empezó a brillar.

Un caballo blanco y un jinete blanco salieron de la ciudad. Linda. Acompañada por Silencioso y el Teniente. Linda cabalgó hacia un pasillo delimitado por estandartes. Se detuvo al lado del último.

La tierra entró en erupción. Algo que podía ser un primo en primer grado del Perro Matasapos, e incluso algo relacionado más de cerca con un pulpo, brotó a la luz. Corrió por el Túmulo, hacia el río, lejos de la nada.

Linda galopó hacia la ciudad.

La furia de los hechiceros llovió desde las alfombras. El monstruo quedó reducido a cenizas en segundos.

—Uno —dijo la Dama. Debajo, los hombres iniciaron otro pasillo de estandartes.

Y así seguimos, lenta y deliberadamente, durante todo el día. La mayoría de las criaturas del Dominador huyeron hacia el río. Las pocas que cargaron en la otra dirección se encontraron con una barricada de fuego de proyectiles antes de sucumbir a los Tomados.

—¿Habrà tiempo de eliminarlos a todos? —pregunté cuando el sol ya se estaba poniendo. Había permanecido inquieto durante horas, sentado inmóvil en un mismo lugar.

—Más que suficiente. Pero no va a ser así de fácil.

Sondeé un poco, pero no quiso ampliar lo que había dicho.

A mí me parecía fácil. Simplemente hacerlos salir y seguir haciéndolos salir, y luego ir a por el premio gordo cuando todos hubieran desaparecido. Podía ser duro, pero ¿qué podía hacer él envuelto en la nada?

Cuando entré tambaleante en los barracones, hasta mi habitación, encontré al Renco todavía trabajando. Los Tomados necesitan menos descanso que nosotros los mortales, pero él tenía que estar al borde del colapso. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Luego estaba Bomanz. Hoy no había aparecido. ¿Qué estaba intentando sacarse de la manga?

Estaba tomando una cena muy parecida al desayuno cuando Silencioso se

materializó. Se sentó al otro lado de la mesa, aferrando un cuenco de gachas como si fuera un cuenco de pedir limosna.

—¿Cómo fue para Linda? —pregunté.

Hizo signos:

—Casi disfrutó con ello. Corrió riesgos que no hubiera debido correr. Una de esas cosas casi la alcanzó. Otto resultó herido rechazándola.

—¿Me necesita?

—Un Ojo se ocupó de él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Es la noche de sacar a Cuervo.

Oh. Había olvidado de nuevo a Cuervo. ¿Cómo podía contarme entre sus amigos cuando me mostraba tan indiferente a su destino?

Silencioso me siguió a donde me alojaba con Un Ojo y Goblin. Esos dos se nos unieron al poco tiempo. Estaban muy pacíficos. A ambos se les habían asignado papeles importantes en el rescate de nuestro viejo amigo.

Me preocupaba más Silencioso. La sombra había pasado sobre él. Estaba luchando contra ella. ¿Sería lo bastante fuerte como para vencer?

Parte de él no deseaba que Cuervo fuera rescatado.

Parte de mí tampoco.

Una Dama muy cansada vino para preguntar:

—¿Participarás en esto?

Sacudí negativamente la cabeza.

—No haría más que entrometerme en el camino. Házmelo saber cuando lo hayáis hecho.

Me lanzó una dura mirada, luego se encogió de hombros y se fue.

Muy tarde, un débil Un Ojo me despertó. Me levanté de un salto.

—¿Y bien?

—Lo conseguimos. No sé hasta qué punto. Pero está de vuelta.

—¿Cómo fue?

—Duro. —Se arrastró hasta su rollo de dormir. Goblin estaba ya en el suyo, roncando. Silencioso había vuelto con ellos. Estaba contra la pared, envuelto en una manta prestada, roncando también. Cuando conseguí despertarme por completo Un Ojo se les había unido.

En la habitación de Cuervo no había nada que ver excepto a Cuervo roncando y a Lance con expresión preocupada. La multitud se había marchado, dejando un intenso olor detrás.

—¿Está bien? —pregunté.

Lance se encogió de hombros.

—No soy médico.

—Yo sí. Déjame echarle una ojeada.

El pulso era bastante fuerte. La respiración algo rápida para alguien que está

dormido, pero no de una forma preocupante. Las pupilas dilatadas. Los músculos tensos. Sudoroso.

—No parece que haya mucho de que preocuparse. Sigue alimentándolo con caldo. Y llámame tan pronto como empiece a hablar. No le dejes levantarse. Sus músculos serán como arcilla. Podría hacerse daño a sí mismo.

Lance asintió y asintió.

Volví a mi rollo de dormir, permanecí tendido allí interrogándome alternativamente acerca de Cuervo y acerca del Renco. Una lámpara brillaba todavía en mis anteriores aposentos. El último de los antiguos Tomados todavía perseguía su monomaniaca búsqueda.

Cuervo era la mayor preocupación. Iba a necesitar gran cantidad de nuestros cuidados en beneficio de Linda. Y yo estaba de un humor capaz de desafiar sus derechos.



El amanecer llega pronto cuando deseas que no lo haga. Las horas discurren rápidas cuando deseas que se arrastren. El día siguiente fue otro día de ejecuciones. Lo único inusual fue que el Renco vino para observar. Pareció satisfecho de que hacíamos las cosas correctamente. Regresó a mis aposentos... donde se dejó caer en mi cama.

Mi visita vespertina a Cuervo mostró pocos cambios. Lance informó que había estado a punto de despertar varias veces y que había vuelto a sumirse en el sueño.

—Sigue dándole sopa. Y no te asuste gritar si me necesitas.

No pude dormir. Intenté pasear por los barracones, pero reinaba un silencio casi completo. Unos pocos Guardias insomnes ocupaban el comedor. Guardaron silencio a mi llegada. Pensé en ir al Diablo Azul. Pero no hallaría una mejor recepción allí. Estaba en la lista de todo el mundo.

Las cosas no podían hacer más que empeorar.

Sabía lo que quería decir la Dama al referirse a la soledad.

Deseaba tener el valor de visitarla ahora que yo necesitaba un abrazo.

Regresé a mi rollo de dormir.

Esta vez me quedé dormido; tuvieron que amenazarme con los fuegos del infierno para conseguir que me levantara.

Liquidamos a los últimos animales de compañía del Dominador antes del mediodía. La Dama ordenó descanso para el resto del día. A la mañana siguiente tendríamos que ensayar el gran show. Ella calculaba que tendríamos unas cuarenta y ocho horas antes de que el río abriera la tumba. Tiempo para descansar, tiempo para practicar, y tiempo más que suficiente para lanzar el primer golpe.

Aquella tarde el Renco salió y voló un poco por los alrededores. Se sentía animado. Aproveché la oportunidad para visitar mis aposentos y husmear un poco, pero todo lo que pude encontrar fue unas cuantas virutas de madera negra y un asomo de polvo plateado, y apenas lo suficiente de ambas cosas como para dejar huellas. Lo había limpiado todo apresuradamente, de modo que no toqué nada. No quería saber qué curiosidades podía despertar si lo hacía. Aparte de eso, no descubrí nada.

La práctica para el Acontecimiento fue tensa. Todo el mundo salió a verla,

incluidos el Renco y Bomanz, que se había mantenido tan discreto que todo el mundo lo había olvidado. Las ballenas del viento se alinearon encima del río. Sus mantas planearon y picaron. Linda cargó contra el Gran Túmulo siguiendo un pasillo previamente preparado, deteniéndose a la distancia justa. Los Tomados y los Guardias mantuvieron preparadas sus respectivas armas.

Todo parecía bien. Parecía que iba a funcionar. Entonces, ¿por qué estaba yo tan convencido de que íbamos a tener grandes problemas?

Al momento mismo en que la alfombra tocó el suelo Lance estaba a mi lado.

—Necesito tu ayuda —me dijo, ignorando a la Dama—. No me escucha. Sigue intentando levantarse. Ya se ha caído dos veces de bruces.

Miré a la Dama. Ella me hizo seña de adelante.

Cuervo estaba sentado al borde de su cama cuando llegué.

—He oído decir que te has convertido en un grano en el culo. ¿Para qué ha servido sacarte del Túmulo si piensas suicidarte?

Su mirada se alzó lentamente. No pareció reconocerme. Oh, maldita sea, pensé. Su mente está en otra parte.

—¿Ha hablado, Lance?

—Algo. Lo que ha dicho no siempre tenía sentido. Creo que no se da cuenta de cuánto tiempo ha pasado.

—Quizá debiéramos atarle a la cama.

—No.

Miramos a Cuervo, sorprendidos. Ahora me conocía.

—Nada de atarme, Matasanos. Me comportaré. —Se dejó caer de espaldas en la cama, con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo, Lance?

—Cuéntale la historia —dije—. Voy a ir a buscarle un poco de medicina.

Simplemente deseaba alejarme de Cuervo. Parecía peor con su alma restablecida. Cadavérico. Me recordaba demasiado mi propia mortalidad. Y eso era una cosa que no necesitaba más de lo que estaba ya en mi mente.

Tomé un par de pociones. Una remediaría los temblores de Cuervo. La otra lo sedaría en caso de que le diera demasiados problemas a Lance.

Cuervo me lanzó una tenebrosa mirada cuando regresé. No sé hasta cuan lejos había llegado Lance.

—Bájate de tu gran caballo —le dije—. No tienes ni idea de lo que ocurrió desde Enebro. De hecho, ni idea desde la Batalla de Hechizo. El que te convirtieras en el bravo y áspero solitario no ha ayudado en nada. Bébetelo. Es por los temblores. —Le di a Lance el otro frasco, con instrucciones susurradas.

Con una voz apenas más fuerte que un suspiro, Cuervo preguntó:

—¿Es cierto? ¿Linda y la Dama van a ir tras el Dominador mañana? ¿Juntas?

—Sí. Es el momento de hacerlo—o—muere. Para todo el mundo.

—Quiero...

—Quédate aquí tranquilo. Tú también, Lance. No queremos a Linda distraída.

Había conseguido eliminar las preocupaciones acerca de las enmarañadas ramificaciones inherentes a la confrontación de mañana. Ahora volvieron todas a mí en tropel. El Dominador podía no ser el fin de todo. A menos que perdiéramos. Si caía, la guerra con la Dama se reanudaría inmediatamente.

Deseaba enormemente ver a Linda, deseaba estar en sus planes. No me atreví a ir. La Dama me mantenía atado a su correa. Podía interrogarme en cualquier momento.

Un trabajo solitario. Un trabajo solitario.

Lance siguió contando su historia. Luego Goblin y Un Ojo se dejaron caer para contar la historia desde sus respectivas perspectivas. Incluso la Dama se asomó. Me hizo un gesto con la cabeza.

—¿Sí? —pregunté.

—Ven.

La seguí a sus aposentos.

Fuera había caído la noche. Dentro de unas dieciocho horas el Gran Túmulo se abriría por iniciativa propia. Más pronto si seguíamos el plan.

—Siéntate.

Me senté. Dije:

—Tengo una fijación en ello. Mariposas del tamaño de caballos. No puedo pensar en ninguna otra cosa.

—Lo sé. Te consideré una distracción, pero me preocupé demasiado por ti.

Bien, eso me distrajo a mí.

—¿Quizás una de tus pociones?

Negué con la cabeza.

—No hay nada específico para el miedo en mi arsenal. He oído decir que los hechiceros...

—Esos antídotos tienen un precio demasiado alto. Necesitaré tus habilidades para con nosotros. Las cosas no tienen que ir como fueron en el ensayo.

Alcé una ceja. Ella no se explicó. Supongo que esperaba mucha improvisación por parte de sus aliados.

Apareció el sargento de comedor. Sus hombres entraron una gran comida que depositaron sobre una mesa traída especialmente para ello. ¿Un último festín para el condenado? Después de que se fueran la Dama dijo:

—Encargué lo mejor para todo el mundo. Incluidos tus amigos en la ciudad. El desayuno será igual. —Parecía bastante tranquila. Pero estaba más acostumbrada a las confrontaciones de alto riesgo...

Bufé para mí mismo. Recordé que me había pedido un abrazo. Estaba tan asustada como cualquiera de los demás.

Ella se dio cuenta pero no hizo ninguna pregunta... señal suficiente de que estaba enfocada hacia dentro de sí misma.

La comida fue un milagro considerando las materias primas de las que disponían los cocineros. Pero no era nada excepcional. No intercambiamos ninguna palabra

durante todo el tiempo. Yo terminé primero, apoyé los codos sobre la mesa, me retiré en mis pensamientos. Ella no tardó en imitarme. Había comido muy poco. Al cabo de unos minutos fue a su dormitorio. Regresó con tres flechas negras. Cada una tenía grabados en plata una serie de caracteres en escritura TelleKurre. Había visto otras semejantes antes. Atrapaalmas le había dado una a Cuervo cuando emboscamos al Renco y a Susurro.

Dijo:

—Utiliza el arco que te di. Y permanece cerca.

Las flechas parecían idénticas.

—¿De quién?

—De mi esposo. No pueden matarle. Carecen de su auténtico nombre. Pero le frenarán.

—¿Crees que el resto del plan no funcionará?

—Es posible cualquier cosa. Pero deberían considerarse todas las eventualidades.

—Sus ojos se clavaron en los míos. Había algo allí... Apartó la mirada. Dijo—: Será mejor que te vayas. Duerme bien. Te quiero alerta mañana.

Me eché a reír.

—¿Dormir? ¿Cómo?

—Ha sido arreglado. Para todos menos para la sección de guardia.

—Oh. —Hechicería. Uno de los Tomados pondría a todo el mundo a dormir. Me levanté. Me entretuve unos pocos segundos, echando troncos al fuego. Le di las gracias por la comida. Finalmente conseguí decir lo que rondaba por mi mente—: Quiero desearte suerte. Pero no puedo poner todo mi corazón en ello.

Su sonrisa fue pálida.

—Lo sé. —Me siguió hasta la puerta.

Antes de salir cedí a un último impulso, me volví... La encontré allí, esperando. La abracé durante medio minuto.

Maldita fuera por ser humana. Pero yo lo necesitaba también.



Se nos permitió dormir, luego se nos dio una hora para desayunar, hacer las paces con nuestros dioses, o lo que fuera que tuviéramos que hacer antes de entrar en batalla. Se suponía que el Gran Túmulo resistiría hasta el mediodía. No había prisa.

Me pregunté qué estaría haciendo la cosa bajo tierra.

La llamada para la batalla se produjo hacia las ocho. No hubo ausencias. El Renco planeó a nuestro alrededor en su pequeña alfombra, y su trayectoria pareció intersectar la de Susurro más a menudo de lo necesario. Juntaban sus cabezas acerca de algo. Bomanz se escabullía por el borde de las cosas, intentando mantenerse impasible. No le culpé. Dentro de sus zapatos yo hubiera echado a correr hacia Galeote... ¿Dentro de sus zapatos? ¿Eran los míos más cómodos?

El hombre era víctima de su sentido del honor. Creía que tenía una deuda que pagar.

El sonido de un tambor anunció el momento de tomar posiciones. Seguí a la Dama, mientras observaba que el resto de los civiles se encaminaban carretera abajo hacia Galeote con todas las posesiones que podían cargar. Iba a convertirse en una locura de carretera. Las tropas que la Dama había llamado acudían a miles desde Galeote. Iban a llegar demasiado tarde. Nadie había pensado en decirles que se adelantaran.

La atención se había enfocado. El mundo exterior ya no existía. Contemplé a los civiles y por un momento me preguntó a qué dificultades nos enfrentaríamos si teníamos que huir. Pero mi preocupación no duró. No podía preocuparme más allá del Dominador.

Las ballenas del viento se situaron encima del río. Las mantas buscaron las corrientes ascendentes de aire. Las alfombras de los Tomados se elevaron. Pero hoy mis pies permanecieron en el suelo. La Dama tenía intención de enfrentarse a su esposo pie contra pie.

Muchas gracias, amigos. Aquí estaba Matasanos a su sombra con su arco y sus flechas de juguete.

Todos los Guardias en posición, atrincherados, detrás de empalizadas bajas, zanjas y artillería. Todos los estandartes en su sitio, guiando el cuidadosamente vigilado trayecto de Linda. La tensión ascendió por momentos.

¿Qué más quedaba por hacer?

—Permanece detrás de mí —recordó la Dama—. Mantén preparadas tus flechas.

—Sí. Buena suerte. Si ganamos, te pagaré una cena en los Jardines de Ópalo. —
No sé qué me poseyó para hacerme decir aquello. ¿Un frenético intento de
autodistracción? Era una mañana helada, pero yo estaba sudando.

Pareció sobresaltada. Luego sonrió.

—Si ganamos, haré que lo cumplas. —La sonrisa era débil. No tenía ningún
motivo para creer que sobreviviría otra hora.

Echó a andar hacia el Gran Túmulo. La seguí como un perrito fiel.

El último destello de luz en ella no quería morir. No se salvaría a través de la
rendición.

Bomanz nos dejó una amplia delantera, luego nos siguió. El Renco hizo lo
mismo.

Ninguna de las dos acciones estaba en el plan maestro.

La Dama no reaccionó. Yo tampoco, a la fuerza.

Las alfombras de los Tomados empezaron a descender en espirales. Las ballenas
del viento parecían un poco agitadas, las mantas un poco frenéticas en su búsqueda de
las corrientes de aire favorables.

El borde del Túmulo. Mi amuleto no hormigueó. Todos los antiguos fetiches
fuera del corazón del Túmulo habían sido retirados. Ahora los muertos yacían en paz.

La húmeda tierra parecía querer sorber mis botas. Tenía problemas en mantener el
equilibrio, con una flecha preparada en mi arco. Tenía un asta negra encajada en la
cuerda, las otras dos aferradas en la mano que sostenía el arco.

La Dama se detuvo a unos pocos pasos del pozo de donde habíamos extraído a
Bomanz. Se olvidó por completo del mundo, casi como si estuviera en comunión con
la cosa debajo del suelo. Miré hacia atrás. Bomanz se había detenido un poco hacia el
norte, a unos quince metros de mí. Tenía las manos en los bolsillos y mostraba una
expresión que hizo que no me atreviera a protestar por su presencia. El Renco había
descendido y se había posado hacia donde estaba el foso cuando un foso rodeaba el
Túmulo. No deseaba caer cuando la nada barriera encima de él.

Miré al sol. Debían de ser las nueve. Tres horas de margen si deseábamos usarlas.

Mi corazón estaba batiendo récords de velocidad. Mis manos temblaban tanto que
parecía como si los huesos entrecucharan entre sí. Dudé de que pudiera acertar a un
elefante con una flecha desde dos metros.

¿Cómo había tenido la suerte de ser elegido su chico para todo?

Reviví mi vida. ¿Qué había hecho para merecer esto? Tantas cosas que hubiera
podido elegir de modo diferente...

—¿Qué? —dije.

—¿Preparado? —preguntó.

—Nunca. —Esbocé una enfermiza sonrisa.

Intentó devolvérmela, pero estaba más asustada que yo. Sabía a lo que se
enfrentaba. Creía que sólo le quedaban unos momentos de vida.

Tenía redaños esa mujer, atreviéndose pese a que no tenía nada que pudiera ganar excepto, quizás, alguna pequeña redención a los ojos del mundo.

Los nombres destellaron en mi mente. Sylith. Credencia. ¿Cuál? Dentro de un momento la elección podía ser crítica.

No soy un hombre religioso. Pero desgrané una silenciosa plegaria a los dioses de mi juventud pidiendo que no se me requiriera completar el ritual de nombrar su nombre.

Miró de frente a la ciudad y alzó un brazo. Sonaron trompetas. Como si hubiera alguien que no estuviera prestando atención.

Bajó el brazo. Sonido de cascos. Linda vestida de blanco sobre su caballo blanco, con Elmo, Silencioso y el Teniente siguiéndola, galopó por el sendero definido por los estandartes. La nada iba a llegar repentinamente, para congelarse luego. Había que permitir que el Dominador se abriera paso hasta fuera, pero no con su poder intacto.

Sentí la nada. Me golpeó duramente, tan desacostumbrado estaba ya a ella. La Dama se tambaleó también. Un maullar de miedo escapó de sus labios. No deseaba estar desarmada. No ahora. Pero era la única forma.

El suelo se estremeció una vez, suavemente, luego se alzó en un geiser. Retrocedí un paso. Tembloroso, contemplé la fuente de limo dispersarse... y me asombré de ver no a un hombre sino al dragón...

¡El maldito dragón! No había pensado en eso.

Se alzó hasta quince metros, con las llamas ardiendo alrededor de su cabeza. Rugió. ¿Y ahora qué? En la nada la Dama no podía escudarnos.

El Dominador huyó por completo de mi mente.

Tensé una flecha hacia su cabeza, apuntando a las fauces abiertas de la bestia.

Un grito me contuvo. Me volví. Bomanz avanzaba y chillaba, lanzando insultos en TelleKurre. El dragón le miró con los ojos muy abiertos. Y recordó que tenían un asunto por terminar.

Atacó como una serpiente. Las llamas formaron un chorro por delante de él.

El fuego envolvió a Bomanz pero no le causó ningún daño. Se mantenía más allá de la nada.

La Dama se movió unos pasos a su derecha, para mirar más allá del dragón, cuyas patas delanteras estaban ahora libres y escarbando para arrastrar y liberar el resto de su inmenso cuerpo. No podía ver nada de nuestra presa. Pero los Tomados voladores estaban en sus puestos de ataque. Pesados venablos portadores de fuego estaban ya en camino. Rugieron en su trayectoria descendente, estallaron.

Una voz como un trueno anunció:

—Se encamina al río.

La Dama se apresuró a avanzar. Linda siguió moviéndose llevando la nada hacia el agua. Los fantasmas maldijeron y saltaron a mi alrededor. Estaba demasiado distraído para responder.

Las mantas picaron en rápidas parejas oscuras, danzando entre los rayos de luz soltados por las ballenas del viento. El aire crepitó, con un olor seco y extraño.

De pronto Rastreador estaba entre nosotros, murmurando algo acerca de salvar al árbol.

Oí un creciente bramar de cuernos. Esquivé una agitada pata de dragón, eludí una martilleante ala, miré hacia atrás.

Docenas de esqueléticos humanos vestidos con harapos brotaron del bosque tras la estela de un cojeante Perro Matasapos.

—Sabía que no era la última vez que veríamos a ese bastardo. —Intenté llamar la atención de la Dama—. Las tribus del bosque. Están atacando a la Guardia. —El Dominador tenía al menos un as en la manga.

La Dama no me prestó atención.

Lo que hicieran los hombres de las tribus y la Guardia no era de importancia para nosotros en este momento. Teníamos una presa de la que ocuparnos y no nos atrevíamos desviar la atención hacia ninguna otra cosa.

—¡En el agua! —La voz retumbó desde arriba. Linda avanzó un poco más. La Dama y yo nos arrastramos sobre un suelo que todavía ondulaba con los esfuerzos del dragón por liberarse. Nos ignoró. Bomanz retenía toda su atención.

Una ballena del viento se dejó caer. Sus tentáculos sondearon el río. Atrapó algo, soltó agua de lastre.

Una figura humana se retorció en la presa de la ballena, gritando. Mi espíritu se elevó. Lo habíamos conseguido...

La ballena se elevó demasiado. Por un momento alzó al Dominador por encima de la nada.

Un error mortal.

Truenos. Relámpagos. Terror sobre ardientes cascos. La mitad de la ciudad y una cuña hasta el borde de la nada se hicieron pedazos, ardieron y se ennegrecieron.

La ballena estalló.

El Dominador cayó. Mientras caía hacia el agua y la nada, aulló:

—¡Sylith! ¡Nombro tu nombre!

Disparé una flecha.

En la diana. Uno de los mejores disparos que haya hecho nunca. Le alcancé en el costado. Chilló y aferró el asta con dedos como garras. Entonces golpeó el agua. Los rayos de las mantas hicieron hervir el río. Otra ballena se dejó caer y arrastró los tentáculos por debajo de la superficie. Durante un largo momento me aterró la idea de que el Dominador pudiera permanecer bajo el agua y escapar.

Pero volvió a elevarse, de nuevo presa de un monstruo. Esta ballena también ascendió demasiado. Y pagó el precio, aunque la magia del Dominador estaba muy debilitada, probablemente por mi flecha. Lanzó un alocado conjuro que se extravió e inició una serie de fuegos en el recinto de la Guardia. Los Guardias y los hombres de las tribus estaban enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo cerca de él. El conjuro

acabó con docenas de ambos bandos.

No lancé otra flecha. Estaba paralizado. Me habían asegurado que el nombrar un nombre, una vez observados los rituales adecuados, no podía ser detenido por la nada. Pero la Dama ni siquiera se había tambaleado. Permanecía a sólo un paso del borde de tierra, contemplando la cosa que había sido su esposo. El nombrar el nombre de Sylith no la había alterado en lo más mínimo.

¡No Sylith! Dos veces la había nombrado equivocadamente el Dominador... Sólo quedaba un nombre que intentar. Pero mi sonrisa era hueca. Yo la habría nombrado Sylith.

Una tercera ballena del viento agarró al Dominador. Ésta no cometió el error de las anteriores. Lo llevó a la orilla, hacia Linda y su escolta. Él se debatió furiosamente. ¡Dioses! ¡La vitalidad de ese hombre!

Detrás de nosotros los hombres gritaron. Se oyó el entrecocar de armas. Los Guardias no habían sido tan sorprendidos como yo. Estaban manteniendo su terreno. Los Tomados se apresuraron a apoyarlos desde el aire, lanzando una tormenta de mortífera hechicería. El Perro Matasapos era el centro de su atención.

Elmo, el Teniente y Silencioso agarraron al Dominador en el momento mismo en que la ballena lo soltó. Fue como agarrar a un tigre. Arrojó a Elmo a diez metros de distancia. Oí el crac cuando le rompió la espina dorsal al Teniente. Silencioso se alejó ejecutando una especie de danza. Le clavé otra flecha. Se tambaleó, pero no cayó. Aturdido, avanzó hacia la Dama y hacia mí.

Rastreador se interpuso a medio camino. Depositó al hijo del árbol a un lado, agarró al hombre, se inició un combate de lucha de magnitud épica. Él y el Dominador chillaban como almas atormentadas.

Deseé echar a correr y atender a Elmo y al Teniente, pero la Dama me hizo gesto de que me quedara. Su mirada iba de un lado para otro. Esperaba algo más.

Un gran chillido sacudió la tierra. Una bola de aceitoso fuego rodó hacia el cielo. El dragón aleteó como un gusano herido, gritando. Bomanz había desaparecido.

A quien pude ver fue al Renco. De alguna forma se había arrastrado hasta menos de una docena de pasos de mí sin que yo reparara en él. Mi miedo fue tan grande que casi vacié mis intestinos. Su máscara había desaparecido, El devastado páramo de su rostro desnudo brillaba con una maldad absoluta. En un momento, estaba pensando, saldaría todas las deudas conmigo. Mis piernas se volvieron gelatina.

Apuntó una pequeña ballesta, sonrió. Luego su puntería se desvió hacia un lado. Vio que su dardo era un primo cercano a la flecha que yo tenía en mi arco.

Aquello, finalmente, me electrificó. Finalmente comprendí.

Chilló:

—Credencia, el rito está completo. ¡Nombro tu nombre! —y disparó.

Yo solté mi flecha al mismo instante. Maldito sea, no pude conseguir que la flecha fuera más aprisa. Mi flecha se enterró en su negro corazón, lo derribó de espaldas. Pero demasiado tarde. Demasiado tarde.

La Dama lanzó un grito.

El terror se convirtió en una furia irrazonable. Me lancé contra el Renco, abandonando mi arco por mi espada. No se volvió para enfrentarse a mi asalto. Simplemente se apoyó sobre un codo y miró boquiabierto a la Dama.

Yo me volví realmente loco. Creo que a todos puede ocurrirnos, en las circunstancias adecuadas. Pero había sido soldado demasiado tiempo. Hace mucho aprendí que no puedes hacer ese tipo de cosa y permanecer mucho tiempo vivo.

El Renco estaba dentro de la nada. Lo cual significaba que apenas se aferraba a la vida, apenas era capaz de sostenerse, era completamente incapaz de defenderse. Le hice pagar por todos los años de miedo.

Mi primer golpe medio cercenó su cuello. Seguí tajando hasta que terminé el trabajo. Luego esparcí unos cuantos miembros, mellando mi acero y mi locura en los viejos huesos. La cordura empezó a volver a mí. Me di la vuelta para ver lo que le había ocurrido a la Dama.

Estaba caída sobre una rodilla, con el peso de su cuerpo descansando en la otra. Intentaba arrancarse el dardo del Renco. Cargué hacia ella, aparté su mano.

—No. Déjame a mí. Más tarde. —Esta vez estaba menos sorprendido de que el nombre no hubiera funcionado. Esta vez me convenció de que nada podía afectarla.

¡Hubiera debido desaparecer, maldita sea!

Me dejé dominar por un largo acceso de temblores.

Los Tomados que martilleaban desde el aire a la gente del bosque estaban teniendo efecto. Algunos de los salvajes habían empezado a huir. El Perro Matasapos estaba envuelto en dolorosas hechicerías.

—Resiste —le dije a la Dama—. Estamos ganando. Vamos a conseguirlo. —No sabía si realmente creía en ello, pero era lo que ella necesitaba oír.

Rastreador y el Dominador seguían rodando por el suelo, gruñendo y maldiciendo. Silencioso acechaba a su alrededor con una lanza de hoja ancha dispuesta. Cuando se presentara la ocasión, la clavaría en nuestro gran enemigo. Nada podía sobrevivir para siempre a aquello. Linda miraba desde muy cerca, aunque lejos del alcance del Dominador.

Retrocedí hasta la ruina que era el Renco y extraje la flecha que había clavado en su pecho. La cabeza me miró con ojos furiosos. Todavía había vida en su cerebro. Le di una patada y la arrojé a la trinchera dejada por el dragón al alzarse del suelo.

La bestia había dejado de agitarse y aletear. Todavía no se veía ningún signo de Bomanz. Nunca ningún signo de Bomanz. Descubrió el destino que temía, el segundo intento. Mató al monstruo desde dentro.

No considero a Bomanz periférico porque mantuviera la cabeza gacha. Creo que el Dominador esperaba que el dragón se ocupara de Linda y de la Dama en esos preciosos momentos que necesitaba para cerrar la nada. Bomanz desbarató sus planes. Con la misma determinación que la Dama enfrentándose a su inescapable destino.

Regresé a la Dama. Mis manos habían recuperado su firmeza de batalla. Deseé tener mi maletín. Tendría que arreglármelas con mi cuchillo. La hice tender de espaldas, empecé a hurgar. El dardo mellaría atrocemente su carne hasta que pudiera extraerlo. Pese a todo el dolor, consiguió esbozar una sonrisa agradecida.

Una docena de hombres rodeaban ahora a Rastreador y al Dominador, todos empleando sus espadas. Algunos no parecían particularmente preocupados acerca de a quién ensartaban.

Las arenas del tiempo se estaba agotando para el viejo demonio.

Vendé la herida de la dama con una tira de su propia ropa.

—Cambiaremos esto tan pronto como podamos.

Los hombres de las tribus habían sido rechazados. El Perro Matasapos se arrastraba penosamente hacia las tierras altas. Ese viejo can tenía tanta resistencia como su amo. Los Guardias liberados de la lucha se apresuraron hacia nosotros. Llevaban madera para la pira funeraria del viejo enemigo.



Entonces divisé a Cuervo.

—Maldito estúpido.

Se apoyaba en Lance y cojeaba. Llevaba en la mano una espada desnuda. Su rostro estaba encajado.

Problemas, seguro. Su paso no era tan débil como pretendía.

No se necesitaba ser ningún genio para adivinar lo que tenía en la cabeza. A su manera simple de ver las cosas, iba a hacer todo lo posible en nombre de Linda por terminar con su gran enemigo.

Volvieron los temblores, pero esta vez no de miedo. Si alguien no hacía algo, iba a encontrarme justo en medio. Donde tendría que hacer una elección, actuar, y nada de lo que hiciera iba a hacer a nadie feliz.

Intenté distraerme comprobando el vendaje de la Dama.

Las sombras cayeron sobre nosotros. Alcé la vista a los fríos ojos de Silencioso, al rostro más compasivo de Linda. Silencioso lanzó una sutil mirada en dirección a Cuervo. Él también estaba en medio.

La Dama clavó sus dedos en mi brazo.

—Levántame —dijo.

Lo hice. Estaba tan débil como el agua. Tuve que sostenerla.

—Todavía no —le dijo a Linda, como si Linda pudiera oírla—. Todavía no está acabado.

Le habían arrancado un brazo y una pierna al Dominador, y los habían arrojado al montón de leña. Rastreador se aferró a él de modo que pudieran cortarle el cuello al Dominador. Goblin y Un Ojo permanecían atentos, aguardando la cabeza, listos para echar a correr como demonios. Algunos guardias plantaron el hijo del árbol. Ballenas del viento y mantas planeaban sobre nuestras cabezas. Otros, junto con los Tomados, estaban persiguiendo al Perro Matasapos y a los salvajes a través del bosque.

Cuervo se acercaba. Y yo no estaba más cerca de saber qué hacer.

El hijo de puta del Dominador era duro. Mató a una docena de hombres antes de que terminaran de cortarle el cuello. Ni siquiera entonces murió. Como el Renco, su cabeza siguió viva.

Era el momento de Goblin y Un Ojo. Goblin agarró la cabeza aún viva, se sentó, la sujetó prietamente entre sus rodillas. Un Ojo martilleó un clavo de plata de quince

centímetros a través de su frente, directamente al cerebro. Los labios del Dominador siguieron modulando maldiciones.

El clavo capturaría su enfermiza alma. La cabeza iría al fuego. Cuando hubiera ardido, el clavo sería recuperado y clavado al tronco del hijo del árbol. Lo cual significaría que un espíritu oscuro quedaría atado durante un millón de años.

Los Guardias llevaron también los pedazos del Renco al fuego. Sin embargo, no encontraron su cabeza. Las empapadas paredes de la trinchera que había creado el dragón al surgir se habían colapsado sobre ella.

Goblin y Un Ojo encendieron la pira.

El fuego se alzó como ansioso por cumplir su misión.

El dardo del Renco había golpeado a la Dama a diez centímetros del corazón, a medio camino entre su pecho izquierdo y su clavícula. Confieso con un cierto orgullo habérsela extraído bajo tan terribles circunstancias sin matarla. Sin embargo, hubiera debido incapacitar su brazo izquierdo.

Ahora alzó ese brazo, lo tendió hacia Linda. Silencioso y yo nos sentimos desconcertados. Pero sólo por un momento.

La Dama tiró de Linda hacia ella. No tenía fuerzas, de modo que en cierto sentido tuvo que ser esto: Linda dejó que tiraran de ella. Entonces susurró:

—El rito se ha completado. Nombro tu auténtico nombre, Tonie Fisk.

Linda lanzó un silencioso grito.

La nada empezó a deshilacharse.

El rostro de Silencioso se ennegreció. Durante lo que pareció una eternidad permaneció inmóvil allí, sometido a un obvio tormento, desgarrado entre un voto, un amor, un odio, quizás el concepto de una obligación a un deber superior. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Capté un antiguo anhelo, y estuve a punto de gritar cuando lo hice.

Habló:

—El ritual se ha cerrado. —Tuvo problemas en modular sus palabras—. Nombro tu auténtico nombre, Dorotea Senjak. Nombro tu auténtico nombre, Dorotea Senjak.

Creí que en aquel mismo momento iba a derrumbarse y perder el sentido. Pero no lo hizo.

La mujer lo hizo.

Cuervo se estaba acercando. Así que yo tenía un dolor por encima de todos los demás dolores.

Silencioso y yo nos miramos el uno al otro. Sospecho que mi rostro tenía una expresión tan atormentada como el suyo. Entonces asintió a través de sus lágrimas. Había paz entre nosotros. Nos arrodillamos, desenredamos a las mujeres. Pareció preocupado cuando comprobé el pulso en el cuello de Linda.

—Se pondrá bien —le dije. La Dama también, pero ahora eso no me preocupaba.

Todavía me pregunto cuánto esperaba en ese momento cada una de las mujeres. Cuánto dejaba al destino. Aquello marcaba su final como potencias en el mundo.

Linda ya no tenía la nada. La Dama era desposeída de su magia. Se habían anulado la una a la otra.

Oí gritos. Llovían alfombras. Todos aquellos Tomados habían sido Tomados por la Dama, y después de lo que había ocurrido en la Llanura, ella se había asegurado de que su destino fuera el de ellos. Así que ahora habían perdido sus poderes, y pronto estarían muertos.

Ya no quedaba mucha magia en aquel campo. Rastreador también era un perdedor, machacado a muerte por el Dominador. Creo que murió feliz.

Pero aquello todavía no era el final. No. Estaba Cuervo.

A quince metros de distancia, se soltó de Lance y siguió andando por sí mismo como una némesis. Su mirada estaba fija en la Dama, aunque se podía decir por sus pasos que estaba como en un escenario, que iba a hacer lo que había que hacer para que Linda ganara de nuevo.

¿Y bien, Matasanos? ¿Puedes permitir que ocurra?

La mano de la Dama tembló en la mía. Su pulso era débil, pero estaba ahí. Quizá...

Quizá todo fuera un farol por parte de él.

Recogí mi arco y la flecha recuperada del Renco.

—Alto, Cuervo.

No se detuvo. Ni siquiera creo que me oyera. Oh, maldita sea. Si no me había oído... Las cosas iban a escaparse de las manos.

—¡Cuervo! —Tensé el arco.

Se detuvo. Me miró como si intentara recordar quién era yo.

Todo el campo de batalla guardó un silencio absoluto. Todos los ojos se clavaron en nosotros. Silencioso dejó de apartar a Linda, tomó una espada, se aseguró de que estaba situado entre ella y cualquier peligro potencial. Resultaba casi divertido, nosotros dos ahí, como gemelos, montando guardia ante dos mujeres cuyos corazones jamás podríamos alcanzar.

Un Ojo y Goblin empezaron a derivar en nuestra dirección. Yo no tenía la menor idea de en qué bando estaban. Sin embargo, no quería verlos implicados. Esta mano tenía que ser Cuervo contra Matasanos.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea. ¿Por qué no podía simplemente marcharse?

—Todo ha terminado, Cuervo. No es necesario que haya más muertes. —Creo que mi voz empezó a subir de tono—. ¿Has oído? Se ha perdido y se ha ganado.

Miró a Silencioso y a Linda, no a mí. Y dio un paso.

—¿Quieres ser el próximo en morir? —Maldita sea, nadie podía lanzarle un farol. Y menos yo. Tendría que saberlo.

Un Ojo se detuvo a unos cuidadosos tres metros hacia un lado.

—¿Qué estás haciendo, Matasanos?

Yo estaba temblando. Todo yo excepto mis manos y mis brazos, aunque mis hombros habían empezado a dolerme con la tensión de mantener el arco tensado.

—¿Qué hay de Elmo? —pregunté, con la garganta constreñida por la emoción—. ¿Qué hay del Teniente?

—Nada bueno —respondió, diciéndome lo que ya sabía en el fondo de mi corazón—. Muertos. ¿Por qué no dejas el arco?

—Cuando él deje caer la espada. —Elmo había sido mi mejor amigo durante más años de los que podía contar. Las lágrimas empezaron a nublar mi visión—. Muertos. Eso me deja a mí al mando, ¿no? El oficial superviviente de mayor rango. ¿Correcto? Mi primera orden es: Queda establecida la paz. Desde este mismo momento. Ella lo hizo posible. Ella se ofreció a sí misma para lograrlo. Nadie la tocará a partir de ahora. No mientras yo esté vivo.

—Entonces cambiaremos eso —dijo Cuervo. Empezó a avanzar de nuevo.

—¡Maldito loco testarudo! —chilló Un Ojo. Se lanzó contra Cuervo. Oí a Goblin parlotear algo detrás de mí. Demasiado tarde. Ambos demasiado tarde. Cuervo tenía mucho más fuego dentro de sí del que nadie sospechaba. Y estaba algo más que un poco loco.

Chillé:

—¡No! —y solté la cuerda.

La flecha alcanzó a Cuervo en la cadera. En el lado que había fingido que estaba tullido. Mostró una expresión de sorpresa mientras se derrumbaba. Tendido allí en el suelo, con la espada a dos metros de distancia, alzó la vista hacia mí, aún incapaz de creer que, al final, lo mío no había sido ningún farol.

Tuve problemas en creerlo yo mismo.

Lance dejó escapar un grito e intentó saltar sobre mí. Sin apenas mirarle, le golpeé en la sien con mi arco. Cayó hacia atrás y se arrastró hacia Cuervo.

Silencio y quietud de nuevo. Todo el mundo me miraba. Me colgué el arco.

—Cúrale, Un Ojo. —Cojeé hacia la Dama, me arrodillé, la alcé. Parecía terriblemente ligera y frágil para alguien que había sido tan terrible. Seguí a Silencioso hacia lo que quedaba de la ciudad. Los acuartelamientos todavía seguían ardiendo. Formábamos un extraño desfile, los dos cargando a dos mujeres.

—Reunión de la Compañía esta noche —dije a los supervivientes de la Compañía—. Todos han de acudir.

Antes de hacerlo no me hubiera visto capaz de ello. La llevé todo el camino hasta el Diablo Azul. Y mi tobillo no me dolió ni un momento hasta que la deposité.



Cojeé hasta la sala común de lo que había quedado del Diablo Azul, con la Dama apoyada en un brazo, usando el arco como muleta. El tobillo me estaba matando. Había creído que estaba casi curado.

Deposité a la Dama en una silla. Estaba débil y pálida y sólo semiconsciente pese a lo mejor que Un Ojo y yo pudimos hacer. Yo estaba decidido a no apartar ni un momento mí vista de ella. Nuestra situación todavía estaba llena de riesgos. Su gente ya no tenía ninguna razón para mostrarse amable. Y ella misma corría peligro... probablemente más de sí misma que de Cuervo o de mis camaradas. Había caído en un estado de completa desesperación.

—¿Estamos todos? —pregunté. Silencioso, Goblin y Un Ojo estaban allí. Y Otto el inmortal, herido como siempre tras una acción de la Compañía, con su eterno lugarteniente, Lamprea. Un joven llamado Murgen, nuestro portaestandarte. Otros tres miembros de la compañía. Y Linda, por supuesto, sentada al lado de Silencioso. Ignoraba por completo a la Dama.

Cuervo y Lance estaban detrás de la barra, presentes sin haber sido invitados. Cuervo tenía una expresión sombría pero parecía controlado. Su mirada estaba fija en Linda.

El aspecto de Linda era hosco. Se había recuperado mejor que la Dama.

Y había ganado. Ignoraba a Cuervo más ostentosamente que a la Dama.

Había habido una confrontación entre ellos, y yo había captado parte de ella. Linda había expresado muy claramente su desagrado ante la incapacidad de él de manejar sus compromisos emocionales. Ella no había cortado en seco con él. No lo había arrojado fuera de su corazón. Pero él no se había redimido a sus ojos.

Luego él había dicho algunas cosas muy poco amables acerca de Silencioso, hacia el cual era obvio que ella tenía un cierto afecto aunque no demasiado profundo.

Y eso la había puesto realmente furiosa. Entonces había espiado atentamente sus gestos. Y ella había dejado muy claro con gran precisión de detalles y mucha furia que no era el premio del juego de ningún hombre, como una princesa en algún imbécil cuento de hadas en el que una pandilla de pretendientes se someten a estúpidas y peligrosas pruebas para alcanzar su mano.

Como la Dama, había estado al mando demasiado tiempo para aceptar ahora el papel estándar de una mujer. Por dentro todavía seguía siendo la Rosa Blanca.

Así que Cuervo no se sentía tan feliz como debería. No había sido arrojado fuera, pero se le había dicho que le quedaba un largo camino por recorrer si alguna vez pretendía algo.

La primera tarea que le había encomendado era reunirse de nuevo con sus hijos.

Yo casi sentía pena por el pobre tipo. Solamente conocía un papel en su vida, el de tipo duro. Y se le había despojado de él.

Un Ojo interrumpió mis pensamientos:

—Estamos todos, Matasanos. Estamos todos. Va a ser un gran funeral.

Lo sería.

—¿Debo presidir como oficial superviviente de mayor rango? ¿O deseas ejercer tu prerrogativa como el hermano más antiguo?

—Hazlo tú. —No se sentía de humor para hacer nada excepto meditar.

Yo tampoco. Pero éramos diez que aún seguíamos con vida, rodeados de potenciales enemigos. Teníamos decisiones que tomar.

—De acuerdo. Ésta es una asamblea oficial de la Compañía Negra, la última de las Compañías Libres de Khatovar. Hemos perdido a nuestro capitán. El primer asunto es elegir un nuevo comandante. Luego deberemos decidir cómo vamos a salir de aquí. ¿Alguna nominación?

—Tú —dijo Otto.

—Soy médico.

—Eres el único oficial auténtico que queda.

Cuervo empezó a levantarse.

—Tú siéntate y quédate quieto —le dije—. Ni siquiera perteneces aquí. Te separaste de nosotros hace quince años, ¿recuerdas? Vamos, muchachos. ¿Quién más?

Nadie habló. Nadie se presentó voluntario. Nadie cruzó tampoco su mirada conmigo. Todos sabían que yo no deseaba el puesto.

Goblin chilló:

—¿Está alguien en contra de Matasanos?

Nadie planteó un veto. Es maravilloso ser querido. Es estupendo ser el menor de los males.

Deseé rechazarlo. Pero no había opción.

—De acuerdo. Siguiendo orden del día. Salir a escape de aquí. Estamos rodeados, muchachos. Y la Guardia hará muy pronto su balance. Tenemos que habernos largado antes de que empiecen a mirar a su alrededor en busca de alguien a quien atizar. Pero una vez nos hayamos ido de aquí, ¿entonces qué?

Nadie ofreció ninguna opinión. Esos hombres estaban tan en estado de *shock* como los Guardias.

—De acuerdo. Yo sé lo que yo deseo hacer. Desde tiempos inmemoriales, uno de los trabajos del Analista ha sido devolver los Anales a Khatovar en caso de que la Compañía se desbande o sea aniquilada. Hemos sido aniquilados. Propongo una

votación para que nos desbandemos. Algunos de nosotros hemos asumido obligaciones que van a ponernos en una situación comprometida entre nosotros tan pronto como no tengamos a nadie más peligroso de quien ocuparnos. —Miré a Silencioso. Sostuvo mi mirada. Había movido su silla lo suficiente como para cubrir más el hueco entre Linda y Cuervo, un gesto comprendido por todo el mundo menos por el propio Cuervo.

Yo me había autonombrado guardián de la Dama a partir de aquel momento. No había forma de que pudiéramos mantener a aquellas dos mujeres en compañía la una de la otra durante largo tiempo. Esperaba poder mantener el grupo unido al menos hasta Galeote. Me sentiría satisfecho con llegar al linde del bosque. Necesitábamos todos los efectivos. Nuestra situación táctica no podía ser peor.

—¿Debemos desbandarnos? —pregunté.

Aquello causó una cierta agitación. Todo el mundo menos Silencioso argumentaron negativamente.

Intervine:

—Es una proposición formal. Deseo que aquéllos con intereses especiales puedan seguir su camino sin el estigma de una deserción. Eso no significa que tengamos que escindirnos. Lo que digo es que formalmente abandonemos el nombre de Compañía Negra. Yo me encaminaré al sur con los Anales, en busca de Khatovar. Quien lo desee puede venir conmigo. Bajo las reglas habituales.

Nadie deseaba abandonar el nombre. Eso sería como renunciar a un patronímico con treinta generaciones de antigüedad.

—Así que no renunciaremos a él. ¿Quién desea no ir en busca de Khatovar?

Se alzaron tres manos. Todas pertenecían a miembros que se habían alistado al norte del Mar de las Tormentas. Silencioso se abstuvo, aunque deseaba seguir su propio camino, en persecución de su propio sueño imposible.

Luego otra mano se alzó. Tardíamente, Goblin había notado que Un Ojo no se oponía. Iniciaron una de sus discusiones. La corté en seco.

—No insistiré en que la mayoría arrastre consigo a los demás. Como comandante, puedo licenciar a cualquiera que desee seguir su propio camino. ¿Silencioso?

Era un hermano de la Compañía Negra desde hacía más tiempo que yo. Éramos sus amigos, su familia. Su corazón estaba desgarrado.

Finalmente asintió. Seguiría su propio camino, incluso sin promesas de parte de Linda. Los tres que se habían opuesto a encaminarse a Khatovar asintieron también. Entré sus licencias en los Anales.

—Estáis fuera de la Compañía —les dije—. Nos ocuparemos de vuestra parte del dinero y equipo cuando salgamos del linde sur del bosque. Hasta entonces permaneceremos juntos. —No insistí sobre el tema, o al cabo de un momento me las hubiera tenido con Silencioso. Él y yo habíamos pensado mucho al respecto.

Me volví hacia Goblin, con la pluma preparada.

¿Y bien? ¿Debo anotar tu nombre?

—Adelante, hazlo —dijo Un Ojo—. Apresúrate. Hazlo. Librémonos de él. No necesitamos a los de su clase. Nunca ha sido más que un problema.

Goblin le miró con el ceño fruncido.

—Sólo por eso no me marchó. Voy a quedarme y a sobrevivirte y a hacer que los días que te quedan se vuelvan miserables. Y espero que viva otro centenar de años.

En ningún momento había pensado que se separaran.

—Estupendo —dije, reprimiendo una sonrisa—. Lamprea, toma a un par de hombres y reúne algunos animales. El resto de vosotros recoged todo lo que pueda sernos útil. Como dinero, si lo encontráis por alguna parte.

Me miraron con ojos aún opacos por el impacto de lo sucedido.

—Nos vamos, muchachos. Tan pronto como podamos cabalgar. Antes de tropezamos con más problemas. Lamprea. No olvides los animales de carga. Quiero llevarme todo lo que no esté clavado al suelo o a las paredes.

Hubo palabras, discusiones, de todo, pero cerré el debate oficial en este punto.

Como el artero demonio que soy, hice que los Guardias enterraran a los nuestros. Me detuve con Silencioso ante las tumbas de la Compañía, y derramé más de unas cuantas lágrimas.

—Nunca pensé que Elmo... Era mi mejor amigo. —Me había golpeado. Al fin. Fuerte. Ahora que había cumplido con todos mis deberes, ya no quedaba nada de lo que ocuparse—. Fue mi valedor cuando entré en la Compañía.

Silencioso alzó una mano, me apretó suavemente el brazo. Era un gesto mejor del que hubiera podido esperar.

Los Guardias estaban rindiendo sus últimos respetos a los suyos. Su aturdimiento estaba desapareciendo. Pronto empezarían a pensar en volver a sus asuntos. En preguntarle a la Dama qué debían hacer. En cierto sentido, se habían quedado sin empleo.

No sabían que su ama había resultado desarmada. Recé para que no lo averiguaran, porque pensaba utilizarla a ella como nuestro billete de salida.

Temía lo que podía ocurrir si su pérdida se convertía en algo del dominio común. En el cuadro general, guerras civiles que atormentarían el mundo. En los detalles, intentos de venganza contra su persona.

Algún día alguien empezaría a sospechar. Tan sólo deseaba que el secreto se mantuviera hasta que estuviéramos lo suficientemente lejos del imperio.

Silencioso tocó de nuevo mi brazo. Deseaba que nos fuéramos.

—Un segundo —dije. Extraje mi espada, saludé a nuestras tumbas, repetí la antigua fórmula de la partida. Luego le seguí hasta donde esperaban los otros.

El grupo de Silencioso cabalgaría un trecho con nosotros, como yo había deseado. Nuestros caminos se separarían cuando nos sintiéramos seguros de los Guardias. No quería pensar ahora en después de ese momento, por inevitable que fuera. ¿Cómo mantener a dos personas como Linda y la Dama en compañía cuando no había ningún imperativo de supervivencia?

Me volví en la silla maldiciendo el dolor en mi tobillo. La Dama me lanzó una mirada aviesa.

—Bien —dije—. Empiezas a mostrar algo de espíritu.

—¿Me estás secuestrando?

—¿Quieres que te deje a solas con toda tu gente? ¿Con quizá nada mejor que un cuchillo para mantener el orden? —Forcé una sonrisa—. Tenemos una cita, ¿recuerdas? Una cena en los Jardines de ópalo.

Sólo por un momento hubo un destello de malicia detrás de su desesperación. Y por un momento una expresión tan ardiente como cuando habíamos estado juntos. Luego la sombra regresó.

Me acerqué a ella, temblando ante el pensamiento. Susurré:

—Y necesito tu ayuda para rescatar los Anales de la Torre. —No le había dicho a nadie que todavía no estaban en mi poder.

La sombra se fue.

—¿Una cena? ¿Es eso una promesa?

La muy bruja podía prometer lo que quisiera, con sólo una mirada y su tono. Croé:

—En los Jardines. Sí.

Hice la señal tradicional. Lamprea espoleó su montura en vanguardia. Le seguían Goblin y Un Ojo, discutiendo como de costumbre. Luego Murgén, con el estandarte, luego la Dama y yo. Luego los demás, con los animales de carga. Silencioso y Linda cerraban la marcha, bien distanciados de la Dama y yo.

Mientras espoleaba mi montura miré hacia atrás. Cuervo estaba de pie apoyado en su bastón, con un aspecto más solitario y abandonado que nunca. Lance intentaba todavía explicárselo. El muchacho no había tenido ningún problema en entender. Imaginé que Cuervo sí los tendría, una vez superado el *shock* de que nadie hubiera hecho las cosas a su manera, el *shock* de descubrir que el viejo Matasanos podía hacer realidad lo que parecía un farol si era necesario.

—Lo siento —murmuré en su dirección, sin estar seguro de por qué. Luego miré al bosque y no volví atrás la vista de nuevo.

Tenía la sensación de que él también se pondría en camino muy pronto. Si Linda significaba realmente tanto para él como deseaba hacemos creer.

Aquella noche, por primera vez desde hacía quién sabe cuánto tiempo, los cielos septentrionales aparecieron completamente despejados. El Gran Cometa iluminaba nuestro camino. Ahora el norte sabía lo que el resto del imperio había sabido desde hacía semanas.

Ya estaba menguando. La hora de la decisión ya había pasado. El imperio aguardaba temeroso las noticias que presagiaba.

Más al norte. Tres días más tarde. En la oscuridad de una noche sin luna. Una bestia con tres patas salió cojeando del Gran Bosque. Se sentó sobre sus ancas entre los restos del Túmulo, rascó la tierra con su única pata delantera. El hijo del árbol

liberó una diminuta tormenta de cambio.

El monstruo huyó.

Pero regresaría otra noche, y otra, y otra después de ésta...

Fin

Nota sobre el autor

Con La Primera Crónica se produce una doble presentación en sociedad: de una parte, se publica la primera novela de una de las más prestigiosas series de fantasía de todos los tiempos: La Compañía Negra; por otra, se realiza un acto de justicia hacia un autor de renombre internacional como es Glen Cook. Así pues, sed doblemente bienvenidos.

Dejando al margen figuras tan peculiares como Clark Asthon Smith y Lord Dunsany, Tolkien y Howard han acuñado dos maneras incuestionables, e imitadas hasta el infinito, de escribir fantasía. Junto a ellos, únicamente dos nombres más han sobresalido por la personalidad de su producción en el mismo campo: Fritz Leiber y Glen Cook. Por todo ello, se hace difícil presentar a este notable veterano de la pluma sin caer en la hagiografía.

Glen Cook nació en Nueva York en 1944. A los cuatro años la familia se trasladó a Indiana. Ésta fue la primera de sus mudanzas. Como buen trotamundos, ha ido estableciendo su hogar en Columbus, Rocklin, California y la propia carretera. En Missouri se tomó un respiro para licenciarse en Psicología. Después obtuvo trabajo en General Motors. Actualmente, vive en St. Louis, en una vieja y sombría mansión rodeada de árboles con su esposa Carol —a la que conoció en un taller literario—, dos hijos, cinco gatos y una biblioteca que rondará los diez mil ejemplares. Y, para pavor de sus vecinos, una guitarra eléctrica con la cual intenta interpretar sus canciones preferidas de *rock and roll*.

Cook es un hombre alto, aficionado a vestir chillonas camisas de cuadros. Escondida entre su sempiterna perilla, luce una sonrisa escéptica. Se ha ido ganando el respeto del público con la misma facilidad con la que ha perdido pelo y acumulado quilos. Pese al imparable éxito de sus novelas/ la decisión de dedicarse por completo a la literatura se ha producido hace muy poco.

Apenas hubo conseguido la estabilidad laboral, el joven Cook decidió empezar a escribir «por higiene mental». Desde entonces, no ha cejado en su empeño. A lo largo de los últimos treinta años, el escritor norteamericano ha publicado cuarenta novelas y veintitrés relatos. Merced a tan ingente producción, se ha labrado una sólida reputación. Actualmente, es considerado como el rey de la «fantasía oscura». Dos constantes aparecerán a lo largo de sus escritos: la brujería y ese omnipresente acabado de corte marcial, muy duro y vigoroso.

Una de las características del neoyorkino es la exploración. Por lo general, su innata curiosidad le ha llevado a buscar siempre universos consistentes en los que ambientar sus historias. Si es costumbre generalizada —y legítima— entre los escritores prolongar con nuevas entregas sus títulos más exitosos, Cook ha seguido otras sendas. Mediante relatos de extensión media ha tanteado las posibilidades

argumentales que los diferentes escenarios le permitían. Caso de hallarse satisfecho, él escribía una y hasta dos novelas con un mismo eje temático e idéntico telón de fondo antes de entregar al editor. Por ello, muchas de sus series arrancan con dos títulos en el mismo año.

Resultaría hazaña imposible resumir aquí y ahora los principales lances de sus novelas. No obstante, sí que debe señalarse que muchos de los aciertos en estética y ambientación, incluso en personajes, de su emblemática Compañía Negra disfrutaban de los hallazgos realizados en otra serie: *Darkxvar*. *The Garret Files*, más peculiar y exigente para el público, aunque llena de originalidad, y *La Compañía Negra* han sido las series donde ha dado lo mejor como escritor. Al toque de magia oscura que ha presidido su labor literaria ha unido un tono más «militarista». Lejos de princesas elfas, príncipes prometidos, grandes palacios y mundos de ensueño —cuidado, no es que renuncie a ello— Cook ha preferido un acercamiento más terrenal: un grupo de mercenarios envueltos en toda suerte de fregados, batallas, apuros y lances fantásticos para ganarse su honesto jornal teniendo como única herramienta el acero. Ellos serán nuestros ojos.

Hasta ahora, sus libros se habían editado con notable éxito en catorce países, bueno, gracias al libro que tienes en tus manos ya son quince, entre los que destacan Alemania, Italia, Inglaterra, Francia, Suecia, Japón, Brasil, Noruega, Polonia, República Checa y Rusia. De hecho, existe un juego de cartas llamado *Tonk* —se juega con los cincuenta y dos naipes del póquer— que se ha inspirado en sus novelas. No deja de ser curioso que los países donde su obra ha sido acogida con mayor fervor sean aquellos que poseen una potente tradición literaria de «narrativa bizarra» — como las sagas nórdicas: Noruega o Suecia, especialmente—. Casi inexplicable es el caso de Rusia. Cook ha sido uno de los autores norteamericanos más leídos y publicados en la antigua Unión Soviética.



GLEN COOK. (nacido el 9 de julio de 1944) es un escritor contemporáneo estadounidense de ciencia ficción y fantasía, conocido sobre todo por su saga de fantasía, La Compañía Negra. Cook reside en la actualidad en San Luis, Misuri.

El amor de Glen Cook por la escritura comenzó en la escuela y ya en el instituto escribía artículos ocasionales para el periódico escolar. Tras terminar el instituto, Cook pasó algún tiempo en la marina para, posteriormente, ingresar en la universidad, lo que le dejó escaso tiempo para la escritura. Cook comenzó a escribir de manera seria mientras trabajaba para General Motors en una planta de ensamblado de automóviles, desempeñando un trabajo que era «difícil de aprender, pero sin apenas esfuerzo mental» y alcanzando cifras de hasta tres libros escritos al año.

Cook también es bastante conocido por su saga sobre Garrett P. I. que cuenta las peripecias del duro detective Garret, y la saga Dread Empire, buena muestra de los primeros trabajos publicados de Cook.

Actualmente Cook está retirado de su puesto en GM y vive con su esposa, Carol, y sus hijos (Justin, Chris y Mike) en San Luis. Aunque ahora puede dedicarse a tiempo completo a su carrera de escritor, piensa que era más productivo mientras ocupaba su antiguo puesto.